

FRAY DOMINGO BASSO OP

Maestro en Sagrada Teología

POR EL HEROISMO A LA FELICIDAD



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

*Dedico esta obra a todos quienes
(sacerdotes, religiosas y laicos)
han compartido conmigo momentos
de reflexión y plegaria.*

BREVE PROEMIO

Resultado de muchos retiros predicados a laicos, religiosas y sacerdotes, durante más de 50 años en el ejercicio del ministerio, presento hoy este libro, modesto intento de resumir los grandes principios de la moral y de la espiritualidad evangélicas. Aunque existen numerosos y excelentes comentarios sobre el Sermón de la Montaña, elaborados por exégetas y teólogos antiguos y modernos de mayor autoridad y más profundos conocimientos, he osado acceder a la propuesta, formulada por personas amigas, de consignar por escrito lo expuesto tantas veces verbalmente.

De ninguna manera pretendo ser original. La espiritualidad cristiana es siempre la misma y sólo debemos reiterarla periódicamente para no olvidarla, pues siempre debemos vivirla.

Hoy, el tema de las bienaventuranzas evangélicas ha concitado nuevamente la atención de muchos pensadores cristianos, y ello tiene una muy coherente explicación. Se ha venido repitiendo en las dos últimas décadas que no existe una moral propiamente cristiana. Esta extraña idea ha provocado la inmediata reacción de muchos teólogos actuales, para quienes, con razón, el Sermón de la Montaña es precisamente la formulación de una nueva y auténtica moral¹. Mas el Sermón no debe limitarse a la sola enumeración de las bienaventuranzas y maldiciones; se prolonga a lo largo del contexto posterior, muy similar, de los evangelios de Mateo y Lucas, conformando el amplio contenido de una originalísima enseñanza moral, que supera y amplía la del Antiguo Testamento, corrige los yerros del paganismo, y añade normas insospechadas. Se ha pretendido paliar con innumerables reinterpretaciones la singular exigencia de los principios éticos cristianos, por

¹ La tesis había sido sostenida ya por autores protestantes. El protestantismo ha dado pruebas de un creciente énfasis en una moral sin principios, regulada por su contexto, a menudo con escasa referencia a la doctrina moral del texto que constituye su base, la Biblia. W.M. DAVIES, protestante, ha intentado demostrar con prolijos análisis histórico-exegéticos que el cristianismo tiene una moral y que el Sermón de la Montaña, donde está consagrada gran parte de esa moral, no es una tergiversación del pensamiento de Jesús, una simple proyección del monismo judío sobre el Rabbí de Nazaret Cf DAVIES W.M., *The Setting of the Sermon on the Mount*, ed. Cambridge Univ. Press, London, 1964; *El Sermón de la Montaña* (síntesis del anterior), ed. Cristiandad, Madrid, 1975 (de esta última obra véase sobre todo el cap. V, pp. 151-177); “El significado de la ley en el cristianismo”, en *Concilium*, nº 98 (1974) 179 ss. Se hizo eco de aquella tesis protestante, entre los católicos, el entonces anciano jesuita P. J. FUCHS, en una obra que motivo de gran confusión (*Existe una morale cristiana?*, Herder-Morcelliana, Roma-Brescia, 1970). Han escrito agudamente contra la postura de Fuchs S. PINCKAERS, A-L. DESCAMPS, J. DUPONT Y PH. DELHAYE, entre otros (ver bibliografía general); es enérgicamente refutada por R.GARCÍA DE HARO-I. CELAYA, en *La Sabiduría Moral Cristiana*, ed. Univ. de Navarra, Pamplona, 1986. Luego tendremos ocasión de volver sobre el tema.

considerarlos de imposible cumplimiento, sobre todo en medio de la actual cultura². Con esa actitud, lejos de convertir en atrayente una normatividad sin duda severa (“puerta estrecha”), además de ponerla en tela de juicio, se obtiene el resultado contrario; en efecto, sólo se logra sembrar la confusión, con detrimento del bien de los hombres y riesgo de su infortunio eterno.

El Evangelio es sin concesiones urticante e impopular. Si Jesucristo solamente hubiese dicho “amaos”, sin explicar qué clase de amor pretendía, ciertamente hubiese conquistado la opinión pública de todos los tiempos. Pero, al haber añadido “quien quiera ser mi discípulo debe tomar la cruz y seguirme”, perdió toda popularidad. Cristo fue, ciertamente, el menos demagógico de todos los maestros, es decir, no lo fue de ninguna manera. Su doctrina pertenece a otro Espíritu, incompatible con el del mundo. Falsearla es una grave traición.

Si en lugar de acomodar nuestra vida al Evangelio, la moralidad consistiese en acomodar el Evangelio a nuestra vida, habría desaparecido toda moralidad. Jesús sabía que no pedía algo fácil de llevar a cabo y lo señaló expresamente. ¿Podemos olvidar sus palabras? Si ahora, relajados todos los valores morales en medio de una sociedad permisivista a ultranza, el Evangelio nos interpela como nunca, la solución no es tergiversarlo para justificar la inmoralidad reinante en la sociedad de producción y consumo.

La moral de algunos teólogos europeos actuales busca la complacencia de una sociedad de ricos y holgazanes, inmunes a todo sentido de responsabilidad y de renuncia. Justamente aquellos contra quienes fue predicado este Sermón. ¿No habrá llegado el momento de escuchar el Evangelio con mayor interés que nunca?

Pero no es ésta mi principal preocupación; ¡allá ellos quienes prefieren comprometerse con el espíritu del mundo! Aunque debamos lamentar profundamente la desgracia de sus prosélitos, “son ciegos que guían a otros ciegos”.

Mis reflexiones están más bien dirigidas a los hombres y mujeres de buena voluntad, a cristianos sin temor al sacrificio que creen en la santidad y, contra toda esperanza humana, confían alcanzar “lo que parece imposible a los hombres, pero es posible para Dios”, o sea, el heroísmo de la vida moral cristiana.

Las bienaventuranzas pueden analizarse desde numerosos ángulos o puntos de vista: histórico-exegético, teológico, literario, sociológico, etc. Aquí encaro consideraciones más bien de teología espiritual³. Para ello me apoyo en una doctrina proveniente de los Padres de la Iglesia, olvidada por la mayoría de teólogos posteriores de manera inexplicable, e intencionalmente preterida, y hasta menospreciada, por algunos actuales. Fue enseñada casi simultáneamente por san Ambrosio en occidente y san Gregorio de Nisa en Oriente. San Agustín la hizo suya y, al parecer, no sólo la subrayó, sino que aplicó ese esquema a la estructura de varias de sus principales obras.

² Cf B. LAMBERT (*Las bienaventuranzas y la cultura hoy*, ed. Sígueme, Salamanca, 1987) muestra, por el contrario, que las bienaventuranzas serían el mejor recurso para la evangelización de la cultura.

³ Mucho dudé sobre publicar el texto con o sin las notas explicativas y bibliográficas; finalmente opté por lo primero para hacer ver los sólidos fundamentos de esta doctrina. Sin embargo, quien lo prefiera puede prescindir de ellas.

El principio es el siguiente: *las bienaventuranzas son los grados de la ascensión del hombre hacia Dios*; son como las “edades” de la vida espiritual, mejor enseñadas y expuestas en el Sermón del Monte y de la Llanura que en los escritos de los diestros maestros de la mística católica.

Esta maravillosa concepción ha sido dejada de lado por considerársela irracionalmente esquematizante. Sin embargo, las propuestas ulteriores, que al final llegan a las mismas consecuencias, no están mejor hilvanadas. Si no nos atamos demasiado a una síntesis consciente de sus propias limitaciones, pero gozosamente empeñada en la lectura del plan divino, por cierto existente aunque inescrutable en su totalidad para la mente humana, ella nos enseñará muchas y bellas cosas. Incluso nos hará comprender mejor el lenguaje de los místicos en sus más profundas y oscuras expresiones.

Pero, por sobre todo, nos hará entender que la santidad —ese camino arduo y aparentemente intransitable— es posible, es obligatoria, está al alcance del hombre por el poder del Espíritu. Muchas almas sencillas e ignorantes la vivieron. “Si tantas y tantos pudieron, ¿por qué no también nosotros?”, podríamos preguntarnos con la conocida fórmula agustiniana. De allí que, aunque los teólogos callemos, “gritarán las piedras”.⁴ Más nos valdrá, entonces, admirar, predicar, alabar y bendecir al Señor, magnífico en todas sus obras.

Domingo F. Basso, O.P.
2ª edición. Pascua 2008

⁴ Lc 19, 40

ARTÍCULO I

LOS TRAMOS DE UN RUDO CAMINO

1.- La aspiración universal a la felicidad

El hombre no puede renunciar a ser feliz sin renunciar a ser hombre. Y renunciar a ser hombre es una fantasía absurda. Consciente o inconscientemente (ambos hechos son posibles) puede alguien decidir no someterse a los postulados de la ética natural o cristiana; mas le resultará imposible renunciar al deseo de ser feliz. ¿Cómo imaginar semejante contradicción siendo la ética, por su misma naturaleza, el único medio para lograr la felicidad o la “beata vita” de los antiguos filósofos? Porque este camino —el de la moralidad— ya fue reconocido como exclusivo por los mismos paganos. La respuesta es muy simple: hoy, como siempre, depende de lo que se entienda por “ser feliz”, y (son tan numerosos los factores gravitantes en cada una de las tesis sostenidas durante el transcurso de la historia humana!

La tendencia íntima de todo ser a la dicha, ligada incluso a las exigencias más recónditas de lo puramente biológico, no puede ser puesta en duda: “el bien es lo apetecido por todos”. ¿Puede el ser humano discutirla cuando le basta examinar el testimonio de su propia conciencia? Si alguno afirmara dudar, mentiría. El mismo antojo irracional de objetarla es una prueba a favor de ella. Aunque estúpido constituye una autosatisfacción el empeño de contradecir lo universalmente admitido. Quizás tenga ribetes psicopatológicos tal afán de descollar entre lo demás negando de manera insensata la evidencia; responde, por lo general, a complejos morbosos del inconsciente. (Si hasta en el suicidio —tan opuesto a la propensión natural de todo ser a conservarse en la existencia— intenta quien destruye su propia vida ser feliz, por lo menos creyendo poner coto así a su infelicidad!

Cuando no se trata del desenlace trágico de un trastorno mental, es una forma miserable de pretender la plena liberación.⁵

La aspiración congénita a la felicidad intrínseca a toda criatura, para quienes aceptamos un orden cósmico armonioso y sabio, es la premisa racional sobre la cual se apoya la demostración de una verdad más alta. O el cosmos se define por esta armonía, o es el mismo caos. Quienes la rechazan prueban por el absurdo, a su pesar, la falta de soporte de esa incoherente negación: no pueden evitar rebatir con los hechos ordinarios de la vida cuanto intentan demostrar con sus razones.

En un universo caótico ¿qué sentido tendría aspirar a la felicidad —cualquiera sea el modo de concebirla— si nada tiene sentido? Creyendo en tal caos, algunos la consideran un anhelo sin objeto y, por consiguiente, sin posibilidad de concreción. Mas, aún concebido como “un ser para la nada” y definido por la desesperación y la angustia, al hombre, en la práctica, le resulta inevitable buscar ansiosamente en algo, aunque sólo fuese la efímera voluptuosidad, una brizna de dicha. Y, así como se contradice el investigador ateo que, después de haber negado la existencia de un orden y de un Ordenador, indaga en su laboratorio las leyes vigentes en los fenómenos de la materia o de la vida (si no hubiese orden no deberían existir leyes, ni siquiera naturales, para explicar dichos fenómenos), de la misma manera se contradice quien, rechazando la posibilidad misma de la felicidad con argumentos pretendidamente extraídos de la miseria humana, la afirma luego con lo mismo que la niega: los actos todos de su propia existencia. Repudiándola con máximas, la reconoce con los hechos más vulgares: el estoicismo de la ciencia, la deleznable satisfacción de la fama, la ambición del poder, el deleite de los manjares, el éxtasis del amor de una mujer, la evasión de las drogas, la posesión de riquezas ... Renegar de ella con las palabras, pero exaltarla en el intento de saciar apetitos, ¿no es acaso una flagrante contradicción? No se ha de confundir la inquietud de un corazón inexorablemente insatisfecho con la imposibilidad de ser feliz. Eso no demuestra que la felicidad no exista, pues esa misma inquietud la postula: la angustia sólo es posible en un ser cuyo espíritu está abierto al infinito; demuestra únicamente que el hombre ha errado el camino hacia el ideal verdadero. Extraviarse en la ruta no es verificar la falta de la meta; es un modo implícito de reconocer que la felicidad radica en el Absoluto. Indefectiblemente se experimentará nostalgia de ella cuando oprima el desencanto de las cosas relativas. (Y es tan difícil aprender la lección de esa nostalgia! Dicha tragedia fue vivida por innumerables seres humanos en el transcurso de la historia, mas pocos han sabido reconocerlo. San Agustín, también él atormentado por una experiencia similar, logró descubrir, y luego confesó con lealtad haber gastado demasiado tiempo en ello, donde estaba la falacia.

El verdadero problema no consiste, pues, en ser insensibles a la sed, surgida de lo más profundo de nuestro ser, que nos devora desde nuestro nacimiento. Nada ha sido objeto de tanta coincidencia entre los hombres como el ansia de apagarla. El verdadero problema estriba en encontrar el modo de saciarla para siempre: “en lograr beber del agua que, una vez bebida, no permita volver a tener sed”.⁶ Pero, obtenida esa agua, descubre el hombre un nuevo y precioso modo de entenderse a sí mismo. “Noverim Te, noverim me”.⁷ Y, normalmente, cualquier transformación comienza por lo más externo y practicable.

Proponer una “teología de la felicidad” es, sin lugar a dudas, dar por resuelto el problema de antemano. La respuesta de la teología a todos los interrogantes humanos es siempre la misma: Dios. Pero ésta, ¿quien lo ignora?, no es respuesta satisfactoria para la opinión pública.

⁵ Jaspers lo definía “la última libertad de la vida”.

⁶ *Jn.* 4, 14

⁷ “Si te conozco a Tí, me conozco a mí”. Célebre dicho de San Agustín.

Sin embargo, el presupuesto científico para dar esa invariable respuesta, la Teología lo supone demostrado. En efecto, no es un postulado de fe (única madre de la teología) sino de ciencia, y de la ciencia más rigurosa y elevada, la “sabiduría racional” o metafísica.⁸ El menosprecio de las pruebas irrefutables de dicha ciencia por parte de una inmensa muchedumbre es un hecho antiguo y hartamente conocido. Y, aunque a la muchedumbre no le importe, ésa es la razón esencial de su verdadero infortunio, la fuente de su desventura.

Los motivos de tal rechazo radican más en el corazón y en las apetencias del cuerpo que en la mente del hombre. ¿Para qué entrar una vez más en la explicación del fenómeno del ateísmo? Ha sido tan amplia y frecuentemente estudiado como poco resuelto. A mi juicio, al hombre no le falta Dios, le sobran los ídolos, los licores embriagantes que deshidratan su alma y encienden aún más su sed, ineficaces sucedáneos del agua verdaderamente saciante. Los hechos, por repetidos y generalizados, no refutan la verdad. Pero es lógico que, negando a Dios, se busque entre las cosas el manantial del gozo.

2.- ¿Un Dios demasiado lejano o un hombre destruido?

Cabe preguntarse también si a Dios se lo descarta, aún conociéndolo, por considerarlo demasiado lejano. La gente exige la satisfacción inmediata de sus deseos; no acepta la paciente aventura de la esperanza. He ahí porqué esa estrella del camino tenga tan pocos prosélitos que, siguiéndola, se acerquen a adorarla.⁹

No basta poseer una idea de Dios, si bien firme o, al menos, suficientemente clara, para aceptarlo como objeto exclusivo de la bienaventuranza. No, por cierto, si aún no se ha logrado distinguir al hombre de la bestia. En tal coyuntura se fabricarán ídolos substitutivos.¹⁰

Hay hombres cuyo problema no es la falta del conocimiento de Dios, sino la ausencia de fe en sí mismos, en su condición de hombres. Hasta me atrevo a preguntarme si acaso no son la mayoría. Siendo hombres y, por serlo, abiertos al infinito, se conforman, en ciertos casos, con una felicidad ni siquiera proporcionada a los apetitos de las bestias, pues éstas satisfacen mesuradamente sus instintos; son “aquellos cuyo dios es su propio vientre”.¹¹

En muchas mentes falla con mayor frecuencia —para expresarlo en rancios términos filosóficos— la antropología que la teodicea. ¿Quién puede negar la actual profunda crisis de identidad de este sujeto “olvidado de la sana ambición de ser hombre”?¹² La sociedad actual no sólo está sumergida en el ateísmo y en el materialismo, ahora también se ha infectado del virus del “antihumanismo”. Es teoría defendida como presupuesto científico indiscutible que el hombre, ubicado en la cumbre de la escala zoológica (pero siempre dentro de ella), comparte ese lugar de privilegio con los primates y los delfines.

Como consecuencia, en la práctica sólo tienen relevancia y sentido las “pulsiones” sensoriales. Y, así, sin ningún criterio ni tino, muchos seres humanos se entregan a las más degradantes perversiones, no sólo en contra del orden de la recta razón sino también en contra de las mismas leyes biológicas de la especie.

⁸ Cf DOMINGO F. BASSO, *Los fundamentos de la moral*, ed. CIEB, Buenos Aires, 1990, cap. IV: “La búsqueda de la felicidad”, p. 79 ss.

⁹ Cf *Mt*, 2, 2, 9-10

¹⁰ Cf *Rm* 1, 18-32

¹¹ *Flp* 3, 19

¹² JUAN PABLO II, *Discurso a la UNESCO*, n1 13

La teología se ve obligada a rechazar esa mezquina y deleznable imagen, universalmente divulgada.¹³ Con un ser considerado una fruslería ¿qué se puede pretender construir? La Teología defiende otra concepción del hombre, lo considera elaborado a semejanza de Dios. Eso le ha valido, a los ojos de los sabios de este mundo, ser reputada obsoleta o anacrónica, opuesta a los avances de la ciencia y a las transformaciones de la cultura.

¿Es sensato repudiar tan alto concepto de sí mismo? Sin embargo, eso hace el hombre moderno. Prefiere ubicarse al nivel de las bestias. Mas, formulada de una u otra manera, es ésta una vieja fábula.¹⁴

La Teología, cuando de la felicidad se trata, no se preocupa de explicar el “por qué” sino el “cómo”. Tal es el origen del gran escándalo. El “por qué” es un dato racional, estúpidamente (es menester emplear el término preciso) negado por una pseudociencia convertida en miope, quizás por haber malogrado su percepción del panorama espectacular y prodigioso del cosmos, enfrascada en el minúsculo universo de las moléculas; se ha tornado inepta para discernir la intervención imprescindible de la *causalidad* eficiente. Todo lo ha reducido al azar y a la *casualidad*; creyó suficiente, para resolverlo todo a su gusto, cambiar de lugar una letra. Y, de esta manera, permanece sumergida en una grotesca crisis de síntesis sapiencial. El “cómo”, pacatamente intuido por la visión cosmológica de la sabiduría antigua, sólo la Revelación puede descifrarlo con exactitud. Lo cual no significa desechar los presupuestos filosóficos; es sólo recordar que la teología está situada, al tener como punto de partida la fe, por encima de los argumentos de la razón.

3.- Una declaración de principios

El “Sermón de la Montaña” es la declaración de principios de la concepción cristiana de la felicidad, ese tan complejo, acuciante, principal y dramático interrogante humano. Lógicamente, nada de cuanto enseña podrá entenderlo quien continúa sustentando la tesis del parentesco del hombre con los primates, eslabón inconcluso de un “filum” ya establecido por el saber progresista de modo definitivo. (Añadirle un ingrediente nuevo, indefinidamente superior a la dimensión biológica material, denominado “espíritu”, es, en términos científicos, indemostrable y arbitrario!

Para quien así concibe la realidad humana, atribuir dignidad y derechos, especial destino y porvenir venturoso a un ente biológicamente restringido y metafísicamente inepto, es sólo “construir mitos”. Mas es he aquí la paradoja: para pensarlo tan banal y desvalido se recurre a un mecanismo conceptual en sumo grado intrincado, complejo y sofisticado, únicamente eficaz para demostrar de suyo todo lo contrario; contrasentido de un ser que recurre a su enorme energía intelectual con el afán de demostrar carecer de ella. El simio no duda de su falta de inteligencia, porque para dudar necesitaría tenerla; mas si el hombre puede dudar, es porque la tiene. Afirmar y negar, juzgar, dudar y razonar son atributos de la inteligencia. Los sentidos no juzgan ni dudan jamás. El instinto de las bestias es infalible; solamente el hombre acierta o se equivoca. “La verdad y el error —escribió Aristóteles— sólo se hallan en el juicio”; y únicamente un ser inteligente, el hombre, puede juzgar.

De todos modos, aunque no fuese así y se abrigase del hombre la muy elevada opinión de algunos filósofos paganos (especialmente griegos) acerca de su lugar supremo en el cosmos, el concepto teológico de la felicidad humana seguiría superando el de cualquier antropología filosófica por sublime que sea. Quizás esos paganos coincidieron con los cristianos en la detección de la meta real (el fin último); pero también ellos —y no podía ser de otro modo— fracasaron al tratar de señalar el camino, si bien debamos admirarlos por haberse acercado tanto a una verdad de la cual tan irrazonablemente se apartaron muchos filósofos modernos pese a disponer de los datos revelados.

¹³ No me refiero aquí al problema científico del origen del cuerpo humano, cuestión ampliamente debatida que no corresponde a la teología resolver. Me refiero a una idea completamente materialista del fenómeno humano, en la cual no se da cabida alguna al espíritu.

¹⁴ Cf *I Co* 1, 17-31

4.- Un nuevo Reino, una nueva ley

El Sermón de la Montaña, ¿es de Jesús o es atribuido por los evangelistas, sobre todo por Mateo, a Jesús? Esta pregunta surge actualmente a raíz de la debatida cuestión sobre el “Jesús histórico”. Hoy casi todos los entendidos opinan que la tradición sobre la persona, los hechos y dichos del Señor pasó, antes de ponerse por escrito, por una fase de tradición oral en la cual la Iglesia la utilizó y, en cierta medida, la acomodó a sus necesidades de *kerigma* o predicación, de catequesis, de apologética, de liturgia. El análisis de esta configuración eclesial operada en el cuerpo de la tradición ha sido obra de la *historia de las formas*. Pero se ha pregonado en demasía que lo sabido de Jesús, de su persona, hechos y dichos, es solamente la versión de la Iglesia primitiva, pospascual. Por esa interposición de la Iglesia entre el Jesús que ella nos ha legado y el Jesús histórico se ha trabajado muchísimo en la recuperación del Jesús histórico: lo que Jesús en realidad fue, hizo y dijo. Pero todo este trabajo de deslinde del Jesús histórico y del Jesús de la fe no ha logrado rescatar un Jesús histórico distinto del que la Iglesia primitiva vio y transmitió. Como resultado positivo de la investigación susodicha ha aparecido que detrás de Jesús y de su doctrina hay más influjo del judaísmo de lo calculado. Pero, aunque tal investigación no haya sido capaz de deslindar al Jesús de la historia y al Jesús de la Iglesia, tenemos suficientes argumentos para considerar al Jesús de la Iglesia como una figura fiable, como un Jesús histórico. Concretándonos al Sermón de la Montaña, tenemos suficientes motivos para creer que sus dichos son de Jesús y no sólo aplicados a Él, puestos en su boca.¹⁵

No se ha de suponer que hubo una creación masiva de dichos creados por la comunidad primitiva y atribuidos al Jesús terreno. Mucho más probable es que la Iglesia heredó y guardó los dichos de Jesús flotantes en la tradición, los modificó para sus propósitos y los atribuyó a Jesús en una nueva forma. Descubrir la forma original puede no ser fácil, pero tampoco es siempre imposible.

Que ciertos dichos proféticos, inspirados por el Espíritu Santo, puedan haber sido atribuidos a Jesús no ha de causar extrañeza, pues para la Iglesia el Espíritu Santo era el Espíritu de Jesús, el Espíritu que Él había de enviar, “que os enseñará todas las cosas y os recordará todas las cosas que os dije yo”.¹⁶ Los discursos del Evangelio de Juan, las cartas del Apocalipsis,¹⁷ son, en realidad, discursos o palabras de Jesús, porque son palabras del “Espíritu de Cristo”, el cual no sólo predijo por boca de los antiguos profetas los padecimientos y gloria de Cristo,¹⁸ sino que actuaba en las comunidades primitivas “a través de los que os evangelizan por medio del Espíritu Santo enviado del

¹⁵ La tradición en el mundo semítico era efectivamente tradición oral fiable. La *Mishná*, así parece, circuló largo tiempo en tradición oral, de memoria. Para que no creamos que la valoración de la memoria y de la tradición oral es prerrogativa únicamente de la cultura semítica, se puede recordar el mito de Thamuz y Theuth del *Fedro* (275 C.D.), en el que Platón muestra decidida preferencia por la memoria, la tradición oral, posponiendo el *logos guegrammenos*, la palabra escrita. Cf L. GIL, “El logos vivo y la letra muerta. En torno a la valoración de la obra escrita en la Antigüedad”, en *Emerita*, XXVII (1959) 239-268. Hay indicaciones en el Nuevo Testamento de que ciertas tradiciones corrían en fórmulas técnicas de transmisión oral. En tiempos de san Pablo ya existieron colecciones, orales o escritas, de palabras de Jesús. El período de tradición oral fue corto, y la tradición tanto en fase oral como escrita, quedaba fácilmente controlada por la vigilancia de los responsables de la Iglesia y los testigos de la tradición y por el continuo desplazamiento y frecuente comunicación de los guardianes de la tradición. La tradición interesaba vitalmente al ser y vivir de los cristianos, lo que constituía razón poderosa para no permitir alteraciones deformantes. Éstas y otras razones avalan la pureza de la tradición a pesar de su utilización por la Iglesia para diversas funciones. Cf W.D. DAVIES, *The Setting of the Sermon on the Mount*, ed. Cambridge Univ. Press, London, 1964, p. 418.

¹⁶ *Jn.* 14, 26

¹⁷ Cap. 1 y 2

¹⁸ *1 P* 1, 11

cielo”.¹⁹ En definitiva, cuanto a los cristianos primitivos debía importar, cuanto a nosotros realmente importa, es que las palabras de Jesús sean de Jesús directamente, o indirectamente a través de su Espíritu.

En el siglo I existía una “Ley del Mesías”. No tiene ningún fundamento decir que la ley del Mesías es creación de los Padres Apostólicos, de la cristiandad del siglo II y presentar la cristiandad del siglo I como un cristianismo de gracia y no de ley. El Sermón de la Montaña contiene esa ley del cristianismo. La conversión pedida por el Maestro de Nazaret²⁰ consistía no solamente en aceptar el evangelio —una conversión de fe— sino también en una conversión moral, de conducta como la que pedían sus contemporáneos saduceos, fariseos y esenios a los pecadores: una conversión a cumplir una ley. Pero Jesús difería de todos ellos: difería de los saduceos, pues para éstos la ley a la cual los pecadores se debían convertir era la ley escrita de Moisés, sólo la ley escrita sin interpretación, y para Jesús era la ley con su propia interpretación; difería de los escribas y fariseos, pues para éstos la ley era la Ley escrita de Moisés más la interpretación oral, y para Jesús era la ley con una interpretación muy distinta de la de los fariseos; difería de los esenios, pues para éstos la ley era la de Moisés, radicalizada con más y más preceptos, mientras para Jesús era la Ley radicalizada en profundidad, imponiendo, por ejemplo, el amor a todos los enemigos, amor que los de Qumrán ignoraban.

La Ley de Jesús no se basa forzosamente en la ley natural, aunque Jesús en la prohibición del divorcio invoque el matrimonio monógamo del principio de la creación²¹, y aunque mande amar a los enemigos a imitación del Padre que hace llover y lucir el sol sobre justos y pecadores²². El recurso a la creación, a la naturaleza, a lo que los estoicos llamarían la ley natural, se da algunas veces en la ética de Jesús, pero no es la fuente normal de la Ley de Jesús, si bien algunos preceptos, amén de las parábolas, se fundan en el curso natural de las cosas.

El origen de la Ley de Jesús se ha de buscar en la conciencia que tenía de ser el Mesías, el nuevo Moisés legislador, pues el Mesías debía dictar una Ley Nueva o renovada. En cuanto judío, en cuanto Mesías, Jesús no podía desdeñar la categoría de “ley”. Y no la desdeñó. Perfeccionó la ley mosaica como muestran las seis antítesis del Sermón de la Montaña, que, si en su formulación actual quizá son de Mateo, algunas ciertamente son de Jesús, tal por ejemplo la antítesis última que manda amar a los enemigos.

El amor al prójimo fue el eje diamantino de la ética de Jesús²³. Junto con el amor a Dios, resume las exigencias de la moral de Cristo. Un amor al prójimo que abarca a todos los hombres, incluidos los enemigos. Un amor de la categoría *agápe*, a saber, amor operativo —manifestado en obras—, y desinteresado. Amor radical como el amor ejemplarizado por Jesús. Radical y difícil de cumplir, pero no imposible, pues sus exigencias están encuadradas en un contexto de gracia de Dios, de perdón, de ayuda, tan generosos que el agradecimiento estimula y facilita el cumplirlas. El agradecimiento y la generosa ayuda de Dios.

Todo el Evangelio en cuanto noticia de salvación envuelve en un recuadro de bondad y de colaboración divinas las exigencias impuestas a la colaboración humana. No es otro el recuadro en el que está inscrito el Sermón de la Montaña. Precede a las exigencias éticas del Sermón la narración de

¹⁹ *IP* 1, 12

²⁰ “Se ha cumplido el tiempo; está cerca el reino de Dios: arrepentíos y creed en el Evangelio” (*Mc* 1, 15).

²¹ *Mt* 19, 5 y *Gn* 2, 24

²² *Mt* 5, 45 ss.

²³ Cf *Mc* 12, 28-34; *Mt* 22, 34-40; *Lc* 10, 25 ss.

las curaciones de Jesús: “curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”:²⁴ “le presentaban todos los que se hallaban mal, aquejados de diferentes enfermedades y recios dolores, endemoniados, lunáticos y paráliticos, y los curó”.²⁵ Preceden a las exigencias del Sermón dos capítulos de milagros, de curaciones, de obras de gracia.²⁶

La ética de Jesús no es simplemente fuerte llamada a una decisión, a una opción por Jesús, dejando para las situaciones de la vida del cristiano el decidir qué es lo bueno y qué es lo malo; es una llamada a una decisión fundamental y al cumplimiento de normas concretas de voluntad de Dios.

Tampoco es una ética imposible destinada a que el hombre se confiese impotente y se eche en brazos de la misericordia de Dios. Es difícil, pero no imposible, sobre todo contando con que a los preceptos generales acompañan normas prácticas que, casi con certeza, derivan en su mismísima concreción del propio Jesús.

5.- El verdadero itinerario

El verdadero itinerario es inédito y exclusivo del cristianismo. Emanan de un conocimiento del hombre, de su fin y de su conducta (la vida moral) sin parangón alguno. Se trata de “una sabiduría que no es de este mundo, ni de los príncipes de este siglo, que quedan desvanecidos;... es una sabiduría divina, misteriosa, recóndita, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria; que no conoció ninguno de los príncipes de este mundo”.²⁷ San Pablo, quien garantizaba disfrutar de esa *gratuita* sabiduría, no quiso predicarla fundándose “en persuasivos discursos de *humana* sabiduría, sino en la manifestación y el poder del Espíritu”, a fin de que la fe de sus discípulos “no se apoyara en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.²⁸

El conocedor más competente del alma humana fue Jesucristo. Él no creyó en ningún hombre, porque veía en el interior de cada hombre.²⁹ Nadie pudo discernir mejor el afán y las ambiciones crepitantes en las entrañas del individuo, las aspiraciones e ilusiones que lo acucian, los malos instintos que lo trastornan. Verdadero intérprete de la historia individual y social, cuyo señorío ejerce por derecho innato, no quiso dejar sin respuesta el mayor interrogante humano. Más aún, ése fue el motivo de su venida, pues se hizo presente en el mundo (la humanidad) para salvarlo.³⁰

Salvarse es hacerse feliz. En efecto, ¿qué es el anuncio del Reino, la buena noticia, sino la manifestación de la victoria definitiva contra la tristeza? Cristo es la muerte de la muerte, el “cordero de Dios que borra el pecado (y sus efectos, sufrimiento y muerte) del mundo”.³¹ Pero sus criterios no eran nuestros criterios; el camino inesperado revelado por Él no fue ninguno de los conjeturados por sus predecesores. Y como encontrar el camino de la felicidad es el objetivo de la moral, su moral resulta, en consecuencia, diametralmente opuesta a la moral del “mundo”. Quien quiera ser feliz, ha

²⁴ Mc 4, 23

²⁵ Mc 4, 24

²⁶ Mt 8 y 9

²⁷ I Co 2, 6-7

²⁸ *Ibidem*, 4-5

²⁹ “Al tiempo en que estuvo en Jerusalén por la fiesta de la Pascua creyeron muchos en su nombre viendo los milagros que hacía, pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, y no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues Él conocía lo que hay en el hombre” (Jn 2, 23-25). Cf Mc 2, 8; Lc 6, 8; Jn 6, 61

³⁰ Jn 3, 16-17; 12, 46-47

³¹ Jn 1, 29, 36

de arrancar de su corazón todo apego a los bienes de la tierra donde acostumbraron los seres humanos a rastrear la dicha. Sus discípulos “han de tomar la cruz para seguirlo”,³² porque el Reino de Dios (la felicidad) no está fuera sino dentro de ellos;³³ tal Reino “es justicia, y gozo, y paz en el Espíritu Santo”.³⁴

Pero, aunque esté dentro de él, la felicidad no es todavía el hombre mismo. La sed de infinito que lo devora sólo es síntoma de su grandeza, de su insaciable capacidad de amar, de su supremacía sobre los bienes creados (aún de todos ellos juntos). Ese potencial de amor es mayor que él mismo y debe conducirlo a la “negación de sí mismo”, es decir, a descartar la mezquindad de su amor propio.³⁵ Aunque los términos hayan adquirido un significado sinónimo, las “bienaventuranzas” no son la Felicidad, sino el itinerario hacia ella. Es menester explicar los fundamentos de esta afirmación. Quizás pueda resultar un poco artificial a los ojos de algunos; pero hunde sus raíces en una venerable tradición patristica. Se ha de valorarla antes de descartarla.

6.- Letra y espíritu, ley y gracia

En la manía surgida hace unos años de decir, al interpretar la Escritura y los fenómenos históricos que circundan la revelación, cuanto a uno se le ocurre y darlo por sentado, no faltaron quienes creyeron ver en el Sermón de la Montaña, especialmente en la versión de Mateo con su insistencia en la ética cristiana, la contestación a la doctrina de Pablo de la fe en Cristo sin las obras de la ley.³⁶

Pero esto supone haber entendido mal tanto a Mateo como a Pablo. Es verdad que Mateo recoge algunos textos particularistas: que los discípulos no vayan a predicar a los gentiles;³⁷ que, al huir, perseguidos de una ciudad a otra, no terminarán de recorrer las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre;³⁸ que los fariseos recorren muchas tierras buscando prosélitos para hacerlos dos veces hijos de la *gehenna*.³⁹ La razón de éste y otros textos particularistas de Mateo no es una judaización del evangelio, sino fidelidad a las enseñanzas y conducta particularistas de Jesús,

³² Mt 10, 38; 16, 24; Lc 9, 23; 14, 27

³³ Lc 17, 21

³⁴ Rm 14, 17

³⁵ Lc 9, 23

³⁶ Existe la tesis, apoyada por DAVIES (o.s.c.), de que la versión de Mateo apunta directamente contra la escuela de Jamnia (ciudad del oeste de Judea donde Yohanám ben Zakkay estableció, después de la destrucción de Jerusalén, el año 70, una academia rabínica; allí se dieron cita gran número de rabinos, con el intento de revitalizar el judaísmo en trance de desaparición); el Sermón de la Montaña sería una réplica cristiana a la actividad codificadora y reformista de Jamnia. Pero S.F.G. BRANDON y algunos que lo siguieron quieren ver también oposición entre la doctrina de Pablo y la de Mateo (éste estaría más en la línea de Santiago). Davies niega varios supuestos de Brandon: que hubo una fuerte tensión entre la Iglesia judeo-cristiana de Jerusalén y las iglesias étnico-cristianas capitaneadas por Pablo, pues tal tensión no fue tanta ni tan durable como se dice; niega que Mateo sea la contrarréplica de la comunidad de Alejandría, donde se habría compuesto su evangelio, a un paulinismo redivivo después de la destrucción de Jerusalén, pues de haber existido tal resurrección paulina habría tenido lugar después de la publicación de los *Hechos de los Apóstoles*, pedestal de Pablo, es decir, después de escrito el evangelio de Mateo. Ni Mateo fue projudío y antigentil, ni Pablo enemigo del judaísmo (o.s.c., cap. IV, 316-414).

³⁷ Mt 10. 5 ss.

³⁸ Mt 10, 23

³⁹ Mt 23, 15

quien quiso circunscribir su ministerio personal, y el de sus discípulos durante su vida, al viejo Israel. Pero, al lado de los textos particularistas, Mateo da cabida a textos universalistas que se refieren a la salvación de los gentiles: el campo donde se siembra la semilla es el mundo⁴⁰; algunos gentiles son curados por Jesús y “glorifican al Dios de Israel”.⁴¹ Los textos sobre el cumplimiento de la ley⁴² no son una réplica al antinomismo de Pablo.⁴³

Por su parte, Pablo tampoco se opone a la tradición albergada por el Evangelio de Mateo. Es cierto que Pablo divide su vida en dos etapas: su vida bajo la ley de Moisés y su vida después del bautismo, justificación y salvación por Cristo; es cierto también que Pablo, como todo cristiano, después del bautismo es una nueva criatura, liberada de la ley de Moisés. Pero también es cierto que para Pablo tal liberación no entraña liberación de *toda* ley. ¿Cuál es esa Ley a la que se somete el cristiano después del Bautismo? No es la ley natural, o ley de la creación de la cual a veces habla y de cuya importancia no duda.⁴⁴ Tampoco es la conciencia, noción a la cual Pablo recurre muy poco. Menos todavía es la moral estoica, teórica o popular, de su tiempo; aunque cita listas de vicios y virtudes del mundo helenístico, no les aplica la calificación explícita de ley, porque no es esta moral la norma primera de su ética. Por el bautismo, el cristiano, a través de la fe, ha muerto, ha resucitado y ha sido justificado: es una nueva creación.⁴⁵ Ahora necesita ser lo que es. Su vida moral está enraizada en lo que él es: una nueva creación en Cristo. Así como nos exhortamos a vivir “como hombres”, así los cristianos son exhortados a vivir “como cristianos”, a ser lo que son. Por lo mismo, el vivir “en Cristo” o “según el Espíritu” implica vivir según ley.⁴⁶ Si existe cierta tensión entre la fe en Cristo y las obras del creyente, entre lo que hace Dios por Cristo para salvar al hombre y lo que el

⁴⁰ Mt 5, 13 ss.; 10, 18; 12, 18-21; 13, 38

⁴¹ Mt 15, 29-31

⁴² “No he venido a abolir la Ley o los profetas; no he venido a destruir, sino a dar cumplimiento” (Mt 5, 7); “pasarán los cielos y la tierra antes de que pase una yod o una tilde de la Ley” (Mt. 5, 18).

⁴³ Ni es tampoco una alusión al nombre de Pablo (= pequeño, poca cosa) o a su denominación “el mínimo de los apóstoles” (I Co 15, 9) el dicho “el que no cumple uno de estos mandamientos más pequeños será llamado mínimo en el reino de los Cielos” (Mt 5, 19). Estos dichos de Jesús quieren expresar pura y simplemente su propósito de dar acabamiento y perfección a la ley, así como su voluntad de que los discípulos cumplan mandamientos grandes y pequeños. El adjetivo demostrativo “estos” (“*estos* mandamientos más pequeños”) no se refiere a los más pequeños mandamientos de la Ley y de los profetas de que se habla antes, sino a los mínimos mandamientos de la Ley perfecta de Jesús. Es un “estos” superfluo, como tantas veces en arameo. Tampoco es intención de Mateo achicar la figura de Pablo levantando la de Pedro, pues dar preeminencia a Pedro es común a todas las fuentes neotestamentarias.

⁴⁴ “Los gentiles que no tienen ley, guiados por la naturaleza, obran los dictámenes de la ley; sin tener ley, para sí mismos son ley; muestran tener las obras de la ley escritas en sus corazones, por cuanto su conciencia da juntamente testimonio, y sus pensamientos, litigando unos con otros, ora acusan, ora defienden” (Rm 1, 19-21; 2, 14-15); “¿No os enseña la naturaleza que si el varón deja crecer la cabellera es un deshonor...?” (I Co 13, 1-6). La exhortación paulina a someterse a las autoridades y el reconocer que están constituidas para premiar el bien y castigar el mal (Rm 13, 1-6) supone implícitamente el reconocimiento de que son y obran según ley natural. Mas, a pesar de estas referencias más o menos explícitas a la ley de la naturaleza, no se puede decir que Pablo tome la ley de la naturaleza como la nueva ley de Cristo. Cf C.H. DODD, “La ley natural en la Biblia”, en *Morale de l'Évangile*, p. 100-109

⁴⁵ Rm 6, 3; I Co 12, 13; Ga 3, 27; 2 Co 8, 9; 12, 1; Flp. 2, 5-8; Rm 8, 11

⁴⁶ No se han de echar al olvido frases como las siguientes: “Frente a tales cosas C los frutos del Espíritu Santo C no tiene objeto la ley” (Ga 5, 23), o “Si os dejáis llevar por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Ga. 5, 18). Pablo, consciente de que la nueva criatura está sometida a las pasiones de la “carne”, del hombre inferior, y a las sollicitaciones de las potestades adversas, no libera al cristiano de toda norma, puesto que le exhorta a vivir vigilante y en ascesis, en espera del juicio en que será juzgado según sus obras.

hombre debe hacer para salvarse es porque se exige una fe manifestada en obras de caridad,⁴⁷ excluyendo toda vanagloria,⁴⁸ pues la salvación es don y gracia y, en ese sentido, gracia y obras se excluyen mutuamente.⁴⁹

La economía cristiana es un nuevo Éxodo, un nuevo ser liberados de la cautividad de Egipto, la cautividad del pecado; es un nuevo caminar bajo la nube y ser alimentados con un nuevo maná;⁵⁰ es poseer una nueva alianza en la Eucaristía⁵¹ y tener un nuevo cordero pascual.⁵² Aunque el Apóstol habla poco de la Ley Nueva, probablemente por su propósito de combatir la manía legalista de los cristianos judaizantes, proclama dos veces la existencia de *la Ley de Cristo*. La ley de Cristo en doble sentido: a) Cristo es la Ley, la nueva Torá, por lo cual a Cristo le convienen los atributos aplicados por el judaísmo a la Torá o Ley de Moisés; esto supone en el cristiano imitar a Jesucristo, debe practicar la *imitatio Christi*, y b) De Cristo emanaron normas para el comportamiento cristiano.⁵³

La Ley de Cristo es, pues, el propio Cristo, su vida. Pero también son la ley de Cristo sus palabras, sus mandamientos. Pablo introduce casi inconscientemente palabras de Jesús en sus propias exhortaciones, lo cual significa que esas palabras se habían hecho carne de su carne⁵⁴. La Ley de Cristo es el amor. En Pablo el amor es norma ética de alto rango; lo mismo en Mateo, en Lucas y en Juan. Pero quede bien en claro lo siguiente: Jesús no vino a destruir la Ley, sino a darle cumplimiento, a “afianzarla”, como dice el Apóstol precisamente después de un ataque inmisericorde a las obras de la ley: “¿Anulamos con esto la ley por medio de la fe? Eso, no. Al contrario, afianzamos la ley”.⁵⁵ Sólo es necesario comprender en qué consiste esta nueva moral, absolutamente inédita.

7.- Bienaventuranzas y Felicidad

⁴⁷ *Ga* 5, 6

⁴⁸ *Ef* 2, 9

⁴⁹ *Rm* 11, 6

⁵⁰ *I Co* 10, 1 ss.

⁵¹ *I Co* 11, 20-34

⁵² *I Co* 5, 7. Nuevo Éxodo para redención del pecado: “No fornicemos como algunos de ellos (algunos israelitas del desierto) fornicaron” (*I Co* 10, 8). Nuevo Éxodo con un nuevo Moisés que es Cristo; con una nueva ley que es la ley de Cristo, de la cual habla en dos ocasiones (*Ga*. 6, 2 y *I Co* 9, 19-21).

⁵³ Cristo es el objeto de imitación de Pablo como el propio Pablo espera ser imitado por sus discípulos (*I Co* 11, 1). El Apóstol destaca las cualidades del Jesús histórico que deben ser imitadas (*Rm* 15, 3; *2 Co* 10, 1; *2 Co* 8, 8-9). La descripción de la *agápe* en *I Co* 13 tiene probablemente su base en la vida de Jesús. Para Pablo todo cristiano está invitado a buscar una conformidad moral con Cristo. También en el cuarto evangelio (*Jn*. 13) y en *I P* 2, 2; 4, 1 ss., la vida de Jesús es un paradigma de la vida cristiana.

⁵⁴ Cf *Rm* 12, 14; 12, 17; 13, 7; 14, 13; 14, 14; *I Ts* 5, 2; 5, 13; 5, 15. Compárese con *Mateo* 5, 39-41; 5, 43; 15, 11; 18, 7; 22, 15-22; 24, 43-44. Existía una colección de palabras de Jesús a las que Pablo remitía (*I Cor* 7, 10 ss.; 9, 14; 11, 23 ss.; 14, 37; *I Ts* 4, 15-16). Pablo halló orientación en las palabras de Jesús no sólo en cuestiones legislativas, sino también en cuestiones personales (*Rm* 7). En *I Co* 7, 25 una palabra de Jesús es un precepto (*entolé*); en dos lugares (*Ga* 6, 2; *I Co* 9, 20-22; cf *Rm* 8, 2) habla de la ley (*nomos*) de Cristo. Esto no significa una desviación hacia un legalismo primitivo, sino el reconocimiento que tenían las palabras de Jesús. A veces, las palabras de Jesús se resumen en una sola palabra: caridad (*Mt* 7, 12; *Rm* 13, 8-10; *I Co* 8, 1; *Col* 3, 14; *Jn* 13, 34-35; *I Jn* 3, 1; 2, 7-10; 4, 7, 16).

⁵⁵ *Rm* 3, 31

La formulación de las bienaventuranzas (μακάριοι = (bienaventurados! (felices!) es el vaticinio de un hecho futuro que comienza a gestarse en el presente. No son todavía la felicidad o “mansión feliz” (Μακαρισμός). La felicidad verdadera y definitiva está constituida por los “premios”, enumerados en la segunda parte de cada máxima del Señor⁵⁶. Aquí radica toda la fuerza y la primicia de la doctrina del sermón. Si solamente hubiese enunciado las bienaventuranzas, sin hacer mención de sus premios correspondientes, Cristo habría propuesto como imagen del hombre feliz un ser espantoso y cruelmente mutilado, contradictorio consigo mismo, eternamente condenado al suplicio. Y eso es todo lo opuesto a la felicidad.

Tal absurdo sólo podría constituir un concepto diabólico, y es satánico porque es homicida. En el individuo lleva al término fatal del suicidio, y en la sociedad a las abominaciones de los sacrificios humanos. Fácilmente se reconoce la marca demoníaca cuando la tortura es un atentado contra la dignidad del hombre y de sus facultades.

En cambio, cuando Dios exige una renuncia lo hace en vista al bien total. Si causa heridas éstas producen la salud; si envía la muerte es para hacer brotar la vida. El hombre debe morir a sí mismo; pero esto no consiste en la destrucción del alma o del cuerpo, ni de las facultades, aptitudes o aspiraciones, ni de los instrumentos o de los placeres legítimos, ni de las esperanzas o de la felicidad. Es más bien su purificación, por la disolución de cierta glutinosidad que lo pega a las cosas creadas, y el triunfo sobre la independencia que lo aleja de Dios. Es la liberación de su ser mediante la ruptura de los vínculos que lo encadenan a las cosas de aquí abajo. El hombre debe romper, destruir, aniquilar sus lazos, pero no a sí mismo; él debe ser liberado⁵⁷. Y si de acuerdo con la declaración del Precursor, hay un yo destinado a desaparecer para dar lugar al crecimiento en Cristo⁵⁸, es el egolátrico y egocéntrico por el cual se busca a sí mismo en vez de Dios, el yo de la naturaleza enferma y caída antagónico al de la gracia sanante y elevante. La mutilación propuesta por Jesús es la de lo perecedero y lo vano, de lo “corroído por el herrumbre, comido por las polillas y substraído por los ladrones”⁵⁹. En la perspectiva del Señor la felicidad es un gozo imperecedero, consistente, inamisible.

8.- Unidad y diversidad de premios

Pero observemos algo más. Los premios de las Bienaventuranzas son un “único” premio⁶⁰, designado con diversas denominaciones. En los Sinópticos, el “Reino de Dios”, expresión alegórica

⁵⁶ “Acerca de los premios (de las bienaventuranzas), los expositores de la Sagrada Escritura han hablado en varios sentidos. Algunos, como san Ambrosio (*Super Lucam*; ML 15, 1738), dicen que todos estos premios pertenecen a la vida futura; pero san Agustín (*De Sermonibus Domini in Monte*, L.1, c. 4; ML 34, 1235) afirma que se refieren a la vida presente, y San Juan Crisóstomo (*In Mt. Homil.* 15; MG 57, 223) que unos se dan en la vida futura y otros en la presente. Para explicación de esto se debe tener en cuenta que la esperanza de la beatitud futura puede hallarse en nosotros de dos modos: uno, por alguna preparación y disposición a ella, que es por mérito; otro, por cierta incoación imperfecta de esa bienaventuranza futura, cual se da en los santos aún en esta vida. Pues una es la esperanza que se tiene de los frutos del árbol, cuando sus hojas reverdecen, y otra cuando ya empiezan a aparecer los primeros frutos. Así, pues, las obras que en las bienaventuranzas se indican como méritos, son preparaciones o disposiciones para la felicidad, perfecta o incoada. Mas las que aparecen como premios, pueden ser, o la misma bienaventuranza perfecta —y entonces se refieren a la vida futura— o alguna incoación de la bienaventuranza que se da en hombres perfectos, y entonces pertenecen como premios a la vida presente. Pues cuando uno empieza a progresar en actos de virtudes y dones, puede esperarse de él que llegará a la perfección de esta vida y a la del cielo” (S.T., I-II, 69, 2)

⁵⁷ Cf *Mt* 10, 39; 16, 25-26; 18, 8; *Mc* 8, 35; 9, 43-45; *Lc* 17, 33.

⁵⁸ *Jn* 3, 30

⁵⁹ *Mt* 6, 19-20

⁶⁰ Cfr. S. RAMÍREZ O.P., “De donis Spiritus Sancti deque Vita Mystica”, en *Opera Omnia*, ed. Inst. de Fil. “Luis Vives”,

de la felicidad absoluta —como sucede en san Juan con la fórmula “Vida Eterna”—, es Dios mismo. Llegar a poseerlo es poseer el Absoluto, en nada comparable a “todos los reinos del mundo y la gloria de ellos”⁶¹. ¿Cómo llegar a dicha posesión? Existe una sola manera: hacerse justo por el ejercicio de las bienaventuranzas. Y aunque éstas inauguran la Vida, no son todavía su plenitud. Son solamente sus condiciones indispensables.

Cuando digo “justo” me refiero a la imagen del cristiano ideal perfilada por las bienaventuranzas. Tarea trabajosa, ardua y escarpada; “puerta angosta por la cual no es fácil entrar”⁶². ¿Digo fácil? Humanamente tal ideal es incomprensible e irrealizable; tan imposible de ser ejercitado cuanto de ser entendido. A muchos les ha parecido impracticable y han intentado mitigarlo.

(Sorprendente paradoja! Se propone a la fragilidad de un ser esencialmente defectible una empresa quimérica, pero, al mismo tiempo, para él la única realidad salvadora.⁶³ Nunca olvidaré la confesión de una joven judía, después de haber leído por primera vez el Evangelio: “Padre, esto es muy hermoso, (pero es imposible de cumplir!”. Y, sin embargo, era posible. Hoy esa joven no solamente es cristiana, sino un apóstol deseosa de imitar a Pablo de Tarso.

Lo ha dicho excelentemente Chesterton (un convertido): “De todos los ideales morales el más joven es el cristiano; tiene dos mil años de existencia, pero nadie lo ha practicado nunca.⁶⁴ En apariencias, de todos los ideales es el menos practicable. De hecho, es el único realizable, porque sólo él tiene un modelo concreto: Jesucristo”. He ahí el secreto; si no dispusiéramos de la gracia de Cristo, no podríamos concretarlo. Sin Él nada podemos, con Él todo.

9.- El tránsito de lo imposible a lo posible

Llegar a ser feliz supone previamente volver a ser niño. Sólo los niños son felices. ¿Me será permitido afirmar que el logro de la felicidad es un proceso instintivo o infantil? Puedo demostrarlo por la distinción entre los órdenes de la naturaleza y de la gracia. La doctrina expuesta a continuación ha sido injustamente preterida por los exégetas y teólogos modernos. Sin embargo, goza de ilustre prosapia patristica; y no se trata de una mera alegoría.

Me refiero a la correspondencia entre virtudes, dones, bienaventuranzas y frutos del Espíritu Santo. Aún cuando no se acepten en su totalidad las propuestas hechas por los antiguos pensadores cristianos (entre ellos mismos se dan grandes divergencias), no es en sí misma ficticia. El organismo de la vida sobrenatural posee una esencial coherencia.

Después de algunos titubeos (debidos precisamente a las diferentes interpretaciones de los Padres), santo Tomás logró elaborar una síntesis admirable del principio general. Por cierto no se

Tomus VII, Madrid, 1974, p. 157

⁶¹ Mt 4, 8

⁶² Mt 7, 13-14; Lc 13, 24

⁶³ Es harto conocido el hecho de que en los Evangelios existen dos versiones de la enseñanza de Jesús sobre las “bienaventuranzas”. La de Mateo (5, 1-12) y la de Lucas (VI, 20-26); este último, además, agrega algunas imprecaciones o “maldiciones” contrapuestas. Mucho se ha discutido entre los exégetas y teólogos, antiguos y modernos, si se trata de dos sermones diversos o de dos síntesis del mismo sermón y sobre el hecho que Mateo lo ubica en un monte y Lucas, por el contrario, en el llano (aunque dice que bajaba con los discípulos de un monte). Ya los Padres de la Iglesia se planteaban esas preguntas (cf SANTO TOMÁS, *Catena Aurea*, t. I: S. Mateo, ed. CCC, Buenos Aires, 1948, 112 sgtes.) y las respondían cada uno a su manera, sobre todo los alegoristas que, basándose en el simbolismo de los números, intentaron diversas relaciones entre las bienaventuranzas evangélicas y otras perfecciones o carismas sobrenaturales. A mi juicio, la cuestión tiene muy poca importancia. Cf LUIS RIVAS, *Las Bienaventuranzas*, ed. Lumen, Buenos Aires, 1991

⁶⁴ Chesterton tiene razón si se refiere a las masas. ¿Qué país puso nunca como su “Constitución” el Evangelio? Y también la tiene si se refiere a los individuos. ¿Qué representan los santos frente a la multitud de los pecadores?

trata de un dogma de fe. Mas juzgo decoroso y científicamente honesto, a diferencia de ciertos desaprensivos “modernos”, analizar con cuidado el razonamiento por él desplegado, antes de rechazarlo por puro prejuicio.⁶⁵

En el texto de Mateo parece bastante evidente que las diversas sentencias no son formuladas al azar. Si comprendemos que cualquier mediocre expositor de nuestros días intente establecer un orden en su disertación, ¿es sensato negar al escritor sagrado la capacidad de proponer metódicamente normas morales en sumo grado revolucionarias y sin duda expresión del espíritu de la predicación de Cristo?

En el orden de la naturaleza el obrar instintivo se contrapone al obrar razonable; el primero es propio del niño, el segundo del adulto. Mientras el niño permanece en lo instintivo es feliz: no hay en él raíz para la angustia. Pero apenas llega a adulto, cuando lo razonable se convierte en el conductor de la vida, comienzan los problemas, los interrogantes irresueltos, los deseos insatisfechos, los proyectos frustrados, la conciencia del límite y las apetencias sin freno.

A la placidez de la inconciencia, sucede el torbellino de las inquietudes, al “país de las maravillas” el trivial, prosaico y frívolo terreno de los acontecimientos rutinarios. Se podrá calificar —(indiscutible apreciación!)— el universo de la infancia como un mundo de imaginativa ilusión, un universo de juguete. Sí, pero ¿existe algo más feliz que el juego de los niños? Efémero y transitorio

⁶⁵ Una cosa es ser tomista, y otra tonto. Léase I-II, q. 69, a. 3 y se comprenderá por qué hago esta aclaración. Es necesaria para los lectores asiduos de los escritos de teólogos “de avanzada”, para quienes ser tomista equivale a ser un vulgar “retrógrado”. Hasta hace poco se pensaba que fue san Agustín (*De Sermone Domini in Monte*, PL 34) el primero en vincular las bienaventuranzas con las virtudes, no como hábitos diversos (aunque esta terminología no es suya sino de su intérprete santo Tomás), pero sí como sus actos perfectísimos bajo el influjo de los dones. Esta opinión no corresponde a la verdad histórica, hoy mejor estudiada (Cf P. ROLLERO, “L’influsso della «Expositio in Lucam», di Ambroggio nell’esegesi agostiniana”, en *Augustinus Magister*, T. I, Paris, 1954, 211-221; e IDEM, *La “Expositio evangelii secundum Lucam” di Ambroggio come fonte della esegesi agostiniana*, ed. Univ. di Torino, 1958). Por ejemplo, san Ambrosio ve en las cuatro bienaventuranzas de Lucas, predicadas según él por Cristo a las turbas (gente ordinaria), un símbolo de las virtudes cardinales (comunes); en cambio san Agustín, para quien el sermón fue pronunciado solamente para los discípulos (gente selecta), cree ver en las ocho (según algunos exégetas, son siete y, según otros, nueve) de Mateo un símbolo de los dones (perfecciones mayores que las virtudes. Cf I-II, 69, 1 ad 1). El Angélico, prescindiendo de todo simbolismo numérico, supera esa explicación considerando las bienaventuranzas como los actos más perfectos posibles de todas las virtudes en la vida presente, bajo la guía y la fuerza del Espíritu Santo. El Angélico, sin descartar el principio, razona de un modo distinto al de estos Padres. La beatitud formal, consistente en una operación intelectual perfectísima (la visión o intuición de la divina esencia), sólo puede darse en la vida futura y es única. Las bienaventuranzas evangélicas, por consiguiente, son incoaciones de la felicidad última en la vida presente. Siempre sostuvo que no son hábitos, como las virtudes y los dones, sino actos de los hábitos más perfectos del hombre (Cf In III St. d. 34, q. 1, a. 4). Pero ¿de qué virtudes?; no puede tratarse de las virtudes teologales, ya que éstas versan acerca del mismo fin último sobrenatural y las bienaventuranzas son medios para alcanzar ese fin. Consecuentemente, sólo cabe atribuir las a los Dones del Espíritu Santo. Esta doctrina ha sido confirmada por el Papa León XIII en su Carta Encíclica “Divinum illud Munus” (sobre la admirable presencia y virtud del Espíritu Santo y su culto; 9/5/1897): “Merced a ellos (los siete dones) el alma llena de carismas es inducida y llevada a desear y conseguir las evangélicas bienaventuranzas que, cual flores nacidas en primavera, son indicio y presagio de la eterna bienaventuranza. Finalmente son felices aquellos frutos enumerados por el Apóstol (*Ga 5, 22*) que el Espíritu Santo engendra y produce en los hombres justos, hasta en esta miserable vida, llenos de toda dulcedumbre y gozo, como deben ser los del Espíritu que *es en la Trinidad la suavidad del Generante y del Engendrado y que con largueza derrama la fecundidad del Unigénito en todas las criaturas* (S. AGUSTÍN, *De trinitate*. L. 6, c. 9)” (n1 20) Las numerosas interpretaciones de los actuales especialistas en el N.T. (algunos agregan otras tomadas de diferentes pasajes del Evangelio o de las Epístolas) no han logrado persuadirme de que la lectura tomista del Sermón de la Montaña no sea coherente y adecuada al ideal cristiano de la vida moral. Un hecho no puede desconocerse, y es que el contexto de los capítulos V de Mateo y VI de Lucas son muy similares. Comenzando por el compendio de las bienaventuranzas, ambos evangelistas relatan a continuación una reformulación completa de la moralidad efectuada por Cristo, añadiendo normas de conducta jamás enseñadas antes de él (Cf S. PINCKAERS O.P., “El Sermón de la Montaña y la Moral Cristiana”, en *Las Fuentes de la Moral Cristiana*, ed. Univ. de Navarra, Pamplona, 1988, 189-225)

vuelo es verdad, indefectiblemente destinado a aterrizar en la accidentada pista de la eficiencia febril. Sin embargo, (cuán añorado, a veces!

Es la ley de una naturaleza humana histórica. Pero, ¿es una ley de la naturaleza humana en sí? Hay una sola época de infancia destinada a ser superada y substituida por el progreso y el desarrollo, las ventajas de la riqueza, el éxito de las ambiciones, el premio de la voluptuosidad, el halago de la fama, el narcisismo de los honores y de la gloria: “ser tenido en mucho por los hombres”. Es ésta, apenas, una breve enumeración de otro modelo de bienaventuranzas. “El espíritu del mundo”, suele denominarlo el Evangelio. He aquí una forma de concebir la salida triunfante de la etapa de la niñez.

Pero existe otro nivel en el cual la infancia no es un punto de partida sino una meta. Un estado del cual no se ha de aspirar salir sino entrar. Un mundo donde el instinto no es una instancia provisoria, sino una inspiración definitiva. De este instinto, “no nacido ni de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre”,⁶⁶ surge una vida nueva. Contra todo cálculo, contra toda esperanza, contra todo juicio “razonable”, la llamamos “eterna”. “El mundo la odia” porque no se amolda a sus criterios morales, o la tergiversa (y hasta traiciona) para acomodarla a sus caprichos.

Lo imposible se hace posible por el poder de Dios; no, sin embargo, sin la condición de una muerte previa: “Un grano de trigo enterrado, para dar fruto, debe primero morir”.⁶⁷ ¿Cómo comprenderlo, aceptarlo, vivirlo? (Demasiado estrecha parece esta puerta! Y, en efecto, “si no os hiciéreis como niños... no entraréis en el Reino de los Cielos”.⁶⁸ Para poder entrar, hay que achicarse antes. Tal “achicamiento” es producido por el proceso “ideal” de las bienaventuranzas, y su energía activadora es el “instinto del Espíritu Santo”. Sin este sapientísimo impulso, seguiría siendo un proyecto irrealizable para el hombre.

10.- Bienaventuranzas evangélicas y dones del Espíritu Santo

¿En qué consiste este instinto? Toda la actividad humana virtuosa, incluso aquella cuyo origen es la gracia, está proporcionada al modo propio de su sujeto racional. Lo “razonable” es, por lo tanto, la característica específica del obrar del hombre adulto. Mas Dios tenía sobre él un proyecto superior, un destino sobrehumano “que ni ojo vio, ni oído oyó”.⁶⁹ Para ello fue menester concederle energías especiales que modifican sus facultades, a fin de disponerlas para ser instrumentos dóciles del Divino Artista.

La Escritura las llama “espíritus”,⁷⁰ los Padres y Doctores les dieron el nombre de “dones”. Derivados de la plenitud de Cristo, “de la cual todo cristiano participa”,⁷¹ los dones ponen al arbitrio

⁶⁶ *Jn* 1, 13

⁶⁷ *Jn* 12, 24

⁶⁸ *Mt* 18, 3

⁶⁹ *I Co* 2, 9

⁷⁰ *Is* 11, 2. Aquí nos encontramos con otro problema exegético acerca del número de los “espíritus” o dones en el pasaje de *Is* 11, 1-3. Los LXX y la Vulgata enumeran siete dones: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Los Masoretas, en cambio, enumeran solamente seis; no figuraría el de piedad y estaría repetido el del temor de Dios, aunque esta repetición —según algunos— es una “interpolación” y —según otros— pertenece realmente al texto pero sólo para completar el número siete, sagrado y simbólico entre los hebreos. Ceuppens sostiene algo semejante respecto de la misma versión de los LXX (F. CEUPPENS O.P., “De donis Spiritus Sancti apud Isaiam”, en *Angelicum*, 5 [1928] 526 ss.). Los inefables traductores de la *Nueva Biblia Española. Edición latinoamericana* (1976) cambian de tal manera los términos, que ya resulta imposible saber de qué se trata.

⁷¹ *Jn* 1, 16

infalible del Espíritu Santo la dirección de la existencia humana, y el cristiano ya no se guía por lo razonable de sus juicios sino por un instinto divino que sabiamente lo conduce a través de sendas ocultas. Este estimulante misterio nos explica por qué, en la historia de la Iglesia, hemos visto almas sencillas, e incluso ignorantes, ascender hasta los peldaños más elevados de la perfección.

Pero la correspondencia entre bienaventuranzas y dones no es matemática, ni circunscripta a un determinado modelo de sistematización teológica científica. Si se pretendiese algo semejante, estaríamos condicionando la acción múltiple del Espíritu Santo a preestablecidas dimensiones de la actividad humana.

El axioma fundamental es el siguiente: las bienaventuranzas, siendo de suyo los actos heroicos de las virtudes, desproporcionados a la capacidad humana, suponen necesariamente el auxilio divino sobrenatural y no pueden ejercitarse sin él. Dicho auxilio es suministrado por la gracia y los dones. Sin embargo, puesto que el influjo del Espíritu Santo es misterioso e inexpressable, no se restringen sus dones al perfeccionamiento de tal o cual determinado aspecto de la conducta moral.

¿Cómo debe entenderse, entonces, la atribución de cada uno de los dones a su correspondiente bienaventuranza tan subrayada por los Padres y Doctores?⁷² Por sólo un motivo de conveniencia o semejanza, según nuestro limitado modo de entender. Si se descubre alguna relación proporcional entre una bienaventuranza y un don, establecemos la correspondencia de ambos, sabiendo de antemano que no se trata de algo fijo e indefectible. El Espíritu interviene; de eso no pueden haber dudas. Cómo lo hace no podemos establecerlo con certeza sino sólo por analogía con operaciones naturales equivalentes.

Pero este procedimiento, aunque parezca reducir las verdades reveladas a un esquema preestablecido, sólo pretende mostrar la congruencia y armonía de dichas verdades suponiendo con fundamento su existencia. En efecto, es un principio generalmente aceptado en teología moral que el organismo de la vida virtuosa es análogo al de la vida física; de allí surge la tesis de la intrínseca “conexión” entre las virtudes o perfecciones morales⁷³ por el cual, supuesta la real existencia de una virtud (p.e. la caridad o la prudencia), todas las demás se hallan presentes. Ahora bien, ¿podemos suponer la verdad de esta afirmación sin aceptar simultáneamente un orden y una jerarquía entre los

⁷² En efecto, san Agustín (*De Sermone Domini in Monte*, L. I, c. 4; ML 34, 1234-35) intenta establecer la correspondencia entre la enumeración de los “espíritus” (dones) de Isaías (11, 2-3) y la de las bienaventuranzas de Mateo según una perfecta coincidencia descendente-ascendente: Isaías habría procedido de lo superior a lo inferior (sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios); Mateo, en cambio, habría seguido un orden ascendente (y en esto, me parece, tiene razón), de modo que a la primera bienaventuranza (pobreza) corresponde el último don (temor). La correspondencia vendría a ser como sigue: pobreza-temor, mansedumbre-piedad, llanto-ciencia, hambre y sed de justicia-fortaleza, misericordia-consejo, pureza de corazón-entendimiento, paz-sabiduría. Pero como los dones son siete (y aún esto es muy discutido) y las bienaventuranzas por los menos ocho (ya señalé que unos cuentan siete y otros nueve), o le sobra una bienaventuranza o le falta un don. Para poder explicar cómo es animada por el Espíritu Santo la octava bienaventuranza: “Los que padecen persecución por la justicia, etc.”, se basa en un cálculo matemático casi cabalístico, de su autoría. De todas maneras, este esquema ha sido respetado por los teólogos posteriores en su mayor parte. Alguno ha señalado que el don de fortaleza corresponde más bien a la octava que a la cuarta bienaventuranza. Santo Tomás, siempre respetuoso de las opiniones de san Agustín, cae de inmediato en cuenta, a pesar de todo, de que esa correspondencia puramente numérica no es el mejor modo de exponer la influencia del Espíritu Santo, siempre misteriosa. Su criterio es más bien explicarla, en cuanto sea posible, atendiendo sobre todo a la razón propia del don y de la bienaventuranza y, “según ésta, se deben adaptar las bienaventuranzas a los dones de acuerdo con sus objetos y actos” (II-II, 121, 2). Por eso piensa que el don de piedad correspondería mejor a la cuarta bienaventuranza (los que tienen hambre y sed de justicia) y a la quinta (los misericordiosos), pues tanto el hambre y la sed de justicia como la misericordia dicen relación a otros, a los cuales la justicia nos ordena (I-II, 69, 3; ver nota siguiente). Mas, como cierta conveniencia se descubre en todas las ocasiones, respeta lo enseñado por san Agustín. Veremos varios casos parecidos. En la actualidad, por los análisis de los exegetas y teólogos sobre el texto de Isaías, la tesis del Hiponense se ha vuelto muy conjetural.

⁷³ Cf S.T., I-II, 65.

distintos estamentos de la moralidad y, en el caso de la vida espiritual, entre los diversos grados de la perfección cristiana?

Mas, por otro lado, tampoco podemos dejar de atribuir al Espíritu Santo un influjo primario y superior en la evolución *sobrenatural* del alma, pues la obra de la santificación, siendo propia de la gracia, es ante todo obra Suya⁷⁴. Y es lógico que el Espíritu Santo, según el proceder constante de Dios, inspire y ayude acomodándose misericordiosamente a la pequeñez humana. Por eso su acción es misteriosa y suele pasar desapercibida para quienes no poseen el sentido de “las cosas de arriba, ni sienten gusto por ellas”. Entramos aquí en el nivel de aquella sabiduría, incomprensible para los sabios de este mundo, mencionada por san Pablo en un texto ya citado, cuyo contenido es indudablemente esclarecedor de abundantes fenómenos de la vida de los grandes místicos cristianos, sin explicación alguna fuera de este contexto.

⁷⁴ Santo Tomás sabía perfectamente que la correspondencia entre virtudes, dones y bienaventuranzas no es matemática ni mucho menos. Por eso con cierta frecuencia reconoce la concurrencia de diversos dones sobre la misma virtud o la misma bienaventuranza. Mas, con todo, existe una armonía en el progreso de la perfección cristiana y, en esas distintas etapas, es posible comprobar el influjo mayor de un don determinado de acuerdo con la misma materia virtuosa. Transcribo completo un texto a mi juicio sumamente realista, donde Santo Tomás, además de exponer las bienaventuranzas como una senda de creciente perfección, señala la particularidad de la acción de los dones. “Es convenientísima esta enumeración de las bienaventuranzas (se refiere al texto de Mateo). Para patentizarlo, baste considerar que algunos establecieron una triple felicidad, porque unos la hicieron consistir en la vida voluptuosa, otros en la vida activa y otros en la contemplativa. Pero estas tres formas de felicidad guardan diversa relación con la felicidad futura, con cuya esperanza somos aquí dichosos. La felicidad voluptuosa, como falsa que es y contraria a la razón, es impedimento de la futura; la felicidad de la vida activa (práctica de las virtudes morales) dispone a la futura, y la contemplativa, si es perfecta, constituye esencialmente la felicidad futura, y, si es imperfecta, constituye una cierta incoación de la misma. Por eso el Señor señaló en primer lugar bienaventuranzas que apartan el obstáculo de la felicidad de los placeres. Esta vida voluptuosa consiste en dos cosas: una, en la afluencia de bienes exteriores, sean riquezas, sean honores. De ellos se retrae el hombre por la virtud, moderando su uso; mas por el don, de un modo más excelente, hasta despreciarlos totalmente. De ahí la primera bienaventuranza que proclama: *Bienaventurados los pobres de espíritu*; lo que puede referirse al desprecio de las riquezas o al menosprecio de los honores por la humildad. *La vida voluptuosa* consiste, en segundo lugar, en seguir las propias pasiones, sea del apetito irascible, sea del concupiscible. De este seguimiento de las pasiones del irascible retrae la virtud para que el hombre no se exceda en ellas, según la regla de la razón; mas el don, de un modo más excelente, hasta tanto que el hombre, conformándose con la voluntad divina, permanezca totalmente tranquilo en ellas. De ahí la segunda bienaventuranza: *Bienaventurados los mansos*. De seguir las pasiones de la parte concupiscible, retrae la virtud por el uso moderado de ellas; pero el don, moviendo a la renuncia total e incluso, si fuera necesario, abrazando voluntario llanto. Por eso se pone la tercera bienaventuranza: *Bienaventurados los que lloran*. A su vez, *la vida activa* consiste principalmente en las cosas que se dan al prójimo, sea como debidas o como beneficio espontáneo. A lo primero nos dispone la virtud para que no rehusemos pagar a los prójimos lo que a ellos debemos, lo cual es función de la justicia; mas el don mueve a esto mismo con un afecto más abundante, de tal modo que cumplamos con deseo ferviente las obras de justicia, como el hambriento y el sediento apetecen con ardiente deseo la comida y la bebida. Tal es la cuarta bienaventuranza: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*. En materia de donaciones espontáneas, nos perfecciona la virtud para que demos a todos aquellos a que la razón manda, como a los amigos y a otros allegados, y ello es función de la liberalidad; mas el don sólo atiende, y por motivo de reverencia de Dios, a la necesidad de aquellos a quienes presta beneficios gratuitos, como se lee en san Lucas: *Cuando hagas una comida o una cena, no llames ni a tus amigos ni a tus hermanos..., sino llama a los pobres y débiles*, etc. (14, 12-13). Ello es propia función de la misericordia. Por eso se pone la quinta bienaventuranza: *Bienaventurados los misericordiosos*. Las cosas referentes a la *vida contemplativa* son, o la misma bienaventuranza final, o un comienzo de ella. Por eso no se ponen en las bienaventuranzas como méritos, sino como premio. Se asignan, en cambio, como méritos los efectos de la vida activa, que disponen a la contemplativa. Y el efecto de la vida activa en cuanto a las virtudes y dones con que uno se perfecciona en sí mismo, es la pureza de corazón, a fin de que la mente humana no se manche con las pasiones. De ahí la sexta bienaventuranza: *Bienaventurados los limpios de corazón*. En cuanto a las virtudes y dones que perfeccionan al hombre en orden al prójimo, el efecto de la vida activa es la paz, según la frase de Isaías: *La paz es obra de la justicia* (32, 17). De ahí la séptima bienaventuranza: *Bienaventurados los pacíficos*” (I-II, 69, 3). Si se leen con atención las respuestas a las objeciones en este artículo se comprobarán la amplitud y elasticidad con las cuales considera esta clasificación. Solamente pondría reparos a la respuesta a la quinta objeción donde, por respeto a san Ambrosio, adopta una estructuración, a mi modesto parecer, inaceptable.

Nada de esto atenta contra la libérrima iniciativa divina; se trata simplemente de penetrar la armonía entre el misterio de la gracia y el resto de la obra de Dios, sin pretender comprender el primero ni desconocer el equilibrio perfecto del segundo. Dios no es una inteligencia contradictoria. Si, por tanto, en el nivel de la creación descubrimos un orden admirable, ¿por qué no suponerlo, y aún más elevado, en el nivel de la “recreación”?

Salvado, pues, el mencionado principio, es lícito al teólogo recurrir a las analogías para mostrar la congruencia de los designios providenciales. Muy bien conocía todo esto santo Tomás cuando, no obstante, hace el esfuerzo de reflexionar más hondamente sobre algo que atañe y compromete la vocación y el destino definitivo del hombre

Como ya he explicado, aunque el Angélico ofrece elementos de interpretación propios, su visión general corresponde a la lectura hecha ya antes de él por diversos Padres..Según las opiniones no en todo coincidentes de dichos Padres (lo cual prueba cuanto acabo de afirmar), las siguientes correspondencias:

Evangelistas	san Ambrosio	san Agustín	santo Tomás
Mateo y Lucas			
<i>Bienaventuranzas</i>	<i>Virtudes</i>	<i>Dones</i>	<i>Virtudes y dones</i>
Pobreza: Mt 5, 3; Lc 6, 20	Templanza	Temor	Esperanza Templanza: Temor:
Mansedumbre: Mt v. 4		Piedad	Justicia-Piedad
Llanto: Mt v.5; Lc v. 21b	Prudencia	Ciencia	Fe: Ciencia
Hambre y Sed: Mt v. 5; Lc v. 21a	Justicia	Fortaleza	Fortaleza-Fortaleza
Misericordia: Mt v. 7		Consejo	Prudencia-Consejo:
Limpieza de corazón: Mt v. 8		Entendimiento...	Entendimiento-Fe:
Pacificación: Mt, v. 9		Sabiduría	Caridad-Sabiduría
Persecución-dolor: Mt vv. 10-12; Lc, vv. 22-23	Fortaleza	??	Todos

11.- Las edades del alma

El organismo sobrenatural de esas perfecciones sobrenaturales infusas, denominadas “Dones del Espíritu Santo”, no prescinde de las virtudes, por el contrario, las supone y completa. De un modo especial postula la presencia en el alma de las virtudes teologales, y muy particularmente de la reina de todas ellas, la caridad,⁷⁵ llamada por el Apóstol “vínculo de la perfección”.⁷⁶ La caridad es como el aglutinante de todos los elementos de la vida cristiana, el vigoroso adhesivo mediante el cual se

⁷⁵ Cf I Co 13

⁷⁶ Col 3, 14

ensamblan entre sí todos ellos formando una armónica unidad. Si ella se disolviera tal unidad se disgregaría, y cada elemento, por sí solo, perdería sentido e importancia.

Los teólogos escolásticos intentaron traducir la enseñanza de san Pablo, eco espléndido de la doctrina evangélica, con una fórmula técnica que, aunque insuficiente, no carece de fuerza expresiva: “La caridad es la forma de las virtudes”⁷⁷ Con esto querían decir que la caridad, al ordenarnos inmediatamente a Dios como a nuestro último fin, nos pone en armonía con Él (nos hace “amigos”) y, como consecuencia, también con los demás hombres.

Si todas las actividades humanas —conforme a los postulados de la moral— deben por fuerza subordinarse al fin último, todas las virtudes y perfecciones espirituales reguladoras de dichas actividades resultan automáticamente subordinadas a la caridad. De esta manera la santidad cristiana queda sintetizada en el cumplimiento perfecto de los dos primeros mandamientos, o sea, en la perfección de la caridad: “en ella están contenidos toda la ley y los profetas”.⁷⁸

Incluso los dones están subordinados a ella, como los medios al fin. El Concilio Vaticano II ha recordado que la vocación a la santidad es un llamado universal: abarca a todos, incluye a todos.⁷⁹ En otros términos, la santidad, “esa palabra tan temida”, es algo obligatorio. Mas no nos asustaría tanto, si recordásemos que el espíritu humano está creado para el amor y “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”.⁸⁰

Santo Tomás, hablando del sujeto de la caridad, plantea la cuestión de las etapas de su crecimiento, las cuales coinciden, analógicamente es claro, con las de la vida comúnmente denominada “espiritual”. Compara dichas etapas con las edades del organismo físico: infancia, adolescencia, adultez; y así habla de los “incipientes” (quienes comienzan), los “proficientes” (quienes progresan) y los “perfecti” (perfectos). Esos grados se refieren a un menor o mayor acercamiento del alma a Dios por el amor.⁸¹

Evidentemente, se trata de una descripción aproximativa, con frecuencia ratificada por una experiencia común, aunque, tratándose de un misterio, no puede estar sujeta a determinaciones “quasi” mecánicas como la del desarrollo biológico corporal. Pero, más o menos rápida, la existencia de una evolución en la vida espiritual es innegable.⁸²

Autores posteriores han preferido otra terminología, de hecho equivalente. Santa Teresa habla de las “moradas”, otros de “las tres vías” (purgativa, iluminativa y unitiva). El P. Arintero apunta hacia una “evolución mística del alma”.⁸³ En realidad, se trata siempre de lo mismo: el incremento de

⁷⁷ Cf. S.T. II-II, 23, 8 y lugares paralelos.

⁷⁸ Mt 22, 40

⁷⁹ Cf *Const. “Lumen Gentium”*, cap. V

⁸⁰ I Jn 4, 16

⁸¹ II-II, 24, 9

⁸² Para una profundización de este tema cf JUAN DE SANTO TOMÁS-I.G. MENÉNDEZ REIGADA, *Los dones del Espíritu Santo y la Perfección cristiana*, ed. CSIC, Madrid, 1948; R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*; IDEM, *Perfection chrétienne et Contemplation*, ed. La Vie Spirituelle, Var, 1923; J. ARINTERO, O.P., *La evolución mística del alma*; etc.

⁸³ Arintero, O.P., antes de lo que él mismo llama su “conversión”, estudió el tema, hoy biológica y genéticamente puesto en duda, de la “evolución de las especies”; un proceso semejante al vivido por Theillard de Chardin. Preocupación, como se puede ver, característica de aquella generación, pero no ya de la nuestra enfrentada a nuevos y más exactos conocimientos científicos. Y luego aplicó Cesta vez no sin razón ese concepto al progreso espiritual del cristiano.

la caridad descrito por sus efectos progresivos. Pero esa descripción aunque no me parece excesivamente complicada, pues reproduce en la práctica el esfuerzo de los teólogos y de los maestros de la mística para exponer la obra de la santificación llevada a cabo en el alma por el Espíritu Santo, sí me parece, en cambio, demasiado especializada o muy abstracta, y hasta oscura, si se prefiere, en la exposición de sus pormenores.

Creo en la existencia de un camino más sencillo, más al alcance de cualquier cristiano y de más fuerte sabor evangélico, para alcanzar el mismo objetivo denominado por san Juan de la Cruz “La subida del Monte Carmelo” y que este santo Doctor expone en conceptos altamente místicos. Dicho camino tiene la ventaja de haber sido señalado con términos más adecuados y cercanos a la vida cotidiana del hombre común. Consiste en subir —valga la analogía— el monte de las bienaventuranzas. Éstas, propuestas por el mismo Jesús, no son perfecciones diversas a las virtudes y los dones;⁸⁴ son la realización de los actos virtuosos más heroicos bajo la guía del Espíritu Santo y, por lo tanto, verdaderas etapas del crecimiento en la santidad.⁸⁵

También las bienaventuranzas conforman una graduación de perfecciones, un itinerario ascendente, peldaños sucesivos mediante los cuales Cristo expuso al pueblo simple e ignorante que escuchaba sus palabras el proceso del despojamiento previo como condición indispensable para alcanzar la verdadera felicidad.

Esta idea no es nueva, ya fue enseñada por san Ambrosio, san Gregorio de Nisa y otros Padres, desarrollada por san Agustín y santo Tomás,⁸⁶ y repetida por un reducido número de teólogos y escritores espirituales⁸⁷ posteriores, sin que, a decir verdad, se le haya prestado en general mucha atención. Es algo realmente sorprendente. Hoy las cosas comienzan a modificarse, y el Sermón de la Montaña vuelve a ser el centro de particular interés.

En él el Señor alude a realidades familiares, a cosas claramente vividas cada día por la gente sencilla sin captar siempre su sentido y su provecho. Jesús invita a comparar y a creer; su discurso es una vigorosa exaltación de la esperanza. Una esperanza que deslíe la niebla de la tristeza.

Pienso —porque he conocido muchos hombres y mujeres a quienes la lectura de los textos de Mateo y Lucas produjo esa impresión— que quienes escucharon aquel día en la montaña (y en la llanura) el cotejo de los dos reinos, aun sin comprenderlo del todo, volvieron a sus casas con el corazón henchido de gozo y de consuelo.

⁸⁴ Cf S.T., I-II, 69, 1

⁸⁵ “Todas las obras Cde consejo o de preceptoC quedan comprendidas en las Bienaventuranzas si se realizan mediante un instinto especial del Espíritu Santo. Muchas de ellas son en sí mismas grandes y extraordinarias; por ejemplo: el abandono completo de las riquezas por la pobreza de espíritu, la victoria plena sobre las pasiones, soportar las persecuciones de esta vida, etc.; otras sólo lo son si se tiene en cuenta la flaqueza natural del sujeto que las realiza y la multitud de dificultades que lo rodean, para lo cual necesita un don especial y moción del Espíritu Santo para vencer dichas dificultades. Y, en este sentido, usar moderadamente de las riquezas, aunque no se abandonen del todo, puede pertenecer a la pobreza de espíritu; el no sucumbir ante las persecuciones y tentaciones ordinarias, sobre todo si se prolongan durante mucho tiempo, puede constituir una bienaventuranza” (JUAN DE SANTO TOMÁS; ver art. 6, nota 43, o.c. 587)

⁸⁶ SAN AMBROSIO en su Comentario al Evangelio de San Lucas (L. V, PL. t. 15, col. 1734-39), SAN GREGORIO DE NISA, (*Les béaditudes*, tr. fr. DDB, Paris, 1979). Estas obras son contemporáneas, por tanto es imposible el influjo de una sobre otra; esto parece indiscutible. Se discute, en cambio, si san Gregorio de Nisa pudo influir sobre san Agustín. En *Catena Aurea* santo Tomás consigna numerosos textos de Padres Orientales y Occidentales, casi todos encaminados en la misma dirección (t. II, p. 112 ss.; t. IV, p. 146 ss., ed. cit.). Cf S. PINCKAERS, l.s.c.

⁸⁷ Cf Mons. LUIS A. MARTÍNEZ, *El Espíritu Santo*, 20 ed., México, 1944, IV: “Las Bienaventuranzas” (a este autor lo citaremos con frecuencia); .S. PINCKAERS, *Las Fuentes de la Moral Cristiana*, cap. VI: “El Sermón de la Montaña y la Moral Cristiana”, ed. cit. p. 189 ss.

Si alguna de las admoniciones del Señor clavó un dardo de reproche en la más profunda intimidad de su conciencia, también cada uno de ellos sintió traducida su vieja ansiedad en alguna de las otras sentencias. (Por fin escuchaban las palabras de las cuales, sin saberlo, habían experimentado larga y resignada nostalgia! La dicha era posible, estaba al alcance de sus manos. Sólo bastaba confiar en ese hombre extraordinario, distinto a todos los demás “porque hablaba como quien tiene autoridad y no como los escribas”.⁸⁸

Intuían que les bastaba acercarse a Él, refugiarse en Él, sentir y vivir a semejanza de Él, orar como Él cuando daba gracias a su Padre “por haber revelado esas cosas a los pobres y a los humildes, ocultándolas a los sabios y a los soberbios, en un acto de insospechable beneplácito y de original ternura”.⁸⁹

(Es cierto! Los soberbios son incapaces de penetrar el alma de este sermón. En cambio, el pueblo sencillo —los parias y los marginados—, aún cuando viva todavía lejos de su espíritu, tiene, sin embargo, la misma aptitud para disfrutarlo que aquel otro, tan distinto y tan semejante, quien lo oyó por primera vez de los labios del Señor.

(Cuánto deseo llegar, con las reflexiones contenidas en estas páginas, hasta el corazón de ese pueblo sediento de amor y de verdad!

⁸⁸ *Mc* 1, 22; cf *Lc* 4, 32. Jesús, el nuevo Moisés, según Mateo, es superior al antiguo, y su Ley, su nueva Torá, es superior a la Torá o Ley de Moisés. Moisés fue un transmisor de la Ley de Dios; Jesús *da* su ley, como aparece en las seis antítesis del Sermón de la Montaña y en *Mt* 7, 24 (“el que escucha *mis* palabras”). Moisés enseñó con palabras que los israelitas como discípulos debían cumplir; Jesús enseñó con palabras y con su vida; los cristianos tienen que cumplir las palabras e imitar la vida de Jesús: son discípulos y seguidores. Son, además, propiedad del Maestro Jesús. Mateo, que nunca llama a Jesús “Maestro”, lo apellida frecuentemente “Señor” (*Kyrios*). Los discípulos de Jesús están vinculados no sólo a la enseñanza de Jesús, sino también a su persona. Íntimamente vinculados, viven, en expresión de Pablo, no utilizada por Mateo, “en Cristo”: lo que se hace a los enviados de Jesús, se le hace a Él (*Mt* 10, 40-42); lo que se le da o rehúsa a los necesitados, a Jesús se da o rehúsa (*Mt* 25); el que recibe a los niños, a Cristo recibe (*Mt* 18, 5). Mas, aunque Jesús sea superior a Moisés y su Ley superior a la del Sinaí, el Evangelio no presenta a Jesús como el anti-Moisés y la Ley mesiánica como la anti-Torá. Las seis antítesis (*Mt* 5, 21-48), según la que parece ser la mejor interpretación, no se han de entender como oposición a la Ley de Moisés, sino como una más perfecta interpretación de esa Ley en diversos puntos (el *sensus plenior*).

⁸⁹ *Mt* 11, 25-26; *Lc* 10, 21-22

PRIMERA PARTE

LAS BIENAVENTURANZAS DE LA VIDA ACTIVA

SECCION PRIMERA
LA ELIMINACION DE LOS OBSTÁCULOS
(VÍA PURGATIVA)

ARTÍCULO II

DE MENDIGOS A REYES

1.- La “alienada” pobreza

¡Bienaventurados los pobres! He aquí la exclamación más extraña, jamás oída antes de ser formulada por Cristo con el significado por Él empleado. Mateo añade la expresión $\theta\lambda\beta\mu\forall\theta\lambda$ (en o por el espíritu); ella nos dará mucha luz para comprender la significación real de toda la frase. En Lucas, en cambio, aparece sin añadido alguno.

¿Quiénes son los pobres ($\cong\theta\lambda\beta\mu\forall\theta\lambda$) para Jesús?⁹⁰ ¿Y por qué presenta su pobreza como camino hacia la felicidad? También hoy nosotros, si conviviéramos con el pueblo, como Jesús convivió diariamente, seríamos testigos de realidades análogas a las comprobadas por Él (con las lógicas diferencias circunstanciales típicas de aquella época): opresión, marginación, miseria física y moral, injusticias de todo orden, prostitución y latrocinio como medios de vida, promiscuidad, ausencia de higiene elemental, falta de habitación, hambre, desnutrición infantil⁹¹, y una resignación exasperada. También entonces esa situación de un pueblo sometido provocó levantamientos sediciosos; pero Jesús, si embargo, nunca manifestó aprobarlos.

El Señor se movía cómodamente entre pobres y pecadores, porque eran ellos —decía— “quienes tenían mayor necesidad de médico”.⁹² Con frecuencia aliviaba sus males o les cambiaba el corazón. Experimentó como propio, identificándose con ellos, el dolor de los desheredados, la exclusión social de los leprosos, el desprecio oficial por los publicanos y prostitutas, la excomunión de los samaritanos, la soledad de los presos y de los enfermos, el frío de los desnudos, la sed de los

⁹⁰ Algunos exégetas modernos sostienen que el Señor, con esa frase, hace alusión a los “pobres de Yahvé” de los cuales se habla en el Antiguo Testamento. Por la cita de Isaías en la Sinagoga de Nazareth (*Lc.*4, 16-21 y *Mt* 11, 5) Jesús habría retomado ese concepto (cf *Biblia de Jerusalén*, en nota a Sofonías 2, 3 y a *Mt* 5, 3). No me considero asaz competente para juzgar a fondo esa tesis. Pienso atrevidamente, sin embargo, que el Evangelio contempla más el futuro que el pasado. El Señor se ha declarado muchas veces superior a la ley y a los profetas. ¿Podía no saber que sus palabras serían transmitidas a multitudes inmensas de hombres y mujeres para quienes la pobreza es su condición normal? De poco serviría la lectura del Evangelio efectuada por la sencilla gente del pueblo si, para captar su mensaje, fuese necesaria tanta “especialización”. El término griego empleado por Mateo y Lucas es el mismo; significa “pobre” o “mendigo”.

⁹¹ Nuevamente Lucas, en su segunda bienaventuranza, parece aludir a este hecho; dice simplemente *oi peinentes* (participio del verbo *peinao*: tener hambre, carecer de algo) *nün*: “los que *ahora* tenéis hambre”. Veremos más adelante si esto equivale o no al “hambre y sed de justicia” de san Mateo. De todos modos, creo que en san Lucas está incluido el aspecto señalado en el texto.

⁹² *Mc* 2, 15-17; *Lc* 5, 15-17

vagabundos y el hambre de los desocupados. Y, en virtud de esa identificación, proclamó evaluar como una afrenta o un servicio dirigidos a Él mismo el trato que se les diera; ése sería al final — agregaba— el mayor motivo de premio o de castigo.⁹³

Fratrem vidisti, Christum vidisti! Jesús adivinaba el bochorno lacerante de la mujer, mal aconsejada por la miseria, decidida a alquilar su cuerpo para sobrevivir. Lógicamente no aprobaba sus pecados; pero denunciaba a quienes cometían pecados aún peores, por cuya causa “hasta las prostitutas los precederían en el Reino de los Cielos”.⁹⁴ Con estas palabras el Señor no justificaba el desorden moral; pero instauraba grados de malicia muy diversos a los establecidos por los cánones morales de la hipócrita sociedad (no más que la actual) de su tiempo.

Se apiadaba de los mendigos y mandaba a los apóstoles darles limosnas de los bienes recibidos por ellos mismos de la generosidad ajena.⁹⁵ Quiso hacerse uno con los “sin techo” y declaró que “hasta las zorras del campo poseían su guarida y nidos las aves del cielo, mas el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar la cabeza”.⁹⁶ ¡Y cuántos otros detalles parecidos!

Jesús conocía todas las formas de esta pobreza. La pobreza de la salud o enfermedad: más angustiada y real cuando es congénita, dura largo tiempo o, incluso, toda una vida. La pobreza del afecto o la congoja de la soledad: la necesidad insatisfecha de amar, de ser amado, reconocido, estimado. La pobreza de la vejez y de la debilidad: entonces como hoy rechazada y marginada. La pobreza de los fracasos: como la soportada actualmente por tantos sacerdotes y religiosas cuya esperanza ha sido sacudida hasta el punto de zozobrar.⁹⁷ La pobreza del error y del pecado: la más difícil de aceptar por ser la más desconocida y secreta. Cristo sabía cuán arduo es asumir tales pobreza.

¿Son esos “los pobres” a quienes Cristo llama bienaventurados? Hasta cierto punto sí, como parece deducirse del texto de Lucas. Jesús no podía aprobar esa pobreza, porque Dios no puede aprobar injusticia alguna. Reflexionando sobre su misericordia infinitamente ecuánime, me siento inclinado a creer que ningún dolor humano, ninguna miseria, producto vil del atropello a la dignidad de la persona, quedarán sin respuesta el día de la verdad, según Él mismo lo insinúa en la parábola de los dos siervos.⁹⁸

Lamentablemente esa pobreza física puede ir asociada a la riqueza del deseo ilícito, como un deplorable contubernio entre la miseria del cuerpo y la ambición (el pecado) del corazón.

Es verdad también que algunas de las nuevas formas de pobreza son artificiales y falsas, creadas por un “principio de necesidades” contrario a la austeridad evangélica. Pero, ¡por favor!, no interpretemos únicamente de este modo tan frívolo la primera bienaventuranza, invirtiendo los valores del Evangelio. Una conciencia verdaderamente cristiana jamás conseguirá anesthesiarse del todo, mientras subsista la miseria y la marginación de enormes masas populares, sosteniendo que los

⁹³ *Mt* 25, 31-46

⁹⁴ *Mt* 21, 31-32; *Lc* 7, 29; 15, 1

⁹⁵ “Caminaba por ciudades y aldeas, predicando y evangelizando el reino de Dios, y le acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, por sobrenombre la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, la mujer de Cuza, intendente de Herodes; Susana, y otras muchas, las cuales les asistían con sus bienes” (*Lc* 8, 1-3).

⁹⁶ *Mt* 8, 20; *Lc* 9, 58

⁹⁷ “El cansancio de los buenos”, la denominaba Pablo VI.

⁹⁸ *Mt* 18, 21-35

únicos privilegiados, dentro del sistema socioeconómico imperante en nuestros días, son los pobres de hecho, pues los bienes realmente computables para la felicidad son los del Reino.⁹⁹

Es casi blasfemo valerse del Evangelio para excusar una evasión cobarde o egoísta frente al drama de los pobres. La lucha contra la miseria del prójimo, o el empeño individual y colectivo del cristiano ordenado a combatir los injustos desequilibrios, es uno de los modos, aunque no ciertamente el único, de practicar la pobreza ensalzada por el Sermón de la Montaña.

A veces los predicadores han interpretado esta bienaventuranza sólo como el anuncio de un cambio futuro de condiciones; esta interpretación le hace decir a Cristo: “vosotros seréis tanto más felices, cuanto más desgraciados hayáis sido ahora”. Si ésa fuese la verdadera interpretación, entonces resultaría lícito tolerar y ensalzar la violencia de la marginación, desamparando a los menesterosos y dejándolos padecer su lastimoso estado ¡para no privarlos de la bienaventuranza que ha de sobrevenirles un día!

Pero Cristo no dijo “empobreceos los unos a los otros”, como expresa con sus perversas medidas la maquinaria socioeconómica actual sin requerir el consejo de nadie. Jamás habría podido el Señor sugerir tamaño despropósito, cuando tan claramente amenaza con un duro juicio a quienes obren de esa manera.¹⁰⁰ El dijo, por el contrario, “un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como Yo os he amado, también vosotros amaos los unos a los otros”.¹⁰¹ Y Él amó sirviendo, curando, multiplicando el pan y los peces, lavando los pies de sus discípulos, antes todavía de dar su vida por todos.

¿Se puede amar verdaderamente sin cobijar, sin enriquecer de una u otra forma a quien se ama? La pobreza a la cual Cristo invita no es una aprobación de la injusticia social, reiteradamente maldecida. Por el contrario, vino para revelarnos la existencia de un “Reino eterno y universal: el Reino de la verdad y la vida, el Reino de la santidad y la gracia, el Reino de la justicia, el amor y la paz”.¹⁰²

2.- La “bienaventurada” pobreza

Se podría pensar que Lucas alaba un modo de pobreza distinto al de Mateo. Eso, con toda certeza, es falso, y por una razón fácilmente comprensible. Mateo, en todas las bienaventuranzas, hace referencia a un “premio” futuro: de los bienaventurados “será” tal o cual recompensa. Indefectiblemente también para los “pobres en el espíritu” el premio vendrá después. Pero, como todas las bienaventuranzas, esa recompensa Dios comienza a distribuirla ahora, si ya se ha logrado conquistar tal nuevo modo de pobreza hasta entonces desconocido, porque la gracia (y la práctica de las bienaventuranzas necesariamente la supone) es una incoación de la gloria. En Lucas se “enfatisa el presente: El Reino de Dios *es* vuestro”.

Pero es evidente que los pobres “en el cuerpo”, los miserables, desposeídos, marginados y explotados no son precisamente felices por sufrir tales vejaciones. Luego, no son bienaventurados a causa de su situación de desamparo presente —¡ésta es una patente desventura!— sino sólo porque una transformación espiritual, la única alternativa restante, puede cambiar su infortunio en gozo. La formulación de Lucas equivale, pues, a la de Mateo: “pobres en el espíritu”.

La pobreza que Cristo, solidario con los pobres, ha escogido, es de esta índole. No basta “no tener donde reclinar la cabeza” para equipararse a Él en su desprendimiento. La pobreza de Cristo es el síntoma perceptible de una vida nueva. Él mismo, pudiendo ser rico no quiso serlo: “siendo rico,

⁹⁹ Cf LAMBERT, B., *Las bienaventuranzas y la cultura hoy*, ed. Sígueme, Salamanca, 1987, p. 84 ss.

¹⁰⁰ Cf *Mt* 25, 31-46

¹⁰¹ *Jn* 13, 34

¹⁰² Prefacio de la misa de la Festividad de Cristo Rey.

se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza”.¹⁰³ Es el tránsito, por consiguiente, del signo a la realidad, de la situación al cambio, del inevitable aunque brutal presente a un venturoso porvenir. No se trata, pues, de una estéril propuesta de resignación nefasta ante el atropello y la privación indebida de lo necesario para la subsistencia, sino de una invitación al coraje de poseerse a sí mismo, de emprender la intrépida tarea de convertir la miseria en opulencia.

¿Y cuál sería el medio propuesto para alcanzar este utópico objetivo? La terapia homeopática de la desesperación respecto de las cosas: renunciar aún más a lo poco o mucho que se tiene, o se desea, o se puede adquirir; es un estímulo para convertir la desolación del páramo en la exuberancia del vergel.

¿No será ésta una aciaga fábula? ¡Cuántos han dudado, a lo largo de los siglos, de semejante oferta! Desconfiaron de un negocio hipotéticamente redituable. ¿Arrojarse a tan profundo abismo sin la convicción de encontrar una plataforma de aterrizaje? ¡Demasiado riesgo para tan conjetural resultado! Es más seguro seguir aferrándose a los bienes que se ven y se tocan. Serán todo lo efímeros que Él se figure, pero se ven y se tocan. ¿Cómo demostrar la existencia de ese pretendido reino futuro? ¿Sólo creyendo en la palabra de un hombre como cualquiera porque se declara Dios y pretende haber bajado del cielo, cuando todos conocen a sus padres y a su familia? ¡Excesiva pretensión para ser razonablemente tolerada!

Tal fue la argumentación de los fariseos y de los habitantes de Nazaret para justificar su rechazo del Enviado. Después la hizo suya la multitud impermeable a la fe. Mas, precisamente por eso, “el mundo ya ha sido juzgado”.¹⁰⁴

La elección es, efectivamente, dura, porque la pobreza contradice el instinto de posesión tan profundamente arraigado en el corazón humano. Impulsados por una especie de “miedo al vacío” y por “la inquietud de la necesidad” (*onus necessitatis*¹⁰⁵), o simplemente por curiosidad o “por el placer de tener”, los hombres tratan de adquirir toda clase de bienes, acumular constantemente, ampararse en los demás sólo para servirse de ellos; se convierten en avaros de su tiempo, de sus penas y de su sonrisa. Quieren ser sus propios amos, obrar según su beneplácito por amor propio, soberbia y vanidad.

Jesús hizo caso omiso de la terquedad de sus interlocutores. Paciente y magnánimo, con la serenidad de “quien ha visto al Padre”,¹⁰⁶ enseñó muchas veces y de distintas maneras la necesidad del desprendimiento radical o renuncia de las cosas materiales como condición indispensable para conquistar aquella riqueza escondida “que el mundo no ve ni comprende”. La riqueza material y esta inédita riqueza ahora revelada son incompatibles. O una u otra; pretender hacerlas coexistir es pretender el absurdo: “nadie puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o seguirá al uno y despreciará al otro; no se puede servir a Dios y a las riquezas”.¹⁰⁷

¹⁰³ *II Co* 8, 9

¹⁰⁴ *Jn* 12, 31. “Y en viniendo (el Espíritu Santo), éste argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, porque no creyeron en mí; de justicia, porque voy al Padre y no me veréis más; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado” (*Jn* 16, 8-11).

¹⁰⁵ Así la denomina san Agustín.

¹⁰⁶ “Todo el que oye a mi Padre y recibe su enseñanza viene a mí; no que alguno haya visto al Padre, sino sólo el que está en Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí tiene la vida eterna” (*Jn* 6, 45-47; ver todo el capítulo).

¹⁰⁷ *Mt* 6, 24. “Para el discípulo sólo existe el servicio indiviso a Dios y a su causa. Si sirve simultáneamente a Dios y a las riquezas, o no pone totalmente a éstas al servicio de la causa de Dios, vive roto y dividido. Pero también vivirá desgarrado si distingue entre personas a las que hay que amar y hombres a los que se puede odiar (*Mt* 5, 43-47). Vive desgarrado si, llevado de sus prejuicios,

A la luz de este principio se comprende el requisito esencial para seguirlo; abandonar todo: casas, bienes materiales, parientes y amigos.¹⁰⁸ “Perder el alma para ganarla”.¹⁰⁹ Pues “de nada le servirá al hombre ganar el mundo entero si, al final, pierde su misma vida”.¹¹⁰ Es ineludible trasladar a otro lugar el depósito del propio patrimonio: ese capital ha de ser transferido al Reino.¹¹¹

Ese Reino es como un tesoro escondido o una perla de gran valor, cuya adquisición implica la venta de todo lo demás.¹¹² Sin eso queda vedado el acceso a él.¹¹³ Es —recordábamos hace unos instantes— un Reino de puerta estrecha y, solamente empequeñeciéndose como niño, se podrá ingresar por ella.¹¹⁴ A un joven rico, que lo consulta sobre la perfección, le propone la renuncia inmediata de sus bienes,¹¹⁵ agregando a continuación que quien tiene el corazón apegado a las riquezas no podrá entrar en el Reino, porque “quien no toma su cruz, no puede ser su discípulo”.¹¹⁶

Para hacerse comprender con mayor claridad, propone la siguiente comparación: “¿Quién de vosotros, si quiere construir una casa, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que echados los cimientos y no pudiendo acabarla, todos cuantos lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar. ¿O qué rey, saliendo a campaña para guerrear con otro rey, no considera primero y delibera si puede hacer frente

utiliza dos medidas distintas, si ve la paja en el ojo ajeno y no observa la viga en el suyo propio (*Mt* 7, 3-5). Vive dividido si ora a Dios como Padre y al mismo tiempo se preocupa del alimento y del vestido (*Mt* 6, 25-34). Vive dividido cuando no existe una sintonía perfecta entre sus palabras y sus hechos, entre lo que confiesa y lo que practica (7, 21-23). Vive dividido cuando alardea públicamente de sus buenas obras (*Mt* 6, 2-4), oraciones (*Mt* 6, 5 ss.) y ayunos (*Mt* 6, 16-18), porque, en tales casos, no se preocupa exclusivamente de agradar a Dios, sino también de ganarse el agradecimiento de los hombres. Quiere un doble salario, el de Dios y el de los hombres; y eso es precisamente lo que desgarrar su actuación. Pero el discípulo estaría también dividido y desgarrado si, aun respetando la vida de su hermano, lo censura (*Mt* 5, 21 ss.), o si, aborreciendo el adulterio, lo comete con sus ojos y su imaginación (*Mt* 5, 27 ss.). El terrible dicho que afirma que el simple mirar con codicia a la mujer del prójimo es adulterio —por consiguiente, un crimen merecedor de la muerte (*Dt* 22, 22)— va contra un amor dividido y desgarrado. El discípulo tiene que amar por entero, precisamente porque su existencia tiene que ser completa e indivisa. Es evidente que tal totalidad sólo puede darse si ella tiene un quicio, una fuente profundísima. Para el Sermón de la Montaña, el núcleo de esa totalidad es el corazón del hombre” (LOHFINK, G., *El Sermón de la Montaña, ¿para quien?*, ed. Herder, Barcelona, 1989, p. 91; en este libro, tan lleno de hermosas interpretaciones, su Autor se empeña en sostener que el Sermón sólo fue pronunciado para los cristianos; parece un reduccionismo indemostrable).

¹⁰⁸ *Mt* 4, 18-22; 8, 19-22; *Mc* 1, 16-20; *Lc* 9, 57-62.

¹⁰⁹ *Jn* 12, 24-26

¹¹⁰ *Mt* 16, 24 ss.

¹¹¹ *Lc* 12, 22-34; *Mt* 6, 19-21.

¹¹² *Mt* 13, 44-46

¹¹³ *Mt* 16, 24-27; *Mc* 8, 34-38; *Lc* 9, 23-26

¹¹⁴ “Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y que angosta la senda que lleva a la vida y cuán pocos los que dan con ella” (*Mt* 7, 13-14). Cf *Mt* 18, 3-4; 19, 14.

¹¹⁵ *Mc* 10, 17-31; *Lc* 18, 18-30

¹¹⁶ *Lc* 14, 27

con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Si no, hallándose aún lejos aquel, le envía una embajada haciéndole proposiciones de paz.”¹¹⁷ La conclusión es sorprendente y, a primera vista, sin conexión con lo anterior: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo”.¹¹⁸ La lectura atenta de este pasaje revela de inmediato la estrecha relación entre la cruz y la pobreza. Como los recursos para construir una casa y el número de los soldados para ganar una batalla, así es indispensable el renunciamiento de los bienes materiales para acceder a la dignidad plena de quien se manifieste capaz de preferir “el ser” al “tener”, según la bella fórmula de Pablo VI; la opción del primero es la puerta de entrada de la perfección. Esto es particularmente importante hoy, cuando existen tantos factores despersonalizantes, tantas tendencias de subrayar lo social con desmedro de lo individual.¹¹⁹

3.- La maldición de las riquezas

“¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!”. No nos apresuremos a interpretar estas palabras, consignadas sólo por Lucas, como una mera denuncia panfletaria contra la injusticia social. La denuncia existe, es evidente.¹²⁰ Pero su enérgica admonición atañe a todos, aunque a algunos los afecte más. La riqueza “de hecho” es una desgracia aún peor que la pobreza “de hecho”. Mas, en este caso, me refiero a la situación moral.

No lo ignoro; decir esto es navegar en contra de la corriente común. Pero debemos reconocer una realidad irrefutable: el pobre tiene la ventaja de estar insatisfecho. Su insatisfacción lo impele a la búsqueda y la búsqueda puede —aunque no inexorablemente— revelar la esperanza, o sea, la promesa de una nueva e inédita perspectiva de felicidad. El infortunio puede ser la oportunidad para un hallazgo sensacional: el del amparo de una Providencia prodigiosamente espléndida en sus dones.

Pero el rico —y no sólo en el sentido material— vive de la mentira. Cree poder prescindir de Dios; corta todas las amarras con la Providencia y ubica en su lugar las previsiones y los cálculos humanos. Es un loco, dice Cristo, porque es un inconsciente y un insensato. El rico pone en tela de juicio el irrenunciable derecho de Dios sobre los bienes de la creación. Ya el Antiguo Testamento había recalcado que los tesoros todos del mundo pertenecen a Dios.¹²¹ Verdad repetida por los *Hechos de los Apóstoles*.¹²² Son, aunque se hallen en manos del hombre, propiedad ajena.¹²³ Por

¹¹⁷ *Lc* 14, 28-32

¹¹⁸ *Ibidem*, 33

¹¹⁹ “Leyendo las palabras de Cristo a la luz del principio de la superioridad del *ser* sobre el *tener*, especialmente si éste se entiende en un sentido materialista y utilitarista, llegamos casi hasta las bases mismas de la vocación (cristiana) en el evangelio. En el panorama de la civilización contemporánea, esto es un descubrimiento particularmente actual... Si en el ámbito de la civilización actual, especialmente en el contexto del mundo del bienestar consumístico, el hombre siente dolorosamente la deficiencia esencial del *ser* personal que viene a su humanidad de la abundancia del multiforme *tener*, entonces él está más dispuesto a acoger esta verdad sobre la vocación (cristiana), que fue pronunciada una vez para siempre en el Evangelio” (JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica “Redemptionis Donum”*).

¹²⁰ G. LOHFINK sostiene que, para entender a fondo esta bienaventuranza (y, en general, todo el Sermón de la Montaña) se requiere necesariamente una sociedad contrastante (o.s.c., p. 113 ss.). Si puede aceptarse esa interpretación, entonces se habría de decir que el Sermón de la Montaña es hoy elocuente como jamás lo ha sido antes y que la vocación de la Iglesia es la de ser una sociedad de contraste.

¹²¹ Cf *Lv* 25, 23; *Sal* 16, 15 ss.; 105, 24.

¹²² *Hch* 2, 8

eso es locura y desvarío la codicia que procura incrementar los bienes terrenos, pues el rico, de la noche a la mañana, puede dejar con la vida todos sus tesoros, como demuestra drásticamente la parábola del rico necio.¹²⁴ De nada le habrá servido poseer el mundo, si ha perdido su alma. El rico se postra ante el poder de Mamona, en lugar de rendir a Dios el debido tributo de adoración y sumisión.¹²⁵ No es un ateo, es un idólatra y, por haber elegido un fetiche tan vil, es además un imbécil.

El rico, al quebrantar sus relaciones con Dios, arriesga casi indefectiblemente su ingreso al Reino. “Los cuidados del siglo, las riquezas y los placeres del mundo ahogan la semilla de la palabra de Dios, es decir, la buena nueva de Jesucristo”, enseña gráficamente la parábola del sembrador.¹²⁶ La desventura de los ricos es descrita por Jesús en la parábola del potentado glotón y del pobre Lázaro, de colorido incomparablemente vivo y de profunda emoción.¹²⁷

El rico es un cobarde y no se atreve a la renuncia.¹²⁸ Por eso “¡difícilmente entra un rico en el reino de los cielos! Es más fácil para un camello entrar por el ojo de la aguja, que para un rico ingresar en el Reino de los Cielos”.¹²⁹ Según algunos exegetas modernos, “el ojo de la aguja” era una puerta de la muralla de Jerusalén por donde un camello no podía pasar sino con la condición de que le quitaran todo su cargamento. Ignoro si intentan con esta explicación paliar la dura sentencia de Cristo. De todos modos, al final, viene a ser lo mismo. Un camello, en esa coyuntura, sólo exigiría ser liberado de un par de árganas repletas de mercancías... Pero a un rico ¿hay quien confíe poder quitarle todos sus bienes, librarlo de todas sus febriles preocupaciones financieras, privarlo de todos sus intereses y rentas?¹³⁰

También es desgraciado el rico porque se aparta de sus hermanos. Es imposible hacerse rico y continuar siéndolo sin negarse a repartir sus cosas con los demás. Sus bienes lo inmunizan frente a Dios, mas debe defenderlos con uñas y dientes de la envidia y la rivalidad de sus semejantes. Se ve obligado a mantenerse a distancia de ellos, por temor de ver amenazadas sus ganancias.

El verdadero pobre no suele ser egoísta, el rico casi siempre lo es. El alma del pobre es diáfana como el cristal a través del cual se puede admirar la belleza del mundo y la bondad escondida en el fondo de cada corazón humano. El alma del rico, en cambio, es como el vidrio recubierto en una de sus caras con oro o plata: un espejo donde sólo se contempla a sí mismo; de esa manera se torna satánicamente egoísta y avaro.

¿Cuál ha sido, en realidad, el peor rasgo en la conducta del rico glotón? Jesús no dice que había robado su dinero (aunque ¡es tan frecuente!), ni que él fuese la causa de la miseria de Lázaro; probablemente ni siquiera pensó explotarlo dándole una ruin ocupación en su palacio retribuyéndole

¹²³ *Lc* 16, 12

¹²⁴ *Lc* 12, 15, 16-20. Un eco bellísimo de ellos son los pasajes de SANTIAGO (1, 10 ss.; 2, 1-9; 4, 13-16), y de SAN PABLO (*I Tm.* 6, 7-10 y 17-19).

¹²⁵ *Lc* 16, 13; *Mt* 6, 24. “Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas, pues si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡qué tales serán las tinieblas!” (*Mt* 6, 21-23)

¹²⁶ *Mt* 13, 22; *Mc* 4, 19; *Lc* 8, 14

¹²⁷ *Lc* 16, 19-31

¹²⁸ Historia del joven rico: *Mt* 19, 16-22; *Mc* 10, 17-22; *Lc* 18, 24 ss.

¹²⁹ *Mt* 19, 26; *Mc* 10, 27; *Lc* 18, 24; cf *Mt* 16, 26.

¹³⁰ *Lc* 12, 21; cf *St* 4, 13-17; 5, 1-6

con un salario humillante (“ya que sólo lo empleaba por caridad”, como proclaman muchos “filántrópicos” empresarios contemporáneos apañados por el aparato estatal). Nada de eso; simplemente no reparó en Lázaro, no lo vio. ¡Y ya no lo verá por toda la eternidad! Estableció entre él y el pobre una distancia infranqueable. Como consecuencia, ya nunca más obtendrá de Dios lo que el pobre no pudo obtener de él. Ahora una distancia mucho mayor se ha interpuesto entre él y su Creador. Si el Reino es para los pobres, y si —como diremos— es el mismo Dios, quien rompe con los pobres rompe con Dios.

El rico vive esclavizado: es poseído por lo que posee. Y, después de todo, también él cae en el hastío (proporcionalmente se dan más suicidios entre los ricos que entre los pobres), porque nunca tendrá lo suficiente para poder prescindir de Dios.

También el alma del rico, aunque a él no le interese, es superior a sus riquezas; con éstas, pese a su engañosa omnipotencia, jamás podrá comprar la saciedad. Sin embargo gritará indignado si alguien procura despojarlo de esa armadura con la cual pretende protegerse contra el azar, su típico modo de concebir la Providencia de la cual ya ni se acuerda.

Me trae esto a la memoria una antigua y conocida leyenda; una de aquellas mediante las cuales el fascinante candor del pueblo sencillo manifiesta su comprensión de estas verdades y su profunda experiencia de la vida. Me complace recordarla.

“Érase una vez un rey, dueño de enorme poder y de fabulosas riquezas, afectado de esplín. Nada ni nadie podía alegrarlo y hacerle sonreír; vivía sumergido en la tristeza y consumido por el hastío. Innumerables médicos habían ensayado toda clase de remedios sin éxito alguno. Cierta día, un sabio y sagaz adivino, llegado de un remoto país, vaticinó este sorprendente resultado: el rey sanaría cuando lograra ponerse la camisa de un hombre feliz. Inició entonces el monarca, acompañado por sus médicos y algunos vasallos, un incansable peregrinaje en búsqueda de tan raro espécimen. Mas en vano; en ningún lugar aparecía un hombre feliz. Cierta día, sin embargo, tras larga y fatigosa jornada, atravesando la vega aldeaña a una humilde aldea, atrajo su atención un joven labrador quien, mientras azuzaba su yunta de bueyes y araba la tierra para aprontar el sembradío, cantaba a voz en cuello con excepcional entusiasmo. Detuvo su cabalgadura el melancólico rey y le pregunta: “¿eres acaso feliz, buen aldeano?”. “En efecto, Majestad, —respondióle el labriego— lo soy intensamente”. Trastornado por la emoción, le ofrece el soberano una exorbitante cantidad de oro a cambio de su camisa. Tan grande suma de dinero hubiera bastado para convertir al pobre campesino en el más acaudalado personaje de la aldea por el resto de sus días. Mas aquel hombre feliz no tenía camisa”.

¿Concluye este razonamiento en la absoluta imposibilidad de la salvación de los ricos? ¡Oh, no! La bienaventuranza de la pobreza es siempre asequible para todos, con la condición de poner el medio adecuado para conquistarla. Y ese medio es el propuesto por Jesús al joven rico: la conversión del corazón, expresada en el desprendimiento de las cosas. No pensemos que sólo se trata de un caso particular; es una clara exigencia para todos: “vended vuestros bienes y dad limosnas; haceos bolsas que no envejecen, un tesoro inagotable en el cielo, donde los ladrones no llegan ni corroe la polilla”.¹³¹ En la moraleja de la parábola del mayordomo infiel dice Jesús: “haceos amigos con el dinero injusto, a fin de que, cuando llegue el fin, os reciban en las tiendas eternas”.¹³² Y en la

¹³¹ Lc 12, 33 ss.; Mt 6, 19-21.

¹³² Lc 16, 9

parábola del banquete —nítida alegoría del Reino eterno— son de hecho los pobres, los tullidos, los ciegos y los cojos quienes se sientan a la mesa con el Rey del cielo y de la tierra.¹³³

¿Quiere el rico ser pobre “en el espíritu”?, done, pues, a manos llenas a todo el que le pida, y ni siquiera reclame los bienes que le han sido robados;¹³⁴ no mire a quien da ni a quien hace el bien: “Si sólo hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si sólo prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir nuevamente, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores, para recibir luego lo mismo. Amad más bien a vuestros enemigos y haced bien y prestad sin que esperéis recibir nada, y vuestro galardón será grande”.¹³⁵ Al describir el fatídico desenlace de la ambiciosa vida del rico necio, Jesús enfatiza: “Así sucede al que acumula tesoros para sí, pero no es rico delante de Dios”.¹³⁶ Por eso, “cuando dé limosna que no sepa su mano izquierda lo que hace su mano derecha”.¹³⁷

4.- El triunfo de la esperanza

Alguien me dijo, en cierta oportunidad, “¡Esta interpretación de la pobreza evangélica es maniquea!” El término “maniqueo” se emplea hoy con excesiva frecuencia para desacreditar cuanto a uno no le agrada o le parece demasiado difícil de practicar. Pero, a veces, ni siquiera se conoce el significado exacto de ese término.

Esta pobreza sería maniquea si partiese de un desprecio de las obras divinas materiales. Pero Cristo no reprobó las cosas materiales, efectos del poder divino; condenó el amor excesivo del hombre por lo creado con olvido del Creador. Que las cosas también pueden llevar a Dios, ¿quien puede dudarlo? Cristo amó la naturaleza, obra de su Padre y Suyas, y nos enseñó a amarla. Poeta inefable, el Señor es delicadamente sensible a la belleza del cosmos donde su propio rostro se refleja: lo atraen el perfume de las flores del campo, los lirios más bellos que Salomón en el esplendor de su gloria, el vuelo y el canto de los pájaros, el murmullo cadencioso del agua, la azul y misteriosa infinidad del mar frente al cual se sentaba a meditar,¹³⁸ los lugares solitarios entre el ameno paisaje de las montañas donde se retiraba a orar...

“Sí, las cosas sirven de gradas para acercarse a Dios, pero es menester pasar por ellas sin detenerse, posar en ellas los pies pero no el corazón”.¹³⁹ Las cosas son necesarias para la frágil indigencia de la vida terrenal; mas, si existe una Providencia de infinita generosidad, ¿por qué anhelarlas desaforadamente? Buscando primero el Reino de Dios y su justicia, ellas nos son dadas por añadidura, pues a cada día le basta su afán.¹⁴⁰

La codicia o avaricia (“concupiscencia de los ojos”¹⁴¹), invierte el orden cuando transforma al amo en esclavo. Precisamente los bienes temporales se convierten en obstáculo para la felicidad si,

¹³³ *Lc* 14, 12-34

¹³⁴ *Lc* 6, 30; *Mt* 5, 42.

¹³⁵ *Lc.* 6, 33-35; cf 14, 12-14.

¹³⁶ *Lc.* 12, 21; cfr. *St* 5, 1-6

¹³⁷ *Mt* 8, 3

¹³⁸ *Mt* 13, 1

¹³⁹ Mons. L.A. MARTÍNEZ, l.s.c.

¹⁴⁰ *Mt* 6, 25-34

¹⁴¹ *I Jn* 2, 16

por amarlos de manera desmedida, se deja de amar bienes eternos por los cuales ya no se experimenta interés: “donde esté nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón”.¹⁴²

El apego inmoderado de las cosas es el indicio más evidente de la desesperación. ¿Asombra esta frase? Sin embargo vale la pena meditar lo enseñado por santo Tomás cuando, hablando de la desesperación, analiza la verdadera naturaleza de este pecado teologal. Según él no debemos considerar propiamente desesperado a quien, sin fundados y razonables motivos, se considera condenado de antemano. Tal postura es más bien síntoma de un desequilibrio psíquico.¹⁴³ En efecto, no es fácil encontrar personas realmente creyentes y observantes de sus deberes cristianos a quienes, por grandes que sean sus culpas, los asalte la sospecha de la incoherencia divina después de conocer los innumerables gestos misericordiosos de Cristo, sus declaraciones sobre la benevolencia de Dios y sobre el modo, por parte del hombre, de obtener su perdón. Las parábolas del hijo pródigo, del publicano y del fariseo, del buen pastor (la imagen más bella que el Señor se ha aplicado); el perdón concedido a María Magdalena, a la mujer adúltera, a Zaqueo, a Leví, a Pedro, al buen ladrón; su ruego al Padre por los mismos que lo martirizaban, la revelación de la alegría del cielo por la conversión de un pecador, y tantos otros gestos y palabras de profunda conmiseración, ternura y tolerancia por parte de quien declara “no haber venido a salvar a los justos sino a los pecadores ... porque son los enfermos y no los sanos quienes tienen necesidad de médico”, ¿permiten realmente dudar de la verdad proclamada por el *Sal 50*: “Al corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia”?

En cambio, los tercamente aferrados a los bienes materiales, hasta olvidarse por completo de los espirituales y eternos, manifiestan claros signos de desesperación. ¿Por qué proceden de esa manera? O bien porque no creen en la existencia de dichos bienes y, entonces, no pueden generar esperanza si no han dejado germinar la fe; o bien porque, estando íntimamente convencidos de no poder alcanzarlos, se someten a la alienante explotación de las voluptuosidades inmediatas. Anteponen la cobardía de disfrutar las riquezas materiales presentes a la valerosa y confiada aventura de la esperanza en las riquezas futuras. Y, si esta consideración es verdadera, el número de los desesperados es infinito. Tanta solicitud por las cosas terrenales es propia del paganismo.¹⁴⁴ La riqueza “de espíritu” extermina la esperanza; la pobreza “de espíritu” le da vida y, a su vez, la recibe de ella. Indudablemente es la prueba de su victoria.

5.- ¿Porqué considerar sensata la “locura” de ser pobre?

Se trata, desde luego, de una empresa superior a la capacidad de las fuerzas humanas. El óbolo de la viuda y la moneda de oro del fariseo ilustran de la manera más bella esta exigencia del Reino de Dios. ¿Qué hace posible poder dar todo cuanto se tiene y no sólo lo superfluo? Un don del Espíritu: la raíz de la pobreza es el “temor de Dios”.

¿Cómo puede ser esto?, osará preguntar algún distraído; ¿acaso no se dice siempre que Dios no debe ser temido sino amado? ¿No es esto dar razón al viejo Lucrecio y a muchos sociólogos modernos para quienes “es el miedo quien ha creado a los dioses y los ha introducido en este mundo”? ¿Puede pretenderse reivindicar el miedo, causa de tantas tergiversaciones del sentido religioso y de tantos deplorables estragos en el ámbito de la fe? ¡Acabemos de una vez con esta

¹⁴² *Lc* 12, 34

¹⁴³ No se excluye lógicamente la posibilidad de una verdadera y consciente duda sobre la misericordia divina; e incluso, ¿por qué no?, de una real tentación diabólica en la cual se pueda consentir. Mas no es el caso común. BERNANOS, en *Diálogo de las Carmelitas*, hace de este tema un sugestivo planteo.

¹⁴⁴ *Mt* 6, 25-32

religión del miedo, “opio de los pueblos” e “hipocresía de rufianes”, recurso de la casta sacerdotal para mantener su poderío, sus privilegios y su obscurantismo! ¡Demos muerte ya a ese dios motivo de pánico, concebido como fuente de castigo!

¡Cuántos conceptos sórdidos se esconden detrás de esas afirmaciones tan difundidas en nuestros días! Pero no es precisamente la “ilustración” quien ha enseñado que “el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor...” y que “el que vive en el amor permanece en Dios y Dios en él”.¹⁴⁵ El mundo no comprende o no quiere comprender la diferencia entre el “miedo del esclavo” y el “temor del hijo y del amigo”. El mundo, perdido casi del todo ya el sentido del amor, carece de competencia para dar lecciones en cuanto a eso. Quien ni siquiera ama al hombre, ¿cómo puede entender el amor auténtico de Dios? Quien no es hijo no puede comprender la paternidad, y viceversa.

Si el mundo no tiene a Dios por Padre, ni al hombre por hermano, ¡que se calle al menos! No se debe juzgar acerca de lo ignorado. Quien ha decidido “vivir como le da la gana”, o sea, el rico, teme al temor; es él quien adolece del trauma del miedo porque, muy en el fondo de su alma, su conciencia lo atormenta. Sabe, aunque lo niegue, haber errado el camino. Mas no discierne, no puede percibir el temor del pobre. Para el rico, el pecado es la transgresión de la ley; para el pobre, el pecado es la infidelidad al amor. Verdaderamente “en la tarde de la vida seremos juzgados sobre el amor”;¹⁴⁶ y si, por la falta de amor, no hubiésemos hecho penitencia “todos hemos de perecer”.¹⁴⁷ Tema, pues, aquel a quien su propia conciencia lo condena. Su temor se llama “servil”, porque es el miedo del esclavo, mas no la ternura del hijo y del amigo.¹⁴⁸

El pobre, aún reconociéndose pecador (¡todos lo somos!), no es justo por miedo al castigo sino porque el Espíritu le inspira amor. Ese amor se denomina “temor de Dios” o, también, “temor filial”. Quien sinceramente ama ¿puede no temer perder al ser amado por su exclusiva culpa? Si ese temor no existe, es porque no existe el amor.¹⁴⁹ El pobre evangélico se aparta de las cosas porque no quiere dividir su corazón entre ellas y Dios. Si un esposo amante se apartara con prontitud de la cortesana que lo incita a ser infiel a su esposa, ¿obraría de esa manera por miedo o por amor? Podría aquí repetir con san Agustín: “quien ama entiende lo que digo”.

Solamente porque el Espíritu sopla sobre él puede alguien caer en la “locura de la pobreza” o, es lo mismo, en la “locura del amor”. Paradojalmente, recién entonces se ha vuelto sensato. “El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios”, dice la Escritura. Mas el miedo real no proporciona sabiduría sino estupidez. Luego, ese “temor de Dios” es un nombre nuevo del amor. Y sólo puede constituir un don por el cual “lo imposible para el hombre es hecho posible por Dios”.

He ahí el origen, la fuente o el manantial de la “pobreza bienaventurada”. Al practicarla, el hombre ha logrado recorrer el primer tramo del arduo camino hacia la felicidad.

Para conquistar el premio de la pobreza no basta el simple desprendimiento consecuencia de la práctica de las virtudes morales, como ya hemos recordado. Es necesario el despojo que sólo el Espíritu Santo puede producir con sus dones y carismas. Las virtudes nos enseñan a hacer un uso

¹⁴⁵ *I Jn.* 4, 8, 16

¹⁴⁶ Conocido proverbio de san Juan de la Cruz.

¹⁴⁷ *Lc* 13, 5

¹⁴⁸ Cf *S.T.*, I-II, 19.

¹⁴⁹ “El temor filial, que reverencia a Dios, es como un género de amor de Dios y un principio de todo lo que en reverencia de Él se hace” (I-II, 22, 2). “El temor filial por necesidad ha de crecer al crecer el amor, como el efecto aumenta al aumentar la causa; porque cuanto uno ama más a otro, tanto más teme ofenderlo y separarse de él” (I-II, 19, 10)

“mesurado” de las cosas bajo la égida de la prudencia y de la caridad;¹⁵⁰ los dones, en cambio, arrancan de nuestro corazón todo afecto por lo que no sea Dios.

No es fácil llegar a ese grado de despojamiento, sobre todo cuando se trata de bienes espirituales, como la buena fama, el prestigio, los honores y distinciones, las alabanzas y el aplauso de los hombres. Hay cristianos a quienes los bienes puramente materiales importan muy poco, pero viven terriblemente aferrados a su buen nombre, a su reputación, a su figuración en la sociedad, a que se los tenga en cuenta. ¡Cuántas personas, y hasta familias enteras, se someten a tremendos suplicios —que no sabrían sufrir por amor del Reino de los Cielos— para aparentar ser más o ser tenidos en más! Ese sutil espíritu de riqueza puede resultar más dañino que la codicia de los bienes materiales. El Evangelio todavía no les ha tocado el corazón, aunque hayan vaciado sus bolsillos. Pero el Espíritu Santo, si no se pone óbice a su divina inspiración, infunde ese modo de despojamiento que es como si el hombre estuviese muerto ya para todas las cosas.¹⁵¹

6.- La pobreza es sólo el comienzo

Claro está que la pobreza no es el único ingrediente en la composición de la santidad; ésta se halla integrada por todo el conjunto de las Bienaventuranzas, ya definidas como peldaños conducentes a la cumbre ideal de la justicia perfecta, vigorosamente enfatizada por Jesucristo. La pobreza es sólo el comienzo, el punto de partida. Si no somos pobres no estamos aun en la fe viva.

Las bienaventuranzas son como los distintos tramos de un camino, los peldaños para subir la montaña en cuya cumbre se encontrará la felicidad absoluta. Hemos identificado este proceso con las etapas de la vida espiritual, susceptible de ser formulado de muchas maneras. Mi criterio, ya sugerido hace siglos por san Agustín, es que el Sermón de la Montaña constituye la mejor de todas, la más práctica, la más inteligible; nos hace comprender que este camino puede ser recorrido por todos pues es obligatorio para todos. En este sentido, la pobreza no es el coronamiento de la perfección, no es la dimensión más exuberante y esplendorosa del ideal cristiano. Es el humilde principio de la ruta a transitar,¹⁵² es el amor en los comienzos de su obra de abnegación, estimulado por el Espíritu del Señor.

Si no somos humildes, no seremos pobres; y si no somos pobres no habremos empezado a vivir las exigencias de la vocación cristiana. La fe ha sido siempre una invitación a abandonar la propia casa: “¡Vete, sal de tu país, deja la tierra de tus padres!”. Y Abraham, el padre de los

¹⁵⁰ Cf I-II, 64: “De medio virtutum” y passim.

¹⁵¹ “Con propiedad corresponde al temor la pobreza de espíritu. Pues siendo propio del temor filial reverenciar a Dios y estarle sometido, todo lo que se refiere a esta sujeción pertenece al don de temor. Al someterse uno a Dios deja de buscar la grandeza en sí mismo o en otro, a no ser en Dios, pues lo contrario se opone a la perfecta sumisión a Dios, como dice el Salmo: *Estos en carros y caballos, aquellos en corceles; mas nosotros, en el nombre de nuestro Dios seremos fuertes* (19, 8). Por eso, cuando se teme perfectamente a Dios, consiguientemente no trata nadie de engrairse en sí mismo por soberbia ni engrandecerse con bienes externos, con honores y riquezas. Ambas cosas atañen a la pobreza de espíritu, que puede entenderse como el aniquilamiento del hinchado y soberbio espíritu (san. Agustín), o también como el desprecio de lo temporal que se hace en espíritu, esto es, de propia voluntad y por instinto del Espíritu Santo (san. Ambrosio y san. Jerónimo)” (I-II, 19, 12). Léanse las respuestas a las objeciones.

¹⁵² “Siendo la bienaventuranza acto de la virtud perfecta, todas las bienaventuranzas pertenecen a la perfección de la vida espiritual. En esta perfección parece ser el principio la tendencia a la participación perfecta de los bienes espirituales, despreciando los terrenos; por eso el temor es el primero entre los dones. *Mas no consiste la perfección en el abandono de lo temporal, sino que este abandono es camino a la perfección*” (I-II, 19, 12 ad 1)

creyentes, partió no sabiendo a donde iba. Rabindranath Tagore, sin ser cristiano, ha expresado, en una conocida frase, la quintaesencia del proyecto cristiano: “el amor ha hecho un pacto con el dolor”. Es absolutamente verdadero; pero existen grados de valores en su contenido y Cristo los explicita.

En todos los niveles, cuando amamos algo y deseamos conseguirlo, debemos desprendernos de muchas otras cosas o renunciar a ellas. En el orden material es posible desear mucho pero imposible poseerlo todo. Unas cosas son incompatibles con otras, la posesión de unas implica la privación de otras. Un ejemplo frecuentemente aducido, para corroborar esta verdad, es el de las esposas de los inmigrantes; si son fieles y amantes han de seguir a su cónyuge a donde él vaya, abandonando su patria y a los demás seres queridos, a quienes jamás volverán a ver en muchos casos.

¿Puede sorprender, entonces, que Jesús diga “si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y aún a su propia vida, no puede ser mi discípulo”¹⁵³? Si se tiene la fortuna (bienaventuranza) de anhelar la posesión del Reino de Dios, es menester acometer la empresa del despojamiento de suyo dolorosa. Es verdad, el amor separa, arranca, destruye, pero para transformar. El amor es así: se desprende de todo, lo entrega todo, incluyendo la vida: “No hay amor más grande que el de aquel que da la vida por sus amigos”.

Por eso el amor de “Cristo crucificado es la sabiduría de Dios”.¹⁵⁴ Para encontrar el amor es necesario morir como el grano de trigo, perder la vida para conquistarla.¹⁵⁵

7.- Y el Reino ¿qué es?

Podemos responder simplemente: es la felicidad, la meta. El Reino de los Cielos es, ante todo, un nombre alegórico de Dios. La pobreza voluntaria, por la cual alguien vive sin nada propio, es sólo el resquicio por donde el hombre puede sumergirse en el infinito.

Como el bautismo para los demás sacramentos, la pobreza es la puerta de entrada de las otras bienaventuranzas. Únicamente vaciando el corazón de criaturas puede llenárselo de Dios. E. Hello, en su conocido libro *El hombre mediocre*, cuenta una encantadora anécdota de la vida del gran místico alemán E. Taulero. Entrando éste cierto día en una iglesia, se detuvo a dialogar con un pordiosero que pedía limosna a las puertas del lugar sagrado. A través de ese diálogo descubrió, en el fondo del corazón de ese mendigo, la riqueza extraordinaria de un íntimo conocimiento de Dios. Asombrado le preguntó: “¿Dónde encontraste a Dios?”; y el humilde menesteroso le dio esta sensacional respuesta: “Donde dejé todas las cosas”.¹⁵⁶

Esa frase es la síntesis del contenido de la primera bienaventuranza. Pobre es quien comprueba que depende total y únicamente de Dios; pobre es quien descubre el sentido preciso de la limitación humana; pobre es quien se reconoce inepto para cumplir con su destino, para realizar su misión, para amar a los demás y serles fiel y provechoso si todo el amor de Dios no viene a fecundar su existencia y a llenar el vacío de su alma.

El vacío total es imposible. O Dios lo colma, o se intenta colmarlo con las cosas. Pero las cosas son insuficientes. ¡Bienaventurado quien ha descubierto su inmensa e inagotable capacidad de amor! ¡Bienaventurados los pobres de espíritu! Han fascinado el corazón de Dios, y Él se ha dejado vencer por ellos. “No teniendo nada, ahora son dueños de todo”.¹⁵⁷

Hubo una mujer que, por su extremada indigencia, debió alumbrar en un establo. ¿Han oído ustedes muchas historias semejantes? Y, sin embargo, María fue la mujer más acaudalada. Colmó su

¹⁵³ Lc 14, 26; Jn 12, 25

¹⁵⁴ I Co 1, 17 ss.

¹⁵⁵ Cf Jn 12, 24-25

¹⁵⁶ Cita de MONS. L.A. MARTÍNEZ, l.s.c.

¹⁵⁷ 2 Co 6, 10

existencia el mayor de los tesoros y, por eso, se mantuvo por siempre pobre y definitivamente virgen. Todas las generaciones la han llamado bienaventurada sencillamente porque lo fue. “¡Bienaventurado su seno por haber llevado y bienaventurados sus pechos por haber amamantado al Hijo de Dios! ¡Pero más bienaventurado su corazón por haber creído, por haber escuchado la palabra de Dios y haberla practicado!¹⁵⁸ Gracias a ella, débil criatura como nosotros, comprendemos mejor la razón de ser de esta primera etapa, señalada por su Hijo, de la ruta hacia la felicidad.

¹⁵⁸ Célebre idea de san Agustín, frecuentemente repetida por Juan Pablo II.

ARTÍCULO III

LOS AMOS DE LA TIERRA

1.- La mansedumbre

¡Bienaventurados los mansos! Esta bienaventuranza no es mencionada por Lucas, pero tampoco puede ser reducida a la anterior, como algunos pretenden¹⁵⁹. La pobreza evangélica es el

¹⁵⁹ Numerosos códices griegos ponen esta bienaventuranza en el tercer lugar. La Vulgata, en cambio, la coloca en el segundo. Existen varias interpretaciones de este hecho. Una probable es que san Jerónimo dispusiera de un códice anterior a los llegados hasta nosotros. O también es posible que algún copista —no sería un caso insólito— haya pretendido imitar en el texto de Mateo el orden seguido por Lucas. *La Nueva Biblia Española*, (ed. Cristiandad, Madrid, 1976) traduce esta bienaventuranza de la siguiente manera: “Dichosos los sometidos, porque éstos van a heredar la tierra”. Se trata de una traducción interpretativa, como procede también en otros numerosos pasajes esta singular edición. Tales vocablos no corresponden fielmente al significado exacto de los términos griegos (ningún diccionario propone “sometidos” y el verbo tampoco significa “heredar” sino “poseer”); de esta manera, le hace decir a Jesús otra cosa, muy afín a una moderna proclama sociopolítica. ¡Poco sería heredar algo tan caduco! Aquí se trata de una liberación por la “posesión” de una perfección completamente nueva, simbólicamente denominada “tierra”. Pero, por otro lado, es ya costumbre de los exegetas actuales interpretar los términos usados por Jesús con otros semejantes que aparecen en algunos pasajes del Antiguo Testamento, por ejemplo, la máxima de Jesús estaría en dependencia con el *Sal 37, 11*, donde se lee: “Mas poseerán la tierra los humildes, y gozarán de inmensa paz” (*Biblia de Jerusalén*; otros traducen “mansos” o “dulces” en concordancia con el texto de los LXX). En el Antiguo Testamento, no se habla muy a menudo de la “mansedumbre”; en realidad, sólo un texto hace alusión directa —según se lo traduzca— a esta cualidad: “Los tronos de los príncipes volteó el Señor, y en su lugar sentó a los mansos” (*Si 10, 14*; se cita también la profecía de *Za 9, 9*). Esta frase parece ser retomada por el “Magnificat”, aunque cambiando “mansos” por “humildes”, como en el *Sal 37, 11*. Si se traduce “mansedumbre” y “manso” por “dulzura” y “dulce” (sucede esto en las versiones del idioma francés —*douceur, doux*— carente de términos más adecuados), se podrían mencionar otros muchos textos, pero entonces el sentido variaría completamente. Puede ser una simple coincidencia; de todos modos, es más convincente la tesis de que se trata de algo nuevo o, por lo menos, de una variante marcadamente original. Hay quienes sostienen que en la Biblia la “mansedumbre” siempre aparece en estrecha vinculación con la “pobreza” (otros dicen con la “humildad”). Los mansos y los pobres constituirían una misma categoría social: la del auténtico pueblo de Dios. Por eso, si esta bienaventuranza no figura en san Lucas, es porque, a los ojos de este evangelista, los mansos se confunden con los pobres, y solamente a éstos el Señor se habría referido. En cambio san Mateo, más preocupado por la pedagogía, ve siempre el símbolo de una conducta interior accesible a todo el mundo en la situación material enaltecida por cada una de sendas bienaventuranzas. Cualquiera sea su condición, un discípulo de Cristo debe hacerse pobre “en espíritu”; igualmente, cualquiera sea su temperamento o sus inclinaciones, debe ser siempre manso como Cristo (sin embargo, no escribió “manso de espíritu”). Algunos opinan que Mateo habría completado o explicitado la enseñanza de Jesús recurriendo a los pasajes de *Is 49, 8-13* y *61, 1-3, 7* (Cf LUIS RIVAS, *Las Bienaventuranzas*, ed. cit. “La redacción de S. Mateo”, p. 13 y “Los mansos”, p. 23). Supuesta aquella identificación, las bienaventuranzas sólo serían siete (así, por ejemplo, la *Biblia de Jerusalén*, ed. cast. p. 1309, *Mt 5, 4*). Pero esto no coincide con el sentido conservado casi unánimemente a lo largo de la Tradición, ya que numerosos Padres de la Iglesia subrayan el contraste entre las máximas evangélicas (de modo particular en este caso) y los dichos y sentencias del Antiguo Testamento.

desprendimiento total de los bienes temporales y, aunque su esencia resida en el corazón (“en espíritu”), sus manifestaciones son necesariamente externas. La mansedumbre, en cambio, transforma el interior del cristiano y supone una renuncia más ardua y, por consiguiente, más difícil de comprender. Pero, obtenida, añade un nuevo y valioso grado al progreso de la perfección. Es normal que cualquier transformación comience por lo más externo y practicable; en este caso por la pobreza. La mansedumbre es una dimensión interior y profunda.

¿Quiénes son los mansos (οἱ πράεις en griego; *mites* en latín)?¹⁶⁰ La teología moral habla frecuentemente de la “mansuetudo”. En síntesis, le atribuye tres sentidos complementarios: el de virtud¹⁶¹ parte potencial de la templanza¹⁶² íntimamente vinculada con la clemencia; el de uno de los frutos del Espíritu Santo enumerados por san Pablo;¹⁶³ y el de la segunda bienaventuranza, correspondiente al campo de la justicia animada por el don de piedad.¹⁶⁴ En todos los casos, sin embargo, de manera invariable la relaciona con la ira en cuanto es mitigación de la iracundia y del

160 Una coincidencia material de la misma palabra hebrea traducida a las otras lenguas por “pobre” o “manso” —que puede darse, aunque la lengua original del Nuevo Testamento es la griega— no significa obligadamente una coincidencia formal. Leer el Nuevo Testamento como si de modo inexorable dependiera en su pleno sentido del Antiguo, no parece un procedimiento muy clarificador. ¿No será más exacto y coherente el procedimiento contrario? Lo que Jesús enseña no es plagio —podemos estar seguros— de lo dicho por autores anteriores (incluso inspirados), en grado infinito menos competentes para presentar la realidad y enseñar “toda” la verdad. Así como denomina “mandamiento nuevo” a un precepto (el del amor) ya literalmente formulado con las mismas palabras en el Antiguo Testamento, de igual manera los términos de las bienaventuranzas tienen en sus labios una significación hasta entonces inédita. No es éste, por cierto, el único ejemplo. En la actualidad ciertos traductores intentan imponer su propia teoría sociológica al sentido de las máximas evangélicas forzando la versión. Si de discutir en el nivel de competencia del conocimiento de la lengua griega se trata, “non recuso laborem”. La “mansedumbre” en su acepción más propia y última es presentada por el Evangelio como una característica “exclusiva” de Cristo, de acuerdo con sus mismas palabras. En el resto del Nuevo Testamento los Apóstoles dan testimonio de esa “novedad” al no relacionarla con “figuras” precedentes: “Yo mismo, Pablo, os suplico por la mansedumbre y la benignidad de Cristo...” (*I Co* 10, 1). Y ésa es la única razón por la cual un cristiano debe ser virtuoso (principio esencial de la moralidad estrictamente cristiana) en todos los niveles: “Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro” (*Col* 3, 12-13). “Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con la que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (*Ef* 4, 1-3). “Hermanos, aún cuando alguno incurra en una falta, vosotros los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado” (*Ga* 6, 1); etc. ¿Es legítimo identificar, en estos textos, el término “mansedumbre” con el de “pobreza”? Mal podían concebir ese grado extremo de mansedumbre quienes vivían subordinados a la Ley del Talión. Esta especie de “judaización” del cristianismo no parece coincidir con la lectura de san Pablo y de los demás Apóstoles.

161 II-II, 157 y lugares paralelos.

162 II-II, 157

163 I-II, 70. 3 (*Ga* 5, 22-23)

164 II-II, 121, 2

instinto de venganza. No se podrá, pues, discernir la armonía interior producida por la mansedumbre sin evaluar la turbación provocada por la iracundia.

La ira es, ante todo, un movimiento de la afectividad sensible (“emoción” o “pasión”) causado por un mal arduo presente, contra el cual surge como impulso de venganza. En cuanto tal, no la encontramos solamente en el hombre; es un fenómeno genérico de la vida animal. Bajo este aspecto no es de suyo ni buena ni mala. La diferencia entre uno y otro caso reside en que en el hombre, como sucede con todas las emociones sensibles, la razón puede ejercer sobre ella un control o un dominio.

Vista de esta manera, inevitablemente se transforma en virtud o en vicio, de acuerdo con el objeto al cual la razón la subordina; y éste puede ser moralmente bueno o malo. La ira, regulada por la fortaleza, reviste el decoro de virtud. No todo acto de ira es, pues, necesariamente malo. ¿Podríamos juzgar perversa la ira de Cristo cuando expulsó a los vendedores del templo¹⁶⁵? Graves y plausibles motivaciones hubo de tener para proceder con tal energía, quien se declaraba a sí mismo “manso y humilde de corazón”.¹⁶⁶ A menudo habla la Biblia de la ira de Dios y nada que no sea santo puede atribuírsele.

Mas, como vicio, la ira o iracundia es fuente de grandes y terribles males en el seno de la comunidad humana. El motivo no es difícil de comprender: por su propia índole es una pasión que fácilmente engeguece la inteligencia y conturba el corazón.¹⁶⁷ Minuciosamente podría un docto psicólogo describir las alteraciones de la conducta provocadas por la furia. Nuestra propia experiencia nos demuestra cuán horrible e incómoda es la convivencia con los iracundos. Desequilibrado el juicio racional, pierden el tino y se convierten en necios y ferozmente crueles. Muchas infamias ha introducido en el mundo la maldad humana; pocas, sin embargo, se aproximan al nivel de las provocadas por la iracundia. Estremecen el ánimo sus inventos diabólicos, brutalmente despiadados y sanguinarios. Si hoy puede afirmarse con desazón que la dignidad de la vida humana ha sido vejada y despreciada hasta un límite jamás imaginado, al incremento de la iracundia en sus múltiples manifestaciones lo debemos. Conduce con frecuencia al crimen y al delito. Desarraiga del corazón todo resto de amor, compasión, afabilidad. No respeta norma ni ley. El salvajismo de la inclemencia convierte a los hombres en fieras, y produce un placer morboso y bestial el desahogo de la revancha, síntoma de la funesta corrupción de una naturaleza concebida para el amor y degenerada por el odio.¹⁶⁸

El iracundo es, además, cobarde: se ensaña con los débiles y se torna canallescamente ramplón con los poderosos. Nuestra época es testigo presencial de acontecimientos espantosos; mas, habituada a su inverosímil asiduidad, terminó sucumbiendo en una letal apatía y en la indiferencia.

La mansedumbre, por cierto, no es hoy la más practicada bienaventuranza. Palabra borrada del vocabulario de muchos individuos, y no hablemos ya de las naciones, la mansedumbre se ha convertido en sinónimo de estupidez. ¿Cómo no va a resultar insípida para la mentalidad de tantos hombres y mujeres cuyas mentes, impregnadas desde la mocedad por lecturas y espectáculos de escandalosa violencia, le han tomado gusto a las imágenes brutales, a las narraciones de hechos terroríficos, con las cuales alimentan en su espíritu oscuros demonios?

Pero —reconozcámoslo— esa inmundicia ha alterado el corazón de los mismos cristianos. Existen procedimientos reprobados por el cristianismo, métodos de acción juzgados por el Sermón de la Montaña como siempre indignos de los hijos de Dios. Volver mal por mal, ojo por ojo y diente por

¹⁶⁵ *Mt* 21, 12-13; *Mc* 11, 15-17; *Lc* 19, 45-46; *Jn* 2, 14-22.

¹⁶⁶ *Mt* 9, 28

¹⁶⁷ *Cf* I-II, 48, 3

¹⁶⁸ *Cfr.* II-II, 159, 2

diente, usar medios perversos para hacerse justicia —sea cual fuese el resultado— nunca será evangélicamente lícito. Crímenes como éstos, asesinatos, torturas, expoliaciones, llenan hoy en día la tierra con sus horrores. Algunos cristianos llegarán en su aberración hasta aprobarlos, o incluso cometerlos, porque en el fanatismo de su desesperación han puesto por encima de la ley moral la idea que ellos mismos se han hecho de una justicia iracunda.¹⁶⁹

El siglo XX (y ahora también el XXI) es cínico espectador de una oleada impresionante de asesinatos de seres inocentes: más de 35 millones de abortos al año por banales e inexcusables indicaciones; exterminio del pueblo armenio por parte de los turcos; purga de millones de rusos y ucranianos por Stalin; matanzas masivas en la guerra civil española por parte de ambos bandos; cinco millones de judíos y de otras nacionalidades exterminados en los campos de concentración alemanes y especialmente en las cámaras de gas y en los hornos crematorios; diez mil oficiales polacos, no enemigos, fusilados por los rusos en Katyn; miles de colaboracionistas eliminados por la resistencia al final de la segunda guerra mundial; criminales de guerra suprimidos en Alemania y Japón por tribunales compuestos exclusivamente de vencedores; quince millones de ejecutados en China para afianzar la revolución; treinta y cinco mil condenados al paredón por los tribunales castristas en Cuba; medio millón de muertos en Camboya roja a la retirada de las fuerzas norteamericanas; miles y miles de asesinados y desaparecidos en casi todos los países de América Latina víctimas, muchas veces inocentes, de la irracionalidad de grupos de guerrilleros o de comandos paramilitares en nombre de las ideologías (o bien marxista, o bien de la “seguridad nacional”); miles de adultos y niños asesinados en Brasil por los “escuadrones de la muerte” con la excusa de luchar contra la delincuencia; millones de muertos civiles y militares en el transcurso de guerras y revoluciones implacables surgidas por doquier. Ahora se está pensando también en la eutanasia para suprimir “vidas inútiles”, enfermos y ancianos. Sólo faltaba inventar “la máquina de la muerte” y se ha logrado. Indudablemente nuestro siglo es un claro ejemplo de las consecuencias de la iracundia y del odio, progenitores de la venganza y de la muerte.

¿Cuáles son las fuentes de la iracundia? La soberbia, la ambición, la envidia y la codicia: “¿De dónde provienen las luchas y las querellas que hay entre vosotros? ¿No es precisamente de las pasiones que combaten en vuestros mismos miembros? Ambicionáis y, si no conseguís lo que deseáis, matáis; envidiáis y, al no alcanzar lo que pretendéis, combatís y os hacéis la guerra”.¹⁷⁰ No cabe duda, el excesivo apego del hombre a sí mismo y a la tierra conduce a la iracundia y ésta al crimen.

Por ello es indudable que el ejercicio de la primera bienaventuranza prepara el terreno a la génesis de la mansedumbre cuando, al matar toda ambición y codicia, y con ellas la soberbia y la envidia, obstruye las fuentes de la ira. “Cuando los ricos se ensoberbecen, se enfurecen los pobres”, afirma una conocida frase de la Escritura. Casi siempre las guerras, las revoluciones y sediciones, los enfrentamientos de toda especie, han procedido de los litigios por la posesión de un bien material, tierras, mares, petróleo, salarios, supremacías económicas...

Empero, sosegada en su ansia desmedida de “tener”, el alma queda dispuesta para la tranquilidad de la mansedumbre. Ésta va más allá todavía; no se restringe únicamente a la virtud reguladora de la pasión de la ira, acomodando sus movimientos al modo racional propio del hombre. La segunda bienaventuranza es una perfección mayor, y su explicación es compleja porque compleja es la estructura psicológica de la naturaleza humana. Naturaleza herida, enferma, lastimada por la

¹⁶⁹ Escribe Pío XII: “No hay derecho alguno, ni obligación, ni permiso de ninguna clase para llevar a cabo un acto que sea en sí mismo inmoral, aunque sea mandado, aún cuando negarse a actuar entrañe las peores desgracias personales” (*Discurso a los miembros del IV Congreso internacional de derecho penal*, Nov. de 1953)

¹⁷⁰ *St.* 4. 1-2

ignorancia, la fragilidad, la concupiscencia y la malicia. En una palabra, por los efectos del pecado. ¿Cómo pudo Cristo, insigne conocedor del alma humana, pretender imponerle mansedumbre?

2.- La fuerza sobrehumana e irresistible de los mansos

a) De una manera general

La mansedumbre “bienaventurada” es un Don. No digo que la mansedumbre “virtud infusa” no lo sea. Digo que la primera es un don superior. Y lo es porque se trata de una obra especial del Espíritu Santo. Sólo Él puede doblegar el instinto patológico de venganza, sembrado en el alma humana por la corrupción del pecado.

San Agustín atribuyó la mansedumbre solamente al Don de *Piedad*.¹⁷¹ Santo Tomás, sin negarlo del todo, enseña que la total mansedumbre exige la contribución simultánea de diversos Dones. Es aquí donde advertimos claramente la diferencia entre la virtud (modo humano de obrar) y la bienaventuranza (instinto del Espíritu Santo). En definitiva, debemos comprender que la segunda bienaventuranza es hija, al mismo tiempo, del Consejo, de la Fortaleza y de la Piedad.¹⁷²

En primer lugar, del don del *Consejo*; éste es quien dirige y eleva nuestro entendimiento práctico, proyectando su luz sobre las denominadas “bienaventuranzas de la vida activa” (las cinco primeras de la versión de Mateo) y se constituye de este modo en el mentor sin par de este primer y fundamental tramo de la subida al monte de la felicidad (santidad), sintonizando nuestro comportamiento con el fin último verdadero de la vida humana, es decir, Dios. La iluminación del Espíritu Santo, ejercida sobre la inteligencia del creyente, es en absoluto imprescindible, pues en el hombre no existe acción virtuosa si no está regulada por el conocimiento; y, en tratándose de una acción que rebasa el modo humano de conocer, es necesario también un conocimiento superior.¹⁷³

¹⁷¹ *De Sermone Domini in Monte*, l.s.c.

¹⁷² Con su estilo un tanto exuberante, explica bien esta doctrina de Santo Tomás Mons. L.A. MARTÍNEZ (*El Espíritu Santo*, l.s.c.); he intentado aprovechar, traduciéndolos a otro lenguaje, algunos de los mejores conceptos de su obra. Lo indicaré en cada ocasión concreta. De todos modos, no se trata de ninguna novedad, pues basta seguir atentamente la exposición del Angélico.

¹⁷³ La siguiente explicación puede ayudar un poco a entender mejor lo expuesto en el texto. 1) En el *orden natural* es la virtud adquirida de la prudencia la que ilumina y dirige el ejercicio de todas las virtudes, cuyo término medio racional tiene la función de señalar. De allí su importancia en la vida moral, ya que todas las demás virtudes, incluida la justicia, son una participación de la prudencia en el apetito (véase el tratado correspondiente en II-II, 47 ss.). San Bernardo la denominaba “auriga virtutum”, pues regula y dirige toda la marcha de nuestra vida moral. Importa, por consiguiente, comprender en qué consiste ese “término medio racional” cuya fijación corresponde a esta virtud. Ello nos hará comprender mejor comparativamente la diferencia entre las virtudes y los dones. Todas las virtudes, con excepción de las teologales en las cuales por razones obvias no puede darse exceso, constituyen un equilibrio armonioso entre dos extremos: el exceso y el defecto. Por ejemplo, la fortaleza es un “término medio” dictaminado por la prudencia en la pasión del temor entre el defecto (temeridad) y el exceso (cobardía). Ser virtuoso en este terreno no consiste, como algunos parecen creer, en “no tener miedo”. Si la carencia de miedo fuese un hecho, se trataría más bien de una tara psíquica que anula, impide o suprime el funcionamiento de una pasión (al igual de todas las pasiones o “emociones”) vitalmente necesaria como escudo protector de la subsistencia del animal. Saldríamos del campo de la moral, para entrar en el de la psicopatología. Pero tampoco la excesiva gravitación del miedo es moralmente aceptable, pues contradeciría el juicio sensato de la razón práctica (aquí también son posibles situaciones morbosas). En este ejemplo, por lo tanto, lo virtuoso no consiste en no tener miedo o en tenerlo excesivamente, sino en regularlo con sabiduría hasta

Pero, a su vez, interviene el Don de *Fortaleza*, cuya función consiste, perfeccionando la virtud homónima que regula los movimientos del apetito irascible (entre los cuales se encuentra la ira), en sofrenar sus excesos. Nuestro apetito, ya dispuesto por las virtudes en las pasiones del irascible para someterse dócilmente a las mociones del Espíritu, no se excede en su irritación más de lo que la ofensa recibida merece; en cambio, bajo la influencia del don, cuyo modo de obrar es divino, el cristiano no solamente renuncia a la venganza sino, maravillosamente sereno, se gloria de las injusticias recibidas; el don de Fortaleza es el vigor del ánimo para soportar la injuria y gloriarse de las humillaciones, sobre todo si esa injuria se recibe por causa de Cristo, quien exige “poner la otra mejilla”.¹⁷⁴

hacerle alcanzar un “término medio” o equilibrio; este punto de equilibrio entre los dos extremos es establecido por la misma razón humana al juzgar la realidad singular. Se lo denomina “juicio prudencial” el cual, cuando es formulado habitualmente, constituye la virtud de la prudencia. Y así en todos los demás casos. La prudencia dirige a las otras virtudes (incluyendo la característica especial de la justicia), proporcionándoles una participación de sí misma. 2) En el *orden sobrenatural*, claro está, las virtudes morales infusas, distintas de las naturales o adquiridas porque su objeto es determinado por la fe, son reguladas por la prudencia infusa, perfeccionada, a su vez, por la fe y los dones intelectuales de ciencia y consejo. El don de ciencia, agudizando la fe en su función práctica, hace comprender a la luz de Dios el valor real limitado de los bienes temporales, el significado de los acontecimientos históricos (“los signos de los tiempos”); mas el don de Consejo dirige de un modo efectivo hacia el hallazgo de un término medio virtuoso que supera el modo racional humano de la prudencia, tanto natural cuanto infusa. Finalmente, cabe añadir un detalle más. Así como el juicio de la prudencia natural no solamente depende del conocimiento de la verdad objetiva de la ciencia moral (cuyos principios universales aplica al caso singular), sino también del imperio del apetito recto natural (verdad práctica), así el juicio de la prudencia infusa tampoco depende únicamente de la fe y de los dones intelectuales del Espíritu Santo sino, sobre todo, del imperio de la Caridad, la más perfecta de todas estas dimensiones de la vida moral. No cito, porque no conozco, monografía de autor alguno que haya sintetizado a fondo este aspecto de la doctrina de santo Tomás, profusamente esparcido en innumerables textos a lo ancho y a lo largo de sus obras. Cf mi libro *Las normas de la moralidad. Génesis y desarrollo del orden moral*, ed. Claretiana, Buenos Aires, 1993

174 *Lc.* 6, 27-38. En este pasaje Cristo propone una normatividad moral muy áspera, difícil de asimilar. Es directamente contraria al instinto vengativo sembrado por el pecado en lo más profundo del corazón humano, contradictorio a la herencia satánica de la soberbia y del amor de sí mismo. Hasta Cristo rigió dondequiera (incluso en la legislación mosaica y en los hábitos de la sociedad judía) la “ley del talión”, neta transacción con la política de represalia. Jesús decreta su abolición radical (Cf *Mt* 5, 38-48; *Lc* 6, 27-36) y la substituye por otra ley que nos hace “perfectos, como perfecto es nuestro Padre celestial”. ¿Cuál es esa nueva ley? La caridad (*Jn* 13, 33-35; 15, 12-17). Amor sin límites porque no es susceptible de excesos (*Mt* 7, 12; 18, 15-22; *Lc* 10, 25-37; 17, 3-4; *Jn* 13, 12-20); precepto primario, fundamental, compendio de la perfección y de la sabiduría (*Mt* 22, 34-40; *Mc* 12, 28-34); definitiva derogación de las infames prerrogativas del odio. ¿Cómo es posible — después de meditar en estos textos — negar la existencia de “una moral propiamente cristiana”? Si se piensa que estas normas de conducta las propuso alguien antes de Cristo sería necesario demostrarlo apodócticamente. Ni los autores protestantes, ni el P. Fuchs, partidarios de esta tesis han logrado demostrarla, ni siquiera a medias. Por el contrario, todo nos induce a aceptarlas como una “novedad”. Dicha novedad absoluta (en su significado íntimo) fue tan expresa y penetró tan hondamente en la mente de los apóstoles, que la predicarían incansablemente (en especial Pablo y Juan) con términos de indiscutible fuerza y claridad. ¡Cuán pocos hombres y mujeres, sin embargo, han sido sensibles a tan revolucionario cambio! La “ley del talión” ha resultado, para la inmensa mayoría,

Sin embargo, tanto las virtudes de la mansedumbre y de la clemencia, como el vicio de la iracundia, son ubicados por santo Tomás en el campo de la templanza, en cuanto ésta modera los deleites sensibles y, como la misma esperanza, es coronada por el don del *Temor*.¹⁷⁵

Todo eso contribuye, estimulando la virtud, a crear una disposición para el ingreso del alma en la segunda bienaventuranza. Ésta —según lo ya enseñado por san Agustín— es efecto inmediato del Don de *Piedad*. Pero, ¿por qué si este don anima y perfecciona el ejercicio de la justicia,¹⁷⁶ adjuntarlo a la bienaventuranza de la mansedumbre? Porque ésta nos inspira ante todo en la práctica de la religión, cuyo objeto es rendir a Dios un culto agradable y agradecer sus beneficios en un grado heroico¹⁷⁷. Sobre este punto es conveniente detenerse con atención. Aun cuando también otros dones alimenten la mansedumbre, es el de Piedad sobre todo quien la estimula de una manera inmediata. Según santo Tomás —ya lo señalé— corresponde a la virtud de la justicia. Esta virtud, tanto en el plano natural como en el sobrenatural, inclina a ceder a los demás lo que les pertenece, o sea, a respetar sus derechos. Su amplio campo abarca toda suerte de relaciones de la persona: con sus simples semejantes, con sus seres queridos, con Dios. Y así se conforma un numeroso grupo de virtudes anexas, cuyo eje es la virtud cardinal de la justicia. Para aquellos con quienes tenemos una deuda rigurosa ejercemos la justicia estricta; para con Dios expresamos nuestro deber de culto debido por la práctica de la religión; para con nuestros padres, familia, patria observamos la piedad; para con nuestros bienhechores manifestamos gratitud; etc. Es un cúmulo de perfecciones morales en el cual cada una tiene un objeto propio y cumple una función.

Mas —como se ha señalado repetidas veces— el Espíritu Santo puede influir en el terreno propio de una virtud mediante un Don, sublimando la práctica de la misma, siempre caracterizada por los rasgos de miseria e indignidad distintivos del obrar humano. Y es esto lo que el don de Piedad engendra en el ámbito de la justicia.

b) La mansedumbre para con Dios

Tal vez aquí la mansedumbre se comprenda mejor por oposición a las actitudes contrarias: dureza para con Dios¹⁷⁸ e impenitencia.¹⁷⁹ Nadie puede negar que, en alguna ocasión, o incluso

indudablemente más atractiva y gratificante que la ley del amor. Algunos autores actuales, al comentar esta bienaventuranza, desarrollan el tema de la violencia (o de la “no violencia”). Cfr. B. LAMBERT (o.s.c. p. 84 ss.), G. LOHFINK (o.s.c. p. 45 ss.), J.M. CABODEVILLA (*Las formas de felicidad son ocho*, ed. BAC, Madrid, 1984, p. 63 ss.). Yo he preferido señalar la raíz psicológica y moral de la violencia y el valor santificador de la mansedumbre cristiana. La actitud de la “no violencia” no reviste necesariamente el carácter de virtud.

¹⁷⁵ Cf I-II, 68, 4. Existe una íntima relación entre la virtud teologal de la Esperanza, que impulsa a la renuncia de los bienes materiales (pobreza evangélica) en aras al Reino de Dios futuro, su objeto propio, y la templanza que, por el mismo motivo, estimula el abandono de los deleites corporales. Por eso les atribuye la guía del mismo don: el *Temor*.

¹⁷⁶ II-II, 121; cf 57, introducción.

¹⁷⁷ Mt 5, 23-24; 15, 5; 23, 18-19; Mc 7, 11. Cf SANTO TOMÁS, *Tratado de la virtud de Religión*, II-II, 81-103

¹⁷⁸ “Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre habéis resistido al Espíritu Santo” (*Hch* 7, 51; palabras de san Esteban protomártir).

¹⁷⁹ Término terrible que aflora frecuentemente en los libros sagrados. Aquí ya ni entra en juego siquiera la desobediencia, el hombre ya no se rebela contra la voluntad de Dios; simplemente se torna inasequible, se transforma en “un corazón de piedra” (*Ez* 12, 19). Es esa incapacidad voluntaria para

durante años, haya faltado a la docilidad para con Dios. Pero existen quienes se endurecen poco a poco, hasta llegar a la dureza total.¹⁸⁰ Dios inspira, ante todo, en la práctica de la religión, cuyo objeto es rendirle un culto agradable de devoción, oración, adoración, sacrificios y ofrendas, alabanza y gratitud. Pero el don llega más lejos: transforma el gesto de sujeción, que nos hace esclavos y sujetos de miedo, en vínculo de ternura.

El Apóstol lo expresa con una encantadora y original sentencia: “Recibísteis el *Espíritu de adopción*, que nos hace hijos, y nos permite gritar: ¡Abba! ¡Padre!”.¹⁸¹ Y, si Dios es Padre, no caben con Él relaciones antagónicas a las propias de un hijo; deben ser íntimas, confiadas, afectuosas. Esta filiación —infundida por el don de Piedad— ya no piensa en el honor debido, ni se preocupa por la devolución de los beneficios otorgados. Del corazón de un hijo sólo pueden surgir sentimientos espontáneos de admiración, de cariño, de orgullo por la grandeza, la dignidad y la sabiduría del Padre. Si lo glorifica en sus palabras y en sus actos, es porque se siente glorioso a su lado. Ya no puede temer a Quien ama, ni le es posible ofenderlo. “Amándolo de verdad —según la bella idea de san Agustín— puede ahora hacer cuanto quiera”. El don de Piedad no le permitirá yerros: lo ha convertido en manso como su Padre.

c) *La mansedumbre para con nuestros prójimos*

Pero la Piedad no impulsa solamente a cumplir nuestros deberes con el Padre. Como lógica consecuencia, inflama el corazón en el amor a nuestros hermanos, a nuestra familia, a la entera humanidad. Descubrir, por la efusión del Espíritu, “que no solamente nos llamamos, sino que verdaderamente somos hijos de Dios”,¹⁸² es descubrir simultáneamente la fraternidad entre los hombres, es la revelación inesperada de que cada hombre —cualquiera sea su condición— constituye un verdadero hermano.

Podríamos hacer incontables aplicaciones del modo de practicar la mansedumbre; por ejemplo, desterrar de nuestras costumbres la dureza, la amargura, el querer tener siempre razón; esforzarse por procurar hacer coincidir la propia voluntad —sin cansarse jamás— con todo aquello que une y no con lo que separa; saber ofrecer siempre una acogida sencilla, total, transparente; etcétera. Es aquí sobre todo, en este momento preciso, cuando el don de Piedad engendra la segunda bienaventuranza.

La mansedumbre tiene dos consecuencias. Primeramente perfecciona a quien la alcanza como sucede con cualquier virtud. Mas, sobrepasando la dimensión virtuosa por ser un don, ordena en la paz las relaciones entre los hermanos. Manso es quien, dueño de su orden interior, derrama la paz a su alrededor, pues la paz “es fruto del orden” cuando éste viene desde muy adentro.

La estrecha vinculación entre el don de piedad y la segunda bienaventuranza no tiene por qué sorprendernos si se advierten los diversos motivos por los cuales actúan el don y la virtud. Ésta se funda en el bien humano, amenazado por la ira, impidiendo su destrucción; aquel, penetrando hasta el fondo del alma, la libera de todo impulso de indignación por la reverencia, suscitada en él, del hijo

abrirse a la misericordia, para ceder al amor. Cuando esta incapacidad se ha vuelto total nos encontramos ante el misterioso “pecado contra el Espíritu Santo”.

¹⁸⁰ Es la “ignorancia causada por la impenitencia del corazón” (*Ef* 4, 18). En la parábola del rico epulón, éste suplica a Abraham que envíe a Lázaro a la tierra para convertir a sus hermanos: “Si alguno de los muertos fuese a ellos, harían penitencia”. Pero Abraham responde: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se dejarán persuadir si un muerto resucita” (*Lc* 16, 30-31).

¹⁸¹ *Rm* 8, 15

¹⁸² *I Jn* 3, 1. Ver todo el capítulo.

hacia el Padre. Por instinto del Espíritu, la mansedumbre —atributo divino— se esparce en todo el interior del cristiano. El alma, guiada por el Espíritu, “es mansa porque Dios es manso.¹⁸³

La mansedumbre divina es infinitamente paciente. Si Dios no fuese manso, ya ninguno de los hombres existiría. Si Dios se dejase llevar por la ira —¡y cuán justificada estaría!—, hace mucho, muchísimo tiempo que la humanidad entera hubiese desaparecido sentenciada por su propia inmundicia.

¿No tendría Dios graves y hartos suficientes motivos para vengarse de los ultrajes recibidos? Una humanidad atea, blasfema, histriónica y procaz, demoledora de todo orden y rebelde contra toda ley divina, ¿qué destino merece? Mas Dios “sigue haciendo salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos” y, de esa manera, nos enseña “a ser hijos suyos”.¹⁸⁴ Dios espera. Llegará el día cuando “separe el trigo de la cizaña y los peces inútiles de los comestibles¹⁸⁵. Mientras tanto se muestra “bondadoso hasta para con los ingratos y los malos”.¹⁸⁶ Es así como el manso, “hijo del Altísimo”, aprende de su Padre. Signo de esa bondad divina, Cristo se presentó en la tierra lleno de mansedumbre y benignidad.¹⁸⁷

Nunca olvidaré la afirmación de un anciano psicoterapeuta, ferviente cristiano, a quien pregunté en cierta oportunidad: “¿Cuáles son los síntomas de un completo equilibrio psíquico?”. “Sólo en el Evangelio —me contestó— es posible encontrar la respuesta a esa pregunta; el único hombre perfectamente equilibrado que ha existido en la historia de la humanidad es Jesucristo”. En efecto, solamente el manso posee descanso en su interior; quien no lleva dentro suyo la paz, únicamente comunica guerra y división. La clave del perfecto amor reside en la perfecta mansedumbre, obra del Espíritu Santo.

La praxis de la mansedumbre “bienaventurada” es el fundamento de la instauración de una nueva justicia, bellamente definida por Pablo VI “civilización del amor”. La sola virtud de la mansedumbre y de su gemela la clemencia no poseen la fuerza irresistible de los mansos “bienaventurados”, instrumentos del vigor omnipotente del Espíritu Divino.

Digámoslo de otro modo. El manso sólo humanamente virtuoso se hace razonablemente bueno a sí mismo (no sin repercusión social, claro está); pero el manso bienaventurado es instintiva herramienta del Espíritu para construir una tierra nueva.

Mansos de esta especie no abundan hoy; de lo contrario, la delirante arbitrariedad de una sociedad cada día más sumergida en la corrupción integral se alejaría de ese deplorable estado, azoradamente contemplado por los futuros herederos (los niños y adolescentes) de tan trágica herencia. Si los mansos abundasen en el mundo, hasta tal punto renovarían su faz que lo convertirían en un anticipo de aquella “nueva tierra”, cuya posesión les ha sido garantizada. Incluso ecológicamente sería beneficioso su influjo. Hoy la insensatez y la imprudencia de los violentos amenaza la subsistencia misma del planeta.

3.- La posesión de la tierra

La mansedumbre es otro tramo de la ruta hacia la felicidad. Ésta la señala ahora Jesús añadiendo “ellos poseerán la tierra”. Pero ¿de qué tierra se trata? No ciertamente de ésta, habitada por los mansos en compañía de cierta gente poco recomendable. A menudo Jesús la ha denominado “el mundo”. Y ese mundo lo odia y odiará a sus discípulos porque su espíritu es contrario al Suyo; ese

¹⁸³ Mons. L.A. MARTÍNEZ, o.s.c.

¹⁸⁴ *Mt* 5, 45

¹⁸⁵ *Mt* 13, 24-30, 36-43; 13, 47-50

¹⁸⁶ *Lc* 6, 35

¹⁸⁷ *Mt* 11, 29

mundo ha sido ya juzgado por no haber creído en Él y por aceptar como príncipe al padre de la mentira y de los mentirosos.¹⁸⁸ Le hemos oído afirmar que de nada le vale al hombre conquistarlo, si es a costa de la propia vida (la salvación del alma). Él mismo lo despreció cuando fue tentado con su posesión.¹⁸⁹ ¿Por qué el Señor iba a bendecir con una bienaventuranza lo que es objeto de la ambición más apasionada de los hombres, es decir, la posesión del mundo?

La tierra de los peregrinos sería un premio demasiado exiguo para los mansos, después de haberse prometido el Reino de Dios a los pobres. ¿Se puede retroceder ahora cuando la etapa recorrida ha sido más trabajosa? Debe necesariamente tratarse de algo distinto y superior.¹⁹⁰ Es, por lo tanto, algo más que el Reino de los Cielos o, por lo menos, el mismo Reino de los Cielos considerado bajo otro aspecto revelador de una riqueza aún mayor. No se trata de repetir pura y simplemente la misma idea. Cada expresión de la promesa responde a un enfoque particular. Cada bienaventuranza es un momento característico. La recompensa por las buenas obras, la felicidad del justo oculta en el misterio —ya lo dijimos— sólo puede ser el mismo Dios.¹⁹¹ “Pero puesto que el Profeta había dicho: los mansos heredarán la tierra, formó su sermón con las palabras acostumbradas”.¹⁹²

La infinita perfección, la inagotable riqueza divina se va poseyendo por grados. La teología clásica ha sostenido como indudable la posibilidad de un crecimiento indefinido de la caridad en la vida presente. Si el objeto de esta virtud es la misma bondad divina en sí misma, y si entre ella y nuestra capacidad de amar media una distancia infinita, nuestro amor podrá siempre crecer aunque su potencial sea indefectiblemente limitado.¹⁹³ No puede haber excesos en el amor de Dios: jamás podremos amarlo en el grado adecuado. Y sólo Él, infinitamente amable, puede agotar —si este verbo sirve para expresarlo— la inextinguible sed de felicidad de nuestro espíritu. Los premios de las bienaventuranzas constituyen el mismo tesoro dividido en grados —de parte nuestra, claro está— proporcionados a los méritos obtenidos en el ejercicio de cada bienaventuranza.

A quienes voluntariamente se deshicieron de las riquezas temporales y externas, se les concede el derecho a la posesión del Reino de los Cielos. A quienes, superando a los primeros en perfección, llegaron al desprendimiento de su yo interior mediante la mansedumbre, se les brinda “poseer la tierra”. En esta fórmula se halla implícita la sugerencia de algo más definitivo por el

¹⁸⁸ *Jn* 12, 31; 16, 7-11. Es importante esta larga serie de capítulos del 12 al 17.

¹⁸⁹ *Mt* 4, 8-11; *Lc* 4, 5-7

¹⁹⁰ Escribe SAN JUAN CRISÓSTOMO: “Pero la tierra aquí, como algunos dicen, todo el tiempo que se conserve en este estado es tierra de muertos, porque está sujeta a la vanidad; cuando queda libre de la corrupción, entonces se convierte en tierra de vivos para que los mortales hereden la inmortalidad. He leído otro expositor que dice que la tierra de los vivos es el cielo en que han de habitar los santos, el cual, con respecto a la región inferior, es cielo, pero, con respecto al cielo superior, se llama tierra. Otros dicen que nuestro cuerpo es tierra, y todo el tiempo que está sujeto a la muerte se llama tierra de muertos; pero cuando está conforme con la gloria del cuerpo de Cristo, se llama tierra de vivos” (Citado por STO. TOMÁS, *Catena Aurea*, t. I^o, p. 115)

¹⁹¹ LUIS RIVAS, *Las Bienaventuranzas*, ed. supra cit., “El Reino de los Cielos”, explica la prosapia bíblica de esta expresión usada por Mateo, equivalente a la de “Reino de Dios” de los otros evangelistas.

¹⁹² S. JUAN CRISÓSTOMO, *Ibidem*; se refiere al *Ps.* 37, 11.

¹⁹³ Cf S.T. II-II, 24, 7

empleo del verbo “poseer”, no utilizado en la primera bienaventuranza.¹⁹⁴ Tanto Mateo como Lucas dicen “suyo es”, “vuestro es”. La palabra “posesión”, en cambio, significa estabilidad, durabilidad, seguridad; implica condiciones de quietud, calma, sosiego, y ... silencio. Bien se ha pensado que el premio de los mansos no será el “tener”, sino el “ser esencial”.¹⁹⁵

“Poseer la tierra” sólo puede significar, entonces, la plácida calma, la serenidad, de las alegrías espirituales: “saborear las cosas de arriba”¹⁹⁶, según la expresión de Pablo, “porque el corazón se ha dilatado”¹⁹⁷. Quien ha logrado renunciar radicalmente a las riquezas materiales, no por eso ha logrado también su propio autodomínio. La mansedumbre alcanza lo que la pobreza todavía no ha conseguido: estabilizarse en Dios.

Avasallados por la iracundia entablan los hombres guerras implacables, como perros rabiosos disputándose a mordiscos un trozo de carne envenenada que les ha sido arrojada adrede para su exterminio. El homicidio, fruto del odio iracundo y de la mentira, tiene un origen diabólico¹⁹⁸. Se esclavizan unos a otros para asegurarse riquezas o poder.

A todo eso Cristo opone insistentemente los bienes eternos, inagotables y a disposición de todos y no solamente de los más fuertes o prepotentes. Es verdad que solamente en el cielo esa posesión será total y definitiva; pero ya desde ahora puede iniciarse la recompensa para quien se ejercita en la segunda bienaventuranza. El alma de los mansos, jamás agitada por los vientos huracanados de la iracundia, posee, sin perderlo nunca, al Dios amante del silencio y del sosiego. Y, poseyendo a Dios, se posee a sí misma.

Por el contrario, la ira perturba totalmente el orden de nuestro mundo interior. ¿Acaso cada uno no conoce esto por experiencia personal? Quien ha logrado, al menos de un modo incipiente, la serenidad de sus pasiones bajo el influjo de la doctrina evangélica, si un día, por cualquier motivo, pierde la calma y se deja arrastrar por un injustificado enojo, altera sus modales y expresa su ira con gestos descompuestos y palabras altaneras, pasado ese momento sentirá una abrumante desazón.

No es difícil imaginar, por consiguiente, el agobiante mundo interior de un iracundo, siempre falto de paz, siempre sumergido en el desasosiego y en el descontento. ¡En qué infierno de inquietudes vive aprisionado! La mansedumbre, por el contrario, mantiene inalterable la armonía y la concordia, preparándose sin recelos para los beneficios del amor.

En efecto, sólo los mansos pueden comprender cabalmente los frutos de la caridad. Y el motivo es sencillísimo: la eficacia del amor no se puede demostrar con argumentos teóricos, pues nada existe de tan concreto. Por eso no podrá explicarlo quien no haya amado nunca. San Juan, alma ardiente en el amor de Jesucristo, escribe: “Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad”.¹⁹⁹ Quizás hubo de formular este ruego porque en su tiempo,

194 “Significa cierta estabilidad de la eterna herencia, en donde el alma descansa por el buen afecto como en su propio lugar, así como el cuerpo descansa en la tierra, y de allí saca su alimento como el cuerpo lo saca de la tierra, ella misma es el descanso y la vida de los Santos” (S. AGUSTÍN; cf. STO. TOMÁS, *Catena Aurea*, t. I^o, p. 114)

195 Cf B. LAMBERT, o.s.c. p. 102

196 *Col* 3, 1-2

197 *2 Co* 6, 11. “Por la caridad se amplía la capacidad de la creatura espiritual, pues por ella se dilata el corazón” (II-II, 24, 7 ad 1).

198 “Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Él es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no está en él. Cuando habla la mentira, habla lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira” (*Jn* 8, 44)

199 *1 Jn* 3, 18

como en el nuestro, existían entre los cristianos quienes ponderaban la grandeza de la caridad, mientras la contradecían con su vida.

¿Cuál de nosotros podría poner en duda la transcendencia de la caridad después de haber escuchado los frecuentes elogios de ella efectuados por Cristo y los Apóstoles? Es, ¡nada menos!, el precepto fundamental del cristianismo, síntesis de toda la ley y de las enseñanzas de los profetas. Pero la caridad es renunciamiento, es salir de sí mismo para ir en búsqueda del hermano; y esta condición indispensable no puede cumplimentarse sin mansedumbre, clemencia y humildad. No puede amar quien no ha conquistado la dulzura del manso. “La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra en la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera”.²⁰⁰

El violento, el impaciente, el iracundo herirán con frecuencia la caridad fraterna y, si abrigan en su espíritu sentimientos cristianos, se sentirán obligados diariamente a pedir perdón. Pero no siempre les resultará fácil obtenerlo, porque su actitud belicosa, su arrogancia y su acritud apartan a los otros de él y provocan reacciones similares.

Por el contrario, la mansedumbre arrastra en pos de sí los corazones empedernidos. Además de los admirables ejemplos de Cristo, ¡cuántas escenas de exquisita mansedumbre podríamos recordar de la vida de los santos que se esforzaron por vivir mansamente imitando a su Maestro!

Sobre todo por su mansedumbre, se me ocurre pensar, suscitaba el Señor esa extraordinaria fascinación sobre las multitudes, descrita en los evangelios. “Maestro bueno”, le llamaba la gente, pues pasó por la tierra haciendo el bien.²⁰¹ El pueblo sencillo no podía resistirse al encanto de su clemencia, de la “benignidad de su humanidad”.

Incluso en nuestros días, entre los ministros del Señor, sus representantes frente al pueblo fiel, ¿quiénes provocan mayores simpatías y atracción en la gente sino precisamente los mansos? He conocido sacerdotes no del todo fieles a sus deberes y asaz reprochables en sus costumbres privadas pero, al mismo tiempo, mansos, bondadosos, comprensivos y tolerantes por conocer en carne propia la fragilidad humana, siempre dispuestos al servicio, amantes de los pobres y cercanos al lecho de los enfermos y moribundos, sin jamás omitir una palabra de consuelo para los solos y los tristes; en síntesis, mansos. Y el pueblo, a pesar de sus defectos, los amaba, los escuchaba, los seguía y—hecho sorprendente y digno de análisis— lograron convertir a muchos.

En cambio he conocido también otros, severos consigo mismos y de (al menos aparente) intachable conducta, pero agrios de carácter, intolerantes, constantemente malhumorados, con un fiero reproche siempre a flor de labios por la menor tontería. La gente se apartaba de ellos con horror y hasta fueron ocasión de que muchos desertaran de la práctica cristiana.

Esas comprobaciones me llevaron a la siguiente conclusión: el asceta estoico, áspero y hosco repele, el pobre pero manso pecador atrae. ¿No se aplicará aquí la parábola del fariseo y del publicano? Entiéndaseme bien; no se trata de ensalzar las deficiencias de nadie. No se me advierta que sería mucho mejor ser simultáneamente asceta y manso. ¿Puedo ponerlo en duda después de haber conocido a Jesús? Pero creo haberle oído decir que “prefiere la misericordia a las observancias”.²⁰² Así es como los mansos entran en posesión de “la tierra prometida”.

Todas estas reflexiones nos muestran, al mismo tiempo, el grave error de quienes interpretan este “poseer la tierra” como una mera lucha de los cristianos por el equilibrio social y el desarrollo temporal. No afirmo que este asunto deba sernos indiferente. Pero no podemos considerarlo

²⁰⁰ *I Co* 13, 4-7

²⁰¹ *Mc* 7, 37

²⁰² *Mt* 9, 13; 12, 7

principal. Cristo envió a los apóstoles y fundó la Iglesia para continuar su obra de salvación cristiana. Esta debe, por el ejemplo de su vida, por los sacramentos y otros medios, llevar a todos los pueblos a la fe, a la libertad y a la paz de Cristo. Tal es la verdadera “nueva tierra”.

La Iglesia debe seguir los misterios y los ejemplos de Cristo, “caminar... por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia, hasta la muerte, de la que surgió victorioso por la resurrección. Porque así caminaron en la esperanza todos los Apóstoles que, con múltiples tribulaciones y sufrimientos, completaron lo que falta a la pasión de Cristo en provecho de su Cuerpo, que es la Iglesia”.²⁰³ Muchas veces fue también semilla la sangre de los cristianos”.²⁰⁴

Aquel reduccionismo sería sumamente dañino para la comprensión de la meta auténtica propuesta por el Evangelio. No se trata de abrir la Iglesia a un modo de pensar y de vivir considerado ya perfectamente correcto. Es necesario un discernimiento. Este discernimiento es el de la cruz de Cristo, que “mortifica” todas las orientaciones humanas falseadas o viciadas por un apetito irracional de ciencia y de experimentación, por el deseo de acaparar todos los recursos, con injusticias cada vez más flagrantes en el mundo, y por un deseo de transformar el sexo según la subjetividad y el hedonismo poniendo en crisis el matrimonio.²⁰⁵ Nada de todo eso es compatible con el Evangelio.

4.- La Madre de la Mansedumbre

Permítaseme contar una historia. Había un pequeño pueblo llamado Caná, ubicado en el corazón de la Galilea, al norte de la Palestina. Un día se celebró allí un desposorio y los contrayentes eran amigos, tal vez parientes, de una mujer de nombre María, madre de Jesús el Nazareno. Ella y Él (que llevó consigo a sus discípulos) fueron invitados a esas bodas. En un determinado momento faltó el vino. ¿Es necesario seguir contando esta historia? Todos la han leído repetidas veces.

Sin embargo, ansío subrayar un detalle. Cuando “mansamente” María dijo a Jesús: “No tienen vino”, el Señor le respondió: “¿Qué a mí y a ti, mujer? Todavía no ha llegado mi hora”. Pero María, una vez más con mansedumbre, dijo a los sirvientes: “Haced cualquier cosa que Él os dijere”. No quiero recalcar hasta qué punto María conocía quien era su Hijo, ni el grado de su conocimiento del Bueno por antonomasia.²⁰⁶ Prefiero solamente enfatizar su influencia sobre Él con el poder irresistible del amor. El Señor no se resiste a los mansos. Y así, la Madre de la Mansedumbre le obligó a hacer su primer milagro “fuera de hora”. Si procedió así para evitar la vergüenza de una familia, carente de vino por pobreza o quizá por imprevisión, ¿qué no será capaz de hacer esa Madre para salvarnos?

El manso todo lo alcanza, sin violencia, sin ruido, sin alardes, sin demasiadas palabras; lo conquista con la energía de la paz, vencedora de todos los obstáculos “con más fuerza que un ejército dispuesto en línea de batalla”. La mansa entereza de María, de pie al lado de la cruz de su Hijo, ¿puede soportar comparación alguna? Suyos son “los nuevos cielos y la nueva tierra”, conquistados

²⁰³ Cf *Col* 1, 24

²⁰⁴ CONCILIO VATICANO II, *Decreto “Ad Gentes”*, nº 5

²⁰⁵ Son los efectos de las revoluciones científica, económica y sexual (o renacimiento de las tres concupiscencias). Piénsese en los interrogantes suscitados en el terreno de la bioética y especialmente en los de la fecundación *in vitro*. Algunos científicos no lograron resistir a la tentación de ir más lejos. Y así se pasó de una asistencia médica (por ejemplo, el de la ayuda artificial al acto natural, aceptada por Pío XII) a “manipulaciones”. Progresivamente, una cultura científica, no sin razón, por lo demás, orgullosa de ciertas conquistas, pasa a buscar la forma de disponer del hombre y a remodelarlo. Se olvida que el hombre es fundamentalmente “a imagen de Dios”, como dice el Génesis, y no solamente el punto central de un conjunto de relaciones interhumanas.

²⁰⁶ *Jn* 2, 1-11

por ella en la cumbre de la montaña. Es indudable; la segunda bienaventuranza constituye un nuevo tramo de la ruta hacia la felicidad. O —si acaso place más— una nueva etapa de la santidad.

ARTÍCULO IV

LAS LÁGRIMAS DEL JÚBILO

1.- ¿Por qué suelen afligirse los hombres?

¡Bienaventurados los que lloran! En esta bienaventuranza coinciden Mateo y Lucas, aunque emplean verbos sinónimos (Mateo: *oí penthountes*; Lucas: *oí klaiontes*) y anuncian premios aparentemente diversos: Mateo el “consuelo”, Lucas la “risa”.²⁰⁷ Llanto y risa son propiedades exclusivamente humanas. Si Aristóteles pudo escribir “el hombre es un animal risible”, por un motivo análogo hubiera podido escribir “es un animal que llora”.

También el mero animal goza y sufre. Pero risa y llanto suponen una dimensión ausente en la bestia: la clara conciencia de la alegría y de la aflicción. Sólo quien tiene espíritu y entendimiento puede disponer de esa conciencia; y cuanto más delicado sea el espíritu y más agudo el entendimiento mayores son la dicha y la pena.²⁰⁸ Fácilmente pasa el hombre de la risa al llanto y viceversa. Pero el valor, el sentido y la justificación de una y otro dependen de los motivos por los cuales se ríe o se llora

En varios aspectos podríamos repetir lo dicho al hablar de la primera bienaventuranza. El dolor y la pena aquejan a enormes multitudes en este mundo. Y, ciertamente, son muchísimos más quienes lloran que quienes ríen. Pero el llanto es casi siempre sincero y la risa generalmente frívola, aunque quepan excepciones. Hay humorismos sanos y lágrimas necias; existen llantos justificados y risas estúpidas. A veces se ríe por lo que se debería llorar; otras se llora por lo que se debería reír.

Cristo llama bienaventurados —no puede ser de otro modo— a quienes lloran por razones graves y justificadas, porque el Reino de Dios no está destinado ni a los necios ni a los estúpidos.

Formulemos entonces la pregunta fundamental: ¿cuál es el llanto justificado? Sólo el motivo de las lágrimas puede responder a esta pregunta. ¡No tienen el mismo valor el llanto de una madre por no disponer de recursos para proporcionar alimento a sus hijos, a quienes oye gemir de hambre, y el lloriqueo histérico de una ricachona que malversó en un giro de ruleta una fortuna con la cual se hubiera podido saciar el hambre de numerosos niños desnutridos!

Existen muchos sufrimientos injustos en este mundo y dolores lacerantes del cuerpo y del espíritu. ¡Vaya si es verdad esto! Los desequilibrios sociales y la indiferencia frente a quienes sufren son pecados que “claman al cielo”. Sus consecuencias son innumerables y cada día conocemos nuevas versiones. Basta recorrer una sola “villa miseria” para descubrir hasta qué profundidades puede llegar el sufrimiento y cuántas lágrimas amargas se derraman, fruto de la desesperación y de la angustia.

¿Son éstos, entonces, los afligidos a quienes Jesús anuncia el consuelo y la alegría? Creo poder contestar como lo hice al hablar de la pobreza. Es una posibilidad que no se debe descartar de antemano, pues —repito— los designios divinos son inescrutables.

²⁰⁷ La *Biblia de Jerusalén* traduce “los afligidos”; la *Biblia Ecuménica* “los que lloran”; otros “los que están de duelo”. Son matices apenas diferentes.

²⁰⁸ “La intensidad del dolor debe considerarse por la capacidad sensitiva del paciente... en cuanto al cuerpo... y en cuanto al alma” (III, 46, 6), escribe Santo Tomás al preguntarse si el dolor de la pasión de Cristo fue el mayor de todos los dolores. Su afirmación vale también, análogamente, para la alegría. Esta aserción ha sido ampliamente corroborada por la moderna psicología experimental.

Pero, de todos modos, seguramente Cristo —como lo ha interpretado toda la Tradición²⁰⁹— alude a la raíz misma del dolor, es decir, al pecado. No por capricho, ni por crueldad de Dios, que es Amor y Misericordia infinitos, entró el sufrimiento en el mundo y con él la muerte. Su causa verdadera y única es el pecado.²¹⁰ Por supuesto, no entendemos esta afirmación en un sentido véterotestamentario (salvo en lo concerniente a la enseñanza del libro de Job) del sufrimiento como castigo inexorable de todo pecado personal y concreto. Nos referimos al pecado de origen. Eso resuelve la antinomia entre la necesidad del sufrimiento en la vida presente, con frecuencia subrayada en todo el Nuevo Testamento, y la vocación del hombre a la felicidad plena.²¹¹

Y así como hay una realidad “inicua” de pobreza y otra “bienaventurada”, de la misma manera existen un llanto causado por el “desorden social” y lágrimas “bienaventuradas”. El primero puede encontrar un sentido y un valor inefables y liberadores en las segundas.

2.- El llanto insólito de la purificación

Una consecuencia evidente se desprende de cuanto acabo de afirmar. El llanto denominado “bienaventurado” por Jesús es el surgido del corazón, de la intimidad más honda del alma; no por la pérdida de las cosas sino por haber comprendido que el amor de las mismas, con o sin su posesión efectiva, han causado el alejamiento de Dios: “La conversión al bien perecedero ha llevado a la aversión del Bien Imperecedero”.²¹²

209 En efecto, era la común interpretación de los Padres, tanto griegos como latinos. Santo Tomás consigna los testimonios de san Ambrosio, san Hilario, san Jerónimo, san Agustín y san Juan Crisóstomo (*Catena Aurea*, t. I^o, p. 115-116).

210 Cf *Rm*, 5, 12; etc.

211 La bella y profunda *Carta Apostólica “Salvifici Doloris”* del Papa Juan Pablo II sobre “El sentido cristiano del sufrimiento humano” (11/02/84; ed. Paulinas, Buenos Aires, 1984) desarrolla ampliamente este tema. Es digno de análisis el siguiente párrafo: “Cuando se dice que Cristo con su misión toca el mal en sus mismas raíces, nosotros pensamos no sólo en el mal y el sufrimiento definitivo escatológico (para que el hombre «no muera sino que tenga la vida eterna»), sino también —al menos indirectamente— *en el mal y el sufrimiento en su dimensión temporal e histórica*. El mal, en efecto, está vinculado al pecado y a la muerte. Y aunque se debe juzgar con gran cautela el sufrimiento del hombre como consecuencias de pecados concretos (esto indica precisamente el ejemplo del justo Job), sin embargo, éste no puede separarse del pecado de origen, de lo que en san Juan se llama «el pecado del mundo» (*Jn*. 1, 29), del *transfondo pecaminoso* de las acciones personales y de los procesos sociales en la historia del hombre. Si no es lícito aplicar aquí el criterio restringido de la dependencia directa (como hacían los tres amigos de Job), sin embargo no se puede ni siquiera renunciar al criterio de que, en la base de los sufrimientos humanos, hay una implicación múltiple con el pecado. De modo parecido sucede cuando se trata de la muerte...” (n^o 15).

212 Célebre frase atribuida a san Agustín, utilizada por los grandes Maestros del pasado como una de las definiciones del pecado. En realidad, esa frase no se encuentra literalmente en las obras del gran Doctor, pero es como una síntesis de un concepto repetido por él frecuentemente. Podríamos citar muchos textos, pero escojo algunos de entre los más bellos: “Todos los pecados están contenidos bajo este hecho genérico, de que alguien se aparta (*avertitur*) de las cosas divinas y verdaderamente permanentes y se inclina (*convertitur*) hacia las cosas mudables e inciertas” (*De libero arbitrio*, L. I, c. 6; ML 32, 1240). “Peca la voluntad apartada (*aversa*) del bien imperecedero y común e inclinada (*conversa*) al propio bien, sea exterior sea interior” (*Ibidem*, L. 2, c. 19; PL 32, 1269). “Es el pecado... la aversión (*aversio*) del Supremo Creador y la conversión (*conversio*) a las cosas creadas inferiores” (*De diversis quaestionibus ad Simplicianum*, L. I, a. 2, n^o 18; PL 40, 122).

Quien ha descubierto este hecho ha dado un paso muy grande hacia adelante en la realización de sí mismo; ha adquirido la clara conciencia del pecado. Mas ¿no es ese un hecho puramente negativo? Tal vez; pero es el principio de la transformación denominada desde muy antiguo en el vocabulario cristiano “conversión”. En el movimiento de la justificación, que va del estado de pecado al de gracia, el punto de partida, por parte del hombre, es el arrepentimiento.

Arrepentirse equivale a “llorar” por el pecado cometido. Dicho de otra manera, arrepentirse es invocar el auxilio de Dios con el lenguaje elocuente de las lágrimas. Se entiende con facilidad que no es menester derramar lágrimas físicas (éstas incluso, en algunos casos, pueden reducirse a un melodrama televisivo); importa, sobre todo, el llanto interior, el arrepentimiento sincero en aquella zona del alma donde sólo Dios penetra. Tal arrepentimiento no es una transacción comercial: realizo un acto de pecado y otro correspondiente de atrición. ¡No! Para el cristiano, la contrición debe ser un estado invariable de su existencia terrena. Dios siempre tendrá algo que perdonarnos.

Es una buena idea, en su origen, ésta de pretender redimirse, de expiar los propios pecados, porque es una idea de justicia. Pero es buena sólo a condición de cobrar forma de vida en Aquel que es verdadera Redención. “Christus sanat, Christus mundat, Christus vivificat —exclama san Agustín—, homo non iustificat”. Es necesario guardarse de la sutil presunción de una justicia natural que dice: “Señor, te ofendí tanto, tanto te devuelvo; en adelante nada deberás reprocharme”. Eso es absolutamente falso. Sin Cristo no hay para nadie redención posible. La justicia laica no libera del mal.

Esta verdad Cristo no la expuso solamente en el Sermón de la Montaña; otras muchas cosas enseñó, cuyo contenido precisamente nos permite comprender el significado de la tercera bienaventuranza. Sus innumerables gestos de clemencia cuando perdona a los arrepentidos (la prostituta de Magdala, los estafadores Leví y Zaqueo,²¹³ la mujer adúltera,²¹⁴ el traidor Pedro, el buen ladrón, etcétera.), su amistad con los pecadores,²¹⁵ su revelación acerca de la fiesta celebrada en la corte celestial por la conversión de un culpable,²¹⁶ el conjunto de sus parábolas hoy llamadas “de la misericordia de Dios”,²¹⁷ las imágenes que Él mismo se aplica,²¹⁸ su continua invitación al arrepentimiento²¹⁹ y a la penitencia.²²⁰

Y, finalmente, a mi juicio el más hermoso de todos: “Dios te ha creado como un cierto bien; pero por debajo de Él, como por debajo de ti, ha creado un bien inferior. Tú te encuentras debajo de un bien, y encima de otro bien, *no quieras abandonando el bien que está por encima de ti inclinarte hacia un bien que es inferior*. ¿De dónde proviene tu pecado? ¿No es quizá del modo desordenado con que tratas las cosas que has recibido para tu uso? Haz buen uso de las cosas que están por debajo de ti y con esta rectitud de corazón gozarás del bien que está por encima de ti” (*De Civitate Dei*, l. 20, c. 6; PL 41, 665).

213 *Lc* 19, 1-10

214 *Jn* 8, 1-11

215 *Mt* 9, 9-13; *Mc* 2, 13-17; *Lc* 5, 27-32

216 *Lc* 15, 8-10

217 *Lc* 15, 1-7; 15, 11-32

218 *Jn* 10, 1-21

219 *Mt* 4, 12-17; *Mc* 1, 14-15

220 *Lc* 13, 1-15

Culmina este conjunto con la maravillosa parábola del fariseo y del publicano,²²¹ ejemplo concreto de la tercera bienaventuranza: el premio de las lágrimas del pecador fue el de “bajar justificado a su casa”; pero el fariseo, rico, satisfecho de sí mismo, sonriente, harto de comer y de beber, propietario ya de su “premio” en este mundo, es objeto de todas las imprecaciones consignadas por Mateo y Lucas.

¿Se me permitirá juzgar equivalente decir bienaventurados quienes lloran porque serán consolados (o reirán)”y decir “todo el que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado”?²²² Sólo el arrepentido atrae el perdón (consuelo y alegría), porque “al corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia”,²²³ según reza el poema del cantor sollozante.

Yo he visto hombres y mujeres, jóvenes o maduros, llorar sus pecados, amargamente arrepentidos de los delitos perpetrados; les he oído preguntar si sus lágrimas lograrían encontrar algún día consuelo, dispuestos a averiguar el camino de la reparación. Para quienes lloran, la vida cambia. Es difícil, después de haber llorado, volver sobre sus pasos.

La verdadera liberación del hombre depende de la lealtad de su arrepentimiento. Si la vida no cambia en la generalidad de los casos, es porque los sinceramente arrepentidos no abundan. Es más arduo ser bienaventurado por llorar que serlo por pobre o por manso. Se ha subido, indudablemente, un nuevo peldaño hacia la cumbre.²²⁴

Estos hechos vitales son claramente ilustrados por los ejemplos de los grandes convertidos. ¡Cuántas veces habrá llorado Pedro —cuyo amor por Cristo, su mejor amigo, era indudable— las tres célebres negaciones! No le faltó amor, le sobró cobardía; pero, al darse cuenta de su traición, “salió y lloró amargamente”.²²⁵ Ese llanto lo salvó. Jesús, al pasar, miró a Pedro y la mirada de Pedro se encontró con la mirada divina de Jesús; y entonces vio a su Dios —él mismo lo había reconocido como tal camino de Cesarea de Filipo— humillado, pero cariñoso, amante, llamándolo y esperándolo. Recordó, en ese instante, la profecía: “antes de que el gallo cante por segunda vez, me habrás negado tres veces”.²²⁶ Entonces el corazón de Pedro se llenó de ternura, de amor, de dolor y de gozo, de inmensa esperanza y de un profundo y sincero arrepentimiento, “y se puso a llorar”.²²⁷

¿Y qué decir de Pablo? ¡Cuántas veces habrá llorado él también su triste historia de perseguidor y blasfemo! Pedro no alude en sus cartas a su traición. En cambio Pablo quiere, incluso,

²²¹ Lc 18, 9-14

²²² Lc 18, 14

²²³ Sal 50, 19

²²⁴ Siguiendo a los Padres de la Iglesia, Santo Tomás ha hecho un hermoso comentario de la tercera bienaventuranza (*In Mat.* 5, 5). De acuerdo con la traducción de la Vulgata, distingue tres especies de aflicción, que reciben cada una de ellas su consuelo propio: 1) La pena experimentada por nuestros pecados y por los de los otros, que son como una muerte espiritual; su consuelo reside en el perdón de dichos pecados, según el *Sal* 50: “dame la gloria de tu salvación”. Este tema era constante entre los Padres del desierto, quienes aconsejaban al monje vivir en el arrepentimiento y las lágrimas, viendo en ellas las fuentes del consuelo y del perdón. 2) La pena causada por permanecer en esta vida con todas sus miserias, que será recompensada con la vida eterna. 3) La aflicción de quienes aceptan la cruz de Cristo en esta vida, mueren a este mundo y renuncian a sus placeres para preferir los gozos del amor divino prodigado por el Espíritu Santo, quien por eso es denominado «Paráclito», es decir, Consolador (San Agustín; cf SANTO TOMÁS, *Catena Aurea*, t. Iº, p. 116)

²²⁵ Mt 26, 75

²²⁶ Mc 14, 72.

²²⁷ Mc *ibidem*

extraer de su conversión un argumento decisivo sobre el poder infalible de la gracia de Jesucristo y un ejemplo provechoso para quienes vendrían después: “He obtenido misericordia precisamente para que Cristo hiciera ver en mi, el primero, toda su longanimidad, para que yo sirviera de ejemplo a todos aquellos que en el futuro creerán en Él para la vida eterna”.²²⁸

Pedro, Pablo, María Magdalena, Zaqueo, Leví, Simón, Dimas ya no pensaron más en sus faltas, expulsaron el pecado de su corazón al encontrarse con Alguien infinitamente mejor que el pecado y la desesperación; “sus corazones descansaron tranquilos en Él, porque si sus conciencias los acusaban, mejor que sus conciencias era Él, quien todo lo conoce”.²²⁹ Lloraron y fueron consolados. La transformación producida en ellos es la manifestación del poder de Cristo, quien por su sola virtud transforma y salva.

“Virtus ex illo exhibit”; una fuerza salía de Él. ¿Os acordáis de aquella mujer que, en medio de una multitud compacta, logró tocar el manto de Cristo para quedar curada? “¿Quién me tocó?”, preguntó el Señor. “Maestro —le respondieron sus discípulos— las turbas te apretujan y te oprimen y preguntas: ¿quién me ha tocado?” Y Él explicó: “Alguien me ha tocado, pues he sentido que de mí ha salido virtud”.

Esto significa, entonces, que existen varias maneras de “tocar” a Cristo. “Vete en paz, tu fe te ha salvado”.²³⁰ Observemos esto: el poder está en Cristo, le pertenece exclusivamente; pero sólo la fe, como las lágrimas de esa pobre mujer enferma, lo hacen brotar. Bien sabemos, por el testimonio de nuestra conciencia de pecadores, ¡cuánta necesidad tenemos de ese poder! “Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le desmentimos y su palabra no está en nosotros”.²³¹ ¡Bienaventurados los que lloran, los que confiesen su pecado!

¡Cuántos motivos existen para llorar! No ya los vanos y necios del sentimiento mundano, sino los otros, los que destruyen el presente y arriesgan el futuro, no tanto los del cuerpo como los del espíritu. Quien llora cambia, hemos dicho. ¿Cambiar qué? Pablo responde: “Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia, que es una especie de idolatría, por las cuales viene la cólera de Dios, y en las que también vosotros anduvisteis un tiempo, cuando vivíais en ellos. Pero ahora deponed también todas esas cosas: ira, indignación, maldad, maledicencia y torpe lenguaje. No os engañéis unos a otros; despojaos del hombre viejo con todas sus obras, y vestíos del nuevo, que sin cesar se renueva, para lograr el perfecto conocimiento según la imagen de su Creador”.²³² ¡Bienaventurados los que lloran, porque rejuvenecen!

3.- Como se engendra en el alma la tercera bienaventuranza

Un cambio de tal naturaleza no es frecuente, y la historia humana toda es el mejor testigo de esa verdad. ¿Cómo y quién lo hace posible? Si las bienaventuranzas son las grandes normas de la moral cristiana y sus características diferenciales (ningún otro ideal moral se le asemeja, hemos señalado ya), consecuentemente implican exigencias de orden sobrenatural muy distantes a las de una ética puramente natural: no se encarnan en la vida por el solo esfuerzo de la voluntad. Son criterios

228 *1 Tm.* 1, 12-16

229 *1 Jn* 3, 20

230 *Mt* 9, 18-26; *Mc* 5, 21-43; *Lc* 8, 41-56

231 *1 Jn* 1, 9-10

232 *Col* 3, 5-10

superiores a los de la razón; ningún argumento filosófico sería asaz convincente para incitar al hombre a entrar por ese camino.

Ni siquiera basta conocerlas por la revelación de Cristo. O el Espíritu Santo estimula y mueve, o todo naufraga en el mar de la impotencia creada. Como todas las otras, la tercera bienaventuranza es obra del Espíritu de Dios, insinuación e impulso de un instinto sobrehumano, que ya no solamente corrige el afecto sino, sobre todo, ilumina el entendimiento haciéndole comprender lo incomprensible, “sabiduría de Dios que convierte en necedad la sabiduría de este mundo... locura de Dios más sabia que los hombres y flaqueza de Dios más poderosa que los hombres”.²³³ La práctica de la tercera bienaventuranza es el momento en el cual irrumpe con toda su luz, en el alma del cristiano, el don de Ciencia.

Nada más precioso en la estructura humana que la capacidad del entendimiento, energía del alma, prueba irrefutable de su espiritualidad y, por ende, de su apertura a lo trascendente. “El alma humana —escribe Santo Tomás— es naturalmente capaz de la gracia”.²³⁴ Ciertamente no sostiene la proporción entre naturaleza y gracia, y muy lejos está el Angélico de la concepción pelagiana. Simplemente se refiere a esa apertura al infinito sin la cual no sería posible elevación alguna del hombre a la participación de la naturaleza divina que el Nuevo Testamento ha denominado “gracia” (*járis*).

¡Cuán formidable poder el de la inteligencia! Si Dios concedió al hombre la atribución de “dominar la tierra (el cosmos)”, es porque ya le había proporcionado la herramienta apropiada para ello. Su entendimiento le permite penetrar la intimidad de las cosas, leer su esencia (*intus-legere*), combinar la materia, descubrir exquisitos prodigios de la creación, inventar artefactos asombrosos. Ambiguo poder, sin embargo, susceptible de elevarlo hasta la Primera Causa o hundirlo en la esclavitud de sus mismas construcciones.

No es malo amar la ciencia, pero convertirla en una divinidad es pésimo. La hinchazón por sus conocimientos ha ensoberbecido a muchos, y ese orgullo los ha alejado del Creador. Si la avaricia es idolatría, cuanto más lo será “la sabiduría del mundo”: “Perderé —dice Dios— la sabiduría de los sabios y reprobare la cordura de los prudentes”.²³⁵

Ciencia sin fe es ciencia degenerada. Sucedáneo del Dios verdadero se convierte en un ídolo Moloch hambriento de vidas humanas. Y sus servidores procederán —justificando siempre su conducta con “el interés de la ciencia”— a buscarle víctimas por doquier. Y ya no habrá para ellos otros valores, ni humanos ni divinos, ni leyes ni preceptos. La moral —sabiduría práctica de conducción de la vida— ya no será la orientadora de los hechos. Serán los hechos (avances científicos) los que la acomodarán a sus conveniencias. Dejará de llamarse “moral” (regla de las costumbres) para convertirse en “bioética”. Disciplina tolerante y permisiva, justificación de lo injustificable, “ética (de la destrucción) de la vida”. Y, a partir de allí, todo será permitido: almacenar armas de enorme poder destructivo y de extraordinaria precisión; congelar, manipular, experimentar y comerciar con embriones humanos; suprimir el fruto de la procreación —excelsa y misteriosa cooperación en la obra creadora— en el mismo vientre de su madre; eliminar vidas inocentes “por carecer de utilidad”, computada ésta con parámetros infamantes.

No hablo de la ciencia y de los científicos, honra del género humano, benefactores de la sociedad y objeto de reconocimiento universal, aquellos a quienes Dominique Lapierre llama “más grandes que el amor”. No hablo del arte de construir heroicamente la historia y darle sentido a la vida del hombre sobre la tierra. Hablo de los adoradores del cientifismo y del tecnicismo, de la turba

233 *I Co* 1, 20, 25

234I-II, 113, 10

235 *I Co* 1, 19 (*Is* 29, 14).

abyecta aunque ovacionada (por considerársela sabia y progresista) de los asesinos de toda laya, discípulos de quien “desde el principio es homicida”.²³⁶ “¡Ay de vosotros que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! ¡Ay cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas!”.²³⁷

a) *Captar la vanidad de las cosas*

Mas ¿por qué relacionar esta bienaventuranza de las lágrimas con el Don de Ciencia? Explica Santo Tomás que este Don completa la virtud teologal de la fe en “el conocimiento de las cosas humanas o creadas”²³⁸ y, puesto que “la fe obra por el amor”,²³⁹ “se extiende a la operación (conducta moral) puesto que la ciencia de las verdades de fe y de lo que a ellas atañe nos dirige en el obrar”.²⁴⁰

Allí justamente reside la relación. El Don de Ciencia, en cuanto conocimiento superior procedente del Espíritu Santo, produce en la inteligencia humana, por lo menos, dos efectos fundamentales que ninguna otra perfección racional puede producir.

En primer lugar, infunde una valoración exacta de los bienes creados (las cosas) por relación al Bien Infinito, y les hace descubrir su limitación, su vanidad y su miseria. El ser humano, como consecuencia de la frustración de su primitivo estado de felicidad por la desobediencia a Dios, nace proclive al pecado (*fomes peccati*) y casi sin resistencia se deja arrastrar por la fascinación de lo transitorio (*fascinatio nugacitatis*), de lo banal. Lo grave es que llega a cambiar a Dios por las cosas. Mas cuando el don de Ciencia lo baña con su luz, comienza a comprender su error y la voz interior del Espíritu le insinúa suave y enérgicamente este reproche: “¡Oh hijo del hombre! ¿Hasta cuando tendrás el corazón vacío?²⁴¹ ¿Porqué amas la vanidad y buscas la mentira?”²⁴² y, entonces, hace suyas las palabras del Qohelet: “¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad”.²⁴³ “La ciencia corresponde a quienes lloran, y han aprendido con qué males han sido atados y qué cosas han codiciado como bienes”.²⁴⁴

Es ésta la etapa más dolorosa de la vida cristiana, porque es también más radical; siempre es penoso separarse de lo que se amaba. Mas, si dócil al fuego del Espíritu, el cristiano deja arder su corazón en el amor de su Creador, terminará comprendiendo por instinto divino lo despreciable de

²³⁶ *Jn* 8, 44. Sería excelente. en este momento, repasar la *Encíclica “Evangelium Vitae”*.

²³⁷ *Lc* 6, 25-26

²³⁸ II-II, 9, 2

²³⁹ *Ga* 5, 6

³⁴ II-II, 9, a 3

²⁴¹ Otra traducción reza: “¿Hasta cuando ultrajarás mi honor?”

²⁴² *Sal* 4, 3

²⁴³ *Qo* 1, 1

²⁴⁴ S. AGUSTÍN, *De Sermone Domini in Monte* (L. 1, c. 4; ML 34, 1234). Santo Tomás comenta esas palabras: “A la ciencia pertenece propiamente juzgar con rectitud sobre las criaturas. Más las criaturas son ocasión en el hombre de apartarse de Dios, según se dice en la Sabiduría: *Las criaturas de Dios se han hecho abominables, tropiezo para las almas de los hombres y trampa para los pies de los insensatos* (14, 11). Éstos, en efecto, no poseen recta estima de ellas, apreciándolas como bien perfecto. Y, al tomarlas como su fin, pecan y pierden el verdadero bien. El hombre conoce este mal mediante la rectitud del juicio sobre las criaturas, que adquiere por el don de ciencia. Por consiguiente, la tercera bienaventuranza corresponde al don de ciencia” (II-II, 9, 4).

cuanto no es Dios y habrá recorrido un nuevo tramo de la ruta. Y habrá muerto; místicamente sí, pero muerto de verdad: “Vosotros estáis muertos y ahora vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”,²⁴⁵ porque desde ahora “el mundo está crucificado para mi y yo para el mundo”.²⁴⁶ A continuación aparecerá el hombre nuevo.²⁴⁷

No pongamos el ejemplo de los grandes santos, quienes con indescriptible horror se apartaban hasta de la más mínima ocasión de pecado. No pretendo afirmar, ¡válgame el Cielo!, que su práctica no sea edificante. Pero un riesgo ciertamente corremos, y es el de interpretar como una transposición psicológica compulsiva a nuestra propia interioridad la de hombres y mujeres a quienes no hemos conocido y de quienes no nos consta directamente tan grande entereza.

Apelemos más bien a nuestra misma experiencia personal. Si hoy tratamos de conducirnos cristianamente, si la palabra *santidad* no ha perdido significación en nuestra vida, cuando recordamos nuestros errores del pasado y examinamos la historia de nuestros pecados, ¿no experimentamos acaso una profunda vergüenza por nuestras debilidades? ¿No deseamos, en la profundidad de nuestro ser, tener la oportunidad de desandar el camino? No llegamos a comprender cómo todo eso pudo un día absorbernos, encandilarnos, derrotarnos. Y nos damos cuenta de que muchas cosas del mundo, antes tenidas en gran estima, empiezan a perder importancia y satisfacción: ciencia, riquezas, honores, afectos, alabanzas de los hombres. Siempre queda en verdad, porque la perfección no llega de improviso, un escondido cómplice de todo aquello. Pero, en la soledad y el silencio (por eso son tan útiles) sentimos el malestar de la náusea y del vértigo.

En cambio, si continuamos viviendo en la superficie, en la periferia de la fe, entre la presunción y la arrogancia, se apodera de nosotros una imperdonable sordera frente al llamado del Don. Para obtener clara conciencia de la gravedad del pecado es menester adquirir una visión más exacta de la majestad divina. Es esta privación seguramente la que nos impide percibir la magnitud de la tercera bienaventuranza y penetrar de lleno en su dominio. ¡Cuán lastimoso es sentir la congoja como nudo de la garganta y no poder llorar! He aquí donde advierto la gran diferencia entre nosotros, cristianos mediocres, y los grandes místicos. Nosotros vivimos aún en la fase apologética de nuestra fe. ¿No estaremos tan adheridos a las pruebas de la existencia de Dios porque aún no nos convencen del todo a nosotros mismos? Lo que para tantos de nosotros es todavía motivo de demostración, para las almas santas era objeto de experiencia. Sin la experiencia de Dios, inculcada por el instinto del Don de Ciencia, podremos llorar por innumerables razones, mas nunca con las lágrimas de los bienaventurados.

b) Captar la belleza de la Creación “que canta la gloria de Dios”

Sin embargo, conquistar el desprecio de las cosas temporales no equivale a convertirse en maniqueo. Si de las cosas nos apartamos es porque descubrimos que, a su vez, nos apartan de su Creador; pero el mal no está en las cosas sino en nuestro corazón. La naturaleza es obra del Señor, un canto silencioso entonado en alabanza de su gloria, un espejo donde su rostro se refleja.

Así descubrimos el segundo efecto del Don de Ciencia. Después de la primera etapa de transformación, este Don enseña a ver, sobre la nativa miseria de las cosas, las participaciones de la belleza divina. Todo cobra un nuevo sentido, todo habla de Dios, todo convida a contemplarlo.

Observemos el proceder de Jesús. ¡Cuánto amaba a la naturaleza! Esos paisajes que hace tanto tiempo hemos dejado de admirar, esos árboles, esos valles, ese cielo por el cual quizá nunca se nos ha ocurrido agradecerle, todos esos seres y esas cosas que nunca nos han hecho prorrumpir en

245 Col 3, 3

246 Ga 6, 14

247 Col 3, 5 ss; Ef 4, 17 ss.

exclamaciones de gozo y de maravilla. Él sí los amaba, los buscaba porque le hacían bien y no quería prescindir de ellos.

Ya lo indiqué antes. Jesús vivió siempre en medio de la naturaleza. Nació en una cueva y murió en una montaña y todo el Evangelio está lleno de relatos al aire libre y de largos recorridos apostólicos. Jesús habla de la naturaleza como quien la ha observado atentamente y con cariño; conoce las señales del tiempo en el cielo, las reflexiones de los hombres del campo, la hermosura de las flores más vulgares y las costumbres de los pájaros en su habilidad para encontrar el sustento. Era en medio de la naturaleza donde le gustaba descansar, adonde se refugiaba tras una jornada fatigosa en la que se había sentido asediado por la muchedumbre, por sus quejas, sus lamentos, sus exigencias y pretensiones, su perpetua incomprensión y su dureza de alma.

Se dejaba llevar en la barca, sobre el lago, por sus discípulos; y allí, despacio, respiraba la frescura del viento y el silencio del mar. A veces despedía a todo el mundo y subía a una montaña para rezar; al caer la tarde, cuenta el evangelio, se quedaba solo.

“Aquella mañana Jesús salió de la casa y se sentó a la orilla del mar”.²⁴⁸ ¿Qué pensaría Jesús? ¿En qué se deleitaba cuando dejaba correr su mirada sobre el mar indómito, semejante a aquel que, en el origen de las cosas, había salido de los dedos de su Padre, completamente nuevo e impoluto todavía?

En todas las cosas Jesús veía por transparencia las realidades divinas, a cuya imagen y semejanza todo había sido creado por Dios. Del agua de los ríos, las fuentes y los mares; de las viñas en sazón, los sarmientos y los racimos de uvas; de los campos dorados por el trigo maduro; de los árboles como la higuera y la mostaza; del pan caliente y sabroso; de los caminos polvorientos; de la ingenuidad e inocencia de los niños y de la ternura de sus padres; de las costumbres de los pastores..., de todo eso extraía imágenes, parábolas, comparaciones, enseñanzas, doctrina. ¿Y siempre para qué? Para hablar de Dios, para revelar al Padre a quien nadie vio nunca excepto Él. Acompañado por el Espíritu, “encerraba en su corazón todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”.²⁴⁹ Su misma humanidad era el sacramento del Padre: “Felipe, quien me ve a mí ve al Padre”.²⁵⁰

4.- Al final, el consuelo

Si debimos decir, hablando de la primera y de la segunda bienaventuranzas, que los premios prometidos (*el Reino de Dios y la Posesión de la Tierra*) son imágenes para expresar que la felicidad absoluta del hombre solamente reside en Dios mismo, no podemos afirmar algo diverso respecto del Consuelo, premio de la tercera bienaventuranza.

En realidad, sucede esto con todas las bienaventuranzas. Mas Dios únicamente puede ser poseído, mediante la visión de su esencia, en la vida futura. Por este motivo, tanto Mateo como Lucas, emplean verbos en tiempo futuro y ambos, al final del párrafo, mencionan expresamente una “recompensa grande en los cielos (o en el cielo)”.

Cabe, entonces, plantearse una pregunta que, de hecho, podríamos haber formulado desde el primer momento: ¿por qué si el premio es siempre el mismo, pese a denominarlo de diversos modos, multiplicó Cristo las bienaventuranzas? La he respondido ya de alguna manera, al menos indirecta, en los casos anteriores. Pero juzgo oportuno insistir sobre esa idea.

Las bienaventuranzas no son la felicidad; ésta es sólo una y consiste en Dios, como explica ampliamente santo Tomás.²⁵¹ Las bienaventuranzas son tramos del camino conducente a Dios o,

²⁴⁸ Mt 13, 1

²⁴⁹ Col 2, 3

²⁵⁰ Jn 14, 9 ss.; cf 12, 45

²⁵¹ I-II, 1-5

según la fórmula repetidas veces empleada, “etapas de la perfección”. Cada tramo es un progreso sobre el anterior y su premio no es exclusivamente futuro; la vida eterna o amigable intimidad con Dios ya es incoada en la vida presente por el misterio de la gracia, vivido en la obscuridad altamente meritoria de la fe.

Dios, consuelo definitivo de quien ha llorado sus pecados, ya en la vida presente se convierte en consuelo del arrepentido. Llorar los pecados bajo el resplandor del Don de Ciencia, cuya luz nos proporciona una visión más clara de la majestad divina, es algo superior al despojamiento de los bienes terrenos y a la renuncia de la iracunda afirmación de sí mismo, aunque el motivo sea siempre uno solo.

Por otra parte, algo más se nos revela en cada bienaventuranza de las múltiples e inefables riquezas del Ser Infinito. De allí deducimos que ninguna riqueza, ningún bien humano debe sobrevivir en nosotros. Es necesario un vaciamiento completo de todo lo creado (con el estilo de Teresa de Avila, osaría denominarlo “silencio total”) para ofrecerle el mayor espacio posible al Absoluto Increado.

¿Podría ser ésta una manera de explicar los distintos grados de gloria, las diversas “moradas”? “La subida del Monte Carmelo” —repitamos— es la subida al “Monte de las bienaventuranzas”; las “edades” o “vías” de la perfección están determinadas por la práctica de las bienaventuranzas. El número empleado es meramente figurativo; lo esencial es esa entera soledad exterior e interior en el entorno de lo efímero, que abre paso al ingreso del Único Amigo.

Lo contrario es comportarse como las vírgenes necias, es decir, con pereza. ¡Cuánta fe es necesaria —exclamará alguno— para aceptar tamaña propuesta! Y, en efecto, allí está la raíz. Por eso Él tan frecuentemente decía: “¿Crees? ¿Puedes creer? ¡Todo es posible al que cree!”.²⁵² O también: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?”.²⁵³

Indudablemente, para el creyente —aun en esta vida— el único verdadero consuelo es Dios, y cuanto mayor sea su sufrimiento más llegará a comprender la hondura de esta verdad tan repetida por los Salmos. La virtud de consolar al hombre es atribuida expresamente por la Sagrada Escritura a cada una de las tres divinas personas. Al Padre, por ejemplo, en la siguiente frase de san Pablo: “Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, que nos reconforta en todas nuestras tribulaciones”.²⁵⁴ Al Espíritu Santo, en la afirmación de Jesús: “Yo rogaré al Padre, y El os dará otro Consolador para que esté siempre con vosotros”.²⁵⁵ Si habla de “otro” es porque Él mismo ya lo era: “así como abundan los sufrimientos de Cristo en nosotros, así también por Cristo abunda nuestro consuelo”.²⁵⁶

Pero ese consuelo espiritual, procedente de Dios, no es como los consuelos humanos, superficiales y engañosos. Ni siquiera se trata de los llamados comúnmente “consuelos divinos”, como una plegaria recitada con fervor, el gozo por un acto de caridad, o la alegría experimentada al desprendernos de unas pocas monedas al dar una limosna a un mendigo; etcétera. Son consuelos transitorios. Aquí se trata de un consuelo fundamental y profundo. Los considerados consuelos humanos son combinaciones más o menos afortunadas de cosas terrenas y pasajeras: las que nos quedan parecen compensar el dolor de las pérdidas. La salud nos abandona, pero nuestros amigos nos acompañan, asisten y ayudan. Se le malogra a alguno el amor de otra persona, entonces lo indemniza

²⁵² *Mc* 9, 23

²⁵³ *Jn* 11, 26

²⁵⁴ *2 Co* 1, 3-4

²⁵⁵ *Jn* 14, 16

²⁵⁶ *2 Co* 5, 5.. Mons. MARTÍNEZ,(l.s.c) ha desarrollado bellamente esta verdad.

con el estudio, el arte, el deporte y, en no pocos casos, la droga y el alcohol. Son consuelos sin esperanza.

Pero cuando a un hombre se le ha quitado la esperanza de una felicidad definitiva, se le ha quitado todo. Ningún mesianismo temporal, ninguna promesa material substituye la esperanza verdadera. Quienes, cerrando las puertas a una dicha futura total, anuncian a la humanidad días de dicha presente, además de engañarla, sumergen en la angustia de repetidas frustraciones a quienes les creen. Depositar la confianza en este mundo es engendrar la desdicha.

El verdadero consuelo se hace presente cuando, abandonadas todas las ilusiones temporales y perdida la atracción por el mundo y sus concupiscencias, el hombre consigue comprender estas palabras: “Os escribo, hijitos, porque por Su nombre os han sido perdonados los pecados. Os escribo, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os escribo, jóvenes, porque habéis vencido al maligno... porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros... Os escribo, niños, porque habéis conocido al Padre. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.²⁵⁷

El mundo se divierte mal porque carece de esperanza, el discípulo de Cristo llora porque ha llegado a conquistarla. Pongamos, entonces, cuidado en no confundir la aflicción por el pecado con la falta de alegría. El cristianismo, como concepción de la vida, es la religión de la alegría. De la verdadera y sana alegría. Es la religión de la Pascua, triunfo sobre el pecado y la muerte.

El cristiano, lejos de estar haciendo guardia frente a un sepulcro vacío, sigue y adora al Señor de la vida, al que ya no está entre los muertos. ¡Cuántas veces Jesús y los Apóstoles aconsejaron vivir en el gozo y en la paz!²⁵⁸ Ambos son frutos del Espíritu.²⁵⁹ La tercera bienaventuranza no encomia cualquier clase de aflicción, sino únicamente la generadora de dicha duradera.

El Evangelio nos cuenta que dos clases de personas se escandalizaban de algunos gestos de Cristo y de sus discípulos. Por un lado los fariseos, los beatones y todos quienes imaginaban que la verdadera vida virtuosa y, en consecuencia, la religión deben ser duras, austeras, repulsivas, que no se puede ser profundamente religioso sin ser una persona tediosa cuya sola presencia fastidia a los demás; estos individuos se rasgaban las vestiduras porque Jesús asistía a banquetes, porque no mandada a sus discípulos ayunar de continuo, comía y bebía con publicanos y pecadoras,²⁶⁰ a lo cual Él contestaba con una parábola deliciosa.²⁶¹

²⁵⁷ *1 Jn* 2, 12-17. Se me podrá advertir que, además de éste, existen otros sentidos del término “mundo” en el Nuevo Testamento. ¡Claro que sí, y varios! ¿He afirmado, acaso, lo contrario? Pero aquí y ahora no se trata de esos sentidos. ¡Hasta en algunos de nuestros “tangos” encontramos expresada la diferencia!

²⁵⁸ Véase la Encíclica de Pablo VI sobre “La Alegría Cristiana”.

²⁵⁹ *Ga* 5, 22

²⁶⁰ *Mt* 9, 9-17; *Mc* 2, 13-22; *Lc* 5, 27-39; etc.

²⁶¹ “¿Con quién compararé yo a esta generación? Es semejante a niños sentados en las plazas que, gritando a sus compañeros, dicen: *os hemos tocado la flauta y no habéis bailado; hemos cantado un himno fúnebre y no habéis llorado*. Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y decíais: *tiene un demonio*. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: *he aquí un hombre comedor y bebedor, amigo de publicanos y pecadores*. Mas la sabiduría se ha justificado con sus obras” (*Mt* 11, 12-19; ver *Lc* 7, 31-35)

Por otro lado los amigos de la buena vida, de divertirse de cualquier manera y que sólo piensan en francachelas; también éstos coinciden con el modo de pensar de los hipócritas, porque piensan que el gozo y la alegría son incompatibles con la vida religiosa. Lo distingue la única diferencia de haber escogido diversos caminos: unos se han puesto a servir a un Dios sin alegría, y los otros van detrás de una alegría sin religión.

Nada de esto enseñó Jesús; sólo reveló que la tristeza por el pecado incluye la salvación, el júbilo, el consuelo; y el gozo del pecado atrae la desgracia. ¡Felices quienes ahora lloran porque serán consolados, porque comenzarán a reír cuando el mundo se encuentre sumergido en un mar de lágrimas, rechinando los dientes con furia y consternación!

María conoció la aflicción y las lágrimas, no ciertamente por sus pecados mas sí por los de la humanidad. Su dolor y su llanto son corredores. ¿A quien, entonces, invocar con mayor eficacia en medio de nuestra propia aflicción “bienaventurada”?

“Consuelo de los afligidos”, ¡ruega por nosotros!

SECCION SEGUNDA

EL DESARROLLO DE LAS DISPOSICIONES POSITIVAS

(LA VÍA ILUMINATIVA)

ARTÍCULO V

EL AGUA Y EL PAN DE LA VIDA

1.- Las dos categorías de hambre

(“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia” (οὐ πεινῶντες καὶ διψῶντες τῆς δικαιοσύνης)!, así reza la versión de San Mateo; Lucas dice “los que ahora tienen hambre” (οὐ πεινῶντες νῦν). De todos modos, y volviendo a lo ya dicho, tampoco Lucas parece referirse a un hambre puramente corporal (sin excluirla por completo, claro está), pues ese tipo de hambre es una secuela de la pobreza material y aquí todo sugiere que se trata de una bienaventuranza distinta. La Tradición ha interpretado el texto de Lucas a la luz del de Mateo;²⁶² hoy algunos proceden a la inversa, mas no encuentro convincentes los argumentos invocados para separarme de la mencionada tradición.

Sin embargo, Cristo, aunque hable de un hambre superior, así como no aprueba la miseria fruto de la injusticia tampoco aprueba el hambre y la sed de igual origen. Por el contrario, claramente las condena: “(Tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber!”.²⁶³ Y, si un castigo se cierne sobre el egoísta en razón de su injusticia, ¿por qué no pensar que la ecuanimidad infinita de Dios tiene reservada alguna recompensa para todas las víctimas de tal injusticia? (Cuán inmensa es hoy la muchedumbre de los hambrientos! La parábola del rico epulón y del pobre Lázaro conserva toda su elocuencia; más aun, ha sido incrementada por la sociedad contemporánea.

Pero no se debe considerar suficiente la experiencia del hambre del pan material para merecer entrar en el Reino de los Cielos, pues “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra salida de la boca de Dios”.²⁶⁴ “Promete la abundancia a los que desean la justicia: ninguna de las cosas que se encuentran en esta vida puede saciar suficientemente a quienes buscan la justicia; solamente el deseo de la virtud es seguido de una recompensa que inspira en el alma una alegría indeficiente”.²⁶⁵

Eso supuesto, reconozcamos (cuánto más cerca están de él quienes la sufren! Los hartos, los saciados o los ahítos con la abundancia de caros manjares y finos licores yerran gravemente al conformarse con una recompensa tan exigua, sin importarles si a su lado el prójimo muere de hambre. “(Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre!”.²⁶⁶ Dejemos este asunto en manos de la divina justicia, aunque sin eximirnos, cuando sea oportuno y necesario, de luchar por el orden social y denunciar los desequilibrios inicuos. En definitiva, esta lucha es también un aspecto importante, si bien no exclusivo, en la práctica de la cuarta bienaventuranza.

Entonces, ¿en qué consisten propiamente esas hambre y sed de justicia? Como a lo largo de todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, el término *justicia* está investido de un sentido amplio y complejo, sin reducirse al de la sola virtud cardinal homónima, y en el cual también ésta se encuentra contenida como una de sus tantas facetas. San Pablo, creo, es quien mejor expuso ese significado pleno y, por lo tanto, quien nos ofrece mejores pistas para interpretar en profundidad el alcance de esta bienaventuranza.

²⁶² Véanse algunos de los textos patrísticos consignados por SANTO TOMÁS en la *Catena Aurea*, ed. CCC, Buenos Aires, t. I (1948) 146-149 y t. IV (1946) 146-151.

²⁶³ Mt 25, 42

²⁶⁴ Mt 4, 4; Lc. 4, 4 (Lucas no consigna la segunda parte de la frase de Mateo).

²⁶⁵ S. GREGORIO DE NISA; cf *Catena Aurea*, t. IV, p. 147, ed. cit.

²⁶⁶ Lc 6, 25

a) *La justicia como obediencia a Dios*

Justicia, justificación, santidad y perfección son en la Sagrada Escritura (sobre todo en el Nuevo Testamento) expresiones casi sinónimas y equivalentes.²⁶⁷ Hambre y sed de justicia significan, ante todo, hambre y sed (deseo intenso y eficaz) de perfección.

La palabra perfección puede ser entendida de distintas maneras y en diversos niveles. Pero aquí, como es lógico, nos estamos refiriendo a la perfección humana en su grado supremo, porque toda naturaleza comienza a ser perfecta en la medida en que se vincula con una naturaleza superior,²⁶⁸ y, en el caso concreto del hombre, su perfección última consiste en aquella operación en la cual se satisface por la posesión de un objeto verdadera y totalmente beatificante. Tanto más perfecto será un hombre cuanto más cerca se encuentre de su último verdadero fin, o sea, Dios mismo.²⁶⁹

La perfección consistirá, pues, en el cumplimiento de los preceptos divinos. Por eso Jesús, después de haber expuesto los grados de la perfección moral cristiana resumidos en las bienaventuranzas, continúa iluminando a sus discípulos sobre el sentido pleno de los mandamientos introduciendo en éstos un gran cambio de lectura, no sin hacerles antes seis veces la advertencia de que su autoridad es mayor que la de Moisés respecto de la interpretación de la Ley Antigua: “Habéis oído que fue dicho..., pero Yo os digo...”²⁷⁰

Asegura no haber venido a derogar la ley sino a darle cumplimiento,²⁷¹ mas impone, de hecho, una vigorosa e inesperada reformulación al explicar cuál es su verdadero alcance. Se trata, consecuentemente, de señalar a los preceptos una proyección más vasta y heroica.

Todo el largo contexto de los capítulos V de Mateo y VI de Lucas (donde explicita la integridad del contenido de los mandamientos quinto, sexto y segundo, deroga la ley del Talió²⁷² y añade el mandato nuevo de amar a los enemigos) concluye con estas palabras: “Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”.²⁷³ Pero perfectos también deben ser a semejanza de Él mismo, cuya humanidad es el gran Sacramento del Padre, porque todo cristiano “para ser perfecto ha de ser como su Maestro”.²⁷⁴

Y, en efecto, en estos pasajes del Evangelio —es evidente— Jesús no rechaza ni desconoce las obras de la ley, siempre y cuando se la interprete como Él lo hace, pues es el Único competente para conocer a fondo su verdadero sentido. Y, precisamente por eso, impone ese cambio revolucionario.

²⁶⁷ Es tema demasiado amplio para ser analizado aquí. Mas la afirmación del texto resume la interpretación de un gran número de exegetas y teólogos desde el comienzo de la edad patristica hasta nuestros días. No tengo el propósito, en estas simples “meditaciones”, de entrar en el estudio científico de los detalles que al respecto distinguen el Antiguo del Nuevo Testamento, o del estilo literario utilizado por uno u otro de los autores del Nuevo Testamento. para exponer esta verdad fundamental, expresión del fin mismo de la vida cristiana.

²⁶⁸ Cf I-II, 3, 7, ad 3

²⁶⁹ Cf I-II, 106, a. 4. “Para los hombres, según el estado de su vida presente, su última perfección se da por la operación a través de la cual el hombre se une con Dios” (I-II, 3, 2 ad 4). No sería necesario advertirlo, pero no se habla aquí del orden meramente natural, sino del orden de la gracia. Está implícita, en este juicio, la interpretación del célebre argumento del “deseo natural de ver a Dios”, objeto de tantas polémicas antiguas y modernas. Cf DOMINGO F. BASSO, *Los fundamentos de la moral*, p. 120 ss.: “III.- La Felicidad humana: visión de la esencia de Dios”, ed. CIEB, Buenos Aires, 1990.

²⁷⁰ Mt 5, 21, 27, 33, 38. Cf art. 1, nota n1 86.

²⁷¹ Mt 5, 17-20

²⁷² Cfr Ex 21, 23; etcétera

²⁷³ Mt 5, 4: cf Lc 6, 37-49. Según muchos especialistas esas largas perícopas también forman parte del Sermón.

²⁷⁴ Lc 6, 40. Cf Jn 14, 1-11.

Entre las leyes se da jerarquía y orden, y, si no son respetados, todo esfuerzo por cumplirla resulta vano, aunque se declare aspirar a la perfección. Sin cumplir el primer precepto, es imposible observar los demás. Tal precepto es el del amor; un amor sin fronteras, sin acepción de personas, llevado hasta la última consecuencia, o sea, hasta entregar la propia vida por los amigos.²⁷⁵ El signo del verdadero anhelo de perfección se manifiesta en lo siguiente: “El que me ama cumple mis mandamientos”.²⁷⁶

Mas la caridad, reina de las virtudes, no interviene sola en el dinamismo de la vida moral; contribuyen también todas las otras virtudes, estructurando junto con ella el ser moral natural y sobrenatural de la persona humana. La función de las virtudes es añadir un complemento perfectivo a todas las potencias, abarcando de esa manera las múltiples facetas de la actividad voluntaria y desarrollando todas las fibras posibles de la capacidad de bondad existente en el alma.

Nunca podrán, sin embargo, lograrlo con eficacia aisladas del amor. Ni siquiera la religión tiene vitalidad suficiente ni aptitud santificadora sin la caridad.²⁷⁷ (La misma oración puede, separada del amor, convertirse en mentira y necedad! “No todo el que dice: (Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.²⁷⁸ La voluntad del Padre es nuestra santificación²⁷⁹, y ésta se alcanza como efecto de nuestro amor por Él. He ahí el origen del apenado reproche de Jesús: “¿Porqué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?”²⁸⁰.

Aunque no constituya todavía la felicidad absoluta, al igual de las demás, la cuarta bienaventuranza se caracteriza por el ejercicio del amor de Dios, cuya gravitación comienza a producir frutos ya en la vida presente.²⁸¹ Mas ciertamente comprobamos —y con claridad, me parece— el nuevo tramo recorrido al practicarla; un paso más hacia adelante en este arduo caminar. Convertido en pobre por el desprendimiento de todos sus bienes, dominada la ira de su egolatría con la mansedumbre y el llanto amargo de la compunción del corazón, en una palabra, transfigurado por la *metanoia* y dejando atrás todo lastre, el hombre empieza a construirse a sí mismo como hombre.

La cuarta bienaventuranza es considerada por los autores espirituales como la primavera de la vida espiritual, época en la cual florecen abundantes las obras de la vida activa²⁸² por el progreso en todas las dimensiones morales.²⁸³

¿Dónde reside la importancia de esta fórmula? Una doctrina teológica, que deberemos clarificar al meditar en las bienaventuranzas llamadas de la “vida contemplativa”, responde bien a esta pregunta. La vida humana propiamente dicha y proporcionada al hombre no es ni la contemplativa ni la voluptuosa; la primera porque es propia de los seres puramente espirituales; la

²⁷⁵ *Jn* 15, 13

²⁷⁶ *Jn* 14, 15.21.23

²⁷⁷ Recuérdese el admirable pasaje de *Mt* 5, 23-24

²⁷⁸ *Mt* 7, 21 y ss.

²⁷⁹ *I Ts* 4, 3

²⁸⁰ *Lc* 6, 46

²⁸¹ “La perfección de la caridad (de la vida presente) es algo intermedio entre la perfección de la patria y la perfección de la vía” (II-II, 44, 4 ad 3), afirma santo Tomás explicando el significado de las palabras “amar a Dios con todo el corazón”.

²⁸² Se entiende aquí por “vida activa” el ejercicio de todas las virtudes (la actividad moral) cristianas, sin constreñirla. Como se hace en otro nivel a determinadas operaciones. Cf II-II, 181, a. 1: “Si todos los actos de las virtudes morales pertenecen a la vida activa”

²⁸³ “La primera perfección del hombre consiste en la integridad de todo aquello que respecta a la naturaleza; su última perfección en alcanzar el último fin” (*Suppl.* 81, 4)

segunda porque es específica de las bestias. El hombre participa de ambas en diversos grados. Pero la suya propia y exclusiva es la vida activa, en cuanto ajustada a él de acuerdo con su modo de ser, consistente en obrar conforme a la razón práctica.²⁸⁴

En el ejercicio de las virtudes morales se concentra toda la vida humana como en su principio.²⁸⁵ Algo semejante afirma, con su estilo, san Gregorio Magno: “Los que anhelan conquistar la ciudadela de la contemplación, ejercítense primero en el campo de la acción”.²⁸⁶

La vida activa, cuya esencia está constituida por la práctica de las virtudes morales y el vigor de los Dones del Espíritu Santo, prepara el encuentro con Dios por el amor.²⁸⁷

La “justicia” o justificación es, en consecuencia, el tránsito del estado de pecado al estado de gracia bajo el influjo de la acción de Dios, a Quien siempre pertenece la iniciativa. Pero para que el deseo vehemente de encontrarse con Él (“el hambre y la sed de justicia”) se vea satisfecho, es menester salir del pecado.

Esto no debe entenderse en un sentido meramente negativo; no consiste sólo en dejar de cometer atrocidades; consiste, por encima de todo, en realizar buenas obras. Estancados en una vida moral mediocre, cuando oyen algunos hablar de la justicia la reducen casi siempre al nivel de los enfrentamientos sociopolíticos (tema fascinante para los cristianos actuales), pero pierden de repente interés al enterarse que se trata del nombre bíblico de la “plena santidad de vida”. Rehúsan admitir una justicia concebida primariamente como encuentro con Dios; les basta una justicia no “mayor que la de los fariseos y Herodes”.²⁸⁸

¿Será precisamente esa la sustancia del error luterano? Lutero acepta a Pablo y rechaza a Santiago. Al primero por oírle decir que “la fe justifica sin las obras de la ley”; al segundo por haber escrito que “la fe sin las obras es una fe muerta”. Con ello demuestra no haber comprendido ni a uno ni a otro. Ambos se refieren a la misma verdad. Para Pablo “la fe viva” (inconcebible sin la caridad²⁸⁹) justifica por encima de una ley convertida en letra muerta al quedar sin espíritu; para Santiago “la fe viva” necesariamente fructifica en obras. Ambos se refieren a la fe informada por el amor.

Y el amor sin obras no es amor.²⁹⁰ Sólo la caridad es para Pablo fuente de abundantes virtudes; por eso confecciona con frecuencia largas listas de virtudes, sin cuyo ejercicio es imposible ingresar en el Reino, o de pecados, graves impedimentos para entrar.²⁹¹ Si pone la fe por encima de la ley, pone también la caridad por encima de la fe y de la esperanza.

No nos equivoquemos tanto. Pablo y Santiago enseñan lo que luego, en los Concilios XVI de Cartago y II de Orange, será proclamado, contra el naturalismo racionalista de los pelagianos, dogma

²⁸⁴ “En el hombre se encuentra primero la naturaleza sensitiva, en la cual conviene con las bestias; la razón práctica propia del hombre según su grado; y el entendimiento especulativo, que no se encuentra en el hombre tan perfectamente como en los ángeles, sino según cierta participación del alma. Por consiguiente, la vida contemplativa no es propiamente humana, sino sobrehumana; la vida voluptuosa, cuyos objetos son los bienes sensibles, no es humana sino bestial. La vida propiamente humana, por lo tanto, es la vida activa consistente en el ejercicio de las virtudes morales” (*Q. D. de Virtutibus Cardinalibus*, a. 1).

²⁸⁵ Cf II-II, 181, 1; *Q.D. de Virtutibus Cardinalibus*, a. 1.

²⁸⁶ En el Comentario al *Cantar de los Cantares*. Citado por Mons. L.A. MARTÍNEZ, I.s.c.

²⁸⁷ No se trata de una preparación meramente natural, al estilo semipelagiano, sino producida por la gracia. Cf I-II, 4, 4: “Si para la bienaventuranza se requiere la rectitud de la voluntad”. La rectitud de la voluntad, requisito antecedente, es la conducta moral virtuosa sobrenatural o infusa.

²⁸⁸ *Mt* 5, 13; *Mc* 8, 11-13; *Lc* 12, 1-2

²⁸⁹ Cfr. *I Co* cap. 13

²⁹⁰ Reza sabiamente el refrán popular: “Obras son amores, y no buenas razones”.

²⁹¹ *Rm* 14, 17; *I Co* 6, 9-10; 15, 50; *Ga* 5, 21; *Ef* 5, 5; etc.

básico de la vida cristiana. No por su solo valor natural pueden justificar los actos de la libertad humana, pero sí cuando emanan de la gracia (virtudes infusas), como las potencias emanan de la esencia del alma.

Las obras buenas son indiscutibles signos del alma realmente justificada. Quien no tiene hambre y sed de esas obras no ama la justicia, no es “bienaventurado”. Por eso Cristo no vino para abolir la ley sino para darle cumplimiento hasta su última letra, aunque haya investido —como se explicó— de un nuevo valor, de un nuevo impulso la observancia y los holocaustos. Si éstos no nacen de la misericordia (del amor), no son ni observancia ni holocaustos. Son pura hipocresía.

A veces se confunde la “justicia” con el “perfeccionismo”. Manera muy ladina del humano orgullo para encontrar autosatisfacción incluso en las cosas del espíritu. Y así el hombre, cuando todavía era pecador, giraba en torno a sí mismo complacido con sus vicios y aberraciones; ahora, creyéndose convertido, sigue girando alrededor de sí mismo preocupado por la perfección de sus virtudes, es decir, por contemplarse intachable en el espejo de su vanidad, pues cree cumplir al pie de la letra sus deberes. ¿Dónde está la diferencia entre una cosa y otra? ¿No fue acaso una satisfacción parecida la causa del nihilismo farisaico? El fariseo de la parábola se contentó con la frívola y trivial recompensa de su arrogante autosatisfacción.²⁹²

Sólo quien ama, quien gira únicamente en torno a Dios, es virtuoso. Si la fórmula de la santidad de Cristo era “cumplir la voluntad del Padre”, se debió a su intensísimo amor por el Padre. Y, por eso, sólo Él en toda la historia de la humanidad pudo preguntar con derecho: “¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?”²⁹³ De Él únicamente se pudo escribir que pasó por la tierra, hambriento y sediento de justicia, siempre haciendo el bien. He ahí al verdadero “bienaventurado”. O intentamos ser como Él, o permaneceremos siempre sumergidos en el basural.

b) La justicia instauradora del orden

Se ha acusado con frecuencia a una “cierta” moral del pasado de haber reducido la perfección cristiana al solo ejercicio de la castidad o represión del instinto sexual. Quizá debamos reconocer algo de verdad en esa afirmación. Pero cabe preguntar, ¿eso era cristianismo o más bien maniqueísmo?; se ha de tener cuidado con las generalizaciones y simplificaciones. De todos modos, aquel error no justifica excluir ahora la castidad del panorama de la moral cristiana.

Mas —me pregunto— ¿no estaremos procediendo actualmente de la misma manera con la virtud cardinal de la justicia? Por cierto la cuarta bienaventuranza no puede reducirse exclusivamente a la denuncia de la injusticia en un sentido forense. Pero tampoco —arguyendo con los conjeturales desatinos de algunos— es lícito excluirla de la visión cristiana de la historia.

Un poco de hambre y de sed más evidentes de los cristianos por “la justicia en el mundo” tal vez hubiera ahorrado no pocos males a la humanidad. Esta hambre y esta sed no excluyen nada, absolutamente nada, del organismo virtuoso. Por otro lado, negarse a uno mismo es la condición indispensable para seguir a Cristo, según lo ya recordado.

La vida activa en cuanto equivalente al ejercicio de todas las virtudes, contribuye en forma sólida al perfeccionamiento propio, mas consiste de manera primordial en todo lo ordenado al bien de los demás; no es, pues, el perfeccionamiento propio lo primero a intentar, sino darse a los demás con olvido de uno mismo, saliendo de sí mismo.

Entregándose a los otros es como se sirve a Dios. Alguien escribió las siguientes palabras: “El camino que conduce a Dios pasa por la puerta de la casa de nuestros hermanos”. Es una gran verdad, enseñada antes por Jesús del modo bien conocido. Y aquí encuentro un motivo más para

²⁹² Lc 18, 9-14

²⁹³ Jn 8, 46 (traducción NÁCAR-COLUNGA); “¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?” (traducción *Biblia de Jerusalén*)

incluir en esta cuarta bienaventuranza también el contenido y las exigencias de la estricta virtud cardinal de la justicia.

La conducta irreprochable frente a Dios, supone bregar por el equilibrio de la sociedad humana, transformándola desde dentro con la sal y la luz del Evangelio. En las anteriores bienaventuranzas el hombre, en cierta medida, ha trabajado por su propio provecho; en ésta ya debe olvidarse de sí para pensar en el bien de los demás.²⁹⁴ Luchando por los otros, denunciando las injusticias y otros males que los agobian, obtiene una perfección mayor como premio de su generosidad. La bienaventuranza no se reduce sólo a eso, pero tampoco puede prescindir de ello. Si faltase la observancia, aunque fuese de una única virtud, el hambre y la sed no serían integrales. Si no se opta por los pobres, por los marginados, por los abandonados, no se opta por Dios; quien rompe con los pobres rompe con Él.

2.- El deseo insaciable

Cuando precisa de una cosa sin prisa y sin excesiva ansiedad, el ser humano la busca con parsimonia, calma y moderación; quizá con displicencia. Y hasta puede llegar a experimentar verdadera repugnancia por ella, aunque sea de suyo seductora; por ejemplo, cuando se trata de cargos y honores en almas sinceramente humildes (no me place evocar siempre especímenes despreciables).

Mas cuando experimenta una apetencia apremiante de algo y sufre la congoja de no obtenerlo prontamente, deja de lado todo sosiego, tolera cualquier grado de cansancio, elude la mínima pausa con tal de poseerlo; febrilmente se precipita tras lo ambicionado. De esto tenemos experiencia personal, no siempre grata ante el testimonio de nuestra conciencia íntima. Cuando fue nuestra obligación ejecutar algo bueno no demasiado gratificante, si lo hemos cumplido —esfuerzo no muy habitual— fue con notable reticencia y hasta pereza.

Si algo desagrade —aunque sea excelente y obligatorio— no es, por cierto, excesivo el número de quienes se dejan tentar por el “fanatismo” de la estricta observancia. En cambio, si se desea ardientemente una cosa —aun, a veces, incluyendo su improcedencia o su malicia— se mueven cielo y tierra a fin de conseguirla. Cuando afirmamos “en realidad queremos ser santos, pero cuesta mucho, resulta demasiado difícil y no tenemos fuerzas”, en el fondo estamos mintiendo; sabemos muy bien que, de hecho, “no queremos” serlo.

Es una gran verdad, indiscutible verdad: la santidad es una meta superior a nuestras fuerzas naturales y sólo depende de la gracia. ¿Pero puede alguien asegurar, tras el llamado de Dios, no tener ya esa gracia a su entera disposición? Si “la voluntad de Dios —según la ya citada frase de san Pablo— es nuestra santificación”,²⁹⁵ resulta ciertamente previsible su dispensación de los medios imprescindibles para alcanzar la justicia.²⁹⁶

Una buena propuesta, si no desciende hasta nuestro corazón, no nos dirá nada; algo puede ser muy razonable mas, si no nos entusiasma, de poco servirán los razonamientos. Toda actividad humana comienza por un deseo, y de la intensidad del mismo depende el resultado de los esfuerzos, pues su gradación condiciona la mayor o menor eficacia de las realizaciones. También cuando se trata de la santidad: “*Si quieres ser perfecto...*”.

El libro del *Éxodo* puede servirnos de lección si sabemos aplicarlo. Un deseo vehemente — nada menos que el de la libertad— se vuelve ineficaz al carecer de perseverancia frente a los

²⁹⁴ “No es suficiente el querer la justicia si no tenemos hambre de justicia, de modo que nunca nos consideremos bastante justificados, sino que entendamos que siempre debemos tener hambre de obras de justicia” (SAN JERÓNIMO; cf *Catena Aurea*, t. I, p. 116)

²⁹⁵ *1 Ts* 4, 3

²⁹⁶ “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?” (*Lc* 11, 13)

escollos. Se podrá llegar hasta la disyuntiva de cambiarlo todo por un poco de agua dulce o por una cebolla.²⁹⁷ Muchos afectos atan, detienen, suplantán en los seres humanos la sed de justicia de la cual habla la cuarta bienaventuranza. Están enfermos en su voluntad.

3.- El hambre que no procede del mundo

Como en las etapas anteriores, el hombre no podría experimentar jamás hambre y sed de justicia plena sin la gracia de Dios. No olvidemos que Cristo nos sitúa en un nivel superior al de la simple moralidad natural. Si es acto de justificación y santificación, necesariamente interviene allí el Espíritu Santo.

¿Cómo? Resultaría incongruente someter su influjo a un procedimiento matemáticamente preestablecido. Todos los buenos autores espirituales reconocen que las “etapas”, “vías”, “edades”, etcétera, de la vida cristiana perfecta, si bien son análogas a las de la vida natural, son, al mismo tiempo, intrínsecamente diversas.²⁹⁸

Ni la acción del Espíritu Santo puede estar sujeta a cálculos aritméticos, ni la respuesta de las almas a sus mociones se da siempre de la misma manera, en el mismo grado y en el mismo orden cronológico. En este último caso, la perfección o santidad vendría a ser privilegio exclusivo de los ancianos; y nada más alejado de la realidad que ese supuesto.

Mas, como la existencia de un proceso de desarrollo o evolución del alma es innegable, es lícito preguntarse cuál de los dones es el más influyente en ese instante del crecimiento interior. San Agustín atribuye el hambre y sed de justicia al don de fortaleza y santo Tomás acepta ese criterio, aunque por razones diversas.

Supuesto lo anterior, puede aceptarse la atribución del don de fortaleza a la cuarta bienaventuranza, ya que existe “cierta conveniencia, pues la fortaleza tiene como objeto lo difícil; y es muy difícil no sólo el hacer obras virtuosas, generalmente llamadas *obras de justicia*, sino también el hacerlas con un deseo insaciable, expresado en la analogía del hambre y de la sed”.²⁹⁹ Existe un fenómeno indiscutible en la vida de los santos (los justos); es su búsqueda ardorosa de la justicia sin calcular sus energías y contando únicamente con la fuerza de Dios; el justo experimenta, en lo más íntimo de su ser, la convicción de “poderlo todo en Aquel que lo conforta”.³⁰⁰ La virtud de la justicia se desarrolla en la atmósfera moderada de las convicciones razonables; el don de fortaleza busca la justicia a la manera de Dios y su ambiente es el del fuego encendido en el alma por el Espíritu Santo. Así, al menos, ora la Iglesia:

(Ven, oh Espíritu Santo!,
Envíanos desde el cielo un rayo de tu luz;
(Ven Padre de los pobres,
Ven dador de bienes, ven luz del corazón!
Consolador óptimo,
Dulce huésped del alma, dulce refrigerio;
En la fatiga eres descanso,
En el estío frescura y palabra de aliento en la tristeza;
(Oh Luz beatísima!,
Colma la intimidad del alma de tus fieles.
Nada, sin tu luz, queda en el hombre; nada sirve.

²⁹⁷ Cf *Ex* cc. 16-17; 32; etcétera.

²⁹⁸ Si no fuese así ya no serían análogas sino unívocas.

²⁹⁹ II-II, 139, 2

³⁰⁰ *IFlp* 4, 13

Lava lo que está sucio,
 Riega lo que está árido y sana lo que está enfermo.
 Endereza lo torcido,
 Abrasa lo que está frío, doblega lo que es rígido.
 Concede, a quienes en Ti confían,
 El obsequio de tus siete Dones.
 Danos el mérito de la virtud,
 El éxito de la salvación y la alegría eterna.³⁰¹

Agua viva de las obras virtuosas emanadas de la luz: *“Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. El fruto de la luz es todo bondad, justicia y verdad. Buscad lo que es grato al Señor, sin comunicar en otras obras vanas de las tinieblas, antes bien estigmatizadas; pues lo que éstos hacen en secreto repugna decirlo; y todas estas torpezas una vez manifestadas por la luz quedan al descubierto, y todo lo descubierto luz es, por lo cual dice: Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo”*.³⁰²

Tal vez por eso nos cuesta tanto entender a los santos: nos parecen exagerados. Pero la verdad es que ellos, inspirados por Dios, van siempre más allá de lo exigido por la razón humana.

4.- El pan que sacia para siempre

El premio de la cuarta bienaventuranza asegura la saciedad a los hambrientos y sedientos de justicia. ¿Cómo la alcanzarán y cuándo? Se trata, lógicamente, ante todo de un premio futuro, escatológico, radicado como todos los de las otras bienaventuranzas en la posesión de Dios. Mas, ya en la vida presente, ese premio comienza a ser concedido de alguna manera. Antes de referirme a ella, considero conveniente una reflexión previa para ubicar el tema en su justo lugar.

Cuando en san Lucas se alaba a los pobres y a los hambrientos y se vitupera a los ricos y a los hartos, no debe concluirse —según ya subrayé— que es ventajosa la existencia de los miserables, o que éstos puedan llegar a ser bienaventurados sin asumir su pobreza y su hambre voluntaria y libremente como un camino hacia el Reino.³⁰³

Sí está enseñado allí, en cambio, que en el Reino de Dios existirá una estricta justicia, contrapartida de los desequilibrios injustos de la vida presente: los pobres y hambrientos podrán ser juzgados por otros pecados, mas no por su pobreza o su hambre, cuya índole no es la de la culpa sino, en la mayor parte de los casos, la de una penalidad indebida, originada no en la voluntad de Dios sino en la malicia y el egoísmo de los hombres. Los ricos y los hartos, al revés, serán juzgados por el abuso de su riqueza y de su glotonería.

Se evitará así traducir el consejo evangélico de las bienaventuranzas como una simple recomendación de “resignada actitud” para los desvalidos, marginados, atropellados y despreciados, porque el ejercicio de la justicia (virtud cardinal) no está exclusivamente reservado al Reino escatológico: es un imperativo del Reino de Dios en cuanto tal, aun cuando la justicia sea enérgicamente aplicada en el futuro por Dios —como sugiere Lucas— a quienes no hayan sabido ejercerla ahora libre y espontáneamente. Sólo en un contexto muy alejado de la verdadera enseñanza

³⁰¹ Cf Secuencia de la misa de Pentecostés

³⁰² Ef 5, 8-14

³⁰³ “No puede llamarse bienaventurado a todo el que es afligido por la pobreza, sino solamente al que prefiere el precepto de Jesucristo a las riquezas mundanas. Hay muchos pobres de bienes, pero que son muy avaros por el afecto; a éstos no los salva la pobreza, pero los condena su deseo: ninguna cosa que no sea voluntaria aprovecha para la salvación, por la sencilla razón de que toda virtud está basada en el libre albedrío. Es bienaventurado el pobre que imita a Jesucristo, quien quiso sufrir la pobreza por nuestro bien; porque el mismo Señor todo lo hacía para manifestarse como nuestro modelo y podernos conducir a la eterna salvación” (S. BASILIO; cf *Catena Aurea*, t. IV, p. 146, ed. cit.)

bíblica podría interpretarse ésta como un “opio” para los hambrientos. Existen, pues, dos modos de saciar el hambre y la sed de justicia.

a) El primer modo

La lucha por subsanar las injusticias de este mundo —vuelvo a repetirlo—, el esfuerzo individual y social para hacer desaparecer los desequilibrios infames, es *uno de los modos* de practicar la cuarta bienaventuranza.

Pero, la denuncia de la injusticia no exime de ser justos; la compasión por la miseria ajena no nos hace, por sí sola, necesariamente hambrientos y sedientos de justicia. Incluso podemos señalar aquí uno de los tantos malentendidos de nuestra época. En la actualidad, cuando se habla de justicia desde el púlpito, es más una invitación a combatir el vicio opuesto que una instancia a practicarla como virtud esencial. Esto puede llevarnos a situaciones o a actitudes contradictorias, y a reducir el mensaje evangélico o la enseñanza teológica a una mera teoría de reivindicación social, y no a considerarla una dinámica de verdadera transformación o “liberación” del hombre en el sentido cristiano más profundo.

Pero el peligro antes señalado tampoco puede apartar al cristiano del convencimiento de que el esfuerzo puesto en mejorar las condiciones de vida (sobre todo ajenas) no sólo es compatible *con* sino exigido *por* la justicia evangélica. Siempre será posible, es verdad, a quien se halla sometido a una situación de injusticia asumir cristianamente sus condiciones, convirtiéndolas en un instrumento admirable de justificación.

Mas ¿no sería invertir los valores del evangelio, para anestesiar la conciencia, suponer que los únicos privilegiados, dentro del actual sistema socioeconómico imperante en nuestra sociedad, son los marginados, pues los bienes realmente válidos son los del Reino? ¿Puede ser el evangelio una invitación a evadirse frente al drama actual de las injusticias en el mundo? El hambre y sed de justicia (entendida evangélicamente como sinónimo de santidad) comienza a saciarse con la práctica de la virtud cardinal de la justicia, uno de sus elementos. Y ésta se origina en las personas de un modo muy concreto: distribuyendo lo superfluo. Por eso escribe san Pablo: “Manda a los ricos de este siglo que den y repartan con generosidad sus bienes”.³⁰⁴ Y santo Tomás agrega: “Los bienes superfluos que algunas personas poseen, son debidos, por derecho natural, al sostenimiento de los pobres”.³⁰⁵

b) Segundo modo

Mas, sin descuidar este primer modo de hambre y sed de justicia, existe otro más profundo y directamente sugerido por la bienaventuranza. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra salida de la boca de Dios”.³⁰⁶ Quien pronunció estas palabras hacía cuarenta días que no comía. Jesús, modelo supremo de la práctica de las bienaventuranzas, afirmó: “Yo tengo por comida un

³⁰⁴ *1 Tm*, últ. 17-18

³⁰⁵ II-II, 66, 7. No voy a detenerme sobre este punto que, sin ser ajeno a los postulados de la cuarta bienaventuranza, no es, de todos modos, el más importante. Pero conviene recordar que este débito de repartir lo superfluo es considerado hoy no solamente como exigido por la caridad, sino también como estricta exigencia de la ley natural (por tanto, no un mero consejo); es decir, puede convertirse de débito moral en débito jurídico. M. ZALBA S.J., moralista poco sospechoso de heterodoxia, en una de sus obras (*Theologiae Moralis Compendium*, t. 2, BAC, Madrid, 1958, p. 92) llama a la opinión contraria “obsoleta y carente de fundamento”. Narra el Evangelio: “Decía también al que le había convidado: Cuando des una comida o una cena, no lllames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos te conviden a su vez, y quedes con eso pagado. Cuando des un banquete, convida a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos: y serás dichoso, porque no tienen con qué recompensarte y se te recompensará en la resurrección de los justos” (*Lc* 14, 12-14).

³⁰⁶ *Mt* 4, 4; *Lc* 4, 4; cf *Dt* 8, 3

alimento que vosotros no conocéis... mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y acabar su obra".³⁰⁷ Poco antes de pronunciar estas palabras —por lo cual ellas parecen ser la continuidad del pensamiento que Jesús, abstraído, prosigue formulando en su interior— había dicho a la mujer samaritana: "Si conocieses el don de Dios y quien es el que te dice: dame de beber, tú le habrías pedido a él y te habría dado agua viva". Ante la sorpresa de la mujer por semejante afirmación, el Maestro añade: "Todo el que bebe de esta agua (refiriéndose a la del pozo de Jacob), tendrá otra vez sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca en adelante tendrá sed, sino que el agua que yo le daré se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna".³⁰⁸

Me resulta inevitable relacionar íntimamente estas misteriosas afirmaciones —quizá del todo incomprensibles para los discípulos en aquel momento— con este otro impresionante pasaje: "El último día, el día grande la de fiesta, se detuvo Jesús y *gritó*, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mi y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán en su seno. Esto dijo del Espíritu, que habrían de recibir los que creyeran en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado".³⁰⁹

Todo me lleva al célebre capítulo VI del Evangelio de Juan. Durante tres siglos ha sido objeto de ácidas polémicas entre protestantes y católicos. Ahora —lo cual me parece excelente— unos y otros han comenzado a ponerse de acuerdo en la parte de razón que les cabía a cada grupo sin hacer hincapié en sus respectivas interpretaciones.³¹⁰

Según mi modesto entender, es allí donde, muy concretamente, se explica el sentido de la "saciedad" ofrecida como premio de la cuarta bienaventuranza. Si ésta —no parecen caber dudas de ello— señala la etapa culminante de la vida activa, en la cual el florecimiento de las buenas obras alcanza su pleno desarrollo, entonces no algo sino Alguien sacia esas hambre y sed de justicia. No es menester, para comenzar, esperar el cielo.

En ese diálogo, doloroso y amargo por la insidiosa terquedad de sus interlocutores, Jesús comienza diciendo: "Vosotros me buscáis, no porque habéis visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado; procuraos, no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da, porque Dios Padre le ha sellado con su sello". Entonces le interrogan: "¿Qué haremos para hacer las obras de Dios?". Se trata evidentemente de una pregunta sobre la naturaleza de la justicia. La respuesta surge rápida de los labios del Maestro: "La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado". Y como aluden a la comida del maná, pan del cielo en el desierto, agrega: "Moisés no os dio pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que bajó del cielo y da la vida al mundo". Y como antes la samaritana ("Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed"), ellos parecen enternecerse y rogarle al decir: "Señor, danos siempre ese pan"; mas de inmediato reaccionan violentamente cuando le oyen añadir: "Yo soy el pan de vida; el que viene a mi no tendrá ya más hambre, y el que cree en mi jamás tendrá sed... pero me habéis visto y no me creéis... He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". ¿Existe formulación más concreta de la verdadera naturaleza del hambre y sed de justicia? "En verdad, en verdad os digo: *el que cree tiene la vida eterna*".

Repentinamente se produce un brusco giro en su discurso: "Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que el que

³⁰⁷ Jn 4, 32-34

³⁰⁸ *Ibidem*, 13

³⁰⁹ Jn 7, 37-39

³¹⁰ En efecto, los protestantes sólo lo entendían como expresión de la comida espiritual de Cristo por la fe; los católicos (no todos, por cierto) insistían exclusivamente en el sentido de una comida real del cuerpo y de la sangre del Señor en el misterio Eucarístico. La verdad es que Jesús se refirió a ambas cosas.

lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguien come de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo... En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo, no como el pan que comieron los padres y murieron; el que come este pan vivirá para siempre@.

No hay lugar, pienso, para la discusión (aunque algunos la continúen): existen dos modos de comer y beber, el espiritual, por la fe, y el real, por la eucaristía. El primero es condición para la eficacia del segundo. (Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (el primer modo), porque ellos serán saciados (el segundo modo)!

Abiertas las puertas del amor por el cumplimiento de la voluntad del Padre, todavía falta permitirle expresarse en su propio lenguaje.

ARTÍCULO VI

EL IDIOMA ORIGINAL DEL AMOR

1.- La eminente singularidad de la misericordia

(Bienaventurados los misericordiosos (-λεήμονες)! La misericordia es un progreso con respecto al hambre y la sed de justicia. Ésta produce la perfección moral del mismo sujeto; la misericordia lo saca de sí mismo y lo impulsa a esparcir a su alrededor el fruto de las buenas obras. Jesús mismo establece la diferencia. Hablando de la justicia dice: “que vuestra justicia (levadura) sea mayor que la de los fariseos y Herodes”.³¹¹ En cambio, refiriéndose a la misericordia, afirma: “Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso”.³¹²

El concepto de justicia cabe, en cierta medida, dentro de los parámetros humanos. Por cierto, según lo ampliamente explicado, el alma transformada en más recta y pura al saciar su hambre y sed de justicia y participar de la justicia de Dios, rebasa los límites de la razón. Pero la idea misma de justicia es captada por la mente humana, ya que se funda en el equilibrio de las relaciones con las otras personas. No es, pues, motivo de sorpresa si los mismos paganos disertaron excelentemente sobre esta virtud. Se puede, incluso, obtener una experiencia de su necesidad en el trato con nuestros semejantes. Pero existen una justicia humana y otra divina. La primera es mezquina, falible y hasta, a veces, hipócrita; la segunda es misteriosa, infinita, inexorable y sus verdaderos caminos los ignoramos “porque nadie fue nunca consejero de Dios, ni conoció sus designios ocultos”.³¹³

La misericordia trasciende la justicia y es uno de los efectos internos y esenciales del amor.³¹⁴ Se trata de un atributo exclusivamente divino: no puede surgir espontáneamente del espíritu humano. La misericordia es mucho más que la compasión y la clemencia, sentimientos a veces manifestados aún por los gentiles.

Hay en esta afirmación algo teológicamente muy profundo. La misericordia, absolutamente considerada, excluye toda deficiencia o miseria, y, pues toda potencialidad es miseria, la misericordia excluye toda potencialidad y, en consecuencia, es de suyo “acto puro”, suma naturaleza: Dios.³¹⁵ La misericordia divina es la primera raíz de toda acción bienhechora de Dios en sus criaturas.³¹⁶

Se podría agregar que esa primera raíz es el amor, pues por amor difunde Dios su bondad a todos los seres. Lo exacto es decir que es Amor y Misericordia, o sea, *Amor Misericordioso*: amor, porque difunde el bien por pura bondad, y misericordia, porque, con esa amorosa difusión, remedia las miserias de sus criaturas, por lo menos la miseria más esencial de todas, su peculiar entera carencia de ser y de bien. Dios, amor misericordioso, es la causa primera de toda la obra de Dios.

¿Es demasiado difícil comprender cómo ese amor misericordioso se manifiesta tanto más espléndido cuanto mayor sea el bien por Él difundido y el mal por Él remediado? En consecuencia debemos contemplar el misterio de la Encarnación redentora, con todas sus realizaciones y beneficios, como la obra suprema del amor misericordioso. Una obra superior a la misma creación del mundo.

³¹¹ Mt 5, 20; 6, 1; 16, 6, 11-12; Mc 8, 15

³¹² Lc 6, 31-36; cf Mt 5, 48

³¹³ Rm 11, 33-34

³¹⁴ Cf II-II, 28, prólogo

³¹⁵ “En sí misma la misericordia es la más grande de las perfecciones, porque a ella toca volcarse en otros y, lo que es más, socorrer sus deficiencias. Esto es peculiar del superior. Por lo cual se considera propio de Dios tener misericordia, y en ella se dice que resplandece sobremanera su omnipotencia@ (II-II, 30, 4).

³¹⁶ I, 21, 4

Cristo crucificado revela el abismo de la sabiduría de Dios, solamente sugerido o insinuado por la creación. Ésta, sobre todo en sus obras maestras —el ángel y el hombre—, nos demuestra admirablemente la omnipotencia divina, ¿no es, entonces, ella la principal obra de bondad, el grado más intenso del “bonum diffusivum sui”?

(Nadie puede dudar de la inmensa grandeza de la creación! Pero no es la principal obra divina, porque no es una obra de misericordia. Ésta es algo más: inclina hacia el hombre, criatura pecadora, los tesoros inagotables del amor de Dios. Esta sabiduría es infinitamente superior a la que sólo se nos revela a través de las criaturas. La misericordia posee toda la perfección del amor, porque ineludiblemente la supone; y, de suyo, la acrecienta —si se me permite explicar de esta manera lo inexplicable— pues la extiende a una global difusión del bien para universal remedio de todas las miserias.

Éste es el título más honroso del Padre, el más beneficioso para sus criaturas. Solamente quien es sobreabundantemente rico puede dar sin pedir, solamente quien es la Felicidad misma puede encontrar gozo en hacer felices a los miserables. Dios es misericordioso porque es infinito; en cambio, el hombre es egoísta porque es limitado.³¹⁷

Mas si el hombre no es por naturaleza misericordioso, puede, sin embargo, divinizarse en cierta medida participando de la Misericordia increada. En el hombre es virtud máxima el amor de Dios, que lo subordina y une a su infinito bien. Ese único objeto puede bastarle, y un día le bastará cuando, al poseerlo, se convierta en definitivamente feliz. Pero, para llegar a ese día, ahora necesita practicar la quinta bienaventuranza.

En la vida presente, el amor del prójimo no sólo no se opone al amor de Dios, objeto exclusivo, sino que es exigido por él, pues el prójimo es pertenencia de Dios y Dios es amable en todo lo suyo. Por eso “tenemos este mandato, de que quien ama a Dios, ame también a su prójimo”.³¹⁸ Esto lo sabemos demasiado bien, aunque no hayamos logrado aún practicarlo como corresponde.

A pesar de ello, algo más nos enseña la quinta bienaventuranza. Sublimado y adentrándose en el corazón de Dios, el amor cristiano, como el divino, debe expandirse en misericordiosa difusión hasta nuestros prójimos. Es la sola manera de ser dignos hijos de nuestro Padre celestial,³¹⁹ que es Padre de las misericordias”.³²⁰ En imitación y colaboración con el de Dios, ha de ser un amor misericordioso universal, rigiendo e inspirando nuestra relación y convivencia con nuestros prójimos.

2.- ¿En qué consiste la misericordia?

Jesús habló frecuentemente de la misericordia; casi me atrevería a denominarlo “su tema predilecto”, y, para justificar ese nombre, tendré oportunidad de citar todas sus palabras. Nunca, sin embargo, la define directamente, aunque, indirectamente, la explique mediante parábolas de acuerdo con su eficacísimo estilo.

Los antiguos teólogos solían utilizar una fórmula de san Agustín: “La misericordia es la compasión de la miseria ajena en nuestro corazón, por la cual nos compele a socorrer si podemos”.³²¹

³¹⁷ Admirable reflexión de Mons. L.A. MARTÍNEZ, l.s.c.

³¹⁸ *1 Jn* 4, 21

³¹⁹ *Mt* 5, 45

³²⁰ *2 Co* 1, 3

³²¹ *De Civitate Dei*, L. 9, c. 5; ML 41, 261. Cf II-II, 30, 1. Parece aún más exacta la fórmula de SAN REMIGIO: “Se llama misericordioso el que tiene su corazón ocupado por la misericordia; porque considera la desgracia de otro como propia, y se duele del mal de otro como si fuera suyo” (*Catena Aurea*, t. I, p. 117, ed. cit.).

No es, ciertamente, una mala definición. Más aún, manifiesta claramente —como sugiere el Evangelio— que ella no es la actitud más frecuente entre los hombres. Ese “si podemos” es sumamente elocuente, pues la mayoría de las veces “podemos” e invariablemente encontramos argumentos para demostrarnos a nosotros mismos —(triste engaño!— que “no podemos” o, más bien “no debemos”. ¿De qué sirve socorrer a un mendigo “si va a invertir nuestra limosna en alcohol”? Así, generosamente, contribuimos a liberarlo del vicio...

Mas “la misericordia se designa de esa manera por tornársele a uno el *corazón compasivo* ante la miseria extraña. La miseria se opone a la felicidad. Y es de esencia de la bienaventuranza o felicidad tener lo que se desea, pues como dice san Agustín: *bienaventurado es aquel que posee todo lo que quiere y nada malo quiere*.³²² Por el contrario, a la miseria pertenece el que el hombre sufra lo que no quiere@.³²³

El dolor sólo puede darse cuando su razón de ser es nuestro propio mal, o cuando convertimos en propio el mal ajeno. Esto puede acaecer por la unión del amor, que hace considerar al amigo apenado como a uno mismo y, consiguientemente, le duele su mal como si fuera propio. A imitación (o por participación) de Dios, quien sólo por amor tiene misericordia del hombre en cuanto lo ama como algo suyo, podemos convertirnos en verdaderamente misericordiosos³²⁴ y “gozar con los que gozan o llorar con los que lloran”.³²⁵

La misericordia consiste, por tanto, en buscar las miserias del prójimo a quien amamos sin acepción de personas, en hacerlas nuestras y abrugarlas en el corazón. Y no sólo las miserias de nuestros amigos, sino también las de quienes nos odian. El amor de quienes nos aman es humano, hasta los paganos lo experimentan; el amor de nuestros enemigos, en cambio, únicamente puede tener un origen divino.³²⁶

Por eso no debemos confundir la misericordia con la compasión. Enternecerse frente a la fragilidad de un niño cruelmente castigado, sentir lástima ante el llanto de una doncella vilmente vejada por una patota de varones bestiales, cualquiera lo experimenta; es una emoción típicamente humana. Pero, tener misericordia con el torturador o con el violador, ¿no se opone acaso a los sentimientos espontáneos de justa indignación y requerimiento de justicia?

Es aquí donde comprobamos que la misericordia no es una obra fácil, sino la más difícil y la cumbre de la vida activa, vale decir, el manantial de las obras heroicas. Para amar a los enemigos, orar por quienes nos persiguen, calumnian y maldicen, dejarse despojar sin reclamar ni litigar, prestar sin esperanza de remuneración, no resistir al mal, poner la otra mejilla si nos abofetean en la derecha, evitar el juicio, no condenar, absolver siempre, en una palabra todo el contenido del contexto del Sermón de la Montaña,³²⁷ es imposible llevarlo a cabo con fuerzas puramente naturales al exceder lo razonable e instintivo.

³²² *De Trinitate*, L. XIII, c. 5; ML, 42, 1020

³²³ II-II, 30, 1. En el mismo lugar explica las diversas razones que existen para ello. Aunque todas esas razones intente fundamentarlas en textos de Aristóteles (manía característica de su época), ellas van más allá de la opinión de los filósofos: son datos de experiencia.

³²⁴ Santo Tomás escribe también: “Los hombres se compadecen de aquellos que son sus semejantes y allegados, por pensar que también ellos pueden padecer lo mismo. De ahí que los ancianos y sabios, que consideran que pueden sufrir calamidad, igual que los asustadizos y débiles, son más misericordiosos. Por el contrario, quienes se creen felices, los poderosos que estiman no poder dar en mal alguno, no tienen tanta misericordia” (II-II, 30, 2). Es una notable explicación psicológica de ciertos hechos frecuentemente comprobables.

³²⁵ *Rm* 12, 15

³²⁶ *Mt* 5; *Lc* 6

³²⁷ Que quizás forma con él una unidad. Cf *Mt* 5, 13-48; *Lc* 6, 27-49

Para lograrlo se ha de ascender un peldaño más, es menester ser “perfectos y misericordiosos, como perfecto y misericordioso es el Padre celestial que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos, hacerse hijos del Altísimo bondadoso para con los ingratos y los malos”.³²⁸

3.- La misericordia de Cristo

Esa cumbre de la vida activa no podríamos alcanzarla jamás sin un modelo concreto: “para ser perfecto se ha de ser como el Maestro”.³²⁹ Eso supone poseer un tesoro de bondad en el corazón.³³⁰

¿Cómo fue Jesús? Ante todo, se declara mensajero y maestro de la misericordia,³³¹ médico que busca a los enfermos, profeta que llama a los pecadores.³³² En las parábolas denominadas de “la misericordia de Dios” (la oveja perdida, la dracma perdida, el hijo pródigo³³³), se presenta a sí mismo como aquel cuyo oficio propio es el perdón, compasivo con las turbas ignorantes y sin pastor,³³⁴ y que no admite la crueldad y la falta de misericordia (parábola de los dos siervos³³⁵); es el buen pastor³³⁶ identificado con sus ovejas.³³⁷

Inclusive hay una escena en el Evangelio donde, como en ningún otro caso, Jesús no solamente encomia la transcendencia de la misericordia a los ojos de Dios, sino que la pone en práctica. Es una escena sin parangón en toda la historia de la humanidad y, de suyo, más elocuente que las mismas parábolas donde expone los fundamentos de su actitud. Me refiero al pasaje del evangelio de san Juan donde se narra el episodio de la mujer adúltera.³³⁸

Muchas veces y de muy diversas maneras ha sido comentado este sorprendente texto por numerosos autores antiguos y modernos. Si no el más bello, ciertamente uno de los más profundos es el comentario de san Agustín. Demasiado extenso para transcribirlo completo, me parece digno de reflexión un párrafo conmovedor:

ALa sentencia del que es manso y justo, tenía que ser: Quien de vosotros esté sin pecado, que arroje el primero contra ella la piedra. Es la justicia la que sentencia: Sufra el castigo la pecadora; pero no por pecadores; ejecútese la ley, pero no por sus transgresores. Ésta es en absoluto la sentencia de la justicia. Y ellos, heridos por ella como por un grueso dardo, se miran a sí mismos y

³²⁸ Mt 5, 45, 48; Lc 6, 35-36

³²⁹ Lc 6, 40

³³⁰ *Ibidem*, 45

³³¹ Sólo una frase del Antiguo Testamento ha citado Jesús dos veces, casi consecutivas, durante todo el Evangelio: “misericordia quiero y no sacrificio” (Mt 9, 13; 12, 7) Cf *Oseas* 6, 6.

³³² Mt 9, 9-13; Mc 2, 13-17; Lc 27-32

³³³ Lc 15, 1-32

³³⁴ Mt 14, 14; Mc 6, 34

³³⁵ Mt 18, 23-35

³³⁶ Jn 10, 1-21

³³⁷ Mt 25, 31-46. Cf JUAN PABLO II, *Carta Encíclica “Dives in Misericordia”*, ed. Paulinas, Buenos Aires, 1989.

³³⁸ La autenticidad de este pasaje fue discutida por algunos autores del pasado porque no figura en muchos códices antiguos y algunos Padres que comentan el evangelio de Juan parecen ignorarlo. Hoy nadie duda de su autenticidad. Pero todavía se discute si realmente pertenece al cuarto evangelio. En algunos códices figura después de Lc 21, 38 y, en otros, después de Jn 7, 26. Mas eso qué importancia tiene? La explicación de por qué ciertos códices lo omiten es asignada por los exegetas a la arbitrariedad de los copistas, quienes temieron fuese aprovechado para interpretar la actitud de Jesús como una indulgencia respecto del adulterio. Hasta tal punto les resultaba extraño semejante grado de misericordia. Cf D. MOLLAT, “L’Evangile de Saint Jean”, *Bible de Jérusalem*, Paris, 1953, p. 112.

se ven reos y *salen todos de allí uno después de otro, comenzando por los más ancianos*. Sólo dos se quedan allí: la miserable y la Misericordia. Y el Señor, después de haberles clavado en el corazón el dardo de su justicia, ni mirar se digna siquiera cómo van desapareciendo, sino que aparta de ellos su vista y *vuelve otra vez a escribir con el dedo en tierra*. Sola aquella mujer e idos todos, levantó sus ojos y los fijó en ella. Ya hemos oído la voz de la justicia; oigamos ahora también la voz de la mansedumbre. (Qué aterrada debió quedar aquella mujer cuando oyó decir al Señor: *Quien de vosotros esté sin pecado, que lance contra ella la piedra el primero!* Mas ellos se miran a sí mismos y, con su fuga confesándose reos, dejan sola a aquella mujer con su gran pecado en presencia de aquel que no tenía pecado. Y como le había oído decir: *El que esté sin pecado, que arroje contra ella la piedra el primero*, temía ser castigada por aquel en el cual no podía hallarse pecado alguno. Mas el que había alejado de sí a sus enemigos con las palabras de la justicia, clava en ella los ojos de la misericordia y la pregunta: *¿No te ha condenado nadie?* Contesta ella: *Señor, nadie*. Y Él: *Ni yo te condeno tampoco; yo mismo, de quien tal vez temiste ser castigada, porque no hallaste en mi pecado alguno. Ni yo te condeno tampoco*. Señor, ¿qué es esto? ¿Favoreces tú a los pecados? Es claro que no es así. Mira lo que sigue: *Vete y no peques más*. Luego el Señor dio sentencia de condenación, pero contra el pecado, no contra el hombre. Pues, si fuera Él favorecedor de los pecados, le habría dicho: *Ni yo mismo te condeno, vete y vive como quieras; bien segura puedes estar de mi absolución; yo mismo, peques lo que peques, te libraré de todas las penas, aún las del infierno, y de sus verdugos. Pero no dijo eso*".³³⁹

Escenas similares son las de las conversiones de la pecadora en casa del fariseo Simón,³⁴⁰ de Zaqueo,³⁴¹ de Pedro,³⁴² del buen ladrón;³⁴³ de sus numerosos milagros realizados por pura misericordia y compasión; y, sobre todo, cumpliendo lo que Él mismo había mandado a sus discípulos, de su oración por sus verdugos.³⁴⁴

Misericordia inefable, heroica, ignorada o menospreciada por el mundo, sólo puede tener un origen sobrehumano y emanar de una fuente infinitamente superior a la de la razón. ¿No vino acaso Cristo precisamente para revelarnos ese misterio de amor?

Mas ¿es verdad que Cristo fue siempre misericordioso? Hay palabras y gestos suyos que no parecen avalar una respuesta afirmativa a esta pregunta. Abundan en el Evangelio duras diatribas contra fariseos y sacerdotes,³⁴⁵ respuestas ásperas y casi insultantes en sus discusiones con ellos o con otros grupos de judíos. Aconseja a sus discípulos no juzgar,³⁴⁶ pero Él juzga repetidas veces y hasta amenaza.³⁴⁷ Poseído de la ira, teje un día un látigo de cuerdas y expulsa a los vendedores del templo.³⁴⁸ ¿Dónde ha quedado su mansedumbre?

³³⁹ Cf *Obras de San Agustín*, ed. bil. BAC, T. XIII, "Tratados sobre el Evangelio de San Juan", versión de Fr. T. Prieto O.S.A., Madrid, 1955, p. 767

³⁴⁰ *Lc 7, 36-50*. ¿Se trata de la misma escena narrada por *Mt 26, 6-13; Mc 14, 3-9 y Jn 12, 2-11*? Mucho discuten los especialistas; la mayoría piensa que se trata de dos episodios diversos.

³⁴¹ *Lc 19, 1-10*

³⁴² *Lc 22, 61-62*

³⁴³ *Lc 23, 39-43*

³⁴⁴ *Lc 23, 34*

³⁴⁵ *Mt 15, 1-9; 23, 1-39* (este largo pasaje especialmente); *Mc 7, 1-13; 12, 38-40; Lc 11, 37-54; 12, 1-12; 20, 45-47; etcétera*.

³⁴⁶ Verbigracia *Mt 7, 1-5; Lc 6, 37-42*

³⁴⁷ *Mt 11, 12-19; Lc 7, 31-35; Mt 11, 20-24; Lc 10, 13-16*

³⁴⁸ *Mt 21, 12-13; Mc 11, 15-17; Lc 19, 45-46; Jn 2, 14-22*

Realmente no es difícil responder a esta objeción. Cristo no es un hombre cualquiera. Por ser Dios es el único que tiene derecho al juicio y al castigo y el único que no puede equivocarse al juzgar y castigar.³⁴⁹ Precisamente porque decía y hacía todo eso, lo interpeaban sus enemigos exigiéndole pruebas de su autoridad y poder para obrar de esa manera.³⁵⁰ La Patrística y la Teología clásica abundan en explicaciones y comentarios sobre esta verdad fundamental de la fe católica. No veo la necesidad de extenderme aquí sobre ella, pero la resumo con la transcripción de otro bello párrafo de san Agustín:

“... Así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener la vida en sí mismo, y le dio el poder de juzgar, por cuanto Él es el Hijo del hombre... Yo no puedo por mi mismo hacer nada; según oigo (al Padre), juzgo, y mi juicio es justo (Jn 5, 30). Porque podíamos decirle nosotros: Tú juzgarás, pero el Padre no juzgará, ya que todo el juicio se lo dio al Hijo; luego no juzgarás junto con el Padre; por eso añadió: *mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió*. Está fuera de duda que el Hijo vivifica a los que quiere. No busca su voluntad, sino la voluntad de Aquel que le envió. No busco la mía, la mía propia; no busco la mía, la del Hijo del hombre; no busco la mía que contradiga a la de Dios. Los hombres hacen su voluntad, no la de Dios, cuando hacen lo que quieren, no lo que manda Dios. Pero, cuando hacen lo que quieren y, no obstante, siguen la voluntad de Dios, entonces no hacen su voluntad aunque hagan lo que quieren. Haz voluntariamente lo que se te mande: así es como harás lo que quieres y no harás tu voluntad, sino la voluntad de Dios que te manda”³⁵¹.

Sin embargo, al mismo tiempo, esta actitud de Cristo tiene una consecuencia doctrinal importante, y es que, a veces, Dios puede exigirnos una decisión aparentemente no misericordiosa. Santo Tomás llega a escribir que el Evangelista agrega la misericordia después de la justicia “porque la justicia sin misericordia es cruel y la misericordia sin justicia es la madre de la disolución moral” y cita el *Sal 84*: “Misericordia y verdad se encuentran, justicia y paz de abrazan”³⁵².

4.- Misericordia, juicio y perdón

Pero el principio anterior tiene excepcional aplicación, casi siempre reservada a los superiores. En la vida ordinaria del cristiano, la característica principal ha de ser el ejercicio de la misericordia. Y ésta exige evitar el juicio sobre la conducta del prójimo y el perdón de las ofensas.

a) Evitar el juicio

Jesús ha sido muy firme al respecto: “No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis se os medirá. ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? ¿O cómo osas decir a tu hermano: Deja que te quite la paja del ojo, teniendo tú una viga en el tuyo? Hipócrita: quita primero la viga de tu ojo y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano”³⁵³ Y, sin embargo, (cuán poco tenidas en cuenta estas palabras por los cristianos! (Cuántos juicios temerarios sobre la conducta de los

³⁴⁹ Cf por ejemplo, *Jn 5*, 17-47; 8, 21-59; etcétera.

³⁵⁰ *Mt 21*, 23-27; *Mc 11*, 27-33; *Lc 20*, 1-8.

³⁵¹ S. AGUSTÍN, o.s.c., p. 521. He citado este párrafo porque hace alusión directamente al poder de Cristo para juzgar. Hay otros muchos pasajes, especialmente uno muy hermoso donde comenta y explica la aparente contradicción entre dos textos de san Juan: *El Padre no juzga a nadie, sino que todo poder de juzgar se lo dio al Hijo (Jn.5, 22)* y *Vosotros juzgáis según la carne; Yo no juzgo a nadie; y si juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me ha enviado (Jn 8, 15-16)*. Tanto los pasajes del evangelio de Juan citados en la nota 38, como el comentario entero de san Agustín sobre el capítulo V de ese mismo Evangelio, deberían meditarse con suma atención.

³⁵² *In Matteum*, l.s.c.

³⁵³ *Mt 7*, 1-5; cf *Lc 6*, 37-42

hermanos, incluso dentro de los claustros religiosos! (Cuán poco respeto por la buena fama o el buen nombre de los demás! En este sentido, la misericordia es una bienaventuranza brillante por su ausencia.

Casi comentando las palabras de Cristo, escribe el Apóstol: “No nos juzguemos, pues, ya más los unos a los otros”,³⁵⁴ dando un motivo muy sólido para ello; ¿qué hacemos cuando juzgamos a uno de nuestros hermanos? Juzgamos a un servidor de Cristo: “¿Quién eres tú para juzgar al servidor ajeno? Para su amo está en pie o cae, pero se mantendrá en pie, que poderoso es el Señor para sostenerle”.³⁵⁵ Es el Maestro, es decir, Cristo, y no nosotros, quien tiene derecho de juicio. Más bien —como agrega san Pablo— si nos creemos “fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles sin complacernos a nosotros mismos; cada uno cuide de complacer al prójimo para su bien, para su edificación, que Cristo no buscó su propia complacencia”.³⁵⁶

b) *El perdón de las ofensas*

“Si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre Celestial. Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados”.³⁵⁷ ¿Puede existir misericordia si no existe perdón? Se ha escrito que “las mujeres perdonan pero no olvidan, y los hombres olvidan pero no perdonan”. Si fuese así, entonces ni las mujeres ni los hombres perdonan realmente. En el largo párrafo de Lucas,³⁵⁸ Cristo suprime todo tipo de condiciones en la concesión del perdón y, más adelante, agrega: “Si peca tu hermano contra ti, corrígele, y si se arrepiente, perdónale. Si siete veces al día peca contra ti y siete veces se vuelve a ti diciéndote: Me arrepiento, le perdonarás”.³⁵⁹ A Pedro, quien le pregunta si acaso debe perdonar hasta siete veces, le responde: “No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”.³⁶⁰ Afirmación ilustrada de inmediato con la parábola del “siervo cruel”, cuya conclusión reza: “Así os tratará también mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano”.³⁶¹

Incluso es una propiedad de la oración el previo perdón concedido a los hermanos: “Cuando os ponéis a orar, perdonad si tenéis algo contra alguno, para que vuestro Padre celestial os perdone vuestras faltas. Porque si vosotros no perdonáis, vuestro Padre celestial, que está en los cielos,

³⁵⁴ Rm 14, 13

³⁵⁵ Rm 14, 4. Hablando santo Tomás de la maledicencia o detracción dice algo muy serio: “es, de suyo, pecado mortal” (II-II, 73, 2) y “uno de los mayores que se pueden cometer contra el prójimo” (*ibidem*, a. 3), no sólo por parte del detractor, sino también por parte de quien lo escucha (*ibidem*, a. 4); y aunque, a veces, se efectúe por ligereza, “si lo que se dice es tan grave que perjudica la fama del prójimo, sobre todo en lo relativo a la honestidad de la vida, entonces por la calidad misma de las palabras hay pecado mortal. Y tiene uno la obligación de restituir la fama del mismo modo que se ha de restituir cualquier cosa robada” (*ibidem*, a. 2). Así nos damos cuenta cuán irresponsablemente se procede con frecuencia en este terreno y cómo no es fácil encontrar verdaderos misericordiosos. Hay personas cuyo modo de juzgar a los demás se asemeja mucho a una enfermedad psíquica, afirman las mayores barbaridades sin prueba ninguna (aunque las tuviesen no deberían juzgar) pero como si hubiesen sido testigos presenciales. Según el teólogo español del siglo XVI, DOMINGO BÁÑEZ O.P., a esta gente le falla la “cogitativa”. “Es la cogitativa humana —escribe— la que forma los juicios temerarios. Así, cuando de una leve ofensa o de la omisión de un ligero obsequio, arguye a la enemistad entre algunos, o cuando, por indicios insuficientes, sospecha un amor torpe en personas de diverso sexo y otras cosas por el estilo” (*Commentarium in Iam. Partem Summae Theologiae Sancti Thomae*, q. 78, a. 4, dubium 7, ed. Venecia, 1591, col. 1026).

³⁵⁶ Rm 15, 1-3

³⁵⁷ Mt 6, 14-15

³⁵⁸ VI, 27-38; paralelo de Mt 5, 38-48.

³⁵⁹ Lc 17, 3-4

³⁶⁰ Mt 18, 22

³⁶¹ Mt 18, 35

tampoco perdonará vuestras ofensas”.³⁶² Y, por eso, incluye una petición relativa en el Padrenuestro.³⁶³

Sin el amor y la misericordia la misma religión es una farsa,³⁶⁴ pues “el alma de la religión son las virtudes teologales”.³⁶⁵ Y así, bajo todos los aspectos, la misericordia se nos impone y nos compromete.

5.- La fuente de esta suprema misericordia

El alma anhelosa de transitar estas diversas etapas de la ardua ruta de las bienaventuranzas — como ya reiteradamente subrayé— debe superar el cauce estrecho de las argumentaciones racionales. Si en todas las obras de las anteriores bienaventuranzas se han de rebasar los límites de la razón, con muchísima mayor motivación tratándose de la misericordia, culminación de la vida virtuosa (activa), e indudablemente la tarea más heroica propuesta al hombre en relación con sus semejantes. En consecuencia, debe tratarse de una operación especial del Espíritu Santo, de una moción que permita superar lo insuperable.

San Agustín, por el procedimiento antes aludido, atribuye la quinta bienaventuranza al Don de Consejo. Ya lo he explicado; estas atribuciones son relativas. Santo Tomás, sin embargo, opina que, pudiendo descubrir alguna conveniencia, se las puede respetar. El don de Consejo dirige y eleva nuestro entendimiento práctico, iluminando las bienaventuranzas de la vida activa (las cinco primeras de la enumeración de Mateo) y es, por tanto, el guía indiscutido de esta etapa de la vida cristiana. Su tarea consiste en armonizar nuestra conducta con el fin último verdadero de la actividad humana, o sea, Dios mismo.³⁶⁶ Por eso se considera ayuda y perfección de la virtud de la prudencia.

En el orden natural la virtud adquirida de la prudencia ilumina y dirige el ejercicio de todas las virtudes morales, cuyo justo medio tiene por función señalar;³⁶⁷ motivo por el cual san Bernardo la denominaba “auriga virtutum” (conductora de las virtudes), pues su sujeto es la inteligencia práctica, el pescante desde donde maneja toda la conducta moral. Las virtudes, con excepción de las teologales, constituyen un armonioso equilibrio entre dos extremos: el exceso y el defecto. Eso permite concebir las virtudes morales como una participación de la prudencia en el apetito, sea racional o voluntad (justicia), sea sensitivo irascible (fortaleza) o concupiscible (templanza). Y así es realmente.

En el nivel sobrenatural, claro está, las virtudes morales infusas, distintas de las adquiridas porque su objeto propio es conocido sólo a través de la fe, son reguladas en su ejercicio por una virtud de prudencia también infusa. Ésta conserva todavía, sin embargo, un modo humano (razonable) de obrar, el cual debe ser superado por el amor y por el consejo; éste dirige de una manera efectiva en la búsqueda y el hallazgo de un término medio perfecto superior al modo propio de la prudencia, tanto adquirida cuanto infusa.³⁶⁸

³⁶² *Mc* 11, 26

³⁶³ *Mt* 6, 12; *Lc* 11, 4

³⁶⁴ Cf *Mt* 5, 23-24. Léanse los hermosos textos de los Padres citados por santo Tomás, en *Catena Aurea* (t. II, ed. cit. p. 138), que comentan estas palabras de Jesús.

³⁶⁵ II-II, 101, 3 ad 1

³⁶⁶ “Lo propio de la criatura racional es moverse a la acción a través de la indagación de la razón o deliberación que llamamos consejo; por consiguiente, el Espíritu Santo mueve a la criatura racional por medio del consejo, por lo cual éste es incluido entre los dones del Espíritu Santo” (II-II, 52, 1)

³⁶⁷ II-II, 47, 7

³⁶⁸ “El principio inferior de movimiento es ayudado y perfeccionado principalmente en cuanto que es movido por el superior; así, el cuerpo, en cuanto movido por el alma. Es claro, por otra parte, que la rectitud de la razón humana se relaciona con la razón divina como principio de movimiento inferior con el superior, ya que la razón divina es regla

¿Por qué el resultado del influjo de ese don debe ser la misericordia en ese grado excelso antes considerado? “El consejo se refiere propiamente a las cosas útiles al fin (sobrenatural). De ahí que las sumamente útiles al mismo deben corresponder de un modo especial al Don de Consejo. Entre las cuales está la misericordia, pues, según san Pablo: la piedad es útil para todo.³⁶⁹ Por ello incumbe al Consejo de un modo especial la misericordia no como eficiente del mismo, sino como dirigente”.³⁷⁰

Entre las obras de misericordia hay algunas espirituales, sobre las cuales cabe dar consejo, y otras materiales o corporales. Generalmente el Don de Consejo, a la manera de una prudencia divina, dirige y ordena estas obras de misericordia, producidas directamente por la virtud de la misericordia; pero la obra de misericordia “dar consejo a quien lo necesita” parece ser causada por el Don de Consejo, en cuanto no solamente le corresponde apereibir a los demás —lo cual solamente pertenece al Don del Consejo extensivamente y en cuanto propio de los carismas— sino también, y de una manera principal, precaverse a sí mismo; bajo este aspecto el juicio de consejo procede del Don de Consejo.³⁷¹ No hay medio más útil para obtener la misericordia de Dios, y con ella la vida eterna, que ejercer a manos llenas con nuestros prójimos las obras de misericordia. Cabalmente los hombres serán examinados y juzgados por Dios según estas obras,³⁷² entre las cuales se halla el dar buen consejo a quien lo ha menester.

Sería bastante mezquino reducir el ejercicio de la misericordia al solo “dar buenos consejos”. Es el inconveniente de pretender vincular demasiado matemáticamente los dones con las bienaventuranzas. El Espíritu impele, de eso no caben dudas; pero impulsa amplia, soberana, arbitrariamente. Con la luz y la fuerza del Espíritu Santo el alma de sumerge en el mar de las miserias humanas como Cristo al venir al mundo hizo, en la tierra, beneficios a todos. De esta manera puede contemplar las miserias como Dios las contempla.

Es una empresa ardua y difícil; tanto que, por haberla acometido, Cristo sudó sangre en Getsemaní y fue triturado en el Calvario. Pero precisamente lo difícil y heroico es lo apetecido por el hombre en este estadio de la vida espiritual, experimentando la irradiación del Don de Consejo, guía infalible en las cosas difíciles y en las decisiones complicadas.

Considero posible comprender cuánto enriquece al alma este difícil y generoso ejercicio de la misericordia. El contacto con las miserias ajenas la purifica cada vez más, y su amor creciente encuentra recursos cada vez más ingeniosos y fecundos para aliviar a los miserables, haciéndose cada día más semejante a Cristo. El Espíritu Santo, “como viento del que nadie sabe de donde viene y adónde va, hace, sin embargo, oír su voz”³⁷³ enardeciendo la caridad y transformándola en un fuego impetuoso “para colmar con su abundancia lo que está vacío, hacer arder lo que está frío, regar lo que está seco y curar con su bálsamo lo que está llagado”.³⁷⁴

suprema de toda humana rectitud. Por ello, la prudencia, que implica rectitud de la razón, suele ser máxima perfección en cuanto regulada y movida por el Espíritu Santo, y esto es propio del don de consejo... En consecuencia el don de consejo corresponde a la prudencia a la cual ayuda y perfecciona (el don de consejo versa, como la prudencia, sobre los medios para el fin”(II-II, 52, 2). Cf JUAN DE STO TOMÁS, *Los Dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana*, (Traducción, introducción y notas de I. Menéndez Reigada O.P.), ed. CSIV, Madrid, 1948, nota P: “Diferencia entre el Don de Consejo y la prudencia infusa”, 537-538

³⁶⁹ *1 Tm* 4, 8

³⁷⁰ II-II, 52, a. 4; lo mismo enseña en el *Comm. in Matt.*, 5, 7.

³⁷¹ “De ahí que la mente humana, al ser dirigida por el Espíritu Santo (por el don de Consejo), se hace apta para dirigirse a sí misma y dirigir a los demás” (II-II, 52, 2 ad 3)

³⁷² *Mt* 25, 31-46

³⁷³ *Jn* 3, 8

³⁷⁴ Secuencia de la misa de Pentecostés. Ver artículo anterior.

En esta etapa, se multiplican las buenas obras: el cristiano mira las miserias ajenas con los ojos de Dios para comprenderlas, sentirlas, aliviarlas. Y esto no es sólo una teoría aprendida en los escritos de los Maestros de la mística cristiana. Lo vemos reflejado a diario en innumerables almas misericordiosas que han entregado su vida por los demás. Son incansables en la misericordia, y cuanto más misericordia ejercen, más desean ejercer. ¿No conoce cada uno de nosotros un ejemplo de cuanto afirmo?

6.- Dios solamente comprende este lenguaje

“Tanto Dios se complace en nuestro afecto de bondad para con todos, que ofrece su misericordia a sólo los que son misericordiosos”.³⁷⁵ Para aliviar las miserias ajenas el alma misericordiosa se olvida de sí misma. Mas un corazón tiene misericordia de ella como ella tiene misericordia de sus hermanos, el de Quien dijo: “Lo que hicierais a uno de los míos a Mi me lo hicisteis”.³⁷⁶ El cristiano, iluminado por el Don de Consejo, comprende que sólo la misericordia pueda atraer a la Misericordia; que para clamar por Ella se ha de ser como Ella, aprender a hablar su lenguaje.³⁷⁷

“El significado propio y verdadero de la misericordia no consiste solamente en una mirada, aunque sea la más penetrante y la más cargada de compasión, dirigida hacia el mal moral, corporal o material; la misericordia se manifiesta en su aspecto propio y verdadero cuando revaloriza, cuando promueve, cuando saca el bien de todas las formas del mal que existen en el mundo y en el hombre. Así entendida constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así es como la comprendían y practicaban los Apóstoles y sus discípulos. Ella no dejó nunca de revelarse, en su corazón y en sus acciones, como una demostración del dinamismo del amor que no se deja «vencer por el mal», sino que «vence al mal con el bien». Es menester que el rostro auténtico de la misericordia sea siempre develado de nuevo. A pesar de los múltiples prejuicios, se muestra especialmente necesaria para nuestra época”.³⁷⁸

La compasión y las obras en favor de los miserables atraen aquel amor que, para darse a las criaturas, necesitó hacerse misericordia. “Dios es amor y quien vive en el amor vive en Dios”.³⁷⁹ Dios, cuyo conocimiento del alma humana es total, es infinitamente misericordioso con todos, pero especialmente con quienes, como Él, son misericordiosos. Les tiene reservado el premio de entregárselos a Sí mismo. Como se entregó a María, “madre de misericordia, vida dulzura y esperanza nuestra”.

³⁷⁵ S. HILARIO (citado en *Catena Aurea*, t. I, p. 117, ed. cit.).

³⁷⁶ Mt 25, 40, 45

³⁷⁷ Cf Mons. L.A. MARTINEZ, l.s.c.

³⁷⁸ JUAN PABLO II, *Encíclica “Dives in misericordia”*, cap. 4.

³⁷⁹ I Jn 4, 7-21

SEGUNDA PARTE
LAS BIENAVENTURANZAS DE LA VIDA CONTEMPLATIVA
(LA VÍA UNITIVA)

ARTÍCULO VII

LAS LUCES DE LA AURORA

1.- Las dos purezas

¡Bienaventurados los limpios de corazón (*oi kazarói te kardía*), porque ellos verán a Dios! ¿A qué tipo de limpieza o pureza se refiere esta bienaventuranza? ¿Qué tipo de visión de Dios es su premio?

Podríamos referirnos a una pureza del cuerpo o castidad la cual, en cuanto virtud, reside sobre todo en el corazón o en el interior del hombre (en el apetito concupiscible gobernado por la razón)³⁸⁰, o a una limpieza o pureza del espíritu, cuyo sujeto principal es la misma inteligencia. La primera consiste en una completa purificación del cuerpo y de la mente de todo acto, pensamiento o deseo lujurioso o carnal; la segunda en una purificación de la mente de todo error, sobre todo en lo referente al conocimiento de Dios. De ambas maneras ha sido interpretado el significado de la sexta bienaventuranza.

Mas el primer tipo de pureza está implícito en las tres primeras bienaventuranzas, cuyo objetivo es alejarnos de los impedimentos para la verdadera felicidad, especialmente en la tercera que aparta a las pasiones desordenadas de los deleites y gozos donde muchos colocan su felicidad “teniendo por dios su propio vientre”.³⁸¹

Como hemos visto, esta tercera bienaventuranza hace brotar tristeza y llanto por los pecados cometidos en el abuso de las cosas temporales. En efecto, la intemperancia en general, pero sobre todo los excesos de los pecados venéreos, son quizás los mayores impedimentos para la contemplación por cuanto, aún sin ser siempre y necesariamente los más graves, alejan mucho de lo espiritual al sumergir al hombre en la dimensión animal de su naturaleza. Son esa “carne que desea en contra del espíritu”, de la cual hace mención el Apóstol.³⁸²

Estrictamente hablando, sin embargo, la limpieza de la cual se trata en la sexta bienaventuranza es la del espíritu mismo (“el corazón”), por cuanto la impureza de la inteligencia es más dañina, en cierto sentido, que todas las otras; siempre incluye una rebeldía directa contra Dios.³⁸³ Esto es importante para comprender en todo su alcance el verdadero significado de esta bienaventuranza.³⁸⁴

³⁸⁰ *Mc* 7, 20-23. Cf II-II, 151, 152, 155,

³⁸¹ *Flp.* 3, 19

³⁸² *Rm* 7, 13-25

³⁸³ Cf I-II, 73, 5; II-II, 154, 3; *De Malo*, 2, 10; etc. Se han de atender, además, los aspectos psicológicos y subjetivos del individuo que peca, hoy cada día mejor determinados por la ciencia empírica. De todos modos, ciertas corrientes psicologistas modernas, base profunda de la actualmente llamada “ideología de la revolución sexual”, pretenden abstraer a los desórdenes venéreos todo matiz moral. Esto se opone esencialmente a la enseñanza de la moral evangélica.

³⁸⁴ Esta distinción es establecida por el mismo santo Tomás: “La sexta bienaventuranza, como las demás, expresa dos elementos: uno como mérito, que es la pureza de corazón; otro como premio, y es la visión de Dios, conforme arriba se ha probado” (I-II, 69, 2). “Ambos pertenecen en cierto modo al don de entendimiento. Existe, en efecto, una doble pureza. Una preliminar y dispositiva para la

2.- El origen de la limpieza de corazón

Si respecto de las otras bienaventuranzas puede haber alguna duda en cuanto a su correspondencia con los Dones según el esquema propuesto por san Agustín, en el presente caso — de acuerdo con toda la tradición mística de la Iglesia— no hay lugar para duda alguna. Resulta la única manera de comprender los grados superiores de la perfección cristiana propios de la vida contemplativa.

Esa limpieza de corazón es infundida en el alma por la fe viva, el mayor conocimiento de Dios posible dentro de la obscuridad característica del objeto de esta virtud teologal. Sin ser superior a ella, puesto que las virtudes teologales son las supremas perfecciones de la vida espiritual, el Don de Entendimiento, obra del Espíritu Santo, afina y purifica la representación en la mente de ese objeto en grados variables según la condición de las personas y su crecimiento en la santidad. Es, pues, la sexta bienaventuranza un peldaño más en el ascenso hacia la felicidad plena.

Hay nombres adecuadamente expresivos de la realidad en ellos contenida. Eso sucede, por ejemplo, con la palabra “entendimiento”. Proviene de dos términos latinos (*intus-legere*) que juntos significan la capacidad de leer en la intimidad de las cosas. En el orden natural “entendemos” cuando, de la cáscara de lo material y sensible concreto, abstraemos lo universal o, dicho de otro modo, cuando por los accidentes llegamos a la esencia de las cosas materiales.

En el orden sobrenatural, respecto del conocimiento de Dios, “entender” es penetrar más profundamente en las verdades divinas conocidas obscuramente por la fe. La sola fe, si bien nos permite asentir, fundándose en la autoridad de Dios revelador, en verdades intrínsecamente inevidentes para todo entendimiento creado por pertenecer a la naturaleza infinita de Dios, no nos da el penetrarlas íntimamente. Ese efecto es propio del Don de Entendimiento. Él es como la intuición sobrenatural del alma, por la cual el Espíritu Santo nos permite ahondar en las profundidades del ser divino expresado en los misterios y dogmas de nuestra religión. Y cuanto más se desarrolla ese don en nuestra inteligencia, más penetrante se torna ésta.

a) ¿Por qué logra el Don de Entendimiento ese resultado?

La respuesta se encuentra en los principios generales acerca de la función de los Dones del Espíritu Santo expuesta por los teólogos.³⁸⁵ Todos los Dones intelectuales (Ciencia, Consejo, Entendimiento y Sabiduría), al implicar la unión íntima con Dios por la caridad, proporcionan un conocimiento más profundo de las verdades divinas. Es necesario, sin embargo, para alcanzar dicho conocimiento, hallarse en estado de gracia, pues ésta es la raíz de donde brotan todas las perfecciones sobrenaturales.

visión de Dios, que es la depuración de la voluntad de todos los afectos desordenados, y esta pureza del corazón se logra por las virtudes y dones propios de la potencia apetitiva (las bienaventuranzas de la vida activa). Otra, que es como completiva para la visión de Dios. Tal es la pureza de la mente que ha sido depurada de los fantasmas y de los errores para que no reciba las cosas reveladas por Dios en forma de imágenes corporales y según perversiones heréticas. Ésta es la pureza que produce el don del entendimiento. Igualmente se da también una doble visión de Dios. Una perfecta, por la que se ve la esencia divina. Otra imperfecta, por la que, si bien no vemos su esencia vemos de Él lo que no es, y tanto más perfectamente conocemos a Dios en esta vida cuanto mejor entendamos que sobrepasa todo lo que el entendimiento comprende. Ambos modos de visión pertenecen al don de entendimiento. Lo primero, al don de entendimiento consumado, como se dará en la patria. Lo segundo, al don de entendimiento, como se da en el estado de vía” (II-II, 8, 7). Sigue en el texto el desarrollo de esta luminosa enseñanza.

385 Cf S. RAMÍREZ O.P. *Opera Omnia*, t. VII: “De Donis Spiritus Sancti deque Vita Mystica”, ed. CSIC, PARS PRIOR: “De Donis Spiritus Sancti in genere”; PARS ALTERA: DIST. Iª, SECTIO PRIMA, C. Iª: “De ipso Dono Intellectus”, 183-277

El Concilio de Trento enseña que en la justificación se nos infunden la gracia, los dones y las virtudes teologales.³⁸⁶ El amor de Dios produce en el cristiano un cierto conocimiento denominado “por connaturalidad”, calificado por san Juan de la Cruz como una “dulce experiencia”. En efecto, el amor nos hace perspicaces para comprender los sentimientos y la situación interior del ser amado. Por los dones estamos vinculados con el Espíritu Santo como guía de toda nuestra actividad, pero también nos conceden intimar con Dios en cuanto objeto de nuestro amor. Por tanto, el Espíritu Santo no es sólo “motor” sino principalmente “Don”.³⁸⁷

¿Seremos capaces de captar, al menos en parte, la excelsitud de este misterio? Cuando por la gracia nos es dado, podemos disponer de este Espíritu que viene a ser nuestro, es decir, gozar de Él cuando queramos, porque lo poseemos, nos pertenece, está a nuestra disposición. La gracia, superior al alcance y al mismo orden de nuestras facultades naturales, tiene razón de verdadero don sobrenatural creado. Mediante ella se realiza nuestra santificación que, en cuanto obra del amor de Dios, *se atribuye* toda, como la misma gracia de la cual es efecto, al Espíritu Santo, Amor personal.

Por eso las perfecciones supremas de la vida de la gracia se llaman por antonomasia “Dones del Espíritu Santo”, porque éste tiene razón de primer don. Mediante el don sobrenatural creado de la gracia se nos da también sustancialmente el Don increado del mismo Dios y de las personas divinas por la inhabitación de la Trinidad en nuestras almas, al comunicarnos la gracia la facultad de gozar y disfrutar libremente de ellas como son en sí mismas.³⁸⁸

El conocimiento por el cual se hacen presentes las divinas personas en el alma es “quasi” experimental.³⁸⁹ ¿Cómo se ha de entender esto? Siendo el conocimiento experimental de las cosas divinas patrimonio de la vida mística, ¿no parece seguirse de aquella afirmación que la inhabitación de las personas divinas se daría sólo en almas excepcionalmente elevadas por la actuación de los Dones del Espíritu Santo, y en particular por el de Sabiduría, o sea, el que otorga ese conocimiento “sabroso” de Dios “por cierta connaturalidad” con las cosas divinas?

Las personas divinas inhabitan en toda alma en gracia, aun cuando ésta no sea favorecida por la actuación superior de los Dones del Espíritu Santo, y hasta en los niños bautizados antes del uso de razón. Esto es indudable; la gracia misma nos otorga cierta connaturalidad con ellas y cierto deleite divino. ¿O acaso no dice san Pedro que nos hace “familiares” (κοινωνοί) o partícipes de la naturaleza divina?³⁹⁰

Todo lo anteriormente dicho es verdadero, pero, por los Dones del Espíritu Santo, y en especial por el de Sabiduría (aunque ya el de Entendimiento comience esa obra), se obtiene ese

386 Cf Dz 799-800

387 “La palabra *don* implica el concepto de aptitud para ser donado. Lo que se dona tiene relación con el que lo da y con aquel a quien se da, pues el donante no lo daría si no fuese suyo, y lo da a otro precisamente para que sea de él. Ahora bien, se dice que una persona divina es de alguien, o por el origen, como el Hijo es del Padre, o en cuanto alguien la tiene. Pero entre nosotros se entiende que tenemos o poseemos aquello de que libremente podemos usar y disfrutar a nuestro gusto, y de este modo la persona divina no puede ser tenida más que por la criatura racional unida a Dios. Las demás criaturas pueden, sin duda, ser movidas por la persona divina, pero no de este modo que esté a su alcance gozar de ella ni usar de sus efectos, cosa que algunas veces alcanza la criatura racional; por ejemplo, cuando se hace partícipe del Verbo divino y del Amor que procede, en forma que libremente puede conocer a Dios y amarle como es debido. Por tanto, únicamente la criatura racional puede poseer la persona divina. Mas con sus propias fuerzas no puede llegar a poseerla de esta manera, y por este motivo es necesario que le sea dado de lo alto, pues sólo aquello que recibimos de fuera se dice que nos es dado, y de este modo compete a la persona divina *ser dada* y *ser Don*” (I, 38, a. 1).

388 Consúltese la doctrina de “Las misiones divinas” (I, 43).

389 Cfr. *I St* d. 14, q. 2, a. 2 ad 3; d. 16, q. 1, a. 1; d. 15, q. 2 ad 5; I, 43, 5 ad 2; etcétera..

390 2 P 1, 4

conocimiento de un modo principal y mucho más perfecto.³⁹¹ Y lo perfecto se ha de tener muy en cuenta para abarcar todo el inmenso panorama de felicidad anunciado por el Sermón de la Montaña como ideal supremo y único del hombre usufructuario de una vocación sobrenatural.

Es verdad, mientras vivimos en este mundo, semejante conocimiento es siempre *mediato*, o sea, producido por medio de especies, *oscuro e imperfecto*. Pero no por eso deja de ser conocimiento de un objeto realmente presente y poseído por nosotros para gozarlo y disfrutarlo con libertad.

Pero, por otra parte, esta posesión divina del Espíritu Santo (de la Trinidad), adquirida por el alma a través de los actos de conocimiento y amor dimanantes de la gracia, admite una serie indefinida de grados, desde el más imperfecto, que es el habitual, hasta el más perfecto de la visión beatífica, exclusiva de los comprensores.

En uno de los dos extremos de ese conocimiento experimental, el obscuro y mediato de la vida de la gracia, caben perfectamente muchos grados intermedios y progresivos, tanto en las almas no muy avanzadas místicamente como de las que caminan por las sendas más altas de la contemplación infusa.

Sin embargo hay algo más, por donde descubrimos la supremacía absoluta del amor y su predominio sobre todas las demás perfecciones sobrenaturales, incluidos los dones. La consideración de nuestro fin último es el principio y el fundamento de todas las cosas necesarias para el crecimiento o desarrollo de la entera vida espiritual: “el fin —solían decir los escolásticos— es en las cosas prácticas lo que son los principios en el orden especulativo”. Los principios son las causas de las conclusiones; desentrañando el contenido de los primeros, llegamos al dominio de las segundas. Algo análogo sucede con nuestros actos en relación al fin intentado. Según sea éste se constituirá, en el aspecto moral se entiende, la naturaleza de nuestras operaciones, es decir, será buena o mala.

En última instancia, determinará definitivamente esa naturaleza el último fin al cual subordinemos nuestra existencia y, en consecuencia, toda nuestra actividad. Si ese fin es Dios mismo, entonces nuestros actos serán buenos o malos, meritorios o demeritorios, cuando se orienten a Dios o nos separen de Él.³⁹²

El fin condiciona el contenido del obrar; y ése es un hecho invariable. La caridad, cuyo objeto es la bondad divina en sí misma, subordina todo nuestro ser y nuestro obrar a ese fin último sobrenatural, la verdadera y completa felicidad. Cuando poseemos un conocimiento perfecto del fin,³⁹³ y no sólo especulativa sino hasta experimentalmente (porque nuestra voluntad está íntima y firmemente adherida a ese fin oculto en el corazón), podemos conocer y penetrar con mucho mayor hondura las cosas de Dios. Tal obra la realiza en nosotros el Don de Entendimiento bajo el impulso del Amor.

b) ¿Cómo logra el Don de Entendimiento ese resultado?

391 “Por el don de la gracia santificante es perfeccionada la criatura racional, no sólo para usar libremente de aquel don creado, sino para gozar de la misma persona divina; y, por tanto, la misión invisible (del Espíritu Santo) se hace por el don de la gracia santificante y se da la misma persona divina” (I, 43, 3 ad 1; léase el cuerpo del art.). Cf I-II, 112, 5; II-II, 45, 2 y 5.

392 Si ese fin de ubicase en las riquezas, los honores, los placeres voluptuosos, el poder, etcétera, consideraríamos provechoso todo cuanto facilite la posesión de esos bienes, tal como postula el espíritu materialista y hedonista del mundo. Por eso las tres primeras bienaventuranzas denuncian ese gravísimo error, ensalzando precisamente sus contrarios. Es exacto, pues, considerarlas como aquellas que remueven los impedimentos para la verdadera felicidad, según la interpretación de santo Tomás. El Angélico tiene muy presente la doctrina del Sermón de la Montaña cuando, al tratar de la bienaventuranza en las cinco primeras cuestiones de la I-II, analiza la beatitud objetiva y material.

393 Nada se ama o se odia si no se lo conoce; y más lo amamos u odiamos, cuanto mejor lo conocemos.

Ya lo he insinuado. No podemos esperar, por el Don de Entendimiento, contemplar en todo su esplendor y plenitud, durante la presente vida, cuanto se encuentra implícito en cada una de las verdades sobrenaturales propuestas en el acervo de la fe. Sólo en el cielo alcanzaremos esa visión, sin velos ni sombras, de las riquezas divinas, cuando, por la *Luz de la Gloria*, contemplemos a cara descubierta la esencia de Dios y sintamos fluir de nuestro corazón el amor beatífico, porque “ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; mas sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es”.³⁹⁴

En la tierra, aún bajo el influjo de los dones más elevados, permanecemos siempre sumergidos en las tinieblas del conocimiento indirecto,³⁹⁵ porque los dones se fundan sobre la fe y ésta es siempre de “lo aún no visto” aunque firmemente esperado.³⁹⁶ La fe es la tenue lamparita que alumbrá este destierro y no el foco poderoso que ilumina esplendorosamente la ruta entera; es como el faro intermitente que nos dice por donde no debemos conducir la nave frágil de nuestra existencia terrenal, en medio del mar proceloso de una vida plagada de peligros y tentaciones de toda índole.

Sin embargo, pese a ser negativa, la visión otorgada por el Don de Entendimiento permite penetrar profundamente en los misterios divinos con especial perspicacia. Sobre todo nos ayuda a distinguir lo verdadero de lo falso, nos hace comprender que las cosas divinas están totalmente por encima de todas las cosas creadas.

Cuando hablamos de las realidades sobrenaturales debemos irremediablemente recurrir a los signos, símbolos, figuras e imágenes sensibles análogas del ser creado. San Pablo enseña: “las realidades invisibles de Dios se tornan visibles a nuestra inteligencia por medio de sus obras creadas”.³⁹⁷

A partir de ese conocimiento metafísico podemos elevarnos, en virtud de la analogía, a los atributos divinos. En realidad, lo único conocido de Dios con certeza por la razón humana es su existencia; pero, en cuanto a su naturaleza íntima, “de Él sabemos más bien lo que no es que lo que es”, según una conocidísima máxima de santo Tomás. Por ello, el peligro del antropomorfismo nos amenaza siempre, incluso en el campo de la teología, cuando intentamos mostrar la congruencia de los misterios revelados mediante el instrumento de la razón natural.

Siempre nuestra mente se balancea entre lo visible y lo oculto. Bajo los accidentes se puede ocultar la sustancia, como acontece en el misterio de la eucaristía; bajo las mismas palabras distintos conceptos, según sucede con muchos textos oscuros de la Sagrada Escritura muy difíciles de interpretar; bajo los efectos las causas y bajo lo visible lo invisible de Dios; en los acontecimientos humanos los designios providenciales y, bajo las figuras y los símbolos, las realidades futuras, como, de acuerdo con el testimonio de san Pablo y del Autor de la Epístola a los Hebreos,³⁹⁸ acontecía a los judíos en el Antiguo Testamento.

Pero no sólo a ellos, también a nosotros nos sucede otro tanto porque, como ya enseñaba el Pseudodionisio, las realidades de la Iglesia presente, incluyendo los signos estrictamente sacramentales, son figuras de los bienes de la Iglesia escatológica. Por eso a cada paso nos encontramos con un símbolo y, tras él, con un misterio. Si hablamos del bautismo deberemos decir, como Jesús a Nicodemo, que se trata de “un nuevo nacimiento”;³⁹⁹ si queremos expresar nuestra unión íntima con Él y nuestra dependencia de Él, deberemos emplear la misma imagen por Él

³⁹⁴ *I Jn* 3, 2

³⁹⁵ “Ahora vemos por un espejo y enigmáticamente (ὡς αἰνίγματι = como adivinando, obscuramente), entonces veremos cara a cara” (*I Co* 13, 12).

³⁹⁶ *Hb* 11, 1

³⁹⁷ *Rm* I, 20

³⁹⁸ *I Co* 10, 6, 11; *Hb* 8, 5; 9, 9.

³⁹⁹ *Jn* 3, 3 ss.

utilizada: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos”;⁴⁰⁰ si intentamos comprender el valor de la penitencia, recurriremos indispensablemente a estas palabras: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. Y así, leyendo la Biblia, nos topamos a menudo con símbolos y figuras. Existe, pues, el riesgo —al menos en muchos casos— de pretender tomarlos al pie de la letra, con lo cual empequeñecemos verdades altísimas reduciéndolas a proporciones ínfimas.

Mas el don de entendimiento nos permite penetrar todo eso y comprender como la cosa significada, figurada, o simbolizada está muy por encima del símbolo, la imagen y la figura. El mismo Antiguo Testamento, temiendo tal confusión y previendo el peligro del fetichismo y la idolatría, prohibió representaciones sensibles de las cosas divinas; y, en determinadas circunstancias, hasta evita apelar a una imaginería abstracta —probablemente la más adecuada— prefiriendo otra muy material (recurriendo, por ejemplo, a figuras de animales) para impedir la confusión entre Dios y el símbolo representativo.

Del mismo modo, tal vez un día, con esa misma luz, lleguemos a comprender el sentido profundo de la historia humana y de nuestra propia historia personal: por qué quiso Dios tal dolor, tal prueba, tal alegría o tal suceso. Ahora caminamos vacilantes, a los tropezones, mas con la certeza, infundida en nuestras mentes por este admirable Don, de que todo está regido por la Providencia.

Esta certeza efecto del Don de Entendimiento, por la cual nuestro espíritu se eleva por encima de sí mismo en la contemplación, le cerciora de la soberanía de Dios por sobre todo lo naturalmente conocido, aún sin haber llegado todavía a la visión de Su esencia. Santo Tomás denomina “conocimiento por reverberación” a ese modo de captar lo divino.⁴⁰¹ El mencionado conocimiento es precisamente la experiencia de los efectos sobrenaturales de Dios en nosotros, inmediatamente percibidos y degustados por esta reflexión psicológica vital.⁴⁰²

Atribuye, por eso mismo, a la Teología Mística proceder por esta más alta vía de remoción o negación en Dios de las imperfecciones de las criaturas.⁴⁰³ Esta altísima y doctísima ignorancia de

⁴⁰⁰ *Jn* 3, 1-21

⁴⁰¹ *In Boëtium de Trinitate*, 1, 2; cfr. II-II, 180, 4 ad 3 (en este texto establece con precisión los grados del conocimiento de Dios).

⁴⁰² “Según esto decimos que al término de nuestro conocimiento conocemos a Dios como ignorado, porque entonces la mente queda establecida perfectísimamente en el conocimiento de Dios al conocer que su esencia está por encima de cuanto se puede aprehender en el estado de la vida presente” (*In Boëtium*, *ibid.* ad 1). “Puesto que por las negaciones se llegue de alguna manera al conocimiento propio de algo..., cuanto alguien conoce que muchas cosas y más cercanas son removidas de algo, tanto más se acerca al conocimiento propio de eso mismo, como más se acerca al conocimiento propio del hombre quien sabe que éste no es ni inanimado ni insensible que quien sabe solamente que no es inanimado, aunque nada se sepa en ninguno de los dos casos qué es (positivamente) el hombre” (CG L. III, cap. 49). “Y esto es lo último y lo perfectísimo de nuestro conocimiento en la vida presente, como dice Dionisio en el libro *De Mystica Theologia* (cc. 1-2), unirnos a Dios casi desconocido; lo cual acontece cuando conocemos de Él lo que no es, aunque continuemos desconociendo lo que es; por eso, para demostrar la ignorancia de este muy sublime conocimiento, se diga de Moisés en *el Éxodo* (20, 21), que *se acercó hasta la nube (oscuridad) donde estaba Dios*” (*ibidem*, poco antes).

⁴⁰³ Cf *De Divinis nominibus*, c. 1, lect. 3. “Porque toda semejanza de la criatura con Dios es deficiente, por lo mismo que Dios excede todo cuanto se encuentra en las criaturas y cuanto es conocido por nosotros en las criaturas, se niega de Dios tal como está en ellas; pese a todo lo que nuestro entendimiento, conducido por las criaturas, puede concebir de Dios, le sigue siendo oculto y desconocido lo que es Dios en sí mismo. No solamente Dios no es la piedra y el sol, tales como son conocidos por los sentidos, sino que tampoco es tal vida o tal esencia cual puede ser concebida por

las cosas divinas es propia del don de entendimiento en la vida presente.⁴⁰⁴ Dicha visión alta y oscura ha sido descrita por san Juan de la Cruz, en las siguientes estrofas poco conocidas y citadas por los tratadistas:

*“Entreme donde no supe
Y quedeme no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo”*

Yo no supe donde estaba,
Pero, cuando allí me vi,
Sin saber donde me hallaba,
Grandes cosas entendí;
No diré lo que sentí,
Que me quedé no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

De paz y de piedad
Era la ciencia perfecta,
En profunda soledad
Entendida, vía recta;
Era cosa tan secreta,
Que me quedé balbuciendo,
Toda ciencia trascendiendo.

El que allí llega de vero,
De sí mismo desfallece;
Cuanto sabía primero
Mucho bajo le parece,
Y su ciencia tanto crece,
Que se queda no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.⁴⁰⁵

Cuanto más alto se sube,
Tanto menos se entendía
Qué es la tenebrosa nube
Que a la noche esclarecía;
Por eso, quien la sabía

nuestro entendimiento; por tanto, eso mismo que Dios es, porque excede todo cuanto es aprehendido por nosotros, nos sigue siendo desconocido. De todas estas remociones (negaciones), por las cuales Dios nos sigue siendo desconocido y oculto, escribió (Dionisio) otro libro que tituló *De Mystica*, es decir, oculta, *Theologia*” (*De Divinis Nominibus*, prólogo, I, d; ed. Marietti, Turín-Roma, 1950, p. 1)

404 Ver el texto citado en la nota nº 5. Todo lo que ha seguido de exposición a esta nota es desarrollo de su contenido.

405 Esta estrofa y la anterior no figuran en algunas ediciones críticas de la obra del Santo Doctor Místico. Otras ediciones agregan la siguiente estrofa: “Y es de tan alta excelencia - Aqueste sumo saber, - Que no hay facultad ni ciencia - Que la puedan emprender; - Quien se supiera vencer - con un no saber sabiendo, - irá siempre trascendiendo”; no parece auténtica.

Queda siempre no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Este saber no sabiendo
Es de tan alto poder,
Que los sabios arguyendo
Jamás lo podrán vencer;
Que no llega su saber
A no entender entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Y si lo queréis oír,
Consiste esta suma ciencia
En un subido sentir
De la divinal esencia;
Es obra de su clemencia
Hacer quedar no entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Esta era ya una doctrina expuesta por Santo Tomás,⁴⁰⁶ de quien la traduce muy probablemente con su propio estilo el gran místico español. Sin embargo, aún en la vida presente, “el don de entendimiento, de tal manera ilustra la mente del hombre, que ya puede experimentar una prelibación de la manifestación futura”.⁴⁰⁷

3.- El sentido de la sexta bienaventuranza

Habiendo comprendido la función cumplida por el Don de Entendimiento en la vida espiritual del cristiano, resulta ahora más fácil determinar el sentido exacto de la sexta bienaventuranza. La limpieza del corazón procede de la luz irradiada sobre la inteligencia humana por dicho don. En griego la palabra *ἅγιος* expresa lo “santo”, “puro”; formada por el *ἄ* privativa y el término *γη*, significa etimológicamente “sin tierra”. Lo “santo” o lo “puro” es lo alejado de la tierra o de lo terreno, y cuanto más se aleje tanto más santo y puro será. *ἄ*, a su vez, en uno de sus sentidos más propios es lo opuesto a “cielo” o “espíritu”. Por eso Dios es la pureza infinita, el más santo de los seres, *Τρισάγιος*, “santísimo” (tres veces santo), totalmente alejado de lo terreno e infinitamente autosuficiente. A esto se debe, pienso yo, que en el cuarto Evangelio la imagen de la luz sea una de las preferidas para referirse a Dios y a Cristo.

406 En efecto, bella y místicamente escribe el Santo Doctor: “El don del entendimiento penetra en dos modos en las cosas espirituales: de un modo por vía de remoción, cuando suprime de las cosas espirituales lo que se encuentra en las corporales; de otro modo, cuando posteriormente fija la mirada (o intuición) en las cosas espirituales. En el estado de la vida presente el don de entendimiento penetra en las cosas espirituales del primer modo, especialmente cuando se trata de las puramente divinas, porque el espíritu humano, en el estado de vía, se perfecciona en esto, es decir, entender que Dios está separado de las cosas y por encima de todas ellas, como dice Dionisio en el libro *De Mystica Theologia*; y a esto llegó Moisés, de quien se dice que entró en la nube (tiniebla) donde estaba Dios. Por eso mismo también, respecto del estado de vía, se pone la limpieza (de corazón) en la sexta bienaventuranza, que corresponde a la depuración del entendimiento de todas las cosas corporales. Mas al segundo modo no podemos llegar en el estado de vía, sobre todo en lo referente al mismo Dios, sino que es propio de la Patria” (*In III St.*, d. 35, q. 1, a. 2, q. 2)

407 *In St. III*, d. 34, q. 1

Ya en el Antiguo Testamento la antítesis luz-tinieblas aparece con frecuencia. La vida en la luz significa dicha; luz y vida se hallan en la misma relación que tinieblas y muerte, oscuridad y desgracia.⁴⁰⁸ Este simbolismo universal humano se experimenta religiosamente porque Dios es considerado como la fuente de la luz y de la vida: “En Ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz”,⁴⁰⁹ es decir, de Ti recibiremos la dicha y la salud;⁴¹⁰ más aún, Dios mismo es nuestra luz y nuestra salud.⁴¹¹ *Caminar en la luz* significa también orientación y *camino recto*, y aquí es a su vez la luz del Señor la que guía al piadoso israelita.⁴¹² De este modo, la luz se convierte en imagen de la ley de Dios⁴¹³ y de la sabiduría.⁴¹⁴ La fe en Dios es tan fuerte, que la oscuridad de la desgracia y el poder de las tinieblas no lo vencen jamás.

En el Nuevo Testamento estas ideas se intensifican, perfeccionan y concretan. Sería de interés considerar los textos de los Sinópticos y de san Pablo donde al que sigue el llamamiento de Cristo se le denomina “hijo de la luz” por contraposición a “hijo de este mundo”;⁴¹⁵ el mismo Jesús denomina a sus discípulos “hijos de la luz”.⁴¹⁶ Y otros muchos pasajes similares.

Pero la idea de la luz y el dualismo entre la luz y las tinieblas recibe su cuño más marcado — como advertí— en los escritos joánicos donde Cristo se designa a sí mismo “luz del mundo”.⁴¹⁷ El que le sigue por la fe, no anda en tinieblas (en el mundo inferior, terrenal y ajeno a Dios), sino que tendrá la luz de la vida, no tropezará ni caerá,⁴¹⁸ sino que será “hijo de la luz”.⁴¹⁹

Como la vida misma, ya el Λόγος preexistente era la luz de los hombres, pero las tinieblas no lo aprehendieron,⁴²⁰ ni entonces ni después, cuando encarnado vino al mundo de las tinieblas para salvar a los hombres.⁴²¹ La espantosa e incomprensible culpa de los hombres consiste en que amaron las tinieblas más que la luz; pero eso responde a su malicia, temerosa de la luz.⁴²²

Este caminar en la luz se interpreta, concretamente, como caridad fraterna,⁴²³ sin ella la afirmación de estar en la luz, es decir, en comunión con Dios, es nula y se convierte en mentira. Dios mismo es luz, sin tinieblas de ninguna especie,⁴²⁴ lo cual significa que es sobre todo la santidad más pura y no tolera nada impuro cerca de sí ni en comunión consigo, como ya el Dios del Antiguo Testamento. Así, la idea joánica de luz tiene sus más hondos cimientos en el Antiguo Testamento,

408 Vgr. *Sal* 56, 14; 97, 11; *Jb* 22, 28; 30, 26, etcétera.

409 *Sal*. 36, 10

410 *Sal* 18, 29; 118, 27; *Is* 9, 1; 58, 8; etcétera.

411 *Sal* 27, 1; *Mi* 7, 9; etcétera.

412 *Sal* 43, 3; *Jb* 29, 3; *Is*. 2, 5; *Mi* 7, 8; etcétera.

413 *Sal* 119, 105; *Pr* 6, 23; *Sb* 8,4; cf. *Sal* 19, 9; *Is* 51, 4 (“luz para las naciones”).

414 *Si* 2, 13; cf. *Sb* 7, 10.26; *Ba* 4, 1 ss.; etcétera.

415 Verbigracia *Lc* 16, 18

416 *Mt* 5, 14

417 *Jn* 8, 12; 9, 5

418 *Jn* 11, 9 ss.

419 *Jn* 12, 36

420 *Jn* 1, 4

421 *Jn* 12, 46

422 *Jn* 3, 19-20

423 *I Jn* 2, 9-11

424 *I Jn* 1, 5

pero se desenvuelve por el mensaje cristiano de redención. Desde Cristo y en Cristo, luz verdadera;⁴²⁵ pero también en los cristianos que reciben su luz y vida y la realizan en el amor fraterno, se dilata el imperio divino de la luz y retroceden las tinieblas.⁴²⁶

Esta doctrina corresponde cabalmente a lo descubierto por la misma razón. Santo Tomás, como se sabe, ha enseñado que la inmaterialidad es la raíz del conocimiento; en el orden natural, la jerarquía de los cognoscentes coincide con su grado de alejamiento de la materia. El conocimiento humano es superior al del animal (puramente sensible), porque el conocimiento intelectual está más alejado de la materia, asciende a lo abstracto y al orden de las esencias; el conocimiento angélico es aún más perfecto porque es puramente intuitivo y, por tanto, más inmaterial (el conocimiento humano, en cambio, es *racional*: abstrae por el discurso lo universal de lo singular y sensible). En cambio Dios, por encima de todo conocimiento creado, es esencialmente luz intelectual y absoluta pureza. Y el orden sobrenatural, elevándose por encima de la jerarquía natural de la luz cognoscitiva, establece una jerarquía superior, una escala nueva por un mayor alejamiento de lo terreno, en cuya cúspide están la inmaterialidad y la pureza infinitas. Dios es luz, Cristo es luz,⁴²⁷ el Espíritu Santo es “la luz felicísima”.⁴²⁸

Para convertirse en luz, los cristianos deben purificarse; la justificación, liberación del pecado o tinieblas, es ya un misterio de luz: “erais otrora tinieblas, ahora sois luz en el Señor”, escribe san Pablo,⁴²⁹ y agrega que, para transformarse en Imagen de Dios, es menester subir de claridad en claridad.⁴³⁰ Por eso la sexta bienaventuranza tiene como premio el conocimiento más luminoso de Dios, porque tiene como mérito la limpieza del entendimiento.

4.- El premio de la Visión de Dios

De hecho, todas las bienaventuranzas contienen un grado de pureza o limpieza, el cual se va intensificando por el instinto del Espíritu Santo. El cristiano que ha escalado decididamente los peldaños anteriores ya está lejos de las cosas mundanas, se ha purificado a fondo de lo terreno, y el ejercicio tenaz de las obras de la vida activa lo ha aprontado “dispositivamente” para la efusión de la luz, es decir, para la contemplación. En su interior comienza a brillar el Don de Entendimiento.

Ya hemos escuchado a santo Tomás afirmar que en la sexta bienaventuranza “se menciona la pureza de corazón, o limpieza, no sólo por referencia a los incentivos de las pasiones, sino, sobre todo, al desvío de los errores”.⁴³¹ Antes de santo Tomás, san Agustín había interpretado de la misma

⁴²⁵ Jn 1, 6

⁴²⁶ I Jn 2, 8

⁴²⁷ He citado antes los textos de san Juan. El Credo, para ensalzar al Verbo, lo denomina “lumen de lumine” (Luz de luz).

⁴²⁸ Liturgia de Pentecostés

⁴²⁹ Ef 5, 8-14

⁴³⁰ II-II, 8. 7

⁴³¹ “La vida contemplativa comienza aquí (en la tierra), y se consume en el futuro (el cielo). Por consiguiente, los actos que serán perfectos en la Patria, en cierta manera comienzan en esta vida, pero son imperfectos. El don de entendimiento cuya función es aprehender las cosas espirituales, en la patria alcanzará la visión de la divina esencia, intuyéndola; por eso en la sexta bienaventuranza, que corresponde al don de entendimiento, se pone en relación con el estado de la patria: *porque ellos verán a Dios*. Pero en el estado de la vida espiritual, y sobre todo cuando se trata de Dios, más lo vemos conociendo lo que no es, que conociendo lo que es. En consecuencia, en lo referente al estado de vía, se pone la limpieza no sólo por comparación con el dominio de las pasiones —que la limpieza del don de entendimiento no causa, sino que la presupone realizada por la vida activa perfecta— sino, sobre todo, de los errores y fantasmas y formas espirituales, de todas las cuales

manera la limpieza de corazón específica de esta bienaventuranza, y así escribe: “el Entendimiento conviene a los limpios de corazón, los cuales, purificados los ojos, pueden discernir lo que el ojo corpóreo no vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman:432 de éstos aquí se dice *bienaventurados los limpios de corazón...* y se les concede la facultad de ver a Dios, como poseedores de un ojo puro dispuesto a entender las cosas eternas”.433 Para comprender esta purificación espiritual se hace menester analizar la prometida “visión de Dios”.

La Visión de Dios perfecta, lo sabemos, es un premio sólo en el cielo concedido con plenitud. El cielo (término meramente figurativo) consiste en aquel estado en el cual Dios puede ser visto cara a cara. Los “comprehensores” o bienaventurados son precisamente quienes ya han hundido sus ojos en la misma esencia divina, elevado su entendimiento por el “lumen gloriae”. Esa visión no se agotará jamás, porque esa esencia es infinita y, en consecuencia, también eterna.

En cambio, según lo ya largamente explicado, la suprema visión en la tierra consiste en conocer de Dios lo que no es, más que lo que es. Los limpios de corazón son, entonces, quienes han llegado a comprender que Él excede toda especulación y todo conocimiento, incluido el sobrenatural, captando de una manera viva no ser Dios nada de cuanto existe fuera de Él.

Es imposible la elevación de un alma a este supremo grado de conocimiento, si antes no se ha despojado de todo modo humano de conocer fundado en la analogía con las cosas sensibles. Es menester elevarse sobre ella para descubrir la superioridad de Dios sobre cuanto es captado por nuestro entendimiento. La misma fe —según subrayamos— sin el concurso de los dones intelectuales (Ciencia, Entendimiento y Sabiduría) no podría comunicar al conocimiento humano ese modo divino que permite contemplar a Dios como algo incomparable, trascendiendo toda actividad racional por excelsa que sea.

Para alcanzar esa visión terrenal de Dios, el alma ha de purificarse de toda imagen, figura, símbolo o concepto. Tanto santa Teresa como san Juan de la Cruz, al hablar de los grados de oración, los condicionan a sucesivas purificaciones: de los sentidos, de los afectos y, finalmente, de la misma inteligencia. El “silencio de la inteligencia”, al cual Santa Teresa se refiere —interpreto yo—, consiste en liberarse durante la plegaria de todo proceso imaginativo o discursivo, substituyéndolo por “una quieta contemplación”.434

A decir verdad, esta etapa animada ahora por el Don de Entendimiento en el ejercicio de la sexta bienaventuranza o bienaventuranza de la plegaria, fue engendrada en las etapas anteriores que inexorablemente apuntaban hacia ella. ¿Se puede alcanzar el heroísmo de la vida activa si la meta, explícita o implícita, no es la contemplativa? El sistema nervioso central de la actividad apostólica es la contemplación. En otros términos, la vida activa (moral y apostólica, o negativa y positiva) es eficaz en la medida en que emane de la contemplación. Cuanto más abundante y sólida sea ésta más efectiva y amplia será aquella.

Una vez más subrayo la incongruencia de concebir este esquema matemáticamente. De todos modos, por un proceso espontáneo, el amanecer luminoso y espléndido de la contemplación se manifiesta en el ejercicio de la sexta bienaventuranza, a la cual corresponde la intensa y total purificación del espíritu. Por esta bienaventuranza el alma va adquiriendo paulatinamente un

deben apartarse, como enseña Dionisio en el libro *De Mystica Theologia* (c. 1, n. 1), quienes tienden a la contemplación” (*In III St.*, q. 34, q. 1, a. 4)

432 *I Co* 2, 9 (Cf *Is* 64, 4)

433 *De Sermone Domini in Monte*, c. IV, nn. 11 y 12; ML 34, 1235

434 Es la oración que llama “de quietud” en *Camino de Perfección* y otras obras. R. GARRIGOU-LAGRANGE O.P., ha analizado largamente este tema en una obra casi desconocida en la actualidad (*Perfection chrétienne et Contemplation. Selon S. Thomas d'Aquin et S. Jean de la Croix*, t. I, ed. La Vie Spirituelle, Var, 1923, cap. IV: “La Contemplation et ses degrés”, art. III: “Description de la Contemplation infuse et de ses degrés, selon Sainte Thérèse”, pp. 285 ss.)

conocimiento nuevo, una intuición rica en su sencillez, una mirada simple que penetra en las cosas divinas y que, para hacerse más pura, se va hundiendo en las tinieblas henchidas de luz donde se vislumbra la presencia del Amor.

Es imposible explicar esta transformación que atañe a las raíces mismas de nuestra inteligencia, pues no existe semejanza alguna entre las cosas creadas para poder hablar con mayor claridad de este misterio. La sexta bienaventuranza, para ser vivida, exige un constante pedido del Don de Entendimiento. Así comprendemos el motivo del mandato de Cristo: “Es necesario orar siempre, sin desfallecer”.⁴³⁵ Y la necesidad de la oración es muy similar al amor: sólo se puede comprender bien por experiencia.

Todo esto puede parecer demasiado abstracto. De la sencillez de las anteriores bienaventuranzas parecemos haber pasado a lo ininteligible, a lo no-popular. Sin embargo, aunque no tuviésemos una experiencia personal, podríamos recurrir al testimonio y a la doctrina de los grandes místicos. Pero ni siquiera eso creo necesario. Me contó un joven hermano sacerdote haber vivido una de sus experiencias más profundas de oración en la eucaristía celebrada junto a un grupo de ex-drogadictos, la mayor parte contaminados de SIDA. Mucho me enseñó ese testimonio; es posible mucha reflexión, y muy fecunda, al respecto.

Me basta, por tanto, descender a lo más sencillo de lo sencillo. María, después de Cristo, es la contemplativa por excelencia. Y lo es al estilo de la contemplación materna, una de las realidades más comunes de la vida. En ella brilla, de la manera más extraordinaria, este Don de Entendimiento aparentemente tan difícil de comprender. San Lucas, después de narrar la escena del templo durante la infancia de Jesús, repite una frase, resumen de toda su simple y opulenta existencia: “Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón”.⁴³⁶

¡Oh, el corazón de toda madre! ¡Qué extraordinaria memoria posee! ¿Cómo han podido sostener algunos exégetas modernos —para quienes María ya no es la María de la añeja piedad de la Iglesia—, la tesis de su ignorancia de la verdad sobre la persona de su Hijo? ¿Nada enseña la escena de las bodas de Caná de Galilea? ¿Cómo han podido poner en tela de juicio la veracidad de las descripciones de Lucas sobre la infancia de Jesús? El libro de *Los Hechos* afirma taxativamente que entre la Ascensión y Pentecostés: “Todos ellos (los apóstoles), íntimamente unidos, estaban consagrados a la oración en compañía de algunas mujeres, y de María, la madre de Jesús”.⁴³⁷

¿Es insensato imaginar el tema central de aquellas piadosas e interminables tertulias? ¿Es descabellado suponer cuán ávidamente bebieron los Apóstoles de sus virginales labios, en esos largos y azarosos días, las narraciones de la infancia del Mesías? ¿Está fuera de lugar creer que los discípulos llegaron de esa manera a conocer secretos de la vida del Maestro sólo conservados íntegramente en el corazón de su Madre, y captaron misterios cuya clave sólo ella poseía?

Habrán recordado los Apóstoles muchos acontecimientos y dichos de la vida pública de Jesús, recién ahora comprendidos por ellos, y muy probablemente se los relatarían, pues, por lógica conjetura, muy poco pudo acompañarlo en sus correrías apostólicas (aunque, ¡cuántas escenas ha de haber presenciado en silencio!).

Pero ella conocía muchas más cosas, y más secretas. Les explicó cómo era Él en la intimidad, los instruyó sobre su vida con el fervor característicamente exclusivo de una madre cuando habla del fruto de sus entrañas. ¡No me nieguen esto que he podido constatar hasta en las “villas miserias”, nunca visitadas por muchos “optantes por los pobres”! ¡Quien pudiera haber asistido a ese curso de Cristología dictado por María a aquellos discípulos!

435 *Lc* 18, 1

436 *Lc* 2, 51

437 *Hch* 1, 14

Si Pedro y Marta supieron, iluminados por el don de entendimiento, que Cristo era el Mesías, el Hijo de Dios.⁴³⁸ ¿No lo sabría la Esposa del Espíritu Santo? Si en alguien ese Don alcanzó alguna vez la plenitud de la participación de la gracia mesiánica, fue indudablemente en María.

Esa Madre sigue conservando todas las cosas en su corazón, es modelo del alma contemplativa, Figura de la Iglesia, instructora de la fe de un pueblo humilde y fiel que le ruega diciendo: “¡Muéstranos ahora, y después de este destierro, la casta flor de tu seno, Jesús”! Sólo esa Madre puede conseguir de Él para nosotros la “limpieza del corazón”. ¿Queremos ver a Jesús? “El Maestro está aquí y nos llama”.⁴³⁹ ¡Acudamos, entonces, a pedirle humildemente, después de haberla practicado, el premio de la sexta bienaventuranza!

438 “Tomando la palabra Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos” (*Mt* 16, 16-17; cf *Mc* 8, 27-30; *Lc* 9, 18-21). “Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Díjole ella (Marta): Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo” (*Jn* 11, 25-27).

439 *Jn* 11, 28

ARTÍCULO VIII

A LA PLENA LUZ DEL DÍA

1.- La paz que el mundo no puede dar

¡Bienaventurados los pacíficos (*oi eirenopoioi* = pacificadores, intermediarios de paz)! ¿Qué diferencia existe entre esta bienaventuranza y la anterior? ¿Agrega algún grado de perfección la construcción de la paz a la limpieza del corazón? Ambas pertenecen a la dimensión contemplativa de la vida cristiana. Pero la limpieza del corazón pone un orden interior en la inteligencia; la paz, en cambio, irradia ese orden al exterior y lo esparce entre los demás. Por esa irradiación, la paz tendría cierta supremacía sobre la pureza. Es, pues, un nuevo peldaño.

En el Antiguo Testamento la paz, [^]*Salôm*, tanto la terrenal cuanto, sobre todo, la escatológica es puro don de Yahvé y depende enteramente de Él. 440 Sin embargo, según una serie de lugares, Dios no realizará inmediatamente esta paz, sino que encargará al Mesías “príncipe de la paz” la misión de llevar a cabo en su más alta realización aquel estado de felicidad final. 441

Pero estas paz y dicha no aparecen de manera absoluta, sino que dependen de cómo contribuya el hombre a su realización durante su caminar terreno por medio del derecho y la justicia, por la fidelidad a la revelación y a la ley de Dios 442. Esto será finalmente posible al hombre, porque Dios transformará su corazón de piedra 443. De este modo podrá guardar fidelidad a Dios libre y espontáneamente.

En este mundo se comprende que la paz eterna no se convierta en realidad, sino que sea sólo expectativa. En el mundo venidero, por el contrario, lleva consigo una armonía desconocida de todo el cosmos, y para los hombres la aplicación consumada de la salud, pues en él quedará plenamente curada la apostasía del pecado.

Aparecerá en forma de una nueva alianza, y traerá consigo la consumación del todo. De la historia de la salvación, que entonces terminará, surgirá la salud eterna. Estrictamente hablando, pese a todo, no existe en el Antiguo Testamento un concepto exactamente coincidente con el de la séptima bienaventuranza, aunque no faltan quienes intentan demostrarlo recurriendo, como es lógico, a interpretaciones muy elásticas y dúctiles de algunos textos veterotestamentarios.

El Nuevo Testamento constituye, respecto de la paz (εἰρήνη), no un camino paralelo pero sí complementario del Antiguo Testamento. Numerosas veces aparece el término en los evangelios tomado en sentidos análogos.

Cuanta sea la extensión conceptual de [^]*Salôm*, nos lo pone de manifiesto el hecho de que los LXX han intentado captar los matices de significación en cada caso con más de veinte términos. Finalmente, sin embargo, se impuso la palabra εἰρήνη para traducir [^]*Salôm*, pero ampliándola conceptualmente, por su múltiple empleo, en varios aspectos.

En el mundo helénico anterior al cristianismo, εἰρήνη, de suyo expresa, en contraste directo con la guerra (πόλεμος), la armonía de la sociedad (πόλις), basada en el recto comportamiento de los ciudadanos y la protección de los dioses.

Objetivamente, con la ampliación que recibe en el Nuevo Testamento, sirve para profundizar el contenido de la paz en el Antiguo Testamento y para extender las líneas que en éste están prefiguradas. Así, en el proemio de muchas epístolas paulinas, se emplea como saludo conjuntamente

440 *Is* 2, 2-4; 32, 17; *Za* 2, 14 ss.; 14, 11; *Sal* b46, 9 ss.; 85, 11; etcétera.

441 *Is*. 9, 5; 14; 11, 1-5; 53, 5; *Gn* 49, 10; *Dn* 7, 13.18.22; *Mi* 5, 1-3; *Za* 9, 9 ss.

442 *Is* 11, 3-5; 32, 15-18; *Sal* 72, 1 ss; 85, 9-14; etcétera.

443 *Jr* 31, 33 ss.; *Ez* 36, 24-27.

con χάρις.⁴⁴⁴ Los discípulos reciben de Cristo el mandato de dirigir, ante todo, en su misión, el saludo de la paz.⁴⁴⁵ También el estado de la Iglesia naciente se describe como paz.⁴⁴⁶

“Paz”, esta fórmula de saludo es objetivamente emanación de la salud que da el Mesías por parte de Dios en el tiempo del cumplimiento, y es signo de su aparición.⁴⁴⁷ Esta salud anuncia el “evangelio de la paz”⁴⁴⁸ y Jesús la da, a su manera, a los suyos.⁴⁴⁹ Porque Dios es el “Dios de la paz”.⁴⁵⁰ Él la funda por medio de su Hijo.⁴⁵¹ En su fondo, la “paz” que ofrece Cristo está caracterizada por el hecho de estar en paralelo con la vida.⁴⁵²

Esta idea es desarrollada por Pablo⁴⁵³ y halla aplicación semejante en la epístola a los Hebreos,⁴⁵⁴ y quiere decir que en la paz el hombre entero, en cuerpo y alma, está bien y sano. Ella hace, sobre todo, que el hombre esté en paz con Dios por Cristo, quien es personalmente nuestra paz.⁴⁵⁵ Porque según Pablo, Cristo ha fundado la paz en un doble aspecto⁴⁵⁶: a) de los hombres con Dios;⁴⁵⁷ b) de los hombres entre sí, al derribar la pared divisoria entre judíos y gentiles y abrir a ambos, en un solo Espíritu, el acceso a Dios por Él mismo.⁴⁵⁸

Así, pues, la paz está ya presente en la Iglesia. La paz es, por tanto, *un estado esencial en el reino de Dios*.⁴⁵⁹ Pero no es solamente don; impone a los cristianos el deber constante de buscar la paz.⁴⁶⁰ Esto es lo enseñado por la séptima bienaventuranza: la obligación del cristiano de sembrar la paz a su alrededor.

Pero en todos estos textos no se explica claramente en qué consiste la paz y cómo se obtiene, aunque la respuesta se halle implícita. De ahí el esfuerzo de los teólogos por desentrañar su contenido. Santo Tomás se ha dedicado a estudiar la naturaleza de la paz en numerosos lugares de sus obras.⁴⁶¹ Su propósito principal es definirla, siguiendo a san Agustín, como “la tranquilidad del

444 *1 Co* 1, 3; *2 Co* 1, 2; *Ga* 1, 3; *Ef* 2; *Flp* 1, 2; *Col* 1, 2; *1 Tm.* 1, 2; *Tt.* 1, 4; *Flm.* 3. También Jesús saluda con la paz a sus discípulos reiteradamente después de la resurrección en sus apariciones: *Lc* 24, 36; *Jn* 29, 19.21.26; etcétera.

445 *Mt* 10, 13; *Lc* 10, 5 ss.

446 *Hch*, 31

447 *Lc* 1, 79; 2, 14; *Mc* 5, 34

448 *Ef.* 6, 15

449 *Jn* 14, 27: 16, 33

450 *Rm* 15, 33; 16, 20; *1 Co* 14, 33

451 *Flp* 1, 2; *Col* 1, 20; *Hch* 10, 36

452 *Rm* 8, 6; cf *2 P* 3, 14

453 *1 Ts* 5, 23

454 13, 20 ss.

455 *Ef* 2, 14

456 *Ef* 2, 1-18; cf *Col.* 1, 27; 3, 14 ss.

457 *Rm* 5, 1

458 *Ef* 2, 18; cfr. *Lc* 19, 38; 16, 33; *Hch.* 10, 36

459 *Rm* 14, 17; *1 Co* 7, 15; *2 Tm* 2, 22; *Ef* 4, 3; *St* 3, 18

460 *1 P* 3, 11

461 Por ejemplo al hablar de los frutos del Espíritu Santo (I-II, 70. 3) o al exponerla como uno de los efectos del acto principal de la caridad que es la dilección (II-II, 29 y en los lugares paralelos), donde explica su naturaleza, aunque no la considere virtud distinta de la misma caridad. En síntesis, su

orden”⁴⁶² o como “concordia ordenada”,⁴⁶³ y la atribuye simultáneamente a la virtud cardinal de la justicia en el orden natural,⁴⁶⁴ y al Don de Sabiduría en el sobrenatural como constitutivo mismo de la contemplación infusa.⁴⁶⁵

En efecto, la paz pertenece al último fin del hombre, no en cuanto estableciendo esencialmente la misma felicidad, sino porque ya sea antecedente ya sea consecuentemente está relacionada con ella.⁴⁶⁶ Este punto es el que debe ser desarrollado.

2.- La sabiduría y la paz

Al poner la paz en relación con el orden, necesariamente la vinculamos con la sabiduría, ya que parece ser su efecto inmediato. “Es propio del sabio ordenar”, escribió Aristóteles. Y esta máxima ha sido recibida por todos como expresión de algo indiscutible. Pero, ¿qué es propiamente la sabiduría entre los demás conocimientos humanos? Porque de un grado superior y distinto se trata.

Claro está, el término sabiduría tiene una amplitud análoga y con ese nombre solemos denominar cosas diversas y de diverso origen. Algunos, fundándose incluso en textos de la Escritura,⁴⁶⁷ han pensado que esta palabra se componía de otras dos: *sapor* y *scientia*, de tal modo vendría a significar una *sapida scientia*, es decir, dulce, deleitable y sabroso conocimiento.⁴⁶⁸ Así se

doctrina es la siguiente. La paz puede ser *personal* y *social*, que se llama también concordia. La paz personal consiste en la unión u orden de las diversas apetencias del sujeto. La social consiste en la unión u orden entre las apetencias de diversos sujetos. Ésta no es verdadera si la unión y el orden no son verdaderos, sino impuestos. La paz basada en la imposición del desorden o de la injusticia es una guerra, que será tanto más violenta cuanto mayor sea el desorden impuesto. En realidad, todos los seres son amantes del bien, y, como tales, son amantes de la paz, porque todos desean conseguir el bien con tranquilidad, sin el estorbo que las propias apetencias o las ajenas pueden imponer. Pero es de advertir que puede haber una paz verdadera, basada en el verdadero bien, y una paz aparente basada en el bien aparente. Asimismo, la paz verdadera puede ser perfecta, en la posesión plena del Sumo Bien, e imperfecta, en la posesión incompleta de Él. Esto explica las luchas contra la paz. Son luchas contra la paz aparente e imperfecta, en busca de la paz verdadera y perfecta. Lo único que realmente puede causar una paz personal y social o concordia es la caridad. Causa la primera, porque unifica todos los afectos del hombre en Dios, amado con todo el corazón. Causa la segunda, porque la amistad caritativa hace querer el bien ajeno como el propio. Por eso se dice que los amigos tienen un mismo querer y no querer. Es de notar que la concordia es unión de corazones más que de opiniones, y unión o consentimiento en cosas importantes, no en nimiedades. Esto explica el disenso y las disputas entre los mismos santos. Discordan en pareceres, no en voluntades, y en otras cosas mínimas, no en las grandes. No obstante, advierte el Santo Doctor que esta discordia sólo es compatible con la paz imperfecta, no con la perfecta (Cf II-II, 29, 3 ad 2; *Com. in Ep. ad Rom.*, 12, 16; lect. 3). Es fácil que se distancien los corazones en la disensión de criterios porque se suele poner mucha pasión (o corazón) en ellos.

⁴⁶² SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, L. 19, c. 13; ML 41, 640; II-II, 29, 1 ad 1; 2 co.; 45, 6 (al hablar de la séptima bienaventuranza); *In III St.* d. 34, q. 1, a. 4.

⁴⁶³ CG L. III, c. 128, 146

⁴⁶⁴ II-II, 180, 2 ad 2 (en orden siempre a la vida contemplativa)

⁴⁶⁵ II-II, 29, 6

⁴⁶⁶ II-II, 3, 4 ad 1

⁴⁶⁷ *Verbigracia Si.* 6, 23: “La sabiduría, como su mismo nombre lo indica, es instrucción” (Biblia de Jerusalén: “hace honor a su nombre”).

⁴⁶⁸ “Por eso dice certeramente san Agustín que el Hijo (a Quien se atribuye la sabiduría “in divinis”) es *enviado cuando de alguien es percibido y conocido*, puesto que la percepción experimental

establecía, entre la sabiduría adquirida o filosófica y la infusa, esta diferencia: la filosófica más tenía de saber que de sabor, mientras la infusa “consiste más en sabor que en saber y más en amor y dulzura que en contemplación”.⁴⁶⁹

Sin embargo, se reconoce “que no parece ser ése el sentido de aquella autoridad,⁴⁷⁰ porque esa exposición está bien en cuanto al nombre de la sabiduría en la lengua latina, pero no en la griega y, tal vez, en ninguna otra lengua; por donde parece mejor pensar que allí se toma el nombre por su fama, con la cual es recomendada a todos”.⁴⁷¹

Cualquiera sea su origen —no es un problema para quitarnos el sueño— “sabiduría, de acuerdo al uso corriente de esa palabra, incluye cierta suficiencia eminente del conocimiento”,⁴⁷² es decir, una perfección máxima del mismo.

En el fondo, por esa alusión al “sabor”, exacta o no, se intentaba expresar que la sabiduría es siempre un conocimiento en cierta medida experimental. Lo cual es especialmente verdadero cuando se trata, no ya de una sabiduría natural especulativa, sino de la sabiduría sobrenatural infusa como el don del Espíritu Santo, perteneciente a las gracias santificantes, o de la llamada “Palabra de sabiduría”, enumerada entre las gracias carismáticas. Se trata aquí de esa sabiduría de la cual escribe san Pablo: “Una sabiduría que nosotros predicamos entre los perfectos que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que quedan desvanecidos; sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada antes de los siglos para nuestra gloria, que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; pues, si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria”.⁴⁷³

Según estas palabras, la Sabiduría es el Don de los perfectos o de los santos, no en el sentido de que exclusivamente ellos lo posean —todos lo hemos recibido con la gracia bautismal y lo conservamos, si nos mantenemos en estado de gracia, como sucede con todos los dones— sino porque los dones, y en particular el de Sabiduría, alcanzan en los perfectos su plena floración; esto no sucede en los cristianos mediocres por descuido, negligencia o la multiplicación de pecados y continuas infidelidades.

Los dones, precisamente por constituir de nuestra parte una actividad en cierta medida pasiva bajo la moción del instinto del Espíritu Santo, suponen suma docilidad como parte integral de la prudencia infusa. San Pablo ha escrito también que “el hombre espiritual puede juzgar todas las cosas, pues Dios nos ha revelado por su Espíritu, que el Espíritu todo lo escudriña hasta las profundidades de Dios. ¿Pues qué hombre conoce lo que en el hombre hay, sino el espíritu del hombre que en él está? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido. De éstos os hemos hablado, y no con estudiadas palabras de humana sabiduría, sino con palabras aprendidas del Espíritu, adaptando a los espirituales las enseñanzas espirituales, pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él

significa cierto conocimiento, y este conocimiento se llama propiamente *sabiduría*, como si dijésemos un *saber sabroso*; y así se dice en el libro del Eclesiástico (*Si 6, 23*): *la sabiduría de la doctrina justifica su nombre*” (I, 43, 5, ad 2)

469 SANTO TOMÁS, *In Cantico Canticorum, expositio altera*, en la ed. de su *Opera Omnia*, Vives, t. 18, p. 613 b.

470 *Si 6, 23*

471 II-II, 45, 2 ad 2. De todas maneras la acepta, porque aunque no corresponda necesariamente a la palabra “sabor” propia del latín y no de otras lenguas, con todo se quiere expresar por el término sabiduría lo que se entiende por ella en todas las lenguas (*In III St. d. 35, q. 2, a. 1, q. 3 ad 1*)

472 *In III St. d. 35, q. 2, a. 1, q. 1*

473 *I Co 2, 6-7*

locura y no puede entenderlas porque hay que juzgarlas espiritualmente. Al contrario, el espiritual juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarle. Porque, ¿quién conoció la mente de Dios para poder enseñarle? Mas nosotros tenemos el pensamiento de Cristo”.⁴⁷⁴ ¡Cuanta dimensión de animalidad —debemos confesar humildemente— subsiste en nosotros de acuerdo con estas palabras!

3.- “*Verbum cum Amore notitia est*”⁴⁷⁵

Esta parece una afirmación contradictoria. El conocimiento es acto de la inteligencia y éste es previo al amor propio de la voluntad: “no se ama sino lo que se conoce”. Pero, de hecho, existiendo ya ambos, conocimiento y amor, el amor agudiza al entendimiento haciéndole penetrar más profundamente en el ser amado.

Ya —por experiencia lo sabemos— en el mismo orden natural el amor es fuente de conocimiento: comprendemos mejor a quien amamos. Cuando una persona ama a otra y mantiene con ella relaciones de íntima amistad y trato constante, es como si llegara a adivinar mejor sus sentimientos, su estado de humor, el motivo de sus preocupaciones, alegrías y tristezas. Es fácil comprobarlo entre esposos que se aman intensamente o entre padres e hijos. No es lo mismo conocer a alguien por referencia, que conocerlo por un trato íntimo el cual, cuanto más íntimo es, mayor conocimiento causa.

Quienes se aman están en cierta medida fundidos el uno en el otro; “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”.⁴⁷⁶ Y para expresar gráficamente ese amor a sus discípulos, transportados por Él mismo de la condición de siervos a la de amigos, les dice: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; los sarmientos no pueden producir frutos si no están unidos a la vid, y así vosotros sin mí nada podéis hacer”.⁴⁷⁷ Y como si considerara aún insuficiente esa comparación, en su plegaria de la última Cena dirigida al Padre, añade: “Padre, que todos sean una misma cosa, como Tú y Yo somos una misma cosa; Tú en mí y yo en ellos, para que todos seamos consumados en la unidad”.⁴⁷⁸

No existe unión tan perfecta en la naturaleza que pueda equipararse a la existente, por la caridad, entre el hombre y Dios. San Pablo agrega: “Quien se adhiere a Dios es un solo espíritu con Él”.⁴⁷⁹ Aplicándose a sí mismo la consecuencia de ese principio, escribe a sus discípulos: “Os llevo en lo íntimo de mi corazón”.⁴⁸⁰ Quien ama lleva a ser amado en lo profundo de sus entrañas.

Escribe santo Tomás: “Puesto que al sabio pertenece juzgar, la sabiduría se toma en dos acepciones, correspondientes a las dos maneras de juzgar. Una es la manera de juzgar cuando alguien juzga como movido por inclinación o instinto, y así el que tiene el hábito de la virtud juzga correctamente de cómo ha de practicarse la virtud, debido a que está inclinado a ella; y por eso dice Aristóteles (*X Ethic.*, c. 5, Bk 1176a17; S.T. lect. 8) que el virtuoso es regla y medida de los actos humanos. La otra es por modo de conocimiento, y así el perito en la ciencia moral puede juzgar de los actos virtuosos aunque no posea la virtud. Pues bien, el primer modo de juzgar corresponde a aquella sabiduría, enumerada entre los dones del Espíritu Santo, de la que dice el Apóstol: *el hombre espiritual lo juzga todo*, (*1 Co 2*, 15) y asimismo dice Dionisio: (*De Divinis Nominibus*, c. 2, § 9: MG, 3,648; S.T. lect. 4) *Es docto Hieroteo, no sólo porque sabe, sino, además, porque experimenta*

474 *1 Co 2*, 10-16

475 “El Verbo (que intentamos insinuar) es conocimiento con Amor”. Frase de san Agustín, citada por santo Tomás en I, 43, 5 ad 2.

476 *Jn 6*, 36

477 *Jn 15*, 5

478 *Jn. 17*, 20-26

479 *1 Co 6*, 17

480 *2 Co 2*, 4; 6, 11; 7, 3; *Flp 1*, 7-8; *1 Ts 2*, 17

lo divino (est non solum discens, sed et patiens divina). El segundo modo de juzgar es el que pertenece a la doctrina (teológica) en cuanto que se adquiere por el estudio, si bien tomando siempre sus principios de la revelación”.481

Si la caridad es el efecto inmediato de la fe, su eficacia viene a ser como su respiración; sin la caridad la fe se ahoga. Cuando aparece la fe el amor ya debe estar presente, pues la fe de la cual habla el Evangelio se arraiga en el amor. ¿Resulta esto incomprensible? Mas, partiendo de nuestra experiencia cotidiana, tal vez podamos comprobar la verdad de lo afirmado.

Cuando decimos a otra persona “tengo fe en ti” ¿qué intentamos expresar? Probablemente nuestra valoración indefectible de su individualidad, pese a todos los inconvenientes y contrariedades. Semejante confianza supone amor, penetra hasta el fondo del ser del amigo. El amor, lejos de enceguecernos, es lo único capaz de abrirnos los ojos, pues sólo el amor nos permite intuir al otro tal cual es. Por supuesto, hay muchas clases de falso amor. Pero, el amor verdadero respeta siempre al otro en su esencia, y su clarividencia nos permite ver al otro en su más íntima realidad.

Ahora bien, no se puede conocer a Dios de una manera viviente si no se lo ama o no se siente, por lo menos, una atracción de amor, o no se tiene una disponibilidad de amar. Creer en Dios supone cierta visión de Él; sentir de alguna manera que Él está ahí; que el mundo existe por Él y que Él es el centro del universo. Dios aparece en todo cuanto me rodea, en lo que yo mismo soy, en lo que constituye la trama de mi existencia.482

Pero todas estas expresiones son ambiguas. La realidad de las cosas no descubre matemáticamente a Dios, más bien sugiere su presencia como una explicación y, al mismo tiempo, como un misterio. El cosmos y la humanidad nos hablan sí de Dios, pero en medio de la turbación y el caos heredados del pecado. Pocos son quienes, oyendo ese lenguaje, perciben en las cosas el eco de la Sabiduría divina; la mayoría son sordos y ciegos, porque, si el mundo revela a Dios, también lo vela. Dios es el Creador, pero es asimismo el Otro, el Desconocido, ocultado por el mal presente en el corazón del hombre.

Frecuentemente las perspectivas que se tienen de Dios dependen de los vaivenes del corazón, del instinto de conservación, del juego opuesto de las resistencias y de los temores humanos. ¿Qué se puede comprender de Dios con una voluntad amasada por el mal, que oculta, traiciona y deforma Su imagen? Si no se está preparado para amar a Dios, nunca se lo verá. Esa imagen suya se tornará cada día más difusa y luego se ocultará velada por otras cosas y acabará desvaneciéndose por completo. Hace falta, pues, para conocer a Dios otro tipo de sabiduría.

Cuando existe el amor todo sucede de otro modo. “Amar a Dios” es admitir la existencia de un Ser que está por encima de todo y exige el don completo de sí mismo. “Amar” es estar preparado para el encuentro con el Altísimo. No es sólo no esquivar ese encuentro, sino buscarlo a fin de reconocer únicamente en el encuentro con Él la manera de hallarse a sí mismo. Esa actitud inclinará hacia todo aquello que hable de Dios y permitirá verlo.

Mas, ¿cómo es posible amar si no se “ve” a quien se quiere amar? “Estar dispuesto a amar, ya es amar”, escribe san Agustín. Tal disposición puede existir ya antes de que el objeto se torne visible. Es el período del amor que busca; búsqueda todavía imprecisa, pero anhelante de posarse en un rostro. Como la madre ama ya a su hijo en el momento de concebirlo, más aún cuando lo siente latir en su seno antes de verlo y, cuando nace, ya estaba entrenada en la paciencia y el amor. Semejante a ésta es la obra producida en la interioridad humana por el instinto del Espíritu, mediante el Don de Sabiduría. Santo Tomás, en un conocido texto, ha expresado muy bien las relaciones entre el conocimiento y el amor respecto de Dios:

“En esta vida es mejor conocer que amar las cosas inferiores a nosotros, pero es mejor amar las cosas que son superiores. Respecto de Dios es mejor amarlo que conocerlo, porque el conocimiento hace que las cosas vengan a nosotros y se adapten a nuestra manera de ser; pero el

481 I, 1, 6 ad 3

482 I, 1, 6 ad 3

amor, que es la caridad, nos hace salir de nosotros y nos lanza hacia el objeto amado. El que ama se asemeja a la cosa amada; el que conoce adapta la cosa conocida a su propio modo de ser. De suerte que, cuando se trata de cosas inferiores, las elevamos cuando las conocemos, porque les damos nuestro propio modo de ser; pero cuando las amamos nos envilecemos. En cambio, cuando conocemos las cosas superiores, las empequeñecemos cuando se adaptan a nuestra inteligencia; pero, cuando las amamos, nos elevamos hasta ellas. Por eso, en esta vida es mejor amar a Dios que conocerlo, y por eso es más lo que amamos a Dios por la caridad que lo que lo conocemos por la fe”.483

En este mundo el conocimiento de Dios siempre adolecerá de deficiencias; mientras el amor, obra del Espíritu Santo (“es el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones”484), goza de mayor perfección por alcanzar a Dios tal cual es. La caridad en la tierra, en efecto, no difiere esencialmente de la caridad del cielo; en cuanto a su sustancia es la misma realidad. En cambio, la fe difiere de la visión y un día será evacuada;485 la primera se detiene en los umbrales de la eternidad hasta que la segunda venga a sustituirla. No es, pues, extraño que la caridad supere su propio fundamento y que, por medio de ella, alcancemos un conocimiento más amplio, profundo y divino que el de la misma fe.

4.- El llamado a la contemplación

De manera análoga a la sabiduría natural, el Don de Sabiduría es un conocimiento sintético; lo abarca todo porque lo mira desde la Suprema Causa y el Primer Principio, no ya como autor del orden natural sino del Sobrenatural. Supuesta la unión con Dios por la caridad, los dones intelectuales del Espíritu Santo, en particular el de Sabiduría, nos proporcionan un conocimiento de Dios denominado “por connaturalidad” y como por una “experiencia íntima”.

Esto ya lo hemos dicho con referencia al Don de Entendimiento, pero es menester señalar la particularidad propia de la Sabiduría. Por pura lógica, el crecimiento en la caridad comporta simultáneamente el crecimiento en el conocimiento de Dios. El Don de Sabiduría, al corresponder a la caridad goza de un panorama amplísimo: “Quien conoce absolutamente la causa altísima, que es Dios, se considera sabio en absoluto, por cuanto puede juzgarlo y ordenarlo todo por las reglas divinas; un juicio tal lo alcanza el hombre por el Espíritu Santo”.486

La sabiduría abarca cuanto la fe abarca, pues la supone,487 pero, al mismo tiempo la supera “porque la fe asiente a la verdad divina por sí misma; más el juicio conforme con la verdad divina pertenece al Don de Sabiduría”. Y así como la caridad es la virtud superior dirigente de las demás, su Don correspondiente, la Sabiduría, es superior a todos los demás dones y los dirige, de donde el nombre de “Altissimum Donum Dei” empleado por la liturgia.

Dirige al mismo Entendimiento y representa un papel capital en el ejercicio de la contemplación. Ya el Don de Entendimiento la ha comenzado en el cristiano —como explicamos— porque produce una primera purificación del alma permitiéndole considerar desde sí mismas las cosas de Dios y penetrarlas; consideración y penetración que preparan indudablemente una contemplación más plena, o el camino del Don de Sabiduría.

Todos los teólogos y autores espirituales coinciden en afirmar que por el Don de Sabiduría el alma se eleva a la mayor altura posible y a la más perfecta contemplación de Dios, por lo cual su pleno desarrollo es la característica de las etapas más elevadas de la vida espiritual.

483 II-II, 23, 6; Cf I, 82, 3

484 *Rm* 5, 5

485 *I Co* 13, 8 ss.

486 II-II, 45, 1

487 *Ibidem*, ad 2

Contemplar las cosas divinas, *juzgar* de todo según ellas y *ordenar* todo a ellas, puede darse doblemente: primero, abstracta y especulativamente, por un uso perfecto de la razón, es decir, por el estudio y el trabajo; segundo, concreta, instintiva y experimentalmente “por cierta connaturalidad con las cosas divinas”. La Sabiduría sobrenatural, Don del Espíritu Santo, contempla, juzga y ordena del primer modo. Es evidente que para la connaturalidad con las cosas divinas hace falta la caridad, cuyo sujeto propio es la voluntad.

El Don de Sabiduría depende, pues, causal y dispositivamente de la situación de la voluntad debida a la caridad: “La Sabiduría Don tiene en la voluntad su causa, o sea, la caridad; su esencia, empero, en el entendimiento, cuyo acto es juzgar rectamente”.⁴⁸⁸ “Quienes por el estudio buscan la sabiduría, por partes y durante largo tiempo investigan; pero quienes la reciben del Espíritu Santo, la reciben velozmente: “se produjo de repente un ruido del cielo, como el de un viento impetuoso”;⁴⁸⁹ pues aquellos que tienen la ciencia por revelación divina, súbitamente se llenan de Sabiduría, como aquellos que de repente se llenan del Espíritu Santo”.⁴⁹⁰

No se piense que cuanto expongo aquí es un camino excepcional, reservado a almas privilegiadas. Eso traería como consecuencia una paradoja: el camino de las bienaventuranzas ya no sería para todos y, si embargo, fue predicado a todos, discípulos y pueblo. Es, simultáneamente, un sermón del monte y de la llanura. En realidad, todas las almas cristianas son llamadas a la contemplación: no es un medio para nuestra vida moral y para nuestras ocupaciones; por el contrario, éstas se subordinan a ella como a su propio fin.

El ejercicio de las virtudes morales, aprendido en las anteriores bienaventuranzas, tiene como objetivo disponer al cristiano a la contemplación, produciendo en su alma la paz por la calma de sus pasiones y concupiscencias. La contemplación tiene su principio y fin en el amor y consiste principalmente en la práctica eminente de las virtudes teologales, en las cuales “el alma arde por ver la belleza de Dios”.⁴⁹¹ La contemplación no es todavía la perfección; ésta se encuentra centrada en la caridad. Tampoco es la felicidad total, sólo constituida por la Visión. Pero es ciertamente el medio más excelente para conquistar una y otra.⁴⁹²

No es pues, un amor cualquiera de Dios el supuesto en la contemplación, sino un amor perfecto.⁴⁹³ Por ella el hombre ofrece su alma en sacrificio a Dios;⁴⁹⁴ y, así, cuando uno es llamado

488 II-II, 45, 2

489 *Hch* 2, 2

490 *Comm. in Ps.*, 44, 1. Santo Tomás escribe muy claramente sobre esta función propia del don de sabiduría. “La Sabiduría, según el sentido que se le da a su nombre, parece suponer cierta eminente eficiencia en el conocimiento, teniendo en sí misma *certeza* de cosas grandes y maravillosas, que para otros son desconocidas, y pudiendo *juzgar* de todas las cosas, porque cada cual juzga bien lo que conoce, y, finalmente, para poder también *ordenar* a otros por dicha eminencia” (*In III St.* d. 35, q. 3, a. 1, q. 1). “El don de sabiduría posee una eminencia de conocimiento por cierta unión con las cosas divinas, a las cuales no nos unimos sino por el amor, para que quien adhiere a Dios se convierta en un solo espíritu con El (*1 Co* 6, 17); por eso el Señor dice haber revelado los secretos del Padre a los discípulos (*Jn* 15, 15), por ser sus amigos. Por consiguiente, el don de sabiduría presupone la dilección como su principio, y en este sentido se halla en el afecto, pero en cuanto a su esencia está en el conocimiento; por donde su propio acto parece consistir aquí y en el futuro en contemplar las cosas amadas y juzgar por ellas de otras, no sólo en cuanto a lo especulativo, sino también en cuanto a lo operable, en donde el juicio se asume del fin” (*Ibidem*, q. 2).

491 “Ex divina dilectione inardescit ad eius pulchritudinem inspiciendam”(II-II, 180, 1 y 7)

492 “La vida contemplativa directa e inmediate se ordena a la dilección y a la visión de Dios” (II-II, 182, 2).

493 Cf II-II, 182, 4 ad 1

de la vida contemplativa a la activa, no debe producirse esto con desmedro de la primera sino por adición de la segunda. Por eso el apostolado debe brotar de la “plenitud de la contemplación”.

Esta vida contemplativa consiste en la intimidad con el Maestro interior y la perfecta docilidad a sus inspiraciones; ha merecido el nombre de vida “mística”, mas no debe asustarnos esta palabra pues sólo significa “vida escondida con Cristo en Dios”, según la expresión antes citada de san Pablo.⁴⁹⁵ Es fácil retrasarse en el camino y vivir en la superficie de uno mismo.

Pero tampoco caigamos en exageraciones. A veces se dice que para alcanzar la vida contemplativa son necesarias condiciones irrealizables para la inmensa mayoría de las personas, aunque sea grande su generosidad. Es necesario —se agrega— un medio ambiente especial como el ofrecido por los monasterios, donde se encuentran de ordinario el silencio, la soledad y largas horas de oración. Ahora bien, estas condiciones faltan a la mayoría de los cristianos retenidos en el mundo o, si abrazaron la vida religiosa o sacerdotal, sumergidos en los avatares de la administración, del trabajo cotidiano y del ministerio parroquial; todo eso se opone a la eclosión de la vida contemplativa, incluso para quienes cumplen fielmente sus deberes. Mas lo curioso es que algunos contemplativos se escudan detrás de similares motivaciones, atribuyendo al medio ambiente, poco propicio en su monasterio, su propia mediocridad.

Ubicándonos en el justo lugar, pongamos atención en dos cosas. En primer término, aun si las condiciones aludidas fuesen necesarias para algunos y su carencia les hiciese difícilmente asequible la contemplación, no se seguiría que la vida contemplativa no es la cumbre a la cual se debe aspirar y el confín normal del desarrollo de la vida en gracia. En segundo término, las condiciones enumeradas, aún siendo muy útiles, no son esenciales; el medio exterior puede tener su importancia, porque los temperamentos inquietos y agitados están menos dispuestos que los calmos para la contemplación; sin embargo, todo eso es superable,⁴⁹⁶ con la condición de adquirir la simplicidad de espíritu.

¿En qué consiste esa simplicidad? Nace de la rectitud del corazón y la Sagrada Escritura habla a menudo de ella. “El Señor habla con las almas simples”, leemos en el libro de los Proverbios,⁴⁹⁷ y Mateo agrega: “Si tu ojo es simple, todo tu cuerpo quedará iluminado”,⁴⁹⁸ por eso es menester “ser prudentes como las serpientes y simples como las palomas”.⁴⁹⁹ Sin esa condición

494 “Se hace un sacrificio a Dios cuando se le consagra un objeto cualquiera; de todos los bienes del hombre, el que Dios acepta con mayor agrado es su propia alma; lo primero, pues, que se debe ofrecer a Dios en sacrificio es la propia alma... y, después, la de los otros... Cuanto, por consiguiente, más estrechamente alguien une a Dios su alma o la de otro, tanto más agradable le resulta ese sacrificio. De esta manera, aplicándose o incitando a otro a aplicarse a la contemplación, se hace uno más agradable a Dios que entregándose a la acción” (II-II, 182, 2 ad 3)

495 “El amor a la verdad ansía un santo reposo, pero la caridad nos obliga a aceptar un justo trabajo; si no se nos impone ninguna faena, entreguémonos al estudio y a la contemplación; pero si se nos impone algún cargo, la caridad nos obliga a aceptarlo; pero, aun entonces, la dulce contemplación de la verdad no debe ser abandonada, no sea que, desapareciendo la suavidad seamos aplastados por la necesidad” (S. AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, 19, 19)

496 “Algunos, por la impetuosidad de sus pasiones, son más aptos para la vida activa...; otros, por naturaleza, son calmos y tienen una pureza de corazón que los hace más aptos para la contemplación... Los primeros pueden, por el ejercicio de la vida activa, disponerse a la contemplación, y los segundos, aceptando generosamente entregarse a algunos ejercicios de la vida activa, pueden volverse aún más aptos para la contemplación. Así todos deben tender hacia ella” (II-II, 182, 4 ad 3)

497 *Pr* 3, 2

498 *Mt* 4, 22

499 *Mt* 10, 16

es imposible poseer la sabiduría en alto grado, la aprendida de Dios sin segundas intenciones: “quam sine fictione didici”.⁵⁰⁰

No se confunda la simplicidad con la estupidez. La simplicidad de la cual hablo es una participación de la de Dios; consiste en ver todas las cosas en Él: los acontecimientos felices o desgraciados, las personas amigas o enemigas, cuanto existe de agradable o de penoso, todo se considera como venido de Dios o, al menos, permitido por Él para su gloria y la de los elegidos. Ahora bien, es evidente que todos pueden y deben aspirar a esta simplicidad de espíritu, fruto del Don de Sabiduría y signo de su desarrollo en el alma. Quien la posee está muy cerca de la contemplación, si ya no la ha alcanzado.

5.- La identificación con Cristo

La identificación perfecta con Cristo, meta suprema de la vida cristiana y la fórmula más exacta de su definición, es consumada por el Don de Sabiduría, después de haber ido siendo modelada por los otros dones: “Nosotros todos contemplamos a cara descubierta la gloria de Dios como en un espejo y nos transformamos en la misma Imagen, de claridad en claridad, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor”.⁵⁰¹

¿Puede haber duda de que esa obra la realiza el Espíritu Santo mediante sus dones? La persona de Cristo es la Persona del Hijo, y el Hijo es la sabiduría de Dios, su Imagen perfectísima.⁵⁰² Asimilar la sabiduría sobrenatural es asimilarse al Verbo; en la posesión del Don de Sabiduría radica el momento culminante de la santificación.

Pero dicha asimilación posee grados. El primero de ellos se obtiene al recibir el Don juntamente con la gracia; causa una adhesión total implícita a Dios y proporciona el recto juicio para juzgar de las cosas divinas y, sobre todo, para ordenar nuestra conducta a la luz de los preceptos divinos. El influjo de este primer grado puede comprobarse en los buenos cristianos, quienes, frente a la vida y sus problemas, asumen actitudes muy distintas a las de los paganos o a las de los malos cristianos; si muchas almas permanecen durante mucho tiempo en este grado, eso no es motivo para perder la esperanza de un crecimiento ulterior.

En su grado superior el Don de Sabiduría infunde especial gusto por las cosas espirituales y por cuanto se refiere a Dios: “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha del Padre; saboread las cosas de arriba, buscad las cosas de arriba, no las que están sobre la tierra; estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”.⁵⁰³ El Don de Sabiduría hace comprender en toda su profundidad el valor del sufrimiento y su liberadora eficacia: fija para siempre los ojos del cristiano en la eternidad.

Y así, independientemente de todos los otros factores, este don supremo ilumina de modo progresivo la mente del cristiano otorgándole un sentido cada vez más profundo de los valores del espíritu y de las realidades divinas. El “sensus fidei” se ha perfeccionado hasta el punto de transformarse en una “experiencia” de Dios, en nada comparable a todo otro conocimiento de Él.

6.- El significado de la séptima bienaventuranza

La paz es obra del amor más que de la justicia.⁵⁰⁴ Pero esta afirmación, después de todo lo anteriormente considerado, no parece contener ninguna novedad. En todas las bienaventuranzas

⁵⁰⁰ *Sb* 7, 13

⁵⁰¹ *2 Co* 3, 18

⁵⁰² *Cf I*, 35

⁵⁰³ *Col* 3, 1-3

⁵⁰⁴ “¿Hay entre vosotros quien tenga sabiduría o experiencia? que muestre por su buena conducta las obras hechas con la dulzura de la sabiduría. Pero si tenéis en vuestro corazón amarga envidia y espíritu de contienda, no os jactéis ni mintáis contra la verdad. Tal sabiduría no descende de lo alto,

descubrimos una obra de la caridad. No se puede negar que la vida activa, o sea, la práctica de todas las virtudes morales, concierta un proceso purificador con la condición de ser imperada por el amor: al someter las pasiones a la razón iluminada por la fe, a su vez vivificada por la caridad, la vida activa las disciplina y armoniza.

De todos modos, en cierta medida es una obra negativa, por cuanto consiste principalmente en la remoción de los obstáculos para la contemplación. Y, sin duda alguna, la práctica de todas las bienaventuranzas realiza una tarea pacificadora. Pero la paz plena, la que es crecimiento y expansión, sólo es consecuencia de la Sabiduría.

Ser pacífico no consiste únicamente en vivir en armonía con los demás, ni tampoco en haber logrado armonizar todas las potencias bajo la guía de una caridad en crecimiento. Para ser plenamente pacífico es necesario que todos los afectos del alma se amalgamen en un único anhelo, que desaparezcan las corrientes dispersas de los afectos contrapuestos y distintos, que toda la actividad del hombre se encauce en una única corriente impetuosa hacia una sola dirección; en otros términos, hace falta que el alma se simplifique hasta el extremo en contacto con Dios.

Sólo un amor perfecto puede producir semejante fruto; siendo “el vínculo de la perfección”⁵⁰⁵, porque ata simplifica. Al orientar todos los afectos a Dios como objeto exclusivo, descubre que lo único verdaderamente importante es conocer y amar a Dios; dice: “sólo Dios basta”. Y así, “una sola cosa es necesaria; María ha elegido la mejor parte que no le será quitada”.⁵⁰⁶ Pacífico realmente es quien busca primero el Reino de Dios, sabiendo con certeza que todo lo demás se le dará por añadidura.⁵⁰⁷

Este juicio, simple y absoluto, originado en la claridad del amor, es formulado por la Sabiduría. La luz simple procedente de la consideración de las cosas altísimas ilumina todo el universo y lo sintetiza en el orden y la unidad. La fe nos revela el misterio; pero el orden interior leído en él es el reflejo de aquel Verbo Único de Dios, Sabiduría sustancial, Palabra que todo lo dice. La paz es la tranquilidad producida por ese reflejo en el espíritu humano.

Por eso en la naturaleza todo es sosiego, silencio; nada turba su majestuosa calma y su espléndida serenidad. Nuestro libre albedrío, por el contrario, tiene el privilegio —entristecido por el pecado— de perturbar la irradiación de la Sabiduría divina en el cosmos y en las almas. A ello se debe que en el ámbito social la paz sea una realidad tan ardua y escasa, mientras en el universo es constante. Si el cosmos perdiese su orden, es decir, su paz, ¡cuán terrible cataclismo se produciría! Sólo por intervención de la libertad humana es posible la guerra y la destrucción de la naturaleza. ¿No será un día un desequilibrio ecológico introducido por la soberbia de la ciencia humana la causa de la hecatombe del fin del mundo anunciada por Cristo?

En el universo de la naturaleza y de la gracia, prescindiendo de la intervención del hombre, la Sabiduría produce la paz, y la paz es la Imagen serena del Verbo de Dios.

En el nivel inferior, el de la naturaleza, la Sabiduría increada causa la paz por el encadenamiento de las causas segundas sujetas a leyes inexorables, que se cumplen siempre: el orden de las esencias. En el nivel superior, el de las almas, éstas pueden convertirse, por la gracia, en instrumentos o ministros del Verbo, introduciendo en sí mismas la paz.

sino que es terrena, natural, demoníaca. Pues donde existen envidias y espíritu de contienda, allá hay desconcierto y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además pacífica, complaciente, dócil, (concorde con lo bueno), llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía. Frutos de justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz”. (St 3, 13-18).

505 Col 3, 14

506 Lc 10, 42

507 Mt 6, 33; Lc 12, 31

Para ello reciben, en su condición de causas inteligentes y libres, la imagen activa y fecunda de la Sabiduría increada, que es, en el orden natural, la sabiduría adquirida (ciencia de las causas últimas), y en el sobrenatural el Don altísimo de la Sabiduría. Mas, quien graba en la naturaleza y en las almas esa imagen del Verbo es el Amor. Cuando ese Amor “se difunde en nuestros corazones por la caridad”,⁵⁰⁸ se presenta la gran transformación del espíritu humano.

Mientras la caridad es todavía imperfecta, y el Don de Sabiduría vuelca intermitentemente su destello en el alma, la Imagen del Verbo aparece y desaparece, como sucede en el cristiano que peca y se arrepiente, vuelve a pecar y a arrepentirse. Mas cuando la caridad es perfecta, y el Don de Sabiduría se convierte en un faro siempre luminoso, la Imagen divina ya no oscila, y el alma se ha establecido en el orden y la paz. Entonces se ha conquistado ya la séptima bienaventuranza.

7.- El premio de los pacíficos

¿Por qué los pacíficos serán llamados “hijos de Dios”? ¿No resulta sorprendente esta correspondencia? Sin embargo, es del todo lógica y coherente. En nuestras anteriores reflexiones hemos aprendido dos cosas. Primera, que la paz es la imagen del Hijo grabada en los corazones cristianos fieles, y el Hijo es el Verbo, “pero no cualquiera, sino inspirador de amor”.⁵⁰⁹ El Padre se complace en el Hijo y en quienes lo reflejan; éstos son los pacíficos que, por eso mismo, son llamados “hijos de Dios”. Segunda, porque Jesús dijo: “Mi paz os dejo, mi paz os doy; pero no os la doy como la da el mundo”. ¿Cómo la da el mundo? Falsa, precaria, injusta, egoísta; suele ser una guerra fría, pues los individuos y las naciones persiguen sus propios intereses, sobre todo materiales. La verdadera paz, en cambio, tiene origen en el amor y la sabiduría divinos, en el Hijo y el Espíritu Santo; brota del seno de la Santísima Trinidad. Y, si el mundo no conoce a Dios o lo niega ¿cómo podrá gozar de verdadera paz? Sólo de Dios procede la paz, y esa “supera todo cuanto podemos llegar a percibir con nuestros sentidos”. Es una paz superior a toda paz humana.

La mirada divina, que contempla todo el universo, viene a producir en el alma del cristiano una paz inalterable. Esa mirada divina, la del Don de Sabiduría, convierte a los hombres en sembradores de paz, en hijos de Dios, porque llevan en su corazón la imagen del Hijo Unigénito del Padre, porque en Él han sido adoptados por el Padre.

Todos hemos conocido algunas almas santas (sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos), y hemos podido observar el reflejo externo de la paz interior en su mirada, en sus palabras, en sus gestos. El sembrador de paz es hijo de Dios; y por ello es bienaventurado. Pero es María el modelo más bello en el ejercicio de la séptima bienaventuranza. ¡Es la Reina de la paz!

⁵⁰⁸ *Rm* 5, 5

⁵⁰⁹ “Filius est Verbum, non quaecumque, sed spirans Amorem” (I, 43, 5 ad 2)

ARTÍCULO IX

EN LOS UMBRALES DE LA PUERTA ESTRECHA

1.- La síntesis del itinerario

“¡Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque suyo es el Reino de los cielos! Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal, por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros”. Con esta octava bienaventuranza hemos llegado al final del camino, a la cumbre de la montaña.⁵¹⁰

Notemos dos cosas en la formulación de esta bienaventuranza. Ante todo, que el premio prometido es el mismo de la primera; este hecho confirma nuestra idea de que la intención del Sermón es la de proponer gradualmente y en perfección progresiva las etapas de la vida cristiana.

Por el ejercicio de la primera bienaventuranza el reino de Dios *comienza* a ser poseído; mas, por el ejercicio de la octava, esa posesión llega a su plenitud. Entre estos dos extremos se ubican los otros grados. En la primera bienaventuranza el Reino de los Cielos se presenta como un panorama amplísimo, lleno de riquezas espirituales de todo orden. Es ese Reino tan difícil de conquistar, descrito por Jesús en las precisamente llamadas “parábolas del Reino de Dios”.⁵¹¹ Si se quisiera utilizar la terminología escolástica, se diría que el premio de la primera bienaventuranza es la “esencia física” de la bienaventuranza cristiana. En cambio, en la octava bienaventuranza, el Reino de los Cielos es un premio sustancial y definitivo, es “la esencia metafísica”.

En segundo lugar, podemos comprobar como Jesús explica ampliamente en qué consiste “sufrir persecución por la justicia”. No cualquier tipo de persecución constituye la bienaventuranza, sino ser insultados, perseguidos, calumniados “a causa de Él”. Es necesario tenerlo en cuenta, pues, así como no cualquier amor del prójimo es caridad sino sólo el ejercido “por amor de Dios”, de la misma manera no cualquier tipo de sufrimiento produce la bienaventuranza, sino sólo el que tiene a Dios por destinatario como un sacrificio ofrecido a su honor y gloria.

Podría establecerse una analogía entre la cumbre del Monte de las bienaventuranzas y la cumbre del Monte Calvario. Se trata de una coincidencia mística, en cuanto el ideal cristiano propuesto en el Sermón comentado, encuentra su modelo concreto de realización en la figura de Cristo Crucificado. Escribió Bossuet: “Nada hay más grande que Jesucristo, y nada hay más grande en Jesucristo que su sacrificio”. Por encima de la perfección de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo, está Jesús mismo. Como por encima de la gracia recibida por nosotros, está la plenitud recibida por Él en cuanto hombre y la gracia, exclusivamente suya, de la unión hipostática.⁵¹²

“Sólo Tú eres Santo, Jesucristo” canta la Iglesia en el gloria de la misa. Cristo posee la sustancia divina de las virtudes y de los dones, porque posee la Persona del Verbo, o sea, la santidad misma de Dios. Su santidad es esencial y constitutiva.

Y esa Persona del Verbo toma en la sacratísima humanidad de Cristo un matiz humano, si así se puede decir: es como si la santidad divina se hubiese acercado a nosotros a través de la misma naturaleza humana de Cristo. Tal vez por este motivo responde a Felipe como lo hizo, cuando éste le pide “Señor, muéstranos al Padre”. “Felipe —le responde Jesús con un dejo de tristeza al ver cuanto les costaba comprenderlo— hace tanto tiempo que estoy con vosotros ¿y todavía no me conocéis? El

⁵¹⁰ Santo Tomás y algunos exégetas dividen en dos esta bienaventuranza, de tal manera que ya no serían ocho sino nueve. No es la opinión más compartida.

⁵¹¹ *Mt* cap. 13

⁵¹² Cf Mons. L.A. MARTÍNEZ, l.c. Todo el párrafo está inspirado en esta obra.

que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”.513

Al aparecer Cristo sobre la tierra, apareció con Él “la benignidad y la humanidad de nuestro Salvador”, escribe san Pablo.514 Es la *santidad* de Dios, fuente y modelo de toda santidad; vino a enseñarnos a ser santos y, para que lo logremos, nos indicó un camino cuyo término es la cumbre del Calvario. La cruz es inseparable de la vida terrenal de Cristo; por tanto, debe ser inseparable de la vida presente del cristiano.

Pero esta inseparable cruz no ha de ser tanto la fabricada con nuestras propias manos, mediante mortificaciones y penitencias corporales, cuanto la dispuesta por Dios mismo en el quehacer cotidiano. Sin quitarles nada de su sentido y valor, ampliamente corroborados por la vida de los grandes santos durante largos siglos de historia del cristianismo, sin embargo es menester reconocer que la primera los tiene en la medida en la cual constituyen un instrumento apto para prepararnos —supuesta la gracia— a la aceptación de la *cruz real*, la dispuesta por Dios, muchas veces a nuestro pesar. Las mortificaciones y maceraciones corporales sólo pueden ser un buen ejercicio para educar nuestra voluntad y nuestros sentidos en vista a las pruebas futuras permitidas por Dios.

En efecto, ¿de qué servirían tantas mortificaciones si nuestro orgullo no disminuye? ¿Y qué diríamos si incluso aumenta cuando, por haberlas hecho, nos sentimos superiores a los demás y los despreciamos como el fariseo al publicano de la parábola? ¿Qué utilidad tendrían, entonces, si, al mismo tiempo, no crecemos en la oración, en el espíritu de obediencia, en el amor fraterno? ¿Qué provecho puede producir pasar voluntariamente hambre y sed, si luego no refrenamos nuestra lengua, hiriendo a los demás con palabras mordaces o difamándolos contra toda justicia y caridad?

Semejante cruz sólo sería una caricatura grotesca de la verdadera cruz exigida por el Señor.515 ¡No! La cruz que nosotros fabricamos o podemos fabricar puede ser apartada de nuestro lado conforme a nuestro arbitrio. Mas la enviada por Dios es ineludible y deberemos abrazarla mientras dure.

Ciertas penitencias verdaderamente extravagantes llevadas a cabo por cristianos de siglos pasados, más inspiradas en el “faquirismo” que en el Evangelio (no en todos los casos, ¡claro está!), nunca habrían sido aprobadas por Cristo y los Apóstoles. ¿Acaso podemos imaginar a Jesús aserrando los maderos de su cruz o entretejiendo su propia corona de espinas? El “gato de siete colas” que, blandido por los soldados romanos, desgarró las carnes purísimas de Cristo atado a la columna, no fue suministrado precisamente por Él a sus sayones, aún cuando la pasión haya sido “voluntariamente aceptada”, cumpliendo los designios del Padre.

A Jesús le costó aceptar la cruz; tanto, que una tristeza mortal se apoderó de su alma en Getsemaní y el pánico ante tan cercanos y terribles dolores le hizo sudar sangre. Pero abrazó igualmente la cruz, se sometió a la voluntad del Padre no sin decir: “Padre, si es posible, pase este cáliz sin que yo lo beba; más no se haga mi voluntad sino la tuya”516.

Sobre esta cruz, a la cual el Señor se somete “hecho obediente hasta la muerte”,517 se manifiesta en su suprema epifanía la gracia de Dios. Cristo crucificado es la santidad humana en su cumbre, es la incomprensible desnudez de la simplicidad divina en la más tremenda desnudez

513 *Jn* 14, 8-10

514 *Tt* 2, 4

515 “Y cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros, para que se vea que ayunan: en verdad os digo que ya tienen su recompensa. Tú, por el contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que no vean los hombres que ayunas, sino sólo tu Padre, que está oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará”(Mt 6,16-18)

516 *Mt* 26, 36-46; *Mc* 14, 32-42; *Lc* 22, 39-46

517 *Flp.* 2, 8

humana. Es el amor divino acercado al hombre y el amor humano transformado en divino. Dos amores fundidos en el único crisol posible: el del dolor. “¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?”.⁵¹⁸

¡Tantas cosas nos enseña la cruz de Cristo! Ante todo, la naturaleza del pecado, su monstruosidad. Pero también la infinita misericordia de Dios en su reparación: “Si por el pecado entraron en el mundo el sufrimiento y la muerte... y si por la desobediencia de uno muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos”.⁵¹⁹

La cruz nos enseña el poco precio de la vida sobre la tierra, pues Jesucristo la sacrifica cuando podía haber gustado de todas sus alegrías: “En vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia”.⁵²⁰ Cristo crucificado nos enseña que la vida nada vale por sí misma, que es mucho más apreciable ser crucificado por amor de Dios y de los hombres que vivir en una posición cómoda, honorable y feliz. Nos revela, en la aceptación generosa de los designios divinos, la suprema dicha del hombre. Y ¿por qué razón? Por un motivo de justicia sin duda, para pagar la deuda contraída con Dios; pero sobre todo por amor. Y así nos ilustra sobre la orientación toda de nuestra existencia.

Pero, para fortuna nuestra, Cristo no estuvo siempre crucificado. Con sus ejemplos y sus palabras nos ha demostrado la necesidad de abrazarse de antemano a la cruz. Ella fue el punto culminante de su existencia en la tierra: la preveía, pensaba en ella constantemente, la anunciaba con frecuencia.⁵²¹ A Santiago y Juan, cuya pretensión fue sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda en su Reino, les pregunta: “¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber o recibir el bautismo con que yo voy a ser bautizado?”.⁵²² ¿Podemos dudar del objeto al cual se refería?

Cierto día repentinamente exclamó: “Tengo que recibir un bautismo, ¡y qué angustia en mí hasta que se cumpla!”.⁵²³ Pedro es reprendido severamente por protestar ante el anuncio de la pasión; lo llama “satanás”, “tentador”, “motivo de escándalo” “por no sentir las cosas de Dios, sino las de los hombres”.⁵²⁴ Eludir la cruz es un delirio satánico.

Tampoco se contentó Cristo con darnos una luz general destinada a orientar nuestras vidas; con anterioridad extrajo de la cruz las consecuencias prácticas en su misma vida. Siempre se nos muestra perseguido, despreciado, calumniado, insultado. Desde la humildad de su nacimiento y de su vida oculta en Nazaret hasta la ignominia de su muerte, Cristo asume el silencio y la humildad. Ejemplos admirables, de una luz similar a la emanada del calvario, abundan en su breve existencia terrena, para indicarnos la nada de toda grandeza humana y de toda felicidad meramente natural. Su vida entera es la de un hombre hostigado, la de alguien de quien se prevé un mal término, un destino de cadalso; lo cual efectivamente sucede.

Y también están consignadas sus palabras, sus máximas. Nos exhorta a elegir la humildad y la mansedumbre como Él la eligió; la pobreza, como aquella a la cual se sometió; el renunciamiento total. Un día nos aconseja elegir el último lugar,⁵²⁵ al siguiente nos exige odiar nuestra vida, nuestra

⁵¹⁸ *Lc* 24, 26. Cf Mons. L.A. MARTÍNEZ, l.c.

⁵¹⁹ *Rm* 5, 12-19

⁵²⁰ *Hb* 12, 2

⁵²¹ Cf *Mt* 12, 38-42; *Lc* 11, 29-32 (la imagen de Jonás); *Mt* 16, 21-23; *Mc* 8, 31-33; *Lc* 9, 22 (primer anuncio de la pasión); *Mt* 17, 22-23; *Mc* 9, 30-32; *Lc* 9, 43-45 (segundo anuncio); *Mt* 20, 17-19; *Mc* 10, 32-34; *Lc* 18, 31-34 (tercer anuncio).

⁵²² *Mc* 10, 35-45; Cf *Mt* 20, 20-28

⁵²³ *Lc* 12, 50

⁵²⁴ *Mt* 16, 21-23; *Mc* 31-39

⁵²⁵ *Mt* 23, 11-12; *Lc* 14, 7-11

alma, para salvarla.⁵²⁶ Nos incita a abandonarlo todo por amor de Dios, aún nuestras pertenencias más queridas;⁵²⁷ nos manda hacer oración, limosna y ayuno bajo la mirada exclusiva de nuestro Padre celestial.⁵²⁸ Sin cesar predica un género de comportamiento del cual todo placer voluptuoso, todo orgullo, toda satisfacción de los propios logros,⁵²⁹ toda ambición humana han de quedar excluidos. Y así quiso expresarlo cuando dijo —ya hemos repetido muchas veces esta frase— “el que quiera ser mi discípulo que renuncie a sí mismo, tome su cruz y luego me siga”. Ante todo es menester tomar la cruz; recién después seguirlo. He ahí lo que podemos denominar la “mentalidad” de Cristo, la clave de su mensaje.

2.- La octava bienaventuranza

La vida de Jesús y el conjunto de sus enseñanzas es el mejor comentario del Sermón de la Montaña; pero, sobre todo, de la octava bienaventuranza. El misterio de la cruz es el compendio de todo el Sermón, porque allí se encuentran, fundidas en la unidad del dolor, todas las otras bienaventuranzas. Y la unidad del dolor es la más perfecta existente después de la unidad del amor. “El amor —ha escrito Rabindranath Tagore— ha hecho un pacto con el dolor”. La unidad del amor sólo se encuentra en el seno mismo de Dios. El dolor es inevitable cuando existe separación física entre los seres a quienes confiere unidad el amor: “con el número dos nace la pena”.⁵³⁰ La unión entre el amante y el amado (el número uno) provocan el sufrimiento cuando ambos deben vivir separados (el número dos).

Contemplando a Cristo en la cruz con los ojos iluminados del corazón, se descubre esa verdad fundamental: solamente hay dos consumaciones de la santidad, la del amor en el cielo, la del dolor en la tierra; y sólo también dos unidades, precisamente esas dos.⁵³¹

Hace notar un autor moderno como en Cristo crucificado resplandecen, en un grado de perfección insuperable y divino, todo el conjunto de las virtudes y dones implícitos en las bienaventuranzas y sus premios respectivos. La consumación del desprendimiento total postulado por la primera la encontramos en la divina desnudez del cuerpo de Cristo martirizado y despojado de todo; el grado supremo de la mansedumbre en el estado inenarrable de víctima, entregada a la divina justicia en el sacrificio infinito del calvario; lo más hondo de la tristeza del alma de los que lloran, es la inmensa desolación de Cristo que lo impulsa a exclamar: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”⁵³² el holocausto inmortal es la suprema hambre y sed de justicia y la suprema misericordia fundidas en el beso del dolor; la divina exaltación de la limpieza de corazón en la tierra es la casta en insondable pureza de ese cuerpo “elevado sobre la tierra para atraer todas las cosas hacia sí;”⁵³³ finalmente, allí también aparece la imagen perfecta del pacífico que “ha fundado la paz

⁵²⁶ *Mt* 16, 25; *Mc* 8, 35; *Lc* 9, 24; 14, 26; 17, 33; *Jn* 12, 25

⁵²⁷ *Lc* 14, 26

⁵²⁸ *Mt* 6, 2-4, 18

⁵²⁹ *Lc* 17, 7-10

⁵³⁰ Frase admirable de nuestro gran poeta LEOPOLDO MARECHAL en *Sonetos a Sofía*. He aquí el texto del soneto “Del Amor Navegante”: “Porque no esta el Amado en el Amante/ Ni el amante reposa en el Amado,/ Tiende Amor su velamen castigado/ Y afronta el seno de la mar tonante.— Lloro el Amor en su navío errante/ Y a la tormenta libra su cuidado,/ Porque son dos: Amante desterrado/ y Amado con perfil de navegante.— Si fuesen uno, Amor, no existiría/ Ni llanto ni bajel ni lejanía,/ Sino la beatitud de la azucena.— ¡Oh amor sin remo, en la Unidad gozosa!/ ¡Oh círculo apretado de la rosa!/ Con el número Dos nace la pena”

⁵³¹ Cf L.A. MARTÍNEZ, l.c.

⁵³² *Mt* 27, 46; *Mc* 15, 34

⁵³³ *Jn* 3, 14; 8, 28; 12, 32-33

con la sangre de su cruz”⁵³⁴ entre todos los pueblos de la tierra. Y ese mismo autor concluye: “La fórmula de la santidad, tal como aparece en la séptima bienaventuranza, síntesis de las anteriores, es ésta: *ser santo es ser Jesús*. Ahora, la octava nos obliga a completarla: *ser santo es ser Jesús crucificado*”.⁵³⁵ Estar como Él, desnudo y cubierto con la púrpura de la sangre, del dolor. Ser santo es ser víctima, es ofrecerse como sacrificio de adoración, como holocausto de amor al Padre celestial. Ofrecérsele inmaculado por el Espíritu Santo; ser víctima, altar y sacerdote...

Por eso, la octava bienaventuranza, la de la persecución, del dolor, del martirio, de la cruz, es la consumación y la manifestación de todas las demás. Quien pase por ella las asimila a todas; en ella se compendian los méritos de las demás; a ella convergen las virtudes y los dones. Por eso no existe un don especial que la anime, como sucede en las otras.⁵³⁶

Todo el organismo sobrenatural germinado de la cruz, como de semilla divina, tiende a reproducir el árbol que lo engendró, a renovar en las almas el misterio de la cruz; y, por una lógica divina desconcertante, es preciso concluir que Cristo crucificado es el prototipo de la felicidad, porque es el prototipo de la perfección. Si en su cruz se encierran todos los méritos de las bienaventuranzas, también debe contener todos sus premios.

G. Chesterton escribió sobre Jesús lo siguiente: “Algo había que Él escondía de los hombres, cuando iba a rezar a la montaña; algo que Él encubría constantemente con silencios intempestivos y con impetuosos raptos de aislamiento. Y ese algo era que, siendo muy grande para Dios, no nos lo mostró durante su viaje por la tierra. A veces se me ocurre que ese algo era su Alegría”. Bellísima idea; pero mejor que los ojos del pensador, la mirada amorosa del santo parece entrever el misterio. San Francisco de Asís, estigmatizado y ardiente, nos explica en una frase aún más bella, el misterio de la perfecta alegría, no consistente ni en dar ejemplos de santidad, ni en hacer milagros, ni en saber todas las ciencias y la Escritura, ni siquiera en convertir a todos los hombres a la fe de Cristo, sino “consiste, hermano León, en padecerlo todo con paciencia y gozo, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales tuvo que pasar por nuestro amor”.⁵³⁷

Todos los matices de la felicidad derramados en las bienaventuranzas, forman el dolor único y celestial de la suprema felicidad de la tierra encerrada en la cruz. Las tres primeras bienaventuranzas proporcionan al alma la dicha de ser libre; pero la libertad suprema es producida

⁵³⁴ Col 1, 20

⁵³⁵ Mons. L.A. MARTÍNEZ, l.c.

⁵³⁶ “La octava bienaventuranza viene a ser como la confirmación y resumen de las otras, fortaleciendo el alma para no alejarse de la obra realizada por ella y por los dones. Hace que el hombre no busque el favor y aplauso humano y le mantiene firme en la persecución. Por tanto, siete bienaventuranzas corresponden a los dones, y la octava —firmeza en las persecuciones— se extiende a todos los dones. No es necesario que todos los dones se ejerciten siempre y por todos los hombres, aunque todos sean necesarios para la salvación; como tampoco es necesario ejercitar siempre todos los preceptos positivos, sino tan sólo los que sean convenientes según los tiempos y lugares. Lo mismo ocurre con respecto a las virtudes. Todas las obras de consejo o de precepto quedan comprendidas en las bienaventuranzas si se realizan mediante un instinto especial del Espíritu Santo. Muchas de ellas son en sí mismas grandes y extraordinarias; por ejemplo: el abandono completo de las riquezas por la pobreza de espíritu, la victoria plena sobre las pasiones, soportar persecuciones de esta vida, etc.; otras sólo lo son si se tiene en cuenta la flaqueza natural del sujeto que las realiza y la multitud de dificultades que le rodean, para lo cual necesitan un don especial y moción del Espíritu Santo para vencer ciertas dificultades. Y en este sentido, usar moderadamente de las riquezas, aunque no se abandonen del todo, puede pertenecer a la pobreza de espíritu; el no sucumbir ante las persecuciones y tentaciones ordinarias, sobre todo si se prolongan durante mucho tiempo puede constituir una bienaventuranza” (JUAN DE SANTO TOMÁS, l.s.c., 586-587)

⁵³⁷ Cf Mons. L.A. MARTÍNEZ, l.c. Ha escrito páginas realmente conmovedoras.

por el dolor, que nos desprende definitivamente de la tierra y nos prepara para la unión íntima y eterna con Dios. La cuarta y la quinta iluminan y enriquecen la vida con las obras, pero la luz y la riqueza del dolor es la más espléndida de la tierra, porque hace comprender mucho más que los otros caminos. La sexta y la séptima purifican y transforman, pero el dolor es la pureza máxima que emerge triunfante de todas las miserias de la tierra, es la pureza del cielo que gime al contacto con las miserias de la tierra.⁵³⁸

“Cristo crucificado —se nos dice— es la Sabiduría de Dios”.⁵³⁹ La sabiduría divina se ha manifestado a todos por la creación, sus maravillas, su orden admirable. Nuestra razón, yendo de las criaturas al Creador, es capaz de concluir en la sabiduría de Dios. “En efecto, lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos (los gentiles), pues Dios se lo manifestó; porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas”.⁵⁴⁰

Sin embargo, la razón humana se esterilizó buscando las explicaciones de esas obras divinas: “De manera que son inexcusables, por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entorpecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato corazón”.⁵⁴¹ Todo el pensamiento de los sabios se desorientó frente al universo: “alardeando de ser sabios se convirtieron en locos”.⁵⁴²

Felizmente la sabiduría divina se manifestó de otro modo, se nos reveló directamente, no ya bajo el velo de las criaturas, sino que se encarnó: y es Cristo crucificado. El dolor es la suprema transformación del alma, porque es la suprema transformación del hombre en Dios. Los ilustrados consideran esta doctrina de la cruz como si fuese una locura. “Los judíos piden señales y los griegos sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados”.⁵⁴³

La cruz es el camino (“via crucis”). Bien llevada es una gran bendición de Dios y signo de predestinación porque nos configura con Cristo. “En la cruz está la salvación, en la cruz la vida, en la cruz la protección contra los poderes hostiles... en la cruz el compendio de las virtudes, en la cruz la perfección de la santidad”.⁵⁴⁴ “Si somos hijos, también herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados”.⁵⁴⁵ Porque “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecuciones”.⁵⁴⁶

Todas estas palabras son motivo de sincera reflexión pues, como advierte san Agustín: “Si aún no has sufrido ninguna persecución por Cristo, fíjate si no es por no haber comenzado aún a vivir piadosamente en Cristo. Cuando comiences en Cristo a vivir piadosamente, habrás ingresado al lugar de las torturas; prepárate para los tormentos; pero no quieras ser árido, no suceda que de los tormentos nada salga”.⁵⁴⁷

En efecto, Cristo es a la vez sacerdote y víctima, y en su sacrificio, ofreciéndose a sí mismo, ofrece también todo su Cuerpo Místico, toda su Iglesia, es decir, todas las almas pertenecientes a la

538 Cf IDEM, l.c.

539 *I Co* 1, 23-24

540 *Rm* 1, 19-20

541 *Ib.* 21

542 *Ib.* 22

543 *I Co* 1, 22-24

544 TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, l. 2, c. 12, nº 2

545 *Rm* 8, 17

546 *2 Tm.* 3, 12

547 *Enarrationes in Psalmos*, Ps. 55, nº 2.

Iglesia, sea militante, sea triunfante, sea purgante. Ofrece en su amor a los fieles de cualquier condición: niños, pobres, enfermos, adultos y ancianos, hombres y mujeres, los dirigentes del pueblo y los situados en la última condición social, las almas consagradas, los justos para su progreso, los pecadores para su conversión. “Cuando celebramos los misterios de la Pasión del Señor — escribe san Gregorio Magno— debemos imitar lo que hacemos; a fin de que la hostia por nosotros ofrecida sea verdaderamente fructuosa, debemos nosotros mismos ofrecernos como hostia a Dios”.⁵⁴⁸ Algo semejante afirma otro Padre: “Nadie puede acercarse al Dios grande, a nuestro Pontífice y Víctima, si él mismo no es hostia viva y santa, si no se ofrece a sí mismo en espiritual sacrificio; éste es el sacrificio pedido por Él, que se entregó totalmente por nosotros; sin esto no osaría llevar el nombre y las vestiduras de sacerdote”.⁵⁴⁹

¿Cómo hacer para abrazar la cruz y ser verdadero discípulo del único Maestro? Responde san Agustín: “Noli extrinsecus pecus quod mactes inquirere, habes in te quod occidas” (no busques en el exterior una res para sacrificar, tienes en ti mismo cosas que matar).⁵⁵⁰

Sólo abrazando la octava bienaventuranza, podremos morir con Cristo para resucitar con Él. La cruz no es definitiva; es la solución del pecado, pero también el camino por el cual se alcanzan las alturas de la resurrección.

El acceso al gozo absoluto es ahora posible y cercano. La puerta estrecha ha sido abierta y por el arduo camino de las bienaventuranzas el cristiano ha llegado a la meta; por el heroísmo ha alcanzado la felicidad. En consecuencia, quien haya llegado a la cumbre de esta montaña, ruegue a Dios no descender jamás.

3.- Rezando el “Padrenuestro”

Si la práctica de las bienaventuranzas, como sea se produzca, es obra del Espíritu Santo más que del hombre mismo, deberá ir acompañada por la oración. Hay una verdad definida dogmáticamente por la Iglesia en los Concilios XVI de Cartago y II de Orange: ninguna acción sobrenatural es posible sin la gracia, ni siquiera la preparación a ella. Los preceptos, de hecho implícitos detrás de cada una de las bienaventuranzas, no son preceptos de ética natural; por consiguiente, los medios para cumplirlos también deben ser sobrenaturales y especialmente eficaces.

Comprensiblemente una tradición teológica, comenzada en la interpretación de san Ambrosio y continuada por san Agustín y santo Tomás, considerando la gran dificultad de ese cumplimiento, lo ha atribuido, más que a las virtudes infusas (cuyo modo de obrar es humano), a los dones del Espíritu Santo, que mueven por un instinto superior.

Mas la acción del Espíritu Santo es un don gratuito, y debe ser humilde y constantemente pedido.⁵⁵¹ A quien pide de esa manera, le anima la confianza en la eficacia de su oración,⁵⁵² sobre todo cuando es el mismo Espíritu Santo el objeto de la petición.⁵⁵³

¿Existe alguna oración en especial a la cual acudir? Por el solo hecho de tratarse de la oración enseñada por Jesús, es fácil adivinar que esa oración es el “Padrenuestro”. Y, en este caso concreto,

⁵⁴⁸ *Dialogi*, L. 4, c. 59

⁵⁴⁹ S. GREGORIO NAZ., *Apologiae*, oratio 2^a. La identificación con Cristo Sacerdote y Víctima es objetivo principal del sacerdocio ministerial, pero no suyo exclusivamente. Estas palabras pueden aplicarse de todo cristiano, pues todos participamos, por el carácter del bautismo y de la confirmación, del sacerdocio de Cristo y debemos, por tanto, participar también de su estado de víctima.

⁵⁵⁰ *Enarrationes in Psalmos*, Ps. 50, n° 21

⁵⁵¹ *Humilde*: cf *Mt* 15, 22-28; *Mc* 7, 25-30; *Lc* 18, 9-14; etcétera. *Constante*: cf *Lc* 11, 1-13; 18, 1-8.

⁵⁵² Cf *Mt* 7, 7-11; 9, 1. 18-26; 21, 20-23; *Mc* 5, 21-43; 11, 20-26; *Lc* 8, 40-46; etcétera.

⁵⁵³ *Lc* 11, 13

san Agustín nuevamente descubre una particular correspondencia entre las bienaventuranzas y los dones, por un lado, y las diversas peticiones del Padrenuestro, por otro.

Esto puede parecer ficticio,⁵⁵⁴ pero no lo es tanto teniendo en cuenta la necesidad de la oración constante, tan subrayada por el Señor en los textos citados. Ahora bien, ¿qué oración podría ser considerada más perfecta, más simple, más al alcance de cualquier cristiano, anheloso de la santidad?

Un hecho, creo, debe ser reconocido sin discusión: las diversas peticiones del Padrenuestro tienen una razón de ser, de lo contrario Cristo habría propuesto otras. ¿Por qué, entonces, precisamente éstas? En su escueto, pero profundo, comentario⁵⁵⁵ (poco conocido) a la oración dominical, santo Tomás desmenuza su contenido. Aunque no se sienta gusto por ese procedimiento, es indudable que la lectura de ese texto ayuda mucho a comprender qué estamos pidiendo al recitar esa extraordinaria plegaria y por qué.

Si es verdadera, según lo expuesto a lo largo de estas meditaciones, la secuencia de las bienaventuranzas como grados heroicos en la práctica de las virtudes cristianas bajo la guía segura del Espíritu Santo, entonces no podemos admirarnos de que las peticiones del Padrenuestro correspondan a esos diversos grados. De esta manera, mientras oramos recordamos los grandes objetivos de la vida espiritual y pedimos los elementos imprescindibles para alcanzarla. Imploramos el don del heroísmo. La intuición de san Agustín es bellísima.⁵⁵⁶

La oración perfecta debe ser segura, recta, ordenada, devota y humilde;⁵⁵⁷ características todas fácilmente comprobables en el Padrenuestro. Después de haber invocado a Dios con el nombre de Padre, el ¡Abba! sugerido a nuestros corazones por el Espíritu del Hijo,⁵⁵⁸ de cuya herencia la gracia nos torna merecedores, comenzamos a pedir, a buscar, a golpear con la esperanza de recibir, de encontrar, de que la puerta estrecha se nos abra.⁵⁵⁹

Cuando decimos “santificado sea tu nombre”, olvidados de nosotros mismos y buscando primero la gloria de Dios, renunciamos a todo lo demás; si somos sinceros al pronunciar esas palabras, entonces también somos felices. Pedimos el Don del Temor de Dios, expresamos nuestra esperanza en los bienes futuros, es decir, en el mismo Dios. El temor filial llenará de gozo el corazón.

⁵⁵⁴ En el *Dictionnaire de Spiritualité* (art. “Béatitudes”, col. 1309) escribe BUZY, refiriéndose a la propuesta de san Agustín sobre la mencionada correspondencia de bienaventuranzas y dones: “Esta vez, con estos lazos de exégesis y de teología, llegamos a la cima de la ingeniosidad... Por ello, (este sistema) ha complacido a aquellos que gustan de las combinaciones refinadas; pero es tan artificial que no se sacaría gran provecho con intentar introducirlo de alguna manera en la espiritualidad corriente de la Santa Iglesia”. A esto responde atinadamente PINCKAERS: “Incluso, aunque san Agustín no lo dijera expresamente, se puede ver con facilidad el pensamiento que le inspira: el cristiano no puede recorrer el camino de las bienaventuranzas y de las virtudes sin la ayuda del Espíritu Santo, y no podemos obtener ese socorro sin una oración continua cuyo modelo es la oración del Señor. Tal es, pues, la significación profunda del paralelismo establecido: la necesidad de la oración en cada etapa del progreso de la vida cristiana. Cuando se comprende esto, ya no se puede reprochar a san Agustín llevar a cabo comparaciones artificiales y de mero ingenio” (*Las Fuentes de la Moral Cristiana. Su método, su contenido, su historia*, ed. Un. de Navarra, Pamplona, 1988; cfr. Cap. VI: “El Sermón de la Montaña y la Moral Cristiana”, p. 215)

⁵⁵⁵ *In orationem dominicam, videlicet "Pater Noster"*, *expositio*, en *Opuscula Theologica*, T. II: “De re spirituali”, cura et studio R.M. Spiazzi O.P., ed. Marietti, Roma, 1954, 219-235

⁵⁵⁶ Para más precisiones cf S. PINCKAERS, l.s.c.

⁵⁵⁷ STO. TOMÁS, *In orationem dominicam...*, “Prologus”, ed. cit. p. 221

⁵⁵⁸ *Ga* 4, 6; cf *Rm* 8, 15

⁵⁵⁹ *Mt* 7, 7-11

Cuando decimos “venga a nosotros tu reino”, imploramos el advenimiento de aquellos “cielos y tierra nuevos” prometidos a los mansos y el Don de Piedad inunda el alma con la alegría de la herencia segura.

Cuando decimos “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, reconocemos nuestros yerros y pecados —habernos apartado de Su voluntad—, y el Don de Ciencia, al iluminar nuestra fe, nos permite comprender la gravedad de nuestros desvaríos y nos permite derramar lágrimas consoladoras.

Cuando decimos “danos hoy nuestro pan de cada día”, admitimos el dominio de Dios sobre el cosmos, propiedad suya. Ésta es quizás la petición menos reflexionada, más rutinariamente recitada. ¿Cómo reaccionaríamos si, para recibir el pan cotidiano, sólo tuviésemos el recurso del Padrenuestro? Mas, si lo rezamos convencidos, no pediremos solamente el pan que sacia nuestro cuerpo, pediremos, por sobre todo, el que sacia nuestra hambre y sed de justicia y el Don de Fortaleza para experimentar esa hambre tan extraña, tan incomprendida para el mundo.

Cuando decimos “perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, solicitamos un corazón misericordioso semejante al de nuestro Padre y la luz del Don de Consejo para ser guiados rectamente en la vida activa, o en la práctica de las virtudes morales.

Cuando decimos “no nos dejes caer en la tentación”, aspiramos a tener una inteligencia recta y una voluntad simple liberados de la doblez del error y del pecado, un corazón puro iluminado por el Don de Entendimiento, y “quedarnos no sabiendo, toda ciencia trascendiendo”.

Cuando decimos “y líbranos del mal”, pensamos en un mundo interior y exterior ordenado, fundado sobre el bien y la paz, e imploramos el Don de Sabiduría que, al otorgarnos una participación del Hijo en el Espíritu Santo, nos convierta en verdaderos hijos del Padre, en sembradores de la concordia de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí. Son felices aquellos que predicán el bien y combaten el mal. “¡Es hermoso ver bajar de la montaña los pies del mensajero de la paz!”.

4.- Conclusión

Al término de estas meditaciones, me parece, hemos podido admirar la espectacular grandeza de una moral específicamente cristiana, de un proyecto de vida siempre nuevo y renovador. Sin lugar a dudas no es un camino fácil; por el contrario, es heroico en todos sus aspectos. Pero de nada sirve escamotear sus exigencias. No es mitigando el ideal como se logra alcanzarlo. Aceptemos sin componendas la verdad de esta advertencia de Jesús, tantas veces citada: “Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y que angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos son los que dan con ella”.⁵⁶⁰

Sí, es realmente estrecha esta puerta, pero no imposible de pasar si somos capaces de volver a ser niños, de dejarnos conducir por el instinto del Espíritu. Porque, aunque estrecha, es una puerta para todos abierta. Las palabras del Señor no deben ser motivo de desesperación, pues también ha dicho: “Yo soy la puerta de las ovejas; todos cuantos han venido eran ladrones y salteadores, pero las ovejas no los oyeron. Yo soy la puerta; el que por mi entrare se salvará y entrará y saldrá y hallará pasto”.⁵⁶¹ Él está con nosotros y lo estará siempre, según su promesa. Creer en Él y amarle, a pesar de nuestra indignidad, es dejarse conducir por el Espíritu.

Dios nos guarde de falsear la verdad; nos exponremos a convertirnos en vulgares asalariados: “El asalariado, el que no es pastor, dueño de las ovejas, ve venir al lobo, y huye, y el

⁵⁶⁰ Mt 7, 13-14

⁵⁶¹ Jn 10. 7-9

lobo arrebató y dispersa a las ovejas, porque es asalariado y no se cuida de las ovejas”.⁵⁶² Es verdad, no todos llegaremos a vivir de las bienaventuranzas en su grado superior; pero todos podemos alcanzar la estatura necesaria para entrar por la puerta angosta.

Y no temamos siquiera presentar el Sermón de la Montaña a los no creyentes con el pretexto de que sólo les convendría una ética natural. “La experiencia muestra, y la lectura de los comentarios lo confirman, que el Sermón conmueve más profundamente e interesa más ampliamente a los no cristianos que todas las construcciones de los moralistas fundadas en la ley natural y edificadas en nombre de la razón. Como si el Sermón de la Montaña hiciera vibrar en el hombre una cuerda más natural y más universal inaccesible a la razón”.⁵⁶³ Es cierto eso, porque dice Cristo, y no podemos dudar de sus palabras, “tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que Yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor”.⁵⁶⁴ No son nuestros razonamientos, no son nuestras concesiones, no es nuestra falta de convencimiento, ni nuestro permisivismo hipócrita los que atraerán a los no creyentes. Si no nos ven convencidos, ¿cómo podrán convencerse? Es Cristo quien los atraerá con su enérgico e indómito Sermón de la Montaña, único camino, sin embargo, hacia la felicidad verdadera.

Entremos con coraje por la puerta estrecha, y si sentimos ansiedad y zozobra por el pasado o por la fragilidad de nuestro “cuerpo de muerte”, oremos, con Miguel de Unamuno, de la siguiente manera:

“Agranda la puerta, Padre,
Porque no puedo pasar;
La hiciste para los niños,
Yo he crecido a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
Achícame, por piedad;
Vuélveme a la edad bendita
En que vivir es soñar”.

⁵⁶² *Jn* 10, 12-13

⁵⁶³ S. PINCKAERS, o.s.c., p. 225

⁵⁶⁴ *Jn* 10, 16

BIBLIOGRAFIA

A) MAGISTERIO DE LA IGLESIA

LEÓN XIII,

Carta Encíclica "Divinum illud Munus", 9/5/1897

JUAN PABLO II,

Carta Encíclica "Dominum et Vivificantem", 18/5/1986

B) FUENTES

SAN AMBROSIO

Super Lucam, L. V, ML 15, col. 1734-39

SAN GREGORIO DE NISA,

Les Béatitudes, trad. francesa DDB, Paris, 1979

SAN AGUSTÍN DE HIPONA

De sermone Domini in Monte, ML, 34, 1230-138

SANTO TOMÁS DE AQUINO, O.P.

Commentarium super Isaiam, XI, 2-3

Commentarium super Mattheum, cap. V.

Commentarium super Ep. S. Pauli ad Galatas, 5, Lect. 6

Catena Aurea, Vol. I: "Exposición del Evangelio de San Mateo", cap. V, p 112 sgts.;

Vol. IV: "Exposición del Evangelio de San Lucas", Cap. VI, p. 145 sgts.; ed. CCC, Buenos Aires, 1946.

Commentarium in III St., dd. 34-35

Suma Teológica, I-II, q. 68-69; II-II, qq. 8, 9, 15, 19, 45, 46, 52, 121, 139.

C) COMENTARIOS A SANTO TOMAS

JUAN DE SANTO TOMÁS, O.P.

Los Dones del Espíritu Santo y la Perfección Cristiana (traducción, introducción y notas del R.P. Fr. Ignacio Menéndez Reigada, O.P.), ed. Consejo Sup. de Inv. Cient., Madrid, 1948.

RAMÍREZ, S. O.P.

Opera Omnia, T. VII: "De Donis Spiritus Sancti deque Vita Mystica", ed. Cons. S. de I. C., Madrid, 1974.

D) MONOGRAFÍAS (Libros y artículos)

ALDAMA, J.A.

"La distinción entre las virtudes y los dones del Espíritu Santo en los siglos XVI y XVII", en *Gregorianum*, 16 (1935) 562-576

"Los dones del Espíritu Santo. Problemas y controversias en la actual teología de los dones", en *Revista Española de Teología*, 9 (1949) 3-30.

ARAC, J.L.

"Arquetipo redaccional de las Bienaventuranzas", en *Oriente*, 58 (1966).

ASENSIO, F.

Las Bienaventuranzas, Bilbao, 1958

- ATANASIO DEL SSMO. ROSARIO
 "Le Beatitudini nella Vita Spirituale", en *Rivista Di Vita Spirituale*, 18 (1964), 352-361.
- BARTINA, S.
 "Los *makarismos* del Nuevo Testamento", en *Estudios Exegéticos*, 34 (1961), 57-58.
- BATDORF, J.M.
Interpreting the Beatitudes, Philadelphia, 1966.
- BERNASCONI, E.
Le Beatitudini, Milano, 1957.
- BERTRANGS, A.
Les Béatitudes, Bruxelles, 1962.
- BIARD, J.
Les dons du Saint-Esprit - dons, charismes, fruits, béatitudes - d'après S. Thomas d'Aquin et les Epîtres de Saint Paul, Avignon, 1930.
- BLACK, M.
 "The Beatitudes", en *Ex.T.*, 64 (1952), 125 ss.
- BLASER, P.
 "Las Bienaventuranzas", en *Revista Bíblica* (sl), 13 (1956), 20-25
- BONNARD, P.
L'Évangile selon St. Matthieu, Neuchâtel, 1963
- BORAO, J.
El camino de las bienaventuranzas, ed. V.D., Estella (Navarra), 1987.
- BRENAM, J.
 "The Psalms and the Beatitudes", en *Furrow*, 14 (1963), 561-572.
- BROWN, R.E.
 "The Beatitudes according to St. Luke", en *Bibl. Today*, I (1965), 1176-1180.
- BUZY, D.
 "Béatitudes", en *Dictionnaire de Spiritualité*, I (1973), col. 1298-1310.
- CABODEVILLA, J.M.
Las formas de felicidad son ocho, BAC, Madrid, 1984.
- CAMACHO, F.
 "Las Bienaventuranzas de Mateo (5, 3-10). Análisis semántico y comentario exegético", en *Communio* (Sevilla), 16 (1983).
- CARRÉ, A-M., O.P.
Las Bienaventuranzas, Hoy, ed. Estela, Barcelona, 1967.
- CAZELLES, A.M.
 "Béatitude", en *Catholicisme*, I (1948), col. 1342-1346.
- CEUPPENS, F. O.P.
 "De donis Spiritus Sancti apud Isaiam", en *Angelicum*, 5 (1928) 526 ss.
- CHEVROT, G.
Les Béatitudes, Paris, 1952 (trad. esp. Madrid, 1956).
- COLUNGA, A.
 "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra", en *Salmanticensis*, 9 (1962), 589-597.
- CONGAR, Y.M.J., O.P.
El Espíritu Santo, ed. Herder, Barcelona, 1983.
- CORDOVANI, M.
 "Beatitudini", en *Enciclopedia Italiana*, VI, p. 444 ss.
- DANIELOU, J.

- "Bienhereux les pauvres", en *Études*, 284 (1956) 321-338.
- DAVIES, W-D.
The Setting of the Sermon on the Mount, ed. Cambridge Univ. Press, London, 1964
Pour comprendre le Sermon sur la Montagne, Paris, 1970.
El Sermon de la Montaña, tr. esp. ed. Cristiandad, Madrid, 1975 (resumen del anterior).
 "El significado de la ley en el cristianismo", en *Concilium*, nº 98 (1974), 179 ss.
- DELHAYE, PH.
 "Le Sermon sur la Montagne. Suggestions théologiques et pédagogiques", en *Universalité et permanence de lois morales*, obra en colab., ed. Univ. Fribourg (Suisse), 1986, 408-441.
 "Le Discours sur la Montagne. Esquisse de Théologie Biblique", *ibidem*, 43-73.
- DE MOHON, I.
Le don de la sagesse, Lyon, 1928.
- DESCAMPS, A.
 "Bienhereux les pauvres", en *Revue de Théologie*, 7 (1952), 53-61.
- DOOD, CH.,
 "The Beatitudes", en *Mélanges Bibliques rédigés en l'honneur de A. Robert*, Paris, 1957, 404-410.
Morale de l'Évangile, Paris, 1959.
- DUPONT, J.
Les Béatitudes. Le problème Litteraire, Louvain, 1958.
 "Soyez parfaits" (Mt. 5, 48), "Soyez miséricordieux" (Lc. 6, 31), en *Sacra Pagina II* (BETHl 12/13, 1959), 150-162.
 "Les Pauvres dans Mt. 5, 3", en *Rivista Biblica*, 13 (1965), 179-186.
Les Beatitudes, 3 vol., ed. La Bonne Nouvelle, Paris, 1969-1973.
 "Le langage symbolique des directives éthiques de Jésus dans le Sermon sur la Montagne", en *Universalité et permanence de lois morales*, ed. 74-89.
- FAIVRE, N.
Las Bienaventuranzas, ed. Paulinas, Madrid, 1952.
- FEUILLET, G.
 "La Béatitude de la pauvreté", en *U.S.*, 73 (1945) 511-527
- FITCH, W.
The Beatitudes of Jesus, Glasgow-London, 1961.
- GARCÍA VIEYRA, A.
Los dones del Espíritu Santo, ed. Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1954
- GARDEIL, A.
 "Dons du Saint-Esprit", en *Dictionnaire de Theologie Catholique*, t. 4, col. 1728-1781
Les dons du Saint-Esprit dans les saints dominicains, Paris, 1903
- GARRIGOU-LAGRANGE, R., O.P.
Perfection chrétienne et contemplation selon Saint Thomas d'Aquin et S. Jean de la Croix, 2 vol., ed. La Vie Spirituelle, Var, 1923.
- GEORGE, A.
 "La forme de béatitudes jusqu'à Jésus", en *Mélanges bibliques rédigés en l'honneur de A. Robert*, 397-403.
- GIL, L.
 "El Logos vivo y la letra muerta. En torno a la valoración de la obra escrita en la antigüedad", en *Emerita*, XXVII (1959) 239-268
- GUELICH, R.A.

- The Sermon on the Mount*, Waco, 1962.
- HAMAIDE, J.
Le Discours sur la Montagne, charte de vie, Paris, 1976.
- HUNTER, A-M.
Un idéal de vie, le Sermon sur la Montagne, Paris, 1976.
- JEREMIAS, J.
Paroles de Jésus, le Sermon sur la Montagne, Paris, 1963.
Las parábolas de Jesús, ed. Estella, Madrid, 1971
- KISSINGER, W.S.
The Sermon on the Mount, ed. Metuchen, Nueva York, 1975.
- KOLIPINSKI, R.D.
Le don de l'Esprit Saint, don incrédé et don créé selon la doctrine de Saint Thomas d'Aquin, Fribourg, 1924
- LAMBERT, B.
Las bienaventuranzas y la cultura hoy, ed. Sígueme, Salamanca 1987.
- LIPINSKI, E.
"Makarismes et psaumes de congratulation", en *Revue Biblique*, 65 (1968) 321-367.
- LOHFINK, G.
El Sermón de la Montaña ¿para quién?, Herder, Barcelona, 1989.
- LÓPEZ MELÚS, F. MA.
Perspectivas de las Bienaventuranzas, 3ª ed. Casa de la Biblia, Madrid, 1971.
Las Bienaventuranzas, Ley del Reino, ed. CaSaBi, Madrid, 1976.
- LÜTHI, W.
Les Béatitudes, Neuchâtel, 1963.
- MARTIN, H.
The Beatitudes, New York, 1963.
- MARTÍNEZ, L.A (Mons.)
El Espíritu Santo, 2ª ed., México, 1944; P. IV: "Las Bienaventuranzas".
- MAYDIEU, A-J., O.P.
Les Béatitudes, Lyon, 1941.
- PHILIPPON, M.M.
Les dons du Saint-Esprit, Desclée de Brouwer, Paris, 1964
- PINCKAERS, S., O.P.
La quête du bonheur, ed. Téqui, Paris, 1979
Les sources de la Morale Chrétienne, cap. VI: "Le Sermon sur la Montagne et la Morale Chrétienne", ed. Univ. de Fribourg, 1985 (esta magnífica obra ha sido traducida al castellano por la Universidad de Navarra: *Las fuentes de la Moral cristiana*, Pamplona, 1988).
- PIROT, L.
"Béatitudes evangeliques", en *Dictionnaire de la Bible*, suppl. I (1928), 927-939.
- PLOTISKE, E.
El Sermón de la Montaña, Madrid, 1965.
- PRETE, B.
"Il senso dell'espressione *oi kazarói te kardía* (Mt. 5, 8)", en *Rivista Biblica*, 18 (1970) 253-268.
- REGAMEY, P-R., O.P.
"Esquisse d'un portrait spirituel du chrétien", en *La Vie Spirituelle*, 95 (1956) 227-258.
- RIVAS, L.
Las Bienaventuranzas, ed. Lumen, Buenos Aires, 1991.

ROLAND-GOSSELIN, M-D., O.P.

"Le Sermon sur la Montagne et la Théologie Thomiste", en *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, 17 (1928) 201-234.

ROLLERO, P.

"L'influsso della *Expositio in Lucam* di Ambrogio nell'esegesi agostiniana", en *Augustinus Magister*, t. I, Paris, 1954, 211-221.

La "Expositio Evangelii Secundum Lucam" di Ambrogio come fonte dell' esegesi agostiniana, ed. Univ. di Torino, 1958

SERTILLANGES, A-D., O.P.

Le Sermon sur la Montagne, Paris, 1916.

SCHNACKENBURG, R.

El mensaje moral del Nuevo Testamento, I, Herder-Barcelona, 1989

STRAMMARE, T.

"Beati i poveri", en *Rivista Biblica*, 13 (1965), 179-186.

TOUZARD, R.D.

"Isaie, XI, 2-3, et les sept dons du Saint-Esprit", en *Revue Biblique*, 1899, 249-266

TREMEL, Y.B.

"Béatitudes et morale évangélique", en *Lumen Vitae*, 21 (1955), 83-102.

VATTIONI, F.

Beatitudini, Povertá, Richezza, Milano, 1966

WEISS, C.

S. Thomas Aquinatis de septem donis Spiritus Sancti doctrina proposita et explicata, Vienna, 1895.

ÍNDICE

PRÓLOGO

BREVE PROEMIO

ARTÍCULO I: LOS TRAMOS DE UN RUDO CAMINO

- 1.- **La Aspiración universal a la felicidad**
- 2.- **¿Un Dios demasiado lejano o un hombre destruido?**
- 3.- **Una declaración de principios**
- 4.- **Un nuevo Reino, una nueva Ley**
- 5.- **El verdadero itinerario**
- 6.- **Letra y Espíritu, Ley y Gracia**
- 7.- **Bienaventuranzas y Felicidad**
- 8.- **Unidad y diversidad de premios**
- 9.- **El tránsito de lo imposible a lo posible**
- 10.- **Bienaventuranzas evangélicas y dones del Espíritu Santo**
- 11.- **Las edades del alma**

PRIMERA PARTE

LAS BIENAVENTURANZAS DE LA VIDA ACTIVA

SECCION PRIMERA

LA ELIMINACION DE LOS OBSTACULOS

ARTÍCULO II: DE MENDIGOS A REYES

- 1.- **La “alienada” pobreza**
- 2.- **La “bienaventurada” pobreza**
- 3.- **La maldición de las riquezas**
- 4.- **El triunfo de la esperanza**
- 5.- **¿Por qué considerar sensata la “locura” de ser pobre?**
- 6.- **La pobreza es sólo el comienzo**
- 7.- **Y el Reino ¿qué es?**

ARTÍCULO III: LOS AMOS DE LA TIERRA

- 1.- **La mansedumbre**
- 2.- **La fuerza sobrehumana e irresistible de los mansos**
 - a) *De una manera general*

- b) *La mansedumbre para con Dios*
- c) *La mansedumbre para con nuestros prójimos*

3.- La posesión de la tierra

4.- La Madre de la Mansedumbre

ARTÍCULO IV: LAS LÁGRIMAS DEL JUBILO

1.- ¿Por qué suelen afligirse los hombres?

2.- El llanto inédito de la purificación

3.- Cómo se engendra en el alma la tercera bienaventuranza

a) *Captar las vanidad de las cosas*

b) *Captar la belleza de la Creación "que canta la gloria de Dios"*

4.- Al final, el consuelo

SECCION SEGUNDA

EL DESARROLLO DE LAS DISPOSICIONES POSITIVAS

ARTÍCULO V: EL AGUA Y EL PAN DE LA VIDA

1.- Las dos categorías de hambre

a) *La justicia como obediencia a Dios*

b) *La justicia instauradora del orden*

2.- El deseo insaciable

3.- El hambre que no procede del mundo

4.- El pan que sacia para siempre

a) *El primer modo*

b) *El segundo modo*

ARTÍCULO VI: EL IDIOMA ORIGINAL DEL AMOR

1.- La eminente singularidad de la misericordia

2.- ¿En qué consiste la misericordia?

3.- La misericordia de Cristo

4.- Misericordia, juicio y perdón

a) *Evitar el juicio*

b) *El perdón de las ofensas*

5.- La fuente de esta suprema misericordia

6.- Dios solamente comprende este lenguaje

SEGUNDA PARTE

LAS BIENAVENTURANZAS DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

ARTÍCULO VII: LAS LUCES DE LA AURORA

1.- Las dos purezas

2.- El origen de la limpieza de corazón

a) *¿Por qué logra el don de entendimiento ese resultado?*

b) *¿Cómo logra el don de entendimiento ese resultado?*

3.- El sentido de la sexta bienaventuranza

4.- El premio de la visión de Dios

ARTÍCULO VIII: A LA PLENA LUZ DEL DÍA

1.- La paz que el mundo no puede dar

2.- La sabiduría y la paz

3.- “Verbum cum Amore notitia est”

4.- El llamado a la contemplación

5.- La identificación con Cristo

6.- El significado de la séptima bienaventuranza

7.- El premio de los pacíficos

ARTÍCULO IX: EN LOS UMBRALES DE LA PUERTA ESTRECHA

1.- La síntesis del itinerario

2.- La octava bienaventuranza

3.- Rezando el “Padrenuestro”

4.- Conclusión

BIBLIOGRAFÍA